

MAURICE DUVERGER

**INTRODUCCIÓN
A LA POLÍTICA**

ARIEL CIENCIA POLÍTICA

INTRODUCCIÓN A LA POLÍTICA

ARIEL CIENCIA POLÍTICA

MAURICE DUVERGER

Profesor de la Sorbona, Universidad de París I

Fundación Universidad de
Bogotá I.T.L.
ALMACEN

INTRODUCCIÓN A LA POLÍTICA

EDITORIAL ARIEL, S.A.
BARCELONA

BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD JORGE TADEO LOZANO



39984000861000

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO
BIBLIOTECA

Clsif: 320.D891.1997

Año: 86 262

Costo: 38.000 = Librería Social

22 OCT. 2002

Título original:
Introduction à la politique

Traducción de
JORGE ESTEBAN

11.ª edición: febrero 1997

© 1964: Éditions Gallimard, Paris

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 1965 y 1997: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

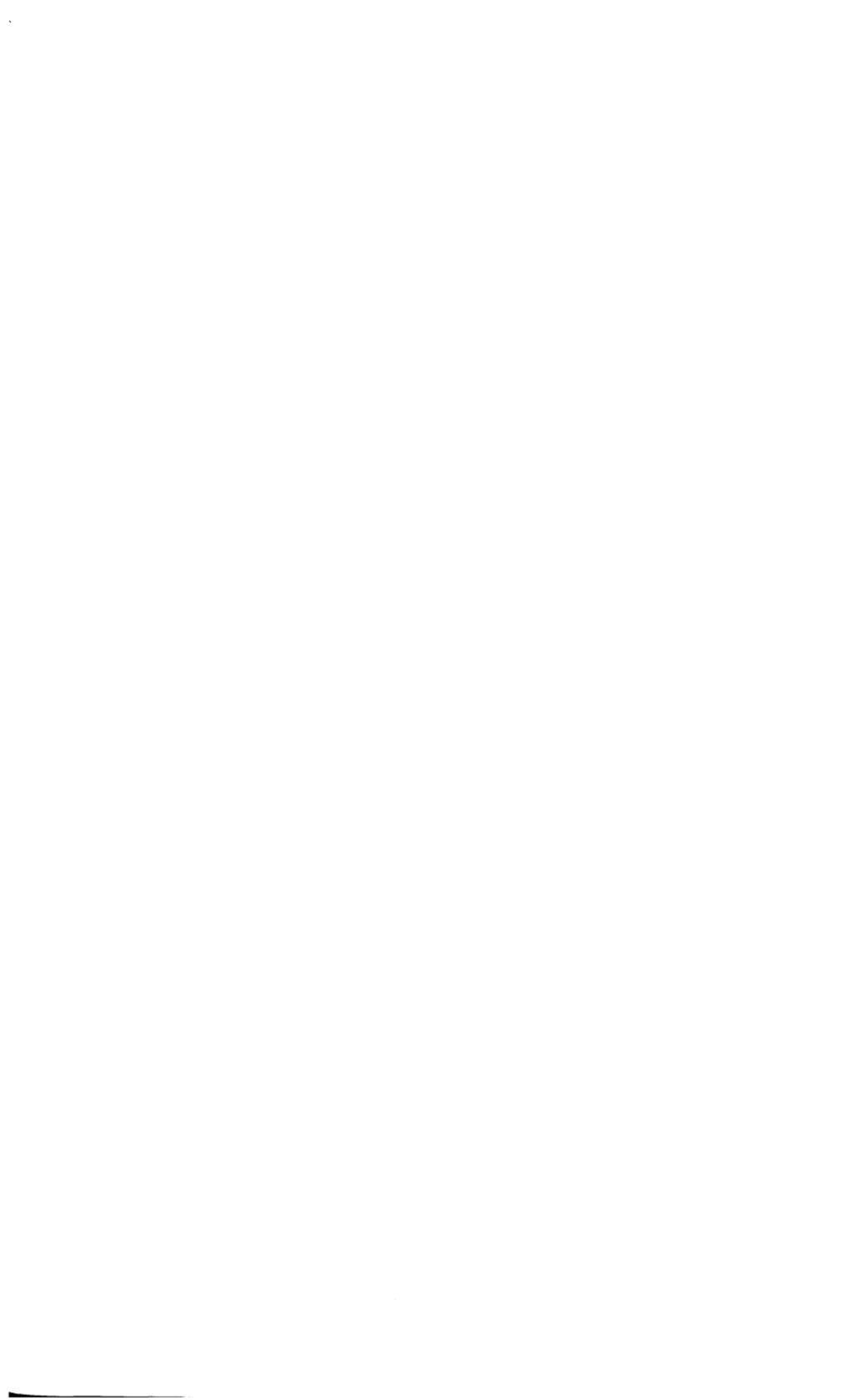
ISBN: 84-344-1777-4

Depósito legal: B. 10.314 - 1997

Impreso en España



A Odile



ADVERTENCIA

Escribir una *Introducción a la política* en el siglo XVIII hubiera sido tarea fácil. Hacerlo en la U.R.S.S. también lo sería. En cambio, resulta bastante más difícil en el mundo occidental de 1964. La causa estriba en que no se puede encontrar una teoría de conjunto de la política que se admita de forma general, como ocurrió en tiempos de la *Enciclopedia*, o como ocurre ahora en el mundo comunista. En consecuencia, embarcarse en una empresa así ha de tener forzosamente el carácter de un ensayo personal.

Lo cual no es óbice para que se alinee en una perspectiva común a muchos sociólogos contemporáneos. La especificidad del problema no radica en construir una nueva teoría occidental frente a la teoría marxista, sino en considerar las ideas de uno y otro campo como visiones relativas y parciales que deben integrarse en una síntesis global. Elaborar ésta ha de ser fruto de un dilatado esfuerzo, que no pretendemos haber realizado en estas páginas. La presente obra, por tanto, no es una teoría de la política, sino únicamente el esquema de una introducción a dicha teoría. Su contenido, que comporta muchas hipótesis, es menos importante que su orientación general.

El autor se ha decidido a publicar este esbozo porque una tentativa de este género interesa a todos los ciudadanos en una democracia. Uno de los obstáculos que les impide a éstos ejercer plenamente sus derechos en el mundo occidental, estriba en que se encuentran desbordados por problemas polí-

ticos particulares que no logran encuadrar en un conjunto. La abundancia de información en todas las cuestiones es paralela a la ausencia casi completa de una visión general, única forma de poder comprender la importancia y significado de cada cuestión. Por ende, aunque sea una aportación insuficiente, no carece de utilidad contribuir a remediar una laguna tan fundamental. El autor, por lo demás, es consciente de esta insuficiencia.

INTRODUCCIÓN

LAS DOS CARAS DE JANO

“*Política*, s. f.: 1.º Ciencia del gobierno de los Estados”, decía Littré en 1870. “*Política*, n. f.: 1.º Arte y práctica del gobierno de las sociedades humanas”, dice Robert en el año 1962.* La semejanza de estas dos definiciones formuladas a casi un siglo de distancia es interesante. Una y otra hacen del gobierno el objeto de la política; pero en la de nuestros días no se considera sólo el gobierno de los Estados sino también el de otras sociedades humanas. De esta forma, el término gobierno designa, a la sazón, el poder organizado y las instituciones de autoridad y sujeción de toda comunidad. Con este motivo se ha entablado entre los especialistas una polémica, pues mientras algunos consideran en todo momento a la política como la ciencia del Estado, del poder organizado en la comunidad nacional, la mayoría de ellos piensa que es la ciencia del poder organizado en todas las comunidades.

La polémica tiene poca importancia, como así lo demuestra el hecho de que incluso aquellos que definen la política como ciencia del poder en general reconocen que éste alcanza su forma más perfilada, su organización más completa, en el

* El autor se refiere a los diccionarios de Émile Littré: *Dictionnaire de la Langue Française*; y de Paul Robert: *Dictionnaire Alphabétique et Analogique de la Langue Française*. (N. del T.)

Estado, y que es dentro de este contexto donde se le debe estudiar principalmente. En las otras sociedades humanas el poder se encuentra todavía en un período embrionario. No obstante, la concepción de la política como “ciencia del poder”, tiene una superioridad sobre la otra, en el sentido de que es más operacional, porque sólo ella permite la verificación de su hipótesis de base. Si estudiamos, con un criterio de comparación, el poder en todas las colectividades, podremos descubrir las diferencias entre el poder en el Estado y el poder, si es que lo hay, en las otras comunidades. Por el contrario, limitándonos a estudiar el poder en el marco único del Estado, sin que medie comparación con las otras comunidades, excluimos la posibilidad de verificar si existe o no la diferencia de naturaleza que *a priori* hemos planteado.

Algunos autores sugieren el establecimiento de una frontera entre grandes y pequeñas comunidades. En estas últimas la competición por el poder enfrenta sobre todo a individuos, y el mismo poder se encuentra débilmente organizado, correspondiendo más o menos a la distinción elemental entre “gobernantes” y “gobernados”, entre jefes y subordinados. En las grandes comunidades, por el contrario, la lucha política concierne tanto a categorías sociales y a grupos intermedios constituidos en el interior de la sociedad global, como a individuos; entonces el poder es una organización estructurada, jerarquizada. Algunos sociólogos limitan la política al estudio de este poder complejo que funciona en todas las grandes comunidades, excluyendo el análisis del liderazgo en los pequeños grupos.

Sin embargo, los dos fenómenos se encuentran demasiado conexos como para poder estudiarlos separadamente. En los consejos de ministros, en las comisiones administrativas, en los comités ejecutivos de los partidos, en cada escalón del gobierno de las grandes comunidades, se encuentran pequeños grupos cuya naturaleza política de autoridad no es discutible. Parece conveniente, pues, distinguir dos niveles de análisis: el de la “micropolítica”, en el plano de las relaciones interindividuales, que se fundan en el contacto personal, y el de la “macropolítica”, en el plano de los grandes conjuntos,

donde el contacto personal no existe, habiendq sido reemplazado por relaciones mediatizadas, administrativas, o por un contacto teatral y ficticio (el apretón de manos del ministro, el discurso del jefe del Estado...). En consecuencia, la investigación debe realizarse en los dos niveles simultáneamente. Pero, es de advertir, por otra parte, que el paso de uno a otro, es decir, el cambio de escala, plantea serios problemas.

Las definiciones de Littré y de Robert difieren en otro punto: el primero hace de la política una ciencia, el segundo la considera solamente como "arte y práctica". En principio, lo contrario parecería más natural. En la hora actual, la ciencia política, reconocida en casi todas las Universidades del mundo, posee cátedras, profesores, estudiantes y créditos para la investigación. Cada año se publican varios miles de libros y artículos cuyo contenido le concierne directamente, y apenas hace un siglo que se comenzó a hablar de ella. Entre 1859 y 1872, Paul Janet cambió el título de su gran obra, *Histoire de la philosophie politique dans ses rapports avec la morale*, reemplazando "filosofía política" por "ciencia política". Entonces, empero, ninguna institución universitaria la cobijaba, ni tampoco tenía un lugar oficial en el Templo del saber. La evolución semántica parece, pues, ir en sentido contrario a la evolución científica.

No obstante, la primera está de acuerdo con la segunda. Littré escribió durante la segunda mitad del siglo XIX, época en la que se creía que la ciencia permitiría estudiar no sólo los fenómenos físicos o biológicos, sino también todas las relaciones humanas, y en la que se columbraba el advenimiento de la "edad positiva" anunciada por August Comte. Sin embargo, el mismo desarrollo de las ciencias sociales ha conducido a restringir estas ambiciones. Es indudable que hoy se dispone de innumerables y muy perfeccionados medios de investigación en la vida social y política. Pero, al mismo tiempo, percibimos que los límites de su empleo son muy angostos. La política es mucho más científica en 1964 que en los tiempos de Littré. Los hombres de Estado pueden utilizar — y

efectivamente utilizan — estadísticas, sondeos de opinión, técnicas de manipulación de masas, calculadoras electrónicas, etc. Pero, es ya sabido que el sector de esta política científica es mucho más reducido que el de la política como “arte y práctica”, que se basa en datos imprecisos, no mensurables, intuitivos e irracionales.

Esperar que el primero pueda abarcar totalmente al segundo, y que la política pueda llegar a ser enteramente científica, resulta ilusorio. Las decisiones políticas no ponen solamente en juego datos objetivos, sino también juicios de valor sobre el hombre y la sociedad. El hecho de que estos juicios de valor no sean independientes de la situación de los individuos que los formulan y que, por el contrario, sean en parte el reflejo de su clase social o de sus intereses personales, no cambia en nada la cuestión. La libertad no es en ningún caso una libertad de indiferencia, sino algo que se ejerce siempre a través de los condicionamientos vividos.

La incongruencia entre los fines proclamados y los fines realmente perseguidos, el enmascaramiento de los segundos por los primeros, no impide que los objetivos políticos se encuentren impregnados de una finalidad. La ciencia política tiene una gran importancia porque desenmascara las simulaciones, y porque aclara las mistificaciones. Pero aunque puede precisar los verdaderos términos de los objetivos, no puede, en cambio, elegirlos.

En la medida en que la política se basa, como vemos, en opciones y en compromisos, sus conceptos quedan relativizados, ya que éstos se definen en relación a sistemas de valores determinados, no significando lo mismo en cada uno de ellos. Se puede describir la imagen marxista de la política, la liberal, la conservadora, la fascista, etc. Pero no existe una imagen totalmente “objetiva” de la política, porque no hay una política totalmente objetiva. La ciencia política puede apartar los elementos objetivos de aquellos que no lo son y de esta forma realizar la crítica de cada concepción. Puede determinar los grados de implantación y la evolución de las diferentes concepciones en una época determinada. Y, confrontando unas con otras, puede complementar y criticar a éstas de

igual modo que se comparan las fotografías, tomadas desde posiciones diferentes, de un mismo objeto cuya visión directa nos resulta imposible para tener una imagen más completa del mismo.

Detrás de todos los sistemas de valores y de todos los juicios particulares, generalmente se dan cita dos actitudes fundamentales. Desde que los hombres reflexionan sobre la política, han oscilado entre dos interpretaciones diametralmente opuestas. Para unos, la política es esencialmente una lucha, una contienda que permite asegurar a los individuos y a los grupos que detentan el poder su dominación sobre la sociedad, al mismo tiempo que la adquisición de las ventajas que se desprenden de ello. Para otros, la política es un esfuerzo por hacer reinar el orden y la justicia, siendo la misión del poder asegurar el interés general y el bien común contra la presión de las reivindicaciones particulares. Para los primeros, la política sirve para mantener los privilegios de una minoría sobre la mayoría. Para los segundos, es un medio de realizar la integración de todos los individuos en la comunidad y de crear la "ciudad perfecta" de la que hablaba Aristóteles.

La adhesión a una u otra tesis se encuentra en parte condicionada por la situación social. Las personas y las clases oprimidas, insatisfechas, pobres, desgraciadas, no pueden estimar que el poder asegura un orden real, sino únicamente una caricatura del orden, tras la cual se oculta la dominación de los privilegiados; para ellos, la política es lucha. Las personas y las clases acomodadas, ricas, satisfechas, encuentran que la sociedad es armoniosa y que el poder garantiza un orden auténtico; para éstos, la política es integración. Con frecuencia, los segundos consiguen persuadir más o menos a los primeros de que las luchas políticas son nefastas, malsanas, inmorales y de que sus participantes no persiguen sino intereses egoístas por medio de métodos dudosos. Desarticulando de este modo a sus adversarios, las clases poderosas se aseguran una gran ventaja. Toda "despolitización" favorece el orden establecido, el inmovilismo, el conservadurismo.

Naturalmente, estas dos actitudes no expresan más que una parte de la realidad. Así, los conservadores más optimistas no pueden negar que aunque la política tenga como fin realizar la integración social, ésta se alcanza raramente de forma satisfactoria. En el fondo son unos “cornelianos” que describen la política tal y como debiera ser. Por el contrario, sus adversarios, más “racinianos”, la describen tal y como es; pero tampoco pueden discutir éstos el hecho de que su pintura es demasiado negra, pues los gobiernos más opresores, los más injustos, realizan, al menos en el campo técnico, funciones de interés general como pueden ser la reglamentación del tráfico, el funcionamiento de los servicios de correos y telégrafos o la recogida de las basuras domésticas.

En definitiva, la esencia misma de la política, su propia naturaleza, su verdadera significación, radica en que siempre y en todo lugar es ambivalente. La imagen de Jano, el dios de las dos caras, es la verdadera representación del Estado y la expresión más profunda de la realidad política. El Estado — y, de forma más general, el poder instituido en una sociedad — es *al mismo tiempo*, siempre y en todas partes, el instrumento de dominación de ciertas clases sobre otras utilizadas por las primeras para su beneficio, con desventaja de las segundas, y un medio de asegurar un cierto orden social, una cierta integración de todos los individuos de la comunidad con miras al bien común. La proporción de uno y otro elemento varía según las épocas, las circunstancias y los países; pero los dos coexisten siempre. Las relaciones entre la lucha y la integración son, por otro lado, complejas. Toda discusión del orden social existente es imagen y proyecto de un orden superior más auténtico. Toda lucha esconde dentro de sí un sueño de integración y la constitución de un esfuerzo por encarnarla. Muchos piensan que lucha e integración no son dos caras opuestas, sino un solo e idéntico proceso de conjunto, en el que la lucha engendraría naturalmente la integración y los antagonismos tenderían por su desarrollo mismo a su propia supresión y al advenimiento de una *civitas* armoniosa.

Para los liberales clásicos, la lucha engendra la integración

a medida que se va desarrollando; los dos fenómenos son concomitantes. La competencia produce la mayor expansión de la producción y el mejor reparto de sus productos, es decir, en cada momento tiene como consecuencia el logro de la mejor economía posible. En la competición política se producen resultados análogos; por medio de ella, los mejores, los más aptos, la élite, gobiernan en provecho de todos. Una armonía política, alterada solamente por los anormales, los perversos, los enfermos, es paralela a las "armonías económicas". Para los marxistas, la lucha es también el motor de la evolución de las sociedades, desembocando necesariamente en el fin de los antagonismos y en el advenimiento de una sociedad sin conflictos. Pero esta integración no aparece sino en la última fase de un proceso a largo plazo, es decir, en un futuro lejano. En cada etapa se produce una integración parcial, una "síntesis", que se convierte con celeridad en una nueva fuente de contradicción y de antagonismo. La armonía política se desarrolla de forma rítmica hasta el fin de la historia, que será "la fase superior del comunismo"

PRIMERA PARTE

LOS FACTORES DE LUCHA

La contienda política se desarrolla en dos planos: por un lado, entre individuos, grupos y clases que luchan por conquistar el poder, participar en él o influirlo, y por otro, entre el poder que manda y los ciudadanos que lo soportan. En todas las comunidades humanas e incluso en las sociedades animales, el poder ofrece a sus detentadores ciertas ventajas y privilegios: honores, prestigio, beneficios, placeres. Por consiguiente, es el objeto de una áspera batalla en la que se enfrentan, en principio, individuos que luchan por un escaño parlamentario, por un puesto de gobernador, por un nombramiento de ministro, por el fajín de general, o por el capelo cardenalicio. En las grandes colectividades, estos conflictos individuales van acompañados de conflictos entre los grupos constituidos en el interior de la sociedad global; rivalidades locales, regionales, nacionales; lucha de clases, de razas, de ideologías.

Una segunda forma de lucha es la que enfrenta a los ciudadanos con el poder, a los gobernantes con los gobernados, a los miembros de la colectividad con el aparato de sujeción social. Indudablemente, la lucha no se desarrolla entre los ciudadanos por una parte y el poder por otra, sino entre ciertos ciudadanos que detentan el poder y otros que lo soportan. El poder se ejerce siempre en provecho de un grupo, de un clan, de una clase; la contienda contra él la dirigen otros grupos, clanes o clases que quieren ocupar el puesto de los antecesores. Sin embargo, en el mismo interior de la clase dominante, el aparato del Estado sigue estando en manos de una minoría. Entre ésta y la mayoría sobrevienen también con-

flictos, pero diferentes de aquellos que enfrentan a la clase dominante y a las clases dominadas. El antagonismo de los gobernantes y de los gobernados, de los que mandan y de los que deben obedecer, del poder y de los ciudadanos, se manifiesta en todas las sociedades humanas.

Las diversas ideologías políticas difieren no sólo en la importancia que conceden a la lucha en relación a la integración, sino también en la concepción que tienen de esta lucha y de los factores que la engendran. Para los marxistas, los antagonismos políticos son el producto de las estructuras socioeconómicas. El estado de las técnicas determina los modos de producción (agricultura antigua, agricultura feudal, industria moderna, por ejemplo), que producen a su vez las clases sociales, unas dominantes, otras dominadas y, por tanto, en conflicto. Las primeras utilizan el Estado para conservar su poder sobre las segundas, las cuales naturalmente resisten a esta opresión. Así, el pugilato político es el reflejo de la lucha de clases; por tanto, es esencialmente colectivo desde el momento en que se enfrentan los grupos (las clases) constituidos en el interior de la sociedad global. La competición entre los individuos queda en segundo plano para los marxistas. Éstos, desatienden también la oposición entre los ciudadanos y el poder cuando no se presenta bajo la forma de conflicto entre las clases dominadas y la clase dominante que es dueña del Estado. La experiencia del *stalinismo*, empero, les ha llevado a plantearse este problema.

Por el contrario, la filosofía liberal centra su atención principalmente en las otras dos formas de luchas políticas: por un lado, la contienda de los ciudadanos contra el poder, que es opresor por naturaleza; y, por otro, la competición entre los individuos para obtener el mejor puesto en la sociedad. Para los occidentales estas dos modalidades son el fruto de factores esencialmente psicológicos. El poder es corruptor porque permite a los gobernantes saciar sus pasiones en detrimento de los gobernados. “El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente”. El poder es una tentación permanente y, como dice Alain, “no existe ningún hombre en el mundo que pudiendo realizarlo todo y sin ningún

control, no sacrifique la justicia a sus pasiones". Por otra parte, en una sociedad en la que los bienes de que se dispone son menos numerosos que las necesidades que hay que satisfacer, cada hombre se esfuerza en conquistar por sí mismo el mayor número de ventajas sobre los demás; entonces, asegurarse el poder es un medio seguro de triunfar. Esta psicología sumaria de un *homo politicus* que se mueve por el principio del interés personal, a imagen del *homo economicus*, se complica y se enriquece en la actualidad con la aportación del psicoanálisis, el cual confiere a las luchas políticas unas motivaciones más concretas.

La evolución de las naciones superdesarrolladas hacia la "sociedad de la abundancia" conduce a los occidentales a valorar la importancia de los factores socioeconómicos (progreso técnico, bienes escasos) en las pugnas políticas, con lo cual se acercan a los marxistas. Tras los conceptos de abundancia y penuria, se descubren también algunos otros focos antagónicos que han sido señalados por los autores antiguos y que las dos grandes doctrinas han descuidado un poco. El análisis de los países subdesarrollados ha valorado de nuevo el papel de la demografía, la cual llama la atención sobre la influencia de los factores geográficos que ya señalaron todos los autores clásicos desde Heródoto a Montesquieu y, más cerca de nosotros, los teóricos de la geopolítica de comienzos del siglo xx. Así, las luchas políticas se presentan como el fruto de numerosos factores que se contrarrestan los unos con los otros. Vamos a intentar exponer un cuadro de conjunto de los mismos y determinar sus vínculos recíprocos, así como su importancia respectiva.

I

FACTORES BIOLÓGICOS

Dos teorías conceden a los factores biológicos la mayor importancia en las luchas políticas: la del “*struggle for life*” y la de la raza. La primera trasplanta a las sociedades humanas el esquema darwinista de la evolución de las especies animales. Cada individuo debe combatir a los demás para poder sobrevivir; sólo los más aptos lo conseguirán. Este mecanismo de selección natural asegura la conservación y el desarrollo de los mejores. La doctrina de Darwin es la consecuencia biológica de la filosofía burguesa, cuya doctrina de la libre competencia es la encarnación económica: la lucha por la vida se transforma en lucha por la satisfacción de las necesidades. En el terreno político aparece como “lucha por la preeminencia” (Mosca), que sirve de base a las teorías sobre la élite. De la competición por el poder, y fruto de las ventajas que él procura, emergen los mejores, los más aptos, los más capacitados para gobernar. El racismo trasplanta estas ideas del plano individual al plano colectivo. Las diferencias de actitudes entre las personas son menos importantes que las diferencias de actitudes entre las razas. Mientras que unas están más capacitadas para el mando y hechas por naturaleza para la dominación, otras han sido creadas para obedecer, aunque no se dobleguen espontáneamente. El enfrentamiento entre las razas inferiores y las razas superiores, constituye la lucha política esencial.

Ninguna de estas dos teorías posee un valor científico. Sin embargo, la idea de que la política tiene unos sustentos biológicos no debe ser completamente rechazada. El estudio de las sociedades animales nos demuestra que en ellas se desarrollan también fenómenos de autoridad y de organización del poder, comparables, en ciertos aspectos, a los fenómenos análogos en las sociedades humanas. La política apareció en nuestro mundo antes de la llegada del hombre. Contrariamente a la célebre fórmula de Aristóteles, el hombre no puede ser definido como “animal político”, desde el momento en que existen otros animales que también son políticos. Naturalmente, las diferencias entre la política en las sociedades humanas y la política en las sociedades de animales son muy grandes. Las comparaciones excesivamente profundas en este terreno pueden suministrar buenos temas literarios, pero no corresponden a la realidad. Sin embargo, sigue siendo válida la aseveración sobre la base biológica de la política.

LA POLÍTICA EN LAS SOCIEDADES ANIMALES

Junto a fenómenos sociales fragmentarios o limitados (grupos temporales, parasitismo, comensalismo) se encuentran entre los animales verdaderas comunidades, unas de tipo restringido, con carácter familiar, y otras más amplias que abarcan a un gran número de individuos de la misma especie. Algunas de ellas tienen una organización muy compleja y desarrollada. Las sociedades animales se conocen hace mucho y desde entonces se las ha comparado con las sociedades humanas. La vida de las abejas, de las hormigas y de las termitas han sido objeto de numerosas disertaciones. Resulta curioso observar, a este respecto, una tendencia “homocéntrica”: las comparaciones que se han hecho con las sociedades animales son más o menos favorables o desfavorables, según la utilidad o la nocividad para el hombre de los animales en las que se basa. Comparar un grupo humano a una colmena (formada de abejas útiles) es adulador; compararlo con un termitero (formado de animales perjudiciales) es peyorativo; compararlo,

por último, con un hormiguero (formado de animales más o menos indiferentes) es neutro o ambivalente.

La aparición de los fenómenos sociales en la evolución animal es esporádica y aberrante. Mientras que éstos se manifiestan en algunas especies, en otras, de caracteres vecinos, se ignoran totalmente. Su existencia no está en correlación con las clasificaciones zoológicas, y así los animales sociales no son ni más ni menos evolucionados que los animales solitarios. Existen animales poco desarrollados biológicamente, que, por el contrario, poseen un gran desarrollo social (ciertos insectos, por ejemplo); en sentido opuesto, se pueden ver animales muy evolucionados biológicamente, pero no son sociales (algunos mamíferos). Dentro de una misma categoría no existe tampoco relación entre la evolución social y la evolución orgánica. Las termitas están biológicamente mucho menos avanzadas que las abejas y las hormigas; pero, sin embargo, los termiteros se encuentran bastante más perfeccionados que las colmenas y los hormigueros. Parece que la socialización sea una vía de evolución de las especies diferente de la vía orgánica. Ocurre como si en todos los niveles de la evolución biológica ciertas especies se comprometiesen en el camino de la socialización — sin que se sepa por qué — y encontrasen en él otra posibilidad de evolución, que ha conducido a algunas a un gran perfeccionamiento.

Una diferencia fundamental parece distinguir dos tipos de sociedades animales: las sociedades de insectos y las sociedades de vertebrados. Estas últimas son las únicas que pueden ser comparadas con las sociedades humanas; las otras son más bien organismos que sociedades. Un estudioso de las termitas, E. Marais, ha podido escribir: “El termitero es un animal compuesto, que ha llegado a una cierta fase de su desarrollo y que únicamente posee como diferencia con respecto a otros animales del mismo género su falta de automovilidad” (1953). Las termitas en el termitero; las abejas en la colmena y las hormigas en el hormiguero se parecen más bien a las células que constituyen el organismo del hombre, o de los animales superiores, que a los ciudadanos de un Estado o a los castores de una comunidad de castores.

Las agrupaciones de insectos en el termitero, en el hormiguero o en la colmena parecen estar basadas esencialmente en estímulos materiales o físicos (tropismos y reflejos basados en la forma, en el movimiento, en el contacto, etc.). La diferenciación entre las categorías de miembros de la sociedad, según las distintas tareas a que se consagran, se realiza de acuerdo con una base orgánica; los “reyes” y “reinas”, los “trabajadores”, los “obreros”, los “soldados”, los “reproductores” poseen unas características fisiológicas tan diferentes como las que existen entre las células musculares, óseas y nerviosas de los vertebrados. La coordinación y la regulación del conjunto está asegurada de forma casi automática. Si la reina de las abejas muere o desaparece, algunas obreras alimentan especialmente a otras para convertirlas en reinas y aseguran el reemplazamiento de la antigua. Se ha podido comprobar que esta actitud viene condicionada, no por el hecho de que las obreras comprueben la muerte o la desaparición de la reina, sino por la falta de una “hormona externa” que segrega ésta. En una colmena donde la reina, viva y visible, se halle aislada por una envoltura transparente, las obreras comienzan el tratamiento especial de las larvas, como si ya no existiese ésta. Por el contrario, en una colmena en la que la reina ha desaparecido, pero donde se ha introducido un fragmento de tela impregnado de su “hormona externa”, las obreras no realizan el tratamiento y se comportan como si la reina continuara existiendo. Del mismo modo, en el organismo del hombre o de los vertebrados, ciertas hormonas internas aseguran la regulación y la coordinación de las células y de los órganos.

Conviene no exagerar, empero, este carácter de organismo colectivo de las sociedades de insectos. En principio, los mecanismos de regulación automática son menos rígidos que en el organismo del hombre o de los vertebrados. En la colmena puede suceder que, a pesar de la presencia de la reina y de su “hormona externa”, las obreras provoquen la aparición de otras reinas, lo que es causa de conflictos de tipo social. Por otra parte, y sobre todo, los elementos de base del organismo colectivo, es decir, los insectos individuales, poseen una es-

estructura infinitamente más compleja y más autónoma que la de las células del cuerpo humano, lo cual confiere al conjunto un carácter por fuerza diferente. En realidad, estos organismos colectivos se hallan en una situación intermedia entre los organismos propiamente dichos y las verdaderas sociedades como la de los vertebrados.

En las sociedades de vertebrados, cada individuo goza de una existencia mucho más autónoma en relación con la colectividad. La división de las funciones — en el caso de que exista — se basa en elementos psicológicos. Algunos vertebrados del sector inferior de la escala social, privados de hecho de la posibilidad de reproducirse, se convierten en unas especies de castrados psíquicos, predestinados a una forzada continencia. Vemos aquí una diferencia esencial con respecto a los “trabajadores” o los “soldados” de las sociedades de insectos, que son fisiológicamente asexuados. La regulación del conjunto social se halla asegurada más por la existencia de “jefes”, a los que el grupo obedece, que por mecanismos automáticos; se puede decir que esta regulación es de naturaleza política y no biológica. En el termitero, en la colmena o en el hormiguero, no existen jefes. Los términos antropomórficos de “rey” o de “reina” resultan engañosos a este respecto. Los elementos de este “animal compuesto”, es decir, de este organismo, no obedecen a nadie; la noción misma de obediencia carece de significación para ellos, de igual modo que ocurre con las células del organismo humano (las células cancerosas no son “desobedientes”, su aparición se debe simplemente a que un mecanismo de regulación automática no funciona, y eso es todo).

En las sociedades de vertebrados superiores, el fenómeno político se manifiesta, en su forma más elemental, por la aparición de jerarquías que son normalmente de naturaleza lineal: α domina a todos los demás, β domina a los demás excepto a α ; γ domina a los otros excepto a α y β , etc. Otras veces son triangulares: α domina a β , ésta a γ la cual a su vez domina a α . Las jerarquías son útiles solamente para los que ocupan los puestos superiores, pero no parece que sirvan al interés colectivo del grupo. Sin embargo, en ciertos peces, el desafortunado que ocupa el puesto más ínfimo

desempeña un papel socialmente importante como cabeza de turco o víctima propiciatoria. Los ataques de los demás, al converger en él, hacen que disminuyan las tensiones en el interior del grupo. Atemorizado, escondido detrás de unas piedras o del termostato del acuario, muere frecuentemente a causa de ese ostracismo. A veces, por el contrario, los individuos de los puestos superiores (así ocurre entre las chovas, especie de cuervos, por ejemplo), intervienen para defender a los más débiles, cuando éstos son atacados. Los grandes protegen a los pequeños y mantienen de este modo el orden social. Aparece, en este momento, la noción de jefes propiamente dichos.

En ciertas sociedades animales, el jefe no es solamente el número uno de una jerarquía en posesión de ciertas ventajas sobre los demás, sino también un gobernante que manda al conjunto del grupo en aras del interés colectivo. Unas veces, se trata de un jefe de manada, que conduce al grupo en busca del alimento, que lo dirige y que lo guía. Otras, adopta el carácter de un jefe guerrero que ordena la defensa y el ataque. También sucede que, en otras ocasiones, aparece solamente un jefe en época de celo, generalmente entre los machos. En algunas sociedades familiares, el macho y la hembra tienen el carácter de jefes en relación a los hijos, pero ninguno de ellos manda realmente sobre el otro, sino que existe simplemente una distribución de tareas. En otras sociedades, la organización gubernamental se presenta más complicada, y así nos encontramos con vigías, guardaflancos, guardafronteras, etc.

Las jerarquías confieren grandes ventajas a los animales situados en cabeza; lo mismo ocurre en lo que respecta a los verdaderos jefes. Estas ventajas rememoran mucho a las que procuran el poder en las sociedades humanas. A veces, se trata únicamente de un derecho, de repartir "dentelladas", de infligir "bromas pesadas": picotazos, zarpazos, arañazos, etcétera. Lo cual puede estar agravado por la superioridad sobre un territorio. En ciertos peces que viven en los acuarios, el número uno ocupa un gran espacio, en el que no se aventuran los demás; el número dos ocupa un espacio más reducido; y

así sucesivamente. En otros casos, la jerarquía y la autoridad implican una prioridad en el sustento, reservándose los números uno las mejores tajadas, mientras que a los últimos se les condena a la porción escueta, o incluso al hambre. Con frecuencia la jerarquía y la autoridad predominan en las relaciones sexuales; según se ha comprobado en todos los estudios realizados sobre los tétraos de Wyoming, el gallo jefe realiza él solo el 74% de los actos sexuales; el conjunto de sus “segundos” el 13%; y sus guardas (suele haber entre tres y seis) el 3%. Los gallos de categoría inferior se ven obligados a una continencia forzada, lo que visiblemente los solivianta. Muchos animales con categoría de jefes poseen un verdadero harén, a diferencia de los demás miembros de la sociedad.

La jerarquía o el poder, en las sociedades de vertebrados superiores, no procede nunca del nacimiento. Unas veces es una cuestión de edad (el animal más viejo se coloca a la cabeza de la manada) y otras de sexo (los machos se sitúan en los puestos superiores, aunque también es posible la situación inversa). En algunos casos las jerarquías de machos y hembras se hallan separadas, pero por el emparejamiento de una hembra con un macho de categoría elevada, ésta pasa a disfrutar de una situación preferente en la sociedad de su sexo (así ocurre entre las chovas, en ciertos conejos y en ciertos pollos). Generalmente, el acceso a los puestos superiores o al poder, es el resultado de una lucha entre diversos candidatos, en la que se emplean unos medios que son bastante semejantes a los de las sociedades humanas: la fuerza, la energía, la astucia, la audacia y frecuentemente también el *bluff* (aquellos que gritan de forma más fuerte o que se agitan en mayor modo ocupan los puestos preferentes). Esta lucha por el poder es constante, y así las jerarquías son discutidas con frecuencia y los jefes a menudo derribados. La “movilidad social” es grande en los animales, y la contienda política muy viva.

Evidentemente, no conviene llevar demasiado lejos las analogías de las sociedades animales con las humanas. En éstas, las representaciones colectivas son mucho más ricas y mucho más complejas, y los fenómenos de conciencia y de creencia tienen mayor importancia. Por el contrario, las representacio-

nes colectivas, la conciencia y las creencias, se encuentran en estado embrionario en las sociedades animales, incluso en los vertebrados superiores; los sistemas de valores no existen probablemente entre los animales. Son cuatro los hechos esenciales que podemos retener del anterior desarrollo. En primer lugar, la distinción entre gobernantes y gobernados, de jefes y miembros del grupo, existe en ciertas sociedades animales; por consiguiente, los fenómenos políticos son anteriores a la aparición del hombre dentro de la evolución de las especies. En segundo lugar, los animales con categoría de jefes obtienen del poder ventajas personales, que hacen de éste un objeto de competición permanente y, generalmente, ardorosa. En tercer lugar, el poder desempeña en ciertas sociedades animales una función de integración en provecho del bien común, aunque no en todas. Como hemos visto, algunas jerarquías procuran ventajas únicamente a los individuos de los primeros puestos; la primera cara de Jano existe siempre, pero no la segunda. En cuarto lugar, la detentación del poder o de un puesto jerárquicamente elevado en las sociedades animales depende únicamente de las cualidades individuales; en ellas no tiene importancia el hecho del nacimiento. Estos cuatro hechos nos aclaran ciertos aspectos de la política humana.

LAS TEORÍAS RACISTAS

Las teorías racistas, tanto en el sistema de valores occidental como en el marxista, son consideradas como nefastas. La doctrina cristiana, los principios liberales del siglo XIX y las teorías socialistas, las condenan igualmente. Después de las matanzas, entre 1942 y 1945, de seis millones de judíos por los nazis, en nombre del antisemitismo, se ha acrecentado la hostilidad hacia estas teorías. También ha contribuido a ello el logro de la independencia de numerosos países de Asia y de África, que ha conferido a los pueblos de raza amarilla y de color una influencia internacional. Pocos son en la actualidad los que se atreven abiertamente a confesar su racismo, a

excepción de algunos fascistas y de los habitantes de raza blanca de los países con estructura colonial (África del Sur, y los Estados del sur de Norteamérica). Sin embargo, gran número de personas lo son, a menudo inconscientemente, en el fondo de ellos mismos. A pesar de que las teorías racistas sean falsas y de que no posean ningún valor científico, conservan aún una gran influencia; la cual se convierte en factor de antagonismo político. Biológicamente la raza no tiene significación política, pero sí sociológicamente a través de las representaciones colectivas que origina. Resulta más cómodo, empero, estudiar aquí las teorías racistas, puesto que las pretensiones que mantienen obligan a examinar también los aspectos biológicos del problema.

La idea común a todas las teorías racistas radica en el hecho de que ciertas razas, a causa de sus aptitudes, son inferiores a otras. Se piensa, en particular, que serían incapaces de organizar y conservar una sociedad de tipo moderno y que abandonadas a sí mismas no podrían remontar el nivel de comunidades escasamente desarrolladas. No obstante, este nivel puede ser más elevado para algunas razas que para otras, por lo que existiría una graduación en la inferioridad. Así, los negros podrían difícilmente superar las estructuras tribales primitivas. Los de raza amarilla podrían llegar a constituir complejos Estados, pero sin poder modelar a éstos de forma democrática; dicho de manera mucho más gráfica, solamente podrían alcanzar el nivel de las naciones europeas de los siglos xvii o xviii.

Los judíos, notablemente inteligentes, dotados para el comercio, la banca, las artes y la crítica corrosiva, serían incapaces de ejercer funciones de autoridad o de mando y de organizar un poder político eficaz. En definitiva, únicamente la raza blanca no judía podría crear Estados modernos que funcionasen convenientemente. Ahora bien, las otras razas no admitirían espontáneamente su inferioridad. Un antagonismo fundamental las opondría a la raza superior, convirtiéndose en el motor esencial de las luchas políticas.

Las teorías racistas nacieron en la Edad Media, cuando los soberanos cristianos quisieron apoderarse de los bienes

de los banqueros judíos, pues al prohibir la Iglesia católica el préstamo con interés, sólo éstos podían practicarlo. El racismo se siguió desarrollando durante el siglo xvi, cuando españoles y portugueses utilizaron esclavos africanos para acrecentar el valor de sus colonias americanas. Pero sólo ha sido en el siglo xix cuando las teorías racistas han tenido una importancia política realmente grande. El historiador francés Augustin Thierry, impresionado por el carácter violento, profundo e irreductible de las luchas políticas que desangraban a su país desde 1789 y que habían engendrado sucesivamente un Terror rojo primero y un Terror blanco después, propuso para explicar este antagonismo una hipótesis racista en sus *Lettres sur l'Histoire de France* (1827). La Revolución francesa y sus consecuencias serían el resultado de una lucha entre dos razas, continuada a través de los siglos desde las invasiones bárbaras: los galorromanos, primitivos ocupantes del territorio, y los francos, conquistadores germánicos. Los primeros constituirían las clases campesina y burguesa, mientras que la aristocracia estaría formada por los segundos. La feroz pugna entre conservadores y liberales a partir de 1789 no habría sido sino una de las formas de esta rivalidad secular. De lo que se puede colegir que mientras los galorromanos eran por naturaleza más favorables a la libertad y a la democracia, los francos estaban más vinculados a los sistemas autoritarios y comunitarios.

Esta teoría inspiró probablemente a otro escritor francés, Arthur de Gobineau, quien la generalizó en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855). Gobineau combina la hipótesis histórica de Augustin Thierry con el mito de la raza "aria", que entonces comenzaba a extenderse. En 1788, un lingüista llamado Jones, asombrado de las similitudes existentes entre el sánscrito, el griego, el latín, el alemán y el celta pensó en el origen común de estas lenguas, y en 1813, Thomas Young denominó "indoeuropea" a esta lengua madre. A partir de entonces, se llamará "ario" al pueblo que la hablaba, y en 1861 el gran lingüista alemán F. Max Müller consagrará esta denominación. Este pueblo hipotético, definido por una lengua igualmente hipotética, va a ser objeto, a

continuación, de tentativas de localización por parte de toda una serie de seudosabios. La contradicción de sus conclusiones hizo que el absurdo se manifestase. En 1840, Pott estimó que los arios venían de los valles indios del Amur-Daria y del Sir-Daria; en 1868, Benfrey piensa que provienen del norte del mar Negro, entre el Danubio y el Caspio; en 1871, J. C. Cunok localizó su origen entre el mar del Norte y los Urales; en 1890, D. C. Brinton los considera originarios del África del Norte; en 1892, V. Gordon Childe juzga que proceden de la Rusia meridional; a comienzos del siglo xx, K. F. Johansson sitúa su cuna en las riberas del Báltico; en 1921, Kossina, menos preciso, los sitúa en el norte de Europa; en 1922, Peter Giles afirma que proceden de Hungría; etc.

Esta hipotética raza aria servirá a Arthur de Gobineau, aristócrata, legitimista y antiliberal, para justificar los privilegios de la aristocracia y para explicar el antagonismo entre ésta y las masas populares. Los aristócratas son los descendientes de los arios, los cuales han llevado a Europa la organización política, el pensamiento, las artes, la cultura, la civilización y el progreso. El pueblo desciende de los ocupantes primitivos, razas inferiores por naturaleza, que han recibido todo de los conquistadores arios, sin los cuales vivirían en la barbarie; a donde volverían a caer en el caso de que los aristócratas arios dejasen de ejercer el poder. Es de notar que la conquista aria de la que habla Gobineau es diferente de las invasiones bárbaras, momento en el cual Thierry situaba el punto de partida de la lucha de razas. Los griegos, los romanos y los germanos habrían sido ya "arianizados", pues, precisamente, su civilización sería aria. Las teorías arias poseen la ventaja de mantenerse en el terreno de lo vago, lo que las hace escapar a toda verificación crítica. No obstante, discípulos de Gobineau, concretamente Vacher de Lapouge y Ammon, midieron de forma sistemática los cráneos en los cementerios, y en consecuencia, los dolicocefalos fueron asimilados por ellos a los arios. Ammon ha formulado de este modo una ley sociológica, según la cual los dolicocefalos serían más numerosos en las ciudades que en el campo, afirmación que se empareja con la de Gobineau (los conquistadores se instalan na-

turalmente en las ciudades). Se ha comprobado más tarde que esta ley es completamente falsa.

Las teorías de Gobineau fueron deformadas por los nazis, que transformaron la distinción entre arios aristócratas y pueblo no ario en la de judíos y no judíos; constituyendo los primeros en toda sociedad un elemento disolvente que debía ser destruido. El antagonismo entre las razas desaparece, y el conflicto no opone ya a una minoría gobernante, de raza superior, con el pueblo gobernado de raza inferior, sino a un pueblo de raza superior con una minoría de raza inferior que le impide vivir armoniosamente. El racismo sirve entonces para hacer responsable a esta minoría de todos los males de la sociedad, aplicándose la técnica del “cabeza de turco”, empleada desde antiguo por muchos gobiernos. En los Estados coloniales, el racismo es más fiel a las teorías de Gobineau, a pesar de las apariencias. La raza blanca, superior y minoritaria, desempeña el papel de los arios, portadores de civilización y detentadores del poder, frente a las razas de color, inferiores, que sin aquéllos volverían a su natural barbarie.

Otras teorías racistas explican los antagonismos no ya entre clases dentro de un país, sino entre naciones. El paso de un plano a otro fue dado por el escritor inglés Houston Stewart Chamberlain, hijo de almirante, amigo y después yerno de Wagner, neurópata y admirador apasionado de los germanos (se hizo naturalizar alemán en 1916 en plena guerra). En sus *Fundamentos del siglo XX* (1899), gigantesca obra de 1.200 páginas, utiliza el mito del pueblo ario para glorificar a los alemanes. En lugar de asimilar los arios a una clase — la aristocracia — como Gobineau, los asimila a una nación: Alemania. “El teutón, ha escrito, es el alma de nuestra civilización. La importancia de toda nación, en tanto que potencia viva y actual, se halla en proporción de la auténtica sangre teutona de su población”. Chamberlain intenta demostrar que todos los grandes genios de la humanidad han sido de sangre teutona, incluidos Julio César, Alejandro Magno, Giotto, Leonardo de Vinci, Galileo, Voltaire y Lavoisier. Para él, hasta el propio Jesucristo era teutón: “Cualquiera que haya pretendido que Jesús era un judío, o bien se

ha comportado como un estúpido, o bien ha mentido... Jesús no era judío". Los alemanes adoptaron con entusiasmo las teorías de Chamberlain, las cuales justificaban sus miras expansionistas. Guillermo II invitó varias veces a este autor a Potsdam, le escribió con frecuencia y le condecoró con la Cruz de Hierro. Adolfo Hitler visitó a Chamberlain ya anciano, en 1923, poco antes de escribir *Mein Kampf*. Hitler fue el único hombre político que asistió al entierro de Chamberlain en 1927. Más tarde el nacionalsocialismo hizo de las tesis de Chamberlain uno de los pilares de su doctrina.

Las teorías racistas son falsas científicamente; sin duda, existen razas definidas biológicamente por el predominio estadístico entre los individuos que la forman de ciertos factores genéticos (color de la piel, textura del pelo, grupos sanguíneos, etc.). De manera general se admite, así, la existencia de cinco grandes razas determinadas por las frecuencias relativas de algunos genes (en general ocho): 1.º la raza europea o caucásica; 2.º la raza africana o negroide; 3.º la raza amerindia; 4.º la raza asiática o mongólica; y 5.º la raza australoide. Algunos biólogos estiman que se pueden dividir estas cinco grandes razas en grupos más pequeños, basándose siempre en la frecuencia de genes. Algunos definen así hasta treinta razas, lo cual es muy discutido. De todas formas, esta discusión no tiene importancia; basta comprobar, en primer lugar que ciertas razas, las cuales desempeñan un papel predominante en las teorías racistas, no corresponden absolutamente a nada en el plano científico. Ningún biólogo ha hablado jamás de raza aria; ninguno, tampoco, ha hablado de raza judía. Por el contrario, se ha podido comprobar que la frecuencia de los caracteres genéticos de los judíos y de los no judíos de una nación, se encuentran allí más cercanos que los de los judíos de diferentes naciones.

En cuanto a las razas verdaderas (negra, amarilla, blanca, etcétera), las únicas diferencias que la ciencia reconoce en ellas son de orden biológico: pigmentación, color de los ojos y de los cabellos, talla, forma del cráneo, grupo sanguíneo, etc. Nadie ha podido establecer jamás que de estas diferenciaciones genéticas se desprendan desigualdades de aptitud inte-

lectual o de capacidad social y política. En los Estados Unidos algunos sociólogos han pretendido utilizar los tests mentales (tests de inteligencia y tests de aptitud) para establecer la superioridad de la raza blanca sobre las razas de color. Pero se pudo comprobar que los tests en cuestión estaban precisamente contruidos dentro del marco de la civilización de la raza blanca. Por ello, no tuvo nada de asombro que individuos educados en otro tipo de civilización, no respondiesen a esta prueba tan bien. En 1931, cuando ciertos sabios americanos utilizaron tests de recién nacidos, en los que el objetivo no era ningún elemento intelectual, dedujeron en edades idénticas una cierta superioridad de los blancos. Pero se demostró que los bebés negros, a los que se aplicó el test, más pobres que los blancos, se encontraban peor alimentados, lo que acarrea una diferencia considerable de desarrollo en tan tierna edad. Experiencias hechas durante la guerra con bebés de ambas razas, alimentados de igual forma, han confirmado experimentalmente la explicación precedente; es decir, los tests dieron resultados análogos en las dos razas.

Los razonamientos que se deducen de diferencias de grado de desarrollo tampoco son válidos. Algunas civilizaciones de raza amarilla, amerindia y negra, fueron superiores a las civilizaciones blancas de su época. Las diferencias de desarrollo y de comportamiento son el resultado de las condiciones de vida (material y sociológicas) en las que se han encontrado los grupos humanos, y no de una pretendida inferioridad biológica. Los rasgos de carácter que los racistas reprochan a los negros, por ejemplo, son exactamente los mismos que se reprochaban a los proletarios de Europa hace cincuenta años: perezosos, imprevisores, embusteros, etc. Estos caracteres están ligados al subdesarrollo económico, y, así, los vemos desaparecer progresivamente entre los obreros negros cuyo nivel de vida se eleva, de igual modo que sucede entre los blancos. No es la naturaleza de los "genes" lo que explica la actitud de los negros americanos o sudafricanos, sino el hecho de que hayan sido tratados siempre como seres diferentes de los blancos e inferiores a éstos. Tratamiento que ha sido la causa de complejos de inferioridad, que ellos han asociado, en

más o en menos, al color de su piel, así como de resentimientos. De igual corte es la manera como han sido tratados los judíos desde hace siglos; el *ghetto* físico o moral en el que han sido confinados y el sentimiento de persecución que se ha desarrollado en ellos, explica la diferencia de su comportamiento con relación a los no judíos.

La distinción de razas constituye sin duda un factor importante de antagonismo político. En ciertos países — por ejemplo en el sur de los Estados Unidos, en África del Sur, o en diversas naciones de Iberoamérica — toda la vida política se encuentra dominada por esta discriminación. Pero no se trata de un factor biológico, puesto que el antagonismo no es el resultado de la naturaleza fisiológica de las razas, sino de las representaciones colectivas que se crean a propósito de ellas y de los comportamientos que se deducen de este hecho. Estas representaciones colectivas son a su vez engendradas por situaciones sociológicas o psicológicas. Surgen, bien de la estrategia política de la simulación, bien de los mecanismos psíquicos de la transposición. Para disimular el despojo de las bancas judías, los soberanos cristianos de la Edad Media fomentaron las maldiciones de la raza responsable de la muerte de Jesucristo. Ante el rápido desarrollo del socialismo en la Europa del siglo XIX, la burguesía utilizó el mismo procedimiento. Mediante la denuncia de los banqueros, de los industriales y de los comerciantes judíos, los banqueros, los industriales y los comerciantes cristianos pensaron hacer olvidar la explotación capitalista que practicaban con el mismo título.

En todas partes, el antisemitismo ha permitido a los gobernantes volcar sobre los judíos la responsabilidad de sus propias faltas.

Se ha hecho en la Alemania de 1933-1945, como antaño se hizo en la Rusia zarista, y como se hace hoy en el Oriente Medio. De igual forma, los emperadores romanos arrojaban los cristianos a las fieras, para hacer olvidar los errores del régimen.

Montesquieu comprendió perfectamente que la tesis de la inferioridad de los negros servía para justificar su explotación

por los blancos. Esta tesis se desarrolló primeramente en el siglo xvi, durante la primera ola de colonización y ha reaparecido en los siglos xix y xx, con la segunda. La situación de esclavo, de forzado o de subproletario, sorprendente dentro del contexto del principio de igualdad de todos los hombres, se convierte en admisible si las gentes tratadas de este modo no son personas como las otras, es decir, si son "hermanos inferiores". En los Estados Unidos, la extensión del cultivo del algodón en el sur, imposible de llevar a cabo sin una mano de obra servil, ha sido causa de la aparición de las teorías racistas. Toda la economía sudafricana actual está basada en el mantenimiento de los negros en estado de subdesarrollo. El racismo de los blancos provoca naturalmente un contraracismo que se manifiesta hoy, en los Estados Unidos, bajo la forma de movimientos negros extremistas (los "musulmanes" negros) y en ciertos países africanos, en donde los gobiernos imputan al viejo colonizador la responsabilidad de todas sus dificultades.

En una sociedad donde existe el racismo y donde es causa de desigualdades sociales, puede tener, a su vez, la utilidad para ciertos individuos de resolver sus problemas psíquicos por medio de una transposición o compensación. Así, en las colonias o en el sur de los Estados Unidos, el racismo antinegro es más profundo y agresivo entre los "blancos inferiores", es decir, entre los blancos pobres y miserables, que entre los blancos ricos y bien acomodados. La explicación no tiene vuelta de hoja: el hecho de que existan los negros por debajo de ellos confiere a estos desgraciados la impresión de una superioridad. Gracias a los negros, poseen un poco de importancia y prestigio y no se encuentran situados en lo más bajo de la escala social. Si la inferioridad racial desapareciese, ellos pasarían a ser lo que son (y en el fondo de sí mismos ellos saben lo que son): unos pobres hombres, unos fracasados. De este modo, abordamos los factores psicológicos de los antagonismos políticos.

II

FACTORES PSICOLÓGICOS

En la contienda política se enfrentan, esencialmente según los marxistas, grupos — las clases —. Los factores psicológicos no tienen en ella más que una importancia secundaria. Para los occidentales, por el contrario, la lucha política atañe sobre todo a individuos, que se disputan el poder o que ofrecen resistencia a éste; en la pugna los factores psicológicos desempeñan el papel principal. Al principio, se describieron los factores con segundas intenciones morales, más o menos inspiradas por los teólogos de la Edad Media, los cuales hacían del deseo de dominio uno de los apetitos humanos fundamentales junto al deseo sexual y al deseo de conocer; de este modo denunciaban la triple concupiscencia, de la carne, del espíritu y del poder. La última — la *concupiscentia dominandi* — constituiría el fundamento esencial de las luchas políticas. Más tarde los liberales adoptaron una psicología más sumaria aún, basando los antagonismos sociales en la búsqueda desplegada por cada individuo para obtener las máximas ventajas con el mínimo de esfuerzo. Principio que serviría de base a la competición política, tanto como a la competencia económica. El desarrollo de la psicología moderna, y principalmente del psicoanálisis, han suministrado fundamentos más sólidos a las teorías occidentales, aunque en algunos casos con exageraciones. Para que Freud sirva de antídoto de Marx, se ha exagerado el alcance de sus con-

clusiones, principalmente en los Estados Unidos, donde a veces se ha pretendido explicar todos los conflictos políticos a través de las frustraciones psicológicas. Comienza a vislumbrarse una sana reacción contra semejantes excesos.

PSICOANÁLISIS Y POLÍTICA

No podemos ofrecer aquí más que una idea sumaria, esquemática, y, por consiguiente, deformada, de las explicaciones psicoanalíticas en los antagonismos políticos. Las conclusiones del psicoanálisis son, en este terreno como en los demás, complejas, intrincadas y variables según los autores, por lo tanto expondremos solamente las principales y mejor formuladas. Su carácter a veces extraño o paradójico no debe sorprender; al tratar de penetrar en el fondo mismo del misterio humano, el psicoanálisis se aleja necesariamente de las falsas claridades. Su base mejor sustentada estriba en que toda la primera infancia de un individuo tiene una importancia decisiva en su composición psicológica. En esta primera infancia, los padres desempeñan un papel esencial; a través de ellos el hombre se define, ante todo, en relación con la sociedad. A continuación, estas relaciones parentales influirán de forma inconsciente en todas las demás relaciones sociales y especialmente en las relaciones de autoridad.

Estas teorías sobre la importancia de la primera infancia poseen un fundamento biológico que ha sido poco señalado por Freud. Según la expresión de Aldous Huxley, el hombre es un "feto de mono", es decir, un mono embrionario; el ser humano nace en un estado de desarrollo mucho menos avanzado que cualquier otro mamífero. Lo cual quiere decir, que al estar antes en contacto con las impresiones externas, en lugar de quedar encerrado en el seno materno, su inteligencia debe entrar en funcionamiento mucho antes. Al mismo tiempo, llega a ser rápidamente un animal social; las relaciones madre-hijo son relaciones sociales en el hombre, mientras que en otros animales son durante más tiempo relaciones puramente fisiológicas. Sean las que fuesen las consecuencias de este nacimiento prematuro del feto humano, debemos retener

la importancia capital concedida por el psicoanálisis a los primeros años e incluso a los primeros meses de la vida.

En esta fase de su existencia, el niño vive en un estado en el que domina el goce y la libertad. Toda su existencia se encuentra fundada en la búsqueda del placer. Freud ha descrito perfectamente lo que él llama la sexualidad infantil, difusa, no concentrada sobre órganos peculiares del cuerpo, “polimorfa”, y que se expresa mediante manifestaciones muy diversas. Esta búsqueda de placer en el niño no tropieza con ninguna regla contraria. Es indudable que no puede obligar constantemente a los demás a proporcionarle placer, es decir, a darle de mamar, a pasearle, a acunarle, a acariciarle. Pero los demás no pueden tampoco constreñirle a renunciar al placer de que dispone: gritar, moverse, dormir, berrear, “evacuar” cuando quiere... Así la vida infantil se encuentra dominada por el “principio del placer”. El hombre guardará siempre la nostalgia de este paraíso perdido de su niñez.

Pero, sin embargo, se encuentra forzado a abandonarlo; de ahí procede el primer choque, el primer “traumatismo” de su existencia, que marcará al individuo durante toda su vida. Para su integración en la vida social, le es necesario sustituir el principio del placer por el “principio de la realidad”, es decir, de la renuncia al placer o, en todo caso, de su estrecha limitación. Así tiene que doblegarse ante una serie de reglas coercitivas, de obligaciones y de prohibiciones. Debe renunciar a seguir sus instintos, sus impulsos, sus gustos, sus deseos. Pero la necesidad del placer es demasiado fuerte para ser sofocada de esta guisa, por lo que subsiste siempre. El conflicto entre la sociedad y este apetito del placer, es el origen de las frustraciones que son la causa fundamental de los antagonismos sociales. O bien la necesidad del placer — la “libido” — es reprimida en el inconsciente, donde alimenta los sueños y las neurosis, o bien se transforma en una necesidad de otra naturaleza, por desplazamiento, sustitución o sublimación. Un individuo cualquiera en la imposibilidad de satisfacer sus deseos sexuales, por ejemplo, se sumerge en la competencia económica, en la competición deportiva, en la lucha política, en la actividad creadora, etc.

Algunos psicoanalistas estiman, de este modo, que la civilización industrial que se dirige a construir un universo racional, mecanizado, moralizado y aséptico, se encuentra en oposición fundamental con las tendencias instintivas y los deseos profundos del hombre. El principio de la realidad tiende a reprimir completa y totalmente al principio del placer. Este cuadro inhumano conduciría, por compensación, al desarrollo de la agresividad y de la violencia. Como dice Norman Brown, "la agresión resulta de la rebelión de los instintos decepcionados contra un mundo desexualizado e inadecuado". Esta teoría se opone resueltamente a las que ven en el desarrollo técnico y en la elevación del nivel de vida, como consecuencia de éste, el origen de una debilitación de las tensiones, lo cual conduciría hacia la integración. Por el contrario, según esta teoría, el progreso técnico, al construir un mundo en el que los instintos no tienen ya cabida, tiende a acrecentar la agresividad, el autoritarismo, la violencia, y, por consiguiente, a desarrollar los antagonismos y los conflictos.

La teoría de las frustraciones se mantiene como una de las bases de explicación de los antagonismos políticos. No obstante, era insuficiente a juicio del propio Freud, quien la completó después con otras. En la segunda mitad de su vida pensó que la agresividad y la violencia principalmente, descansaban también en un "instinto de muerte", que describió como en conflicto con la libido. La lucha de Eros y Thánatus en el fondo de cada hombre, es uno de los aspectos más grandiosos, pero también más desconcertantes y oscuros de las doctrinas psicoanalíticas. Cada ser se vería impulsado, al mismo tiempo que a querer vivir en el placer, a buscar su propia destrucción, como poseído por un vértigo. Pero nadie se atreve a mirar a su propia muerte cara a cara, la cual repele al mismo tiempo que atrae. De este modo, se proyecta sobre los otros la voluntad de destrucción de uno mismo. La agresividad, es decir, la tendencia a destruir a los demás, sería, pues, en aquellos a quienes domina, una forma de proyectar sobre el prójimo el instinto de muerte. En este caso Thanatos tiende a reprimir a Eros.

Agresividad, violencia, dominación, autoritarismo — facto-

res evidentes de antagonismos políticos — pueden ser también el resultado de un fenómeno de compensación. El psicoanálisis insiste mucho en la ambivalencia de los sentimientos y de las actitudes, y en su carácter contradictorio. La propensión al erotismo, puede ser la consecuencia, según el psicoanálisis, bien de una fuerte potencia sexual, bien, al contrario, de una impotencia que empuja a su víctima a afirmarse en este terreno para disimular sus insuficiencias. De idéntica manera, el deseo de dominar y la actitud autoritaria, pueden ser el resultado ya de la voluntad real de poder de un individuo fuerte y enérgico, ya de una debilidad psicológica, de un trastorno interno o de una incapacidad para dominarse a sí mismo y para hacerse respetar por el prójimo, todo lo cual se disimula detrás de la actitud opuesta. A este respecto, la célebre encuesta realizada en los Estados Unidos en 1950 por T. Adorno, sobre la “personalidad autoritaria”, es muy interesante. Esta encuesta ha mostrado que la actitud conservadora en política se halla vinculada a un cierto tipo de estructura psicológica. La personalidad autoritaria se define por un conformismo riguroso, por la ciega sumisión a los sistemas de valores tradicionales, por la fiel obediencia a las autoridades, por la visión sumaria de un universo social y moral, dividido en categorías bien diferenciadas (bien y mal, negro y blanco, buenos y malos), donde todo es claro, ordenado y delimitado, donde los poderosos merecen mandar porque son los mejores, donde los débiles merecen su situación de subordinados porque a todas luces son inferiores, y donde el valor de la gente se determina solamente por criterios externos, fundados en la condición social.

Este conjunto de comportamientos políticos caracteriza sobre todo a los individuos inseguros de sí mismos, los cuales no han conseguido nunca construir su propia personalidad y menos aún estabilizarla, y que a la vez dudan de su “yo” y de su propia identidad. Éstos se vuelcan hacia el mundo exterior porque no pueden volcarse hacia el interior de ellos mismos. La estabilidad del orden social se convierte, de este modo, en el fundamento de la estabilidad de su propia personalidad. Lo que defienden es la base de su yo y su equili-

brio psicológico. Al defender el orden social se defienden ellos. De ahí su agresividad y su odio contra los contrarios y sobre todo hacia los "otros", los "diferentes", hacia aquellos cuyo modo de existencia y sistema de valores son un desafío al orden social, cuyo fundamento y generalidad ponen en duda. Las personalidades autoritarias se adhieren a los partidos conservadores en los tiempos tranquilos, cuando el orden social no se encuentra amenazado. Pero si éste se pone en entredicho, su agresividad crece naturalmente y los empuja hacia los movimientos fascistas. Así, las personas menos sólidas interiormente hacen muestra de la mayor solidez exterior, y, en consecuencia, los partidos fundados en la fuerza se ven concurridos sobre todo por los débiles.

El autoritarismo, la dominación, la violencia, pueden tener también otras explicaciones psicológicas. A veces, son una compensación de los fracasos individuales. La venganza puede surgir como consecuencia de la falta de estimación, de la burla o del menosprecio de los demás. Los débiles, los imbéciles, los fracasados tratan de sentirse más fuertes humillando a los que son superiores e intentando rebajarlos hasta un nivel menor al suyo. Un psicoanalista disidente, Adler, ha notado que la brutalidad y el despotismo son con frecuencia una supercompensación del sentimiento penoso que arrastran las personas de baja estatura, o que se ven afligidos por una deformación física (la mayoría de los dictadores han sido bajos: César, Napoleón, Hitler, Stalin, Mussolini...). El propio Adler considera las tendencias autoritarias como fundamentales. Para él, el instinto de dominación es el resorte esencial del hombre, el cual sustituye a la "libido" —la necesidad del placer— en la concepción de Freud. Resulta interesante comparar esta teoría con la antigua concepción medieval de la *concupiscentia dominandi*.

El psicoanálisis no esclarece solamente el problema de los antagonismos, sino que ofrece también una explicación interesante del doble carácter que los hombres han reconocido siempre a la política: lucha e integración. Las dos caras del poder: por un lado, opresor y explotador, y por otro, benefactor y creador de orden, reflejarían la ambivalencia de los

sentimientos que el niño siente hacia sus padres. El poder se basaría siempre más o menos en el inconsciente de los hombres, en las imágenes del padre y de la madre. El vocabulario corriente traduce este fenómeno; se habla del coronel “padre del regimiento”, del “paternalismo” de los jefes de empresa, de los “patronos”, del Papa, padre común de los fieles, de las metrópolis (de μητηρ : madre), de los patricios, etcétera. De igual forma el patriotismo es una transposición de las relaciones padres-hijos. La patria no es solamente la tierra de los antepasados, el país de los padres, sino también una entidad de naturaleza parental, y así, la patria donde nacemos es nuestra “madre” y el jefe del Estado que la encarna, nuestro “padre”. Todas las ideologías políticas, todas las creencias relativas al poder, conservan huellas de paternalismo.

En la primera mutación dolorosa de la vida humana, es decir, en el tránsito penoso del “principio del placer” al “principio de la realidad”, los padres desempeñan un papel fundamental. Ellos son los que formulan las primeras reglas, obligaciones y prohibiciones, que el niño debe acatar desde entonces. Encarnan también la figura del arcángel con la espada de fuego, cuando arroja al hombre del paraíso terrestre y le prohíbe la entrada, después de haber sido el ángel que le guió en este paraíso y le hizo saborear sus frutos. Este cambio de papel de los padres crea un conflicto en el corazón del niño. Hasta entonces había recibido de ellos, y especialmente de la madre, únicamente alegrías y placeres. Más tarde, aunque siga teniendo necesidad de ellos, a causa de su debilidad, se van a convertir ante sus ojos en el obstáculo para alcanzar la alegría y el placer. De ahí proviene una ambivalencia fundamental en sus sentimientos hacia ellos: amor y odio, reconocimiento y rencor, al mismo tiempo. La ambivalencia de toda la autoridad, considerada como tutelar e insoportable, benéfica y opresora, no provendría solamente de la experiencia, la cual enseña que el poder es a la vez útil y molesto, necesario y coercitivo, sino que procedería también de fuentes más profundas y secretas, es decir, reproduciría más o menos de manera incorrecta, la ambivalencia de los

sentimientos del niño con respecto a sus padres, la cual nace de los conflictos que se producen entre el principio de realidad y el principio del placer. Este carácter paternalista del poder no debe ser exagerado. Algunas formas de autoridad parecen no tener relación con los recuerdos inconscientes del poder parental. Por ejemplo, la autoridad burocrática en el sentido de Max Weber, fundada en la competencia, la eficacia y la tecnicidad. Igualmente el liderazgo en los pequeños grupos no parece estar demasiado vinculado a imágenes paternas.

Todos estos fenómenos psicológicos en parte son el fruto de las estructuras sociales. Ciertos etnólogos han demostrado que el complejo de Edipo, que Freud creía general, no existe en algunos tipos de sociedades, en las cuales las relaciones padres-hijos se encuentran organizadas de manera diferente. Asimismo, muchas frustraciones son el resultado del sistema comunitario. La angustia de la castración y de la impotencia, no se da entre los hombres de las sociedades en donde las relaciones sexuales no implican privaciones. El conflicto entre el principio de realidad y el principio del placer es más o menos agudo según el tipo de cultura, y así, en algunas, pierde gran parte de su virulencia. Probablemente, la "libido" no se encuentra situada en el puesto central de la psicología humana, más que en las civilizaciones occidentales contemporáneas, donde ha sido estudiada principalmente. De todas maneras, las explicaciones psicológicas de los antagonismos políticos son hasta ahora insuficientes. En una sociedad cualquiera, el número de individuos frustrados, reprimidos, agresivos y autoritarios, es relativamente constante a lo largo de períodos de tiempo bastante amplios, durante los cuales los antagonismos políticos son tan pronto violentos como moderados. El microbio psíquico no es nada, el terreno sociológico, por el contrario, lo es todo. Si las circunstancias y las estructuras sociales no hubiesen llevado a Adolf Hitler al poder en 1933, todo induce a suponer que en un apartado rincón de Alemania, vivirían hoy dos tranquilos burgueses, respetables y cumplidores, rodeados del afecto de sus nietos y de la estima de sus vecinos: Adolf Eichmann y Heinrich Himmler.

La noción de temperamento se encuentra ya en Hipócrates. Se basa en la idea de que es posible clasificar a los individuos en categorías de comportamiento y de actitudes, condicionadas fundamentalmente por aptitudes innatas, de naturaleza más o menos biológica. El concepto de temperamento se opone al de clases, que explica las categorías de actitudes y de comportamientos por las estructuras de la sociedad.

En política, la noción de temperamento trata de explicar los antagonismos por las disposiciones individuales más o menos congénitas. Ciertos tipos de hombres se verían compelidos, a causa de sus tendencias personales, hacia tal actitud política que les enfrentara a otros tipos de hombres, a los que sus tendencias personales conducirían asimismo a la actitud política opuesta. En principio, se han buscado las correlaciones posibles entre los comportamientos políticos y los tipos generales de temperamentos. Desgraciadamente, los psicólogos no están de acuerdo en la definición de éstos. Nos limitaremos, pues, a utilizar, a título de ejemplo, las clasificaciones corrientes.

En primer lugar, se ha tratado de hallar una correlación entre las actitudes políticas y la clasificación caracterológica de Heymans y Wiersma, difundida en Francia por René Le Senne y Gaston Berger. Esta clasificación se basa en tres criterios: *a)* la emotividad; *b)* la actividad; *c)* la "resonancia", es decir, el grado de persistencia de las representaciones. Desde este último punto de vista se distinguen los "primarios" que viven en el presente y en el futuro, pero no en el pasado, y los "secundarios", en quienes la resonancia se prolonga bastante tiempo. En política, los "amorfos" (no emotivos, inactivos y primarios) y los "flemáticos" (no emotivos, activos y secundarios) son, por naturaleza, indiferentes a las luchas, poco inclinados a buscar el poder, respetuosos con la libertad del prójimo y, por consiguiente, moderados y moderadores de los antagonismos. Por el contrario, los "apasionados" (emotivos, activos y secundarios) y los "coléricos" (emotivos, activos y primarios) sienten atracción por las contiendas polí-

ticas y por el poder; mientras que los primeros son naturalmente jefes autoritarios, los segundos son más bien agitadores de masas, oradores, o periodistas, y, en definitiva, poco inclinados al ejercicio de la dictadura (Danton, Jaurès). Los “nerviosos” (emotivos, inactivos y primarios) y los “sentimentales” (emotivos, inactivos y secundarios) son naturalmente revolucionarios; los primeros bastante anárquicos y los segundos no siempre alejados de los métodos autoritarios (Robespierre). Los “apáticos” (no emotivos, inactivos y secundarios) serían naturalmente conservadores, y los “sanguíneos” (no emotivos, activos y primarios) más bien oportunistas (Talleyrand). De todas formas, este razonamiento sigue siendo vago y superficial.

Emmanuel Mounier ha notado, por su parte, la existencia de una correlación entre las actitudes políticas y la clasificación psicosomática de Krestschmer, quien modernizó las viejas ideas de Hipócrates, distinguiendo tres tipos humanos esenciales: el grueso o “pícnico”, el delgado o “leptosomático”, y el atlético o robusto, que “asocia la viscosidad tranquila a una cierta explosividad”. Mirabeau, alternativamente flexible y fogoso, brillante y popular, sería el tipo exacto del político “pícnico” y ciclotímico. Los leptosomáticos con tendencias esquizoides, serían, por el contrario, o bien calculadores abstractos y sin escrúpulos, o bien idealistas sectarios y tiranos insensibles “a quienes todo lo que tenga un matiz humano les parece extraño”. Semejantes correlaciones son tan frágiles como las precedentes. Las relaciones entre las actitudes políticas y la clasificación de Jung, que distingue entre la extraversión y la introversión, no lo son menos. El introvertido se vuelca esencialmente hacia sí mismo, hacia el mundo interior, hacia las ideas. No se preocupa apenas de la opinión de los demás, es naturalmente anticonformista y se muestra poco sociable. Por el contrario, el extrvertido concede un interés predominante a todo lo que está fuera de él, a la riqueza, a su prestigio, a la aprobación social, al conformismo, a la actividad. El político democrático, diputado, consejero general, notable local, correspondería bastante bien al tipo extrvertido; el tecnócrata o el jacobino al tipo introvertido.

Los esfuerzos por establecer una clasificación directa de los

cuestas de Eysenck muestran que la distribución de los individuos entre los cuatro tipos así definidos no recoge exactamente su distribución en clases, nivel de vida o en otras categorías sociales, pero sí que existen ciertas correlaciones a este respecto. No se puede, pues, afirmar que estos cuatro tipos corresponden a estructuras psíquicas innatas, más bien que a situaciones sociológicas. En segundo lugar, la definición de cada tipo plantea ciertas dificultades. La distinción radical-conservador, izquierdas-derechas, es bastante clara, y parece susceptible de una utilización general, pero la distinción “duro-blando” sigue siendo mucho más sutil y su uso bastante más discutible.

Examinando de cerca las cuestiones que sirven a Eysenck para identificar los “duros” y los “blandos”, se tiene la impresión de que se trata de una distinción moral más bien que política. La “dureza” se define, en cierta manera, por lo que nosotros denominaríamos “el espíritu fuerte”, es decir, por la superación de la moral tradicional; la “blandura” es, por el contrario, el espíritu religioso y moral, de acuerdo con una concepción protestante fuertemente individualista y que descansa en la voluntad de cada uno para cumplir su deber, sin coerción externa. Corresponde la “blandura” a la fe en Dios, a la religiosidad, a una moralidad sexual rigurosa, a la creencia en la igualdad de los hombres, a la dulzura y a la ausencia de violencia, a la caridad cristiana y a la libertad de cada hombre frente al Estado (pero no de la religión y de la moral). Resulta imposible asimilar la oposición “duro-blando” a la oposición “autoritario-demócrata”, como se hace con demasiada frecuencia en Francia. Las nociones de “duro” y de “blando” son muy diferentes y no parecen aplicables fuera del contexto social anglosajón.



III

FACTORES DEMOGRÁFICOS

La influencia de la demografía en los antagonismos políticos es una idea que se halla extendida desde hace mucho tiempo. Y así, el vulgo admite con agrado la explicación de que las guerras y las revoluciones son fruto de la presión de la población. Argumento que fue formulado hace ya varios siglos, mucho antes de ser la base de la propaganda hitleriana del “espacio vital”, y de volver a ser utilizado por ciertos sociólogos contemporáneos. Sin embargo, las grandes teorías políticas no conceden casi importancia a los factores demográficos. Liberales y marxistas no han esbozado apenas este problema. Cristianos, nacionalistas y comunistas están de acuerdo en criticar las tesis maltusianas y en oponerse al control de nacimientos. No obstante, la aceleración del crecimiento demográfico en los países subdesarrollados es un factor esencial de antagonismo político.

LA PRESIÓN DEMOGRÁFICA

Desde hace mucho tiempo, algunos consideran a la presión demográfica como el factor esencial de los conflictos más graves. Es una idea tan vieja como el mundo el que, en los países superpoblados, las tensiones sociales son violentas y el que en ellos las revoluciones y las guerras son frecuentes.

Por el contrario, en los países menos poblados los antagonismos se hallan más atenuados, se discute menos a los gobernantes y la paz se encuentra más segura. Ya Aristóteles y Platón pensaban que el crecimiento excesivo de la población acarrearía una serie de perturbaciones políticas. Montaigne, en el capítulo XXIII de sus *Ensayos*, considera a las guerras como “la sangría de la República”, que purga el organismo y le impide ser perturbado por un flujo de sangre (razonamiento que está de acuerdo con las creencias médicas de la época); el tema era entonces familiar. Muchos autores del Renacimiento explicaban los disturbios de estos tiempos por el crecimiento de la población. “La guerra es necesaria a fin de que la juventud se expatrie y de que la población disminuya”, escribía Ulrich von Hutten en 1518. “Si la guerra y la muerte no vienen en nuestra ayuda, será menester abandonar nuestra tierra y deambular de aquí para allá como los bohemios”, añadía Sebastián Franck en 1538. En el siglo XVIII, la idea de que la presión demográfica era causa de los antagonismos políticos inspiró directamente las ideas de Malthus, el cual temía que un crecimiento de la población pobre, a la que se condenaba a una pobreza aún mayor a causa de este crecimiento, agravaría su envidia por las prosperidades de los ricos, y destruiría el orden social.

Las teorías de la presión demográfica descansan en dos hechos impresionantes. La población de Europa se duplicó entre 1814 y 1914: a continuación estallaron los grandes conflictos de la primera mitad del siglo XX. En las postrimerías del siglo XVIII, Francia se encontraba superpoblada en relación con los recursos naturales y con las técnicas de la época: entonces surgieron la Revolución de 1789 y las guerras de los años 1792-1815. En los actuales países subdesarrollados, la superpoblación coincide con múltiples movimientos revolucionarios y con una actitud a menudo belicosa. En los años 1930, Alemania en Europa y el Japón en Asia se encontraban visiblemente superpobladas. Su expansionismo y las guerras que éste desencadenó consecuentemente, tenían como finalidad el procurar a estos países el espacio vital que les faltaba. Inversamente, la subpoblación de los Estados Unidos

en el siglo XIX, junto a la posibilidad para los descontentos de dirigirse hacia el Oeste, debilitaron las tensiones sociales y disminuyeron principalmente la lucha de clases. Se comprende, de esta forma, la tesis de Gaston Bouthoul, para quien las guerras desempeñarían hoy la función reguladora que en otros tiempos aseguraron las grandes epidemias, es decir, dar como resultado una "relajación demográfica". Dicho de otro modo, serían una especie de válvulas de seguridad; idea que se asemeja a la que sostuvo también Montaigne.

No obstante, bajo este aspecto simplista, las teorías de la presión demográfica son criticables. Los países más poblados no son actualmente los más belicosos, pues, en este caso, Holanda, merced a la densidad de su población, sería la nación más guerrera de Europa. La China superpoblada ha sido muy pacífica durante muchos siglos, mientras que las tribus de los pieles rojas de América del Norte, esparcidas sobre inmensos territorios, se encontraban continuamente en lucha. Muchos otros factores, aparte del exceso de población, desencadenaron la Revolución francesa de 1789. Por otro lado, las revoluciones rusas de 1905 y 1917 estallaron en un país subpoblado, donde resultaba imposible hablar de presión demográfica. Esta noción continúa siendo muy vaga; además no puede definirse solamente por la densidad de población. Es preciso tener en cuenta igualmente el hecho de su envejecimiento, que crece a medida de la expansión, lo que disminuye la presión. Las representaciones colectivas son importantes también; el "peligro amarillo", que está de moda desde finales del siglo último, se basa más que en el análisis realista de la potencia de los asiáticos, en la vaga imagen de un hervidero de inmensas masas con los ojos ansiosos y en su desbordamiento sobre las naciones blancas.

Sobre todo hay que considerar los recursos naturales y las posibilidades de su explotación. La teoría de la presión de las poblaciones es una teoría de la penuria, siendo económica más que demográfica.

Parece que Malthus la enfocó desde esta óptica cuando en 1798 formuló la célebre ley: "La población tiende naturalmente a aumentar en progresión geométrica, mientras que

los alimentos lo hacen en progresión aritmética". La desproporción entre una y otros será cada vez mayor, pues mientras la población se desarrolla al ritmo de 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, etc., los alimentos crecen al de 2, 4, 6, 8, 10, 12, 14, etc. La humanidad se vería de este modo, a no ser que se realice una restricción voluntaria de los nacimientos, condenada al hombre, la cual produciría conflictos muy graves.

La ley de Malthus ni ha sido nunca verificada ni es verificable en la forma matemática dada por su autor. ¿Qué significa el crecimiento "natural" de una población o de los alimentos? A pesar de todo, la idea de que la primera crece más rápidamente que los segundos, ha quedado profundamente grabada en la mente de los hombres. En la época contemporánea ha conocido un rebrote de actualidad merced a la aceleración del ritmo de expansión demográfica. Así, el maltusianismo ha vuelto a renacer, principalmente en los Estados Unidos. Es evidente la oposición que existe entre el carácter casi ilimitado del desarrollo de la población y el carácter limitado de los recursos. Algunos estiman, por otra parte, que el cultivo intensivo tiende a agotar las tierras y que los alimentos, consecuentemente, se encuentran amenazados de escasez. Los más optimistas piensan que una explotación racional permitiría que nuestro planeta alimentase a más de seis mil millones de seres humanos, cifra, sin embargo, que corre el riesgo de ser superada a partir del año 2000. Admitiendo incluso la posibilidad de alimentar a diez mil millones de personas, esta cifra absoluta sería rebasada en menos de tres cuartos de siglo. El ciego optimismo de las teorías expansionistas no basta para resolver un problema semejante.

En la actualidad, la teoría de la presión demográfica expresa la situación de los países subdesarrollados donde el crecimiento de la población adquiere un ritmo extraordinariamente rápido, provocando una fuerte agravación de los antagonismos políticos. Dos formas de equilibrio demográfico parecen establecerse naturalmente por el juego de factores fisiológicos y sociológicos a la vez: uno en los países primitivos y otro en los países industriales muy desarrollados. El equilibrio de los países primitivos es de la misma naturaleza que el observado

en numerosas especies animales. Es decir, se basa en la combinación de una fuerte natalidad con una fuerte mortalidad, lo que podría denominarse como “el equilibrio del esturión”.

La hembra del esturión pone docenas de miles de huevos; si todos ellos llegasen a madurar, y si todos los huevos de estos nuevos esturiones tuviesen la misma posibilidad de existir, en muy poco tiempo todas las especies animales se verían aniquilados por estos peces, y la tierra se convertiría en un inmenso parque de esturiones. Sin embargo, son millares los huevos que no llegan a madurar, de igual manera que son millares los pequeños esturiones que son aniquilados. Por consiguiente, se establece en el mundo de los esturiones un equilibrio demográfico relativo. El equilibrio demográfico de la humanidad primitiva es análogo, esto es, una fecundidad natural muy fuerte junto a una ausencia de restricción de los nacimientos, provoca una natalidad muy elevada. Pero, por otro lado, la carencia de higiene, las dificultades de alimentación, las enfermedades y el envejecimiento prematuro, provocan igualmente una fuerte mortalidad.

En los países industriales muy desarrollados, la situación es diferente en ambos puntos de vista. Una mejor higiene, una alimentación más abundante y más equilibrada, junto al desarrollo de la medicina, hacen aminorar la mortalidad. La natalidad tiende a decrecer igualmente, en principio por efecto de factores biológicos aún mal conocidos, pero de cuya acción no se duda apenas. Contrariamente a la opinión general, la subalimentación y la debilidad fisiológica tienen como corolario una gran fecundidad natural; ésta parece disminuir, por el contrario, cuando la alimentación mejora y la vitalidad general es más fuerte. Por otra parte, el desarrollo del confort, de la educación y del individualismo aumenta la restricción voluntaria de los nacimientos. En definitiva, se establece un cierto equilibrio demográfico, en base a una coincidencia entre una débil natalidad y una débil mortalidad; la población crece, pero lentamente.

En los países subdesarrollados, el equilibrio primitivo se rompe, sin haberse establecido aún el equilibrio de los países industriales. La introducción de algunas reglas elementales de

higiene y sanidad, junto a tratamientos fáciles y poco costosos en la lucha contra las enfermedades endémicas (empleo masivo y regular de desinfectantes, por ejemplo), hacen disminuir rápidamente la mortalidad infantil, que es la más importante desde el punto de vista del crecimiento demográfico (la prolongación de la vida de los ancianos, posterior a la pérdida de las facultades de reproducción, no tiene ninguna significación en este sentido). La natalidad tiende, por el contrario, a mantenerse mucho tiempo en el mismo nivel, en primer lugar, porque el género de vida y las costumbres alimenticias cambian poco y porque la fecundidad natural no se ha modificado. Y en segundo, porque las costumbres tradicionales y la formación general evolucionan muy lentamente y se oponen todavía durante cierto tiempo a la restricción voluntaria de los nacimientos. La población tiende entonces a crecer siguiendo un ritmo muy rápido.

Este desequilibrio demográfico es tanto más grave, cuanto que sobreviene en el momento en que la necesidad de un crecimiento económico acelerado hace muy difícil el mantenimiento de la subsistencia en su nivel habitual. Es preciso suprimir trabajadores en la producción de los bienes de consumo corriente, para incluirlos en la construcción de fábricas, de carreteras y de pantanos, es decir, en las inversiones necesarias para construir la infraestructura de un país moderno. Los alimentos tienden a disminuir durante este período intermedio, mientras que la población, por el contrario, tiende a aumentar vigorosamente. Los países subdesarrollados se ven expuestos, de este modo, a una situación explosiva. Los antagonismos políticos se desarrollan entonces en estos países con una gran violencia, bajo el efecto de la presión demográfica. Revoluciones, guerras y dictaduras políticas, pueden ser la resultante de esta situación, a menos que se adopten medidas draconianas para propagar el uso de los procedimientos anti-conceptivos.

LA COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN

La composición de la población por edad y por sexo, así como su distribución geográfica, desempeñan un cierto papel en los antagonismos políticos. En los países desarrollados, donde la vida es larga y la natalidad escasa, los ancianos son numerosos, en relación a los jóvenes, no ocurriendo así, por el contrario, sino raramente, en los países subdesarrollados. Por otro lado, se admite, en general, que los viejos se encuentran más vinculados al orden existente y son más conservadores que los jóvenes; éstos son más revolucionarios. Sin embargo, la afición de la juventud hacia toda novedad, se vuelve bastante fácilmente hacia falsas novedades, cuyo carácter impetuoso, provocador y violento en apariencia, corresponde perfectamente a las manifestaciones psicológicas de la crisis de originalidad juvenil. En la burguesía, esta crisis engendra frecuentemente un conflicto entre la necesidad de cambio que suscita y la vinculación profunda, instintiva, a una situación social privilegiada, que corre el peligro de conducir al fascismo y a todos los movimientos de estilo *muscadino*.* A pesar de todo, una nación joven se encuentra más inclinada a las revoluciones y a los cambios profundos que una nación vieja, que profesa, por el contrario, una repugnancia más profunda hacia estos cambios.

Diversos análisis han mostrado que la juventud siente una mayor preferencia por votar a los partidos que proponen cambios, que a los partidos conservadores y moderados. Y ello, tanto si estos partidos son de izquierda como de extrema derecha, aunque, en definitiva, sea más normal en el primer caso, salvo en circunstancias particulares. La edad media de la población se refleja también en los dirigentes; la juventud de los gobernantes de los países subdesarrollados actuales y la juventud de los hombres de 1789, refleja la edad media de las poblaciones. Estos fenómenos demográficos explican, en parte, que las naciones industrializadas, con una media de edad elevada, sean cada vez más conservadoras y que los

* Nombre dado en 1793 a los elegantes realistas. (*N. del T.*)

países subdesarrollados, con una media baja de edad, sean, por el contrario, más revolucionarios.

De otra parte, en una población joven, de tipo subdesarrollado, el grupo de ancianos que hay que mantener es relativamente poco importante, al revés de lo que ocurre en los países industrializados con una media de edad elevada. Se ha previsto, incluso, que ésta podría elevarse hasta cerca del 25 por ciento (actualmente es del 16% en Francia y en Gran Bretaña, del 12% en Italia, del 10% en España). Lo cual representa una pesada carga para la población activa y es causa de verdaderos conflictos entre generaciones. Por último, cuanto mayor es la proporción de personas de edad en un Estado, más débil es el dinamismo existente y más se tiende al inmovilismo. De todas formas estas nociones son vagas, aunque por ello no dejan de responder a una cierta realidad. Replegamiento sobre los valores establecidos, búsqueda de la seguridad ante todo y mentalidad de jubilación, son fórmulas que constituyen todo un sistema de vida y que la elevación de la media de edad de la población tiende a hacer predominar. Este fenómeno se refleja naturalmente en los antagonismos políticos.

Las diferencias de composición por sexo tienen una importancia menor. El mito del raptó de las Sabinas ha perpetuado el recuerdo de guerras promovidas a causa de las mujeres, que en un cierto período de civilización fueron probablemente bastante corrientes. Ahora bien, no es seguro que la escasez demográfica femenina fuese su única causa y que el gusto por el cambio no tuviese también su papel. Las historias folklóricas de las comunidades de pioneros americanos o de colonos de otros países, han popularizado también la imagen de los conflictos internos provocados por la falta de mujeres. Estos antagonismos por frustración son verídicos, pero, de todas formas, conviene no exagerar su alcance.

En este sentido, son más importantes las consecuencias de la falta originaria de mujeres, en la formación de ciertas instituciones y de ciertos comportamientos, que subsisten más tarde durante mucho tiempo. El escaso número de mujeres blancas y la actitud primitiva de los colonos frente a las mu-

jeros de color, desempeñaron un cierto papel en la formación de sentimientos racistas (o a veces no racistas). El sociólogo brasileño Gilberto Freyre ha escrito páginas penetrantes sobre este tema, aunque tal vez sean algo exageradas. La escasez de mujeres en los Estados Unidos, durante el período heroico, condujo a su supervalorización. Así, se ha formado un matriarcado moral, más o menos consagrado por las leyes, que impregna todavía fuertemente a la sociedad americana. La importancia de este fenómeno no admite ninguna duda, pudiéndose comprobar por el hecho de que la mayoría de las fortunas americanas se encuentran en manos de mujeres, las cuales poseen también una gran influencia en la prensa, en la radio, en la televisión, etc. Es conocido asimismo el importante papel que desempeñan los clubs femeninos en la vida social y política.

El predominio de las mujeres en la población parece reforzar el conservadurismo en las sociedades occidentales desarrolladas. En estos países, los votos femeninos se orientan más a la derecha que los sufragios masculinos; no obstante, la diferencia es pequeña. Algunos autores piensan que la causa de este fenómeno se debe más bien a la edad que al sexo, puesto que al vivir las mujeres por término medio más tiempo que los hombres, el peso de las mujeres de edad, mucho más numerosas que los hombres de las mismas generaciones, inclinaría hacia los partidos de derecha al conjunto de los sufragios femeninos; ni que decir tiene que en los dos sexos los votos de los ancianos son más conservadores. Esta tendencia general se vería acentuada por el hecho de que un gran número de mujeres de edad son viudas, lo que hace que se replieguen sobre su pasado.

Esta teoría es muy interesante, pero, a pesar de todo, diversas investigaciones han demostrado que el voto de las mujeres era también conservador en las clases sociales juveniles, principalmente en los medios populares. Algunos autores han visto aquí la influencia de la "prensa sentimental" y de la mentalidad general que la literatura, la televisión y el cine tienden a plasmar en las jóvenes. Así, se les sugiere que la mejor posibilidad para salir de su condición y elevarse en

la escala social, es el hallazgo del príncipe encantador y la buena boda, perspectivas que les hace adherirse al sistema de valores de la burguesía y les arranca todo dinamismo revolucionario. Esta explicación es interesante, pero a condición de no exagerar su alcance.

En los países subdesarrollados, la influencia política de las mujeres parece ir en sentido contrario, es decir, contra el orden establecido, a favor del cambio, y, por consiguiente, hacia la agravación de los antagonismos. Su situación social es, en general, peor que la de los hombres, principalmente en los países musulmanes, en Asia, en Iberoamérica, etc. Al formar éstas la categoría social más oprimida, es natural que sean las más revolucionarias. Sin embargo, el tema de la emancipación de las mujeres puede servir también de simulación para la repulsa de una transformación real de las estructuras de la sociedad. Esto se ha visto en África del Norte entre los partidarios de la "Argelia francesa" con la campaña contra el velo, en el Viet-Nam del Sur con la propaganda de la demasiado célebre señora Nhu, etc.

La desigualdad en la distribución de la población es otro factor de antagonismos políticos. La subpoblación de ciertas regiones, causa de la dificultad de su vida económica, produce frustraciones que pueden traducirse en movimientos de tipo "poujadista". En sentido inverso, la superpoblación de otras regiones puede producir también una agravación de los antagonismos. Las grandes migraciones hacia las ciudades, en la Europa occidental del siglo XIX, que producían concentraciones de poblaciones miserables, mal alojadas, mal alimentadas y sometidas a unas condiciones terribles de trabajo, desempeñaron un papel de primera categoría en los movimientos revolucionarios. La formación de chabolas en derredor de las aglomeraciones urbanas, en los países subdesarrollados, provoca las mismas consecuencias. La densidad de población no es en este caso sino un elemento, en el seno de una situación compleja, junto a otros, como el bajo nivel de vida, la explotación patronal, el encuadramiento político, las ideologías, etc.

En casi todos los países, la desigualdad de la distribución de la población produce desigualdades en la representación

política. Las regiones despobladas tienen una proporción de diputados superior a la proporción de sus habitantes en el conjunto de la población, por lo que, de este modo, se encuentran superrepresentadas. Por el contrario, las regiones muy pobladas poseen una proporción de diputados inferior a las de su población, es decir, se encuentran subrepresentadas. Técnicamente, estas desigualdades de representación podrían limitarse mucho. Incluso si se plantea el principio de que haya un diputado por x habitantes, no se debería agrupar regiones demasiado extensas para obtener esta cifra mínima. Algunas regiones escasamente pobladas tendrían entonces un diputado por una cifra de habitantes inferior; no obstante, esto podría aminorarse al máximo. Por el contrario, en la práctica, las desigualdades de representación por motivos políticos son generalmente grandes.

En la mayoría de los países de Europa occidental en el siglo XIX, la aristocracia se apoyó en el campesinado, en su lucha contra la burguesía liberal. La razón de este comportamiento consistió en que a medida que la aristocracia se vio obligada a ceder en la extensión del derecho de sufragio, tuvo tendencia a favorecer al campo, en detrimento de las ciudades, con el fin de mantener su dominio. En el siglo XIX, la burguesía se percató de que los socialistas y los comunistas, que entonces la amenazaban, se apoyaban especialmente en las ciudades, por lo que el conservadurismo del campo podría ayudarla, a su vez, a mantener su poder. Por tanto, la burguesía reemplazó a la aristocracia en el establecimiento de desigualdades de representación en provecho de las regiones rurales menos pobladas, pero todo ello sin que los campesinos se beneficiasen con el cambio. En ambos casos los campesinos han desempeñado el papel de "clase de sostén" de otra.

IV

FACTORES GEOGRÁFICOS

“La política de los Estados se halla condicionada por su geografía”. Esta frase de Napoleón expresa una antigua idea, que se puede ver ya perfilada, en el siglo v a. J. C., en el *Tratado sobre el aire, el agua y los lugares* de Hipócrates. Heródoto la aplicó en sus *Historias*, y en el libro VII de su *Política*, Aristóteles formuló una teoría de las relaciones entre el clima y la libertad, que será recogida posteriormente en varias ocasiones, principalmente por Juan Bodino y más tarde por Montesquieu en los libros XIV a XVII de *El espíritu de las leyes*. A fines del siglo xix y a principios del xx, toda una escuela de geógrafos se dedicó a profundizar estas ideas. Un alemán llamado Federico Ratzel publicó una *Geografía política* en 1897 y, más tarde, sus discípulos denominaron “geopolítica” a esta nueva disciplina. La escuela francesa de “geografía humana”, fundada por Vidal de La Blache y Jean Brunhes expresará unas concepciones menos deterministas y fantasistas.

Conservadores, fascistas, liberales y marxistas, no discuten el hecho de que la política depende de la geografía; sin embargo, el acuerdo ya no es unánime en cuanto al grado de dependencia. Mientras que los conservadores tienden a exagerar esta influencia, los novadores se encuentran más bien inclinados a disminuirla. Para Barrès, la política se funda “en la tierra y en los muertos”, es decir, en la geografía y en la his-

toria, dependiendo grandemente la segunda de la primera. La escuela alemana de la geopolítica, estuvo, en principio, muy vinculada a los pangermanistas y, posteriormente, a los nacional-socialistas. Una idea que se halla arraigada en los mismos fundamentos de la filosofía de las derechas, es que el hombre se encuentra condicionado por el determinismo del suelo y del medio ambiente, no pudiendo zafarse de la naturaleza. Por el contrario, en las izquierdas se piensa que el hombre es libre, que puede evadirse de los condicionamientos naturales y que tiende a hacerlo. La influencia de la geografía no es separable de la de las técnicas, que son las que permiten precisamente vencer las dificultades del medio natural. Así, los factores geográficos son sociológicos tanto como geográficos, e incluso, a medida que se desarrolla el progreso técnico se puede afirmar que son más bien fundamentalmente sociológicos. En las sociedades arcaicas, los antagonismos políticos dependen en gran parte de la geografía; lo que ya no ocurre en las naciones modernas.

CLIMA Y RECURSOS NATURALES

Los autores antiguos, desde Heródoto hasta Montesquieu, han insistido, sobre todo, en la influencia directa del clima sobre los comportamientos humanos, y así, se puede decir que sus teorías son psicológicas. “El fuerte calor enerva la fuerza y el coraje de los hombres — se lee en el libro XVII de *El espíritu de las leyes* —, mientras que en los climas fríos se da una fuerza, corporal y espiritual, que hace a los hombres capaces de realizar acciones prolongadas, penosas, grandes y audaces”. La conclusión es que “no hay que asombrarse de que la laxitud de los pueblos de climas cálidos, les haya hecho casi siempre esclavos, mientras que la animosidad de los pueblos de climas fríos sea la causa del mantenimiento de su libertad”. La “servidumbre civil” — es decir, la esclavitud — se halla ligada al clima de idéntica manera. En los países cálidos “los hombres no realizan un deber penoso más que por el temor al castigo; en ellos, por tanto, la esclavitud

choca menos a la razón". Estas teorías de Montesquieu reproducen las que ya expuso Aristóteles. Después de haber comprobado que el clima frío conduce a la libertad y el cálido a la esclavitud, Montesquieu examina el problema del clima templado, cuya consideración le molesta evidentemente. Estima que los hombres son libres en él, pero que saben igualmente mandar, aunque no explica la razón de forma clara. Juan Bodino utiliza las mismas ideas, pero al ser angevino se muestra más escrupuloso en defender a los meridionales que el girondino Montesquieu. Y así, piensa que sus cualidades intelectuales están compensadas por sus carencias de energía, siendo unas y otras producto del clima.

Las ideas corrientes sobre la influencia política del clima no se alejan demasiado de estas tesis tradicionales. En el siglo XIX Michelet señaló la influencia del calor en las jornadas revolucionarias de 1789 (que tuvieron lugar entre mayo y septiembre). Su teoría se aplicaría también a la revolución de 1830 (julio) y a los sucesos de junio de 1848, pero no al desencadenamiento de la revolución de 1848 (febrero). ¿Es preciso recordar también que las revoluciones soviéticas tuvieron lugar en octubre (1905, 1917), en un país, sin embargo frío, en esta estación? Hace cuarenta años estuvo de moda hablar de las "manchas solares" para explicar guerras y revoluciones; no hace falta decir que esto no era serio. La acción del clima es más bien sociológica que psicológica, pues influye en el modo de vida en general, las instituciones, las costumbres. La antigua democracia mediterránea, cuyo centro era el Ágora o el Foro, se hallaba vinculada evidentemente a la vida al aire libre, exactamente igual que los "palabres" africanos o los "djemaas" bereberes.

El clima ejerce su más importante acción a través de los recursos vegetales o animales. Es un elemento de la riqueza o de la pobreza natural de idéntico carácter a la composición del suelo, a su configuración, a los elementos de minería, etc. En este punto la geografía se une a la economía. En las sociedades arcaicas, la segunda depende estrechamente de la primera, pero a medida que el progreso técnico se desarrolla esta dependencia se va atenuando. Como la teoría política

de los climas, la de los recursos naturales ha sido durante mucho tiempo de carácter puramente psicológico. A este respecto tropieza con una contradicción de base. Por un lado, la riqueza parece ser una fuente de poder, y, por consiguiente, un medio de desarrollo social y político, pero, por otro, relaja la energía, debilita el coraje y tiende así al anquilosamiento y a la decadencia.

Los autores antiguos tomaron partido más bien por el segundo sentido. Para Montesquieu, por ejemplo, la fertilidad de las tierras y la abundancia de los bienes conducen a la esclavitud, mientras que, por el contrario, la pobreza de recursos naturales favorece la libertad de los ciudadanos y la independencia frente al extranjero. En los países fértiles “la gente del campo, que en ellos son la mayor parte del pueblo, no son celosos de su libertad, debido a que se encuentran demasiado ocupados y satisfechos con sus asuntos particulares. Las tierras de una fertilidad extrema, temen tanto a los ejércitos, como al pillaje”. Por el contrario, en los países pobres “la libertad es el único bien que merece ser defendido” Hay que tener en cuenta, también, “que la esterilidad de las tierras exige que los hombres sean industriosos, sobrios, curtidos en el trabajo, animosos, capaces para la guerra, puesto que es menester que se procuren lo que la tierra les niega. La fertilidad de un país confiere, al mismo tiempo que la seguridad, la blandura y un cierto amor por la conservación de la vida”. Encontramos en este razonamiento las huellas de tesis moralizantes a lo Catón, tan desarrolladas en la antigüedad, y que identifican la frugalidad con la democracia.

Las teorías modernas del desarrollo paralelo de la democracia y de la abundancia, se oponen resueltamente a estas tendencias. Así, ven en la penuria un factor de agravación de los conflictos políticos que hace más difícil el funcionamiento de las democracias. Por el contrario, la riqueza tendería a reducir los antagonismos políticos y a favorecer la libertad. Sin embargo, la competición internacional se mezcla con las rivalidades internas de los países. A este respecto ciertas riquezas pueden desarrollar los antagonismos en vez de aminorarlos. La carrera por las materias primas tiene una gran influencia

en este sentido, ya que engendra conflictos entre Estados al mismo tiempo que convulsiones internas. Gran número de las luchas en el Congo belga y especialmente en Katanga han tenido su origen en los recursos mineros de la región. Del mismo modo, algunas revoluciones en las naciones petrolíferas y ciertos regímenes autoritarios encargados de mantener el orden en ellas, se encuentran directamente vinculados a la presión de los Estados compradores. De todas formas, no conviene exagerar en este sentido, pues en la actualidad existe un mito del petróleo y de su papel político, de igual modo que ocurrió en el siglo XIX con el carbón o con el acero.

Las viejas teorías de la influencia política del clima y de los recursos naturales merecerían ser consideradas de nuevo. Modernizadas, podrían suministrar, probablemente, la mejor explicación de la desigualdad que existe entre las razas. Pero todas las experiencias nos muestran que los africanos, los asiáticos y los amerindios, situados en iguales condiciones de vida que las gentes de raza blanca, poseen las mismas aptitudes e idéntico nivel intelectual. Por el contrario, si comparamos dos mapas, uno de los niveles de desarrollo socioeconómico y otro de las grandes zonas climato-botánicas, el efecto es sorprendente. El subdesarrollo máximo corresponde a las zonas glaciales del norte y del sur, a la zona ecuatorial y a las zonas desérticas subtropicales. El desarrollo máximo corresponde, a su vez, a las zonas templadas (América del Norte, Europa, Rusia, y franja del África del Norte, en el hemisferio Norte; Australia, Nueva Zelanda, ciertas partes de Chile y de Argentina y franja de África del Sur, en el hemisferio Sur). Y, por último, existe un desarrollo de tipo medio en las zonas de estepa, donde viven sociedades patriarcales, que forman el núcleo de los pueblos conquistadores. La existencia de ciertas circunstancias locales que mejoran la situación climato-botánica, producen un nivel de desarrollo superior al de las zonas consideradas (así ocurrió, por ejemplo, con los valles de ciertos ríos: Nilo y Éufrates; con las zonas asiáticas de los monzones; o incluso, con la altitud, como fue el caso de los imperios inca y azteca).

Actualmente, las influencias climato-botánicas tienen una

importancia secundaria con respecto al desarrollo técnico, lo cual no es óbice para que durante siglos desempeñasen un papel fundamental. A causa del *handicap* geográfico, los países de zonas glacial, ecuatorial y tropical, han adquirido un considerable retraso, que difícilmente podrán superar. En el caso de que fueran países industrializados, la acción del clima y de los recursos naturales, tendrían menos importancia. Pero precisamente, por causa de esta acción milenaria del clima y de los recursos naturales, no han sabido industrializarse. Además, hay otra cosa: al permitir la técnica, a las naciones que han podido industrializarse, acelerar considerablemente su ritmo de desarrollo, el foso que separa a estas naciones de los países subdesarrollados se engrandece vertiginosamente. La maldición de la geografía pesa siempre, e incluso más fuertemente, sobre los pueblos de las zonas no templadas.

EL ESPACIO

El clima y los recursos naturales no son separables de otro factor geográfico que ha sido estudiado por los contemporáneos: el espacio. Un ejemplo concreto que atestigüa su importancia y el vínculo que lo une a los factores anteriores nos lo suministra el antiguo Egipto. El valle del Nilo, aislado por un desierto, constituye propiamente un marco natural. Sus tierras, gracias a las inundaciones del río que se producen periódicamente, son prodigiosamente ricas. La utilización de este fenómeno natural suponía un desarrollo de un sistema de retención de aguas, de cuidados permanentes de los canales y de las norias, que exigía una organización social muy rígida y centralizada. Entonces, se puede ver, por un lado, la necesidad imperiosa de un Estado fuertemente organizado, y por otro, la existencia de todos los elementos que permiten el desarrollo de un Estado desde la antigüedad: riqueza, comunicaciones fáciles por el Nilo, ausencia de refugios para las rebeliones, etc. En los valles del Tigris y del Éufrates, la combinación del clima con los recursos naturales y con la situación, produjo las mismas posibilidades de civilización, pero la falta de una cre-

cida regular del río no condujo necesariamente al mismo centralismo.

La noción de espacio fue intuida ya a propósito de las islas, por Montesquieu. “Los pueblos de las islas, dice, se hallan más inclinados a la libertad que los pueblos del continente. El mar separa las islas de los grandes imperios y consigue que la tiranía no pueda establecerse en ellas; los conquistadores son detenidos por el mar, y, en consecuencia, los insulares no se ven mezclados en la conquista y pueden conservar más fácilmente sus leyes”. Por otra parte, sería conveniente generalizar esta noción de islas, utilizándola en un sentido más amplio, de suerte que, junto a las islas marinas que corresponden a la definición restringida de insularidad, se situasen los oasis, especie de isla del desierto, los valles de ciertos ríos (el Nilo, por ejemplo) que se encuentran rodeados de espacios desérticos, los claros selváticos, especie de isla de los bosques, etc. Los pueblos de las islas carecen de vecinos, es decir se encuentran separados de los demás pueblos por “vacíos”, lo que les confiere una mayor seguridad. Por el contrario, la ausencia de obstáculos naturales favorece las invasiones y hace que los Estados estén más amenazados y sean menos estables. La vasta llanura del norte de Europa se encuentra mucho más predispuesta a las invasiones que las zonas montañosas centrales. El carácter inestable, efímero, de las naciones que se han formado en esta zona, la incertidumbre de sus límites y las variaciones que han sufrido a lo largo de la historia, son fenómenos políticos estrechamente vinculados a la geografía.

La distribución de la población en el espacio posee una gran importancia política. André Siegfried, estudiando la Francia del Oeste en 1913, comprobó que las regiones de *habitat* disperso eran más bien conservadoras, mientras que las regiones de *habitat* aglomerado tenían inclinaciones novadoras. Siegfried explicó este fenómeno por el aislamiento de los ciudadanos en el primer caso, puesto que producía repliegamiento sobre ellos mismos y sus tradiciones. En el segundo caso, por el contrario, los contactos más frecuentes permiten la difusión de las ideas nuevas de una manera más rápida y

fácil. Este análisis parece válido, aunque no hay que olvidar el hecho del “comadreo” de los pueblos, que hace que la presión social sea en ellos un factor de conservadurismo. Las dimensiones de los pueblos aglomerados es también importante; cuando, como en el caso de Italia del sur o Sicilia, constituyen verdaderas ciudades, la atmósfera es diferente de la de todos los pequeños pueblos rurales. En cualquier caso, la dispersión o la aglomeración de *habitat* depende esencialmente de elementos geográficos, y principalmente del régimen de las aguas y de la permeabilidad del suelo, que de esta forma adquieren una influencia política.

La concentración de la población en las ciudades, posee, en este sentido, todavía mayor importancia. Marx veía en la oposición ciudad-campo un antagonismo político esencial. La democracia nació en las ciudades en tiempos de la *civitas* antigua. A fines de la Edad Media, a comienzos del Renacimiento, el desarrollo de las ciudades favoreció la expansión de las nuevas ideas. El socialismo se extendió en las ciudades industriales modernas. Las revoluciones son, esencialmente, fenómenos urbanos (las revueltas de campesinos son raras, y más raramente aún constructivas). La influencia política de las ciudades no es solamente directa, a causa de los contactos que multiplican entre los hombres y de las facilidades que ofrecen a su acción política (el derecho de reunión y sobre todo el derecho de manifestación, son esencialmente derechos urbanos), sino que su influencia se ejerce también indirectamente por el hecho de que las ciudades son el factor esencial de la civilización y del progreso material e intelectual. El lenguaje, al considerar sinónimos “urbanidad” y “carácter civilizado”, ha consagrado este hecho.

La ordenación del espacio geográfico en el interior de las ciudades tiene también consecuencias políticas. Se ha dicho ya, y no sin exageración, que la aparición del ascensor agravó la lucha de clases al acentuar su segregación. Antes, la aristocracia y la burguesía ocupaban los pisos inferiores de los inmuebles, es decir, a partir del entresuelo (el primer piso era el “principal”, el segundo ya no lo era tanto, y el tercero lo era menos aún); el pueblo vivía en los pisos superiores y en los

entresuelos. De este modo, se establecían contactos diarios entre las clases. Pero, al revalorizarse los pisos altos, el ascensor ha agravado la tendencia a formar barrios populares separados. Algunas leyes sobre las viviendas baratas tenían el mismo sentido. Por el contrario, en la actualidad existe la tendencia por parte de los urbanistas a crear barrios mixtos. La razón de ello es con frecuencia política: procurar el debilitamiento de las reivindicaciones obreras. En estos barrios mixtos, en efecto, los votos obreros tienen, a menudo, un matiz izquierdista menor que en los barrios puramente obreros.

La importancia de las vías de comunicación sobre la política es evidente. Vías comerciales, vías de peregrinación y vías de invasión, establecen contactos por igual; a través de ellas penetran las mercancías, los ejércitos, las enfermedades y las ideas. La geografía electoral nos enseña el papel que desempeñan como vías de penetración de las nuevas doctrinas. También favorecen los contactos entre el pueblo y el poder, entre gobernantes y gobernados. Estas vías son usadas por policías y soldados para reprimir las revueltas, lo que hace que los focos de resistencia se sitúen lejos de ellas, en regiones de difícil acceso. “La civilización es, ante todo, un camino” ha dicho Kipling. La centralización, podemos decir nosotros, es también “ante todo un camino”. Y así se encuentra siempre esta ambivalencia que excluye todo determinismo. Si los valles de ciertos ríos, rodeados de desiertos, han sido centros políticos privilegiados en la antigüedad en donde se desarrollaron los primeros grandes Estados (Tigris, Éufrates, Nilo), ha sido probablemente porque en ellos se encontraban dos ventajas contradictorias: el aislamiento a causa de los desiertos y el contacto por medio de la vía fluvial.

Las ventajas de la situación marítima parecen análogas. El mar es al mismo tiempo, una protección, una barrera, y una vía de comunicación, la única que existía en la antigüedad para los transportes importantes y pesados a larga distancia. Así se constituyeron los imperios marinos: el griego y el romano. En el plano de la política, se ha comprobado frecuentemente la oposición entre los pueblos continentales formados por agricultores más o menos encerrados en sí mismos, y los

pueblos marinos abiertos a todas las comunicaciones y viviendo de ellas. Es la oposición entre Esparta, autocrática, y Atenas, democrática, o entre la Europa central, autocrática y la Gran Bretaña, democrática. Sin embargo, otros autores consideran que los agricultores sedentarios están más bien inclinados a la democracia, en comparación con los nómadas, más autoritarios.

Las vías de comunicación son elementos de un concepto más general que podríamos denominar la situación. Si cogiésemos a la Francia actual, con sus 48 millones de habitantes, sus ciudades, sus fábricas, sus universidades, su equipo técnico e intelectual, y la trasladásemos al Pacífico, en el emplazamiento de Nueva Zelanda, comprobaríamos que su importancia política en el mundo se vería reducida a tres cuartas partes (este orden de grandeza es puramente simbólico). Por consiguiente, esta importancia política se debe en sus tres cuartas partes a su situación geográfica. Pero, evidentemente, semejante suposición es absurda, ya que si Francia estuviera situada en Nueva Zelanda, sería muy diferente de la Francia que conocemos. Esto nos demuestra la importancia de la situación; podríamos multiplicar ejemplos similares. La neutralidad suiza se encuentra palpablemente vinculada al lugar que ocupa este país en Europa; el desarrollo eventual del comunismo en Cuba no tiene importancia más que a causa de la proximidad de esta isla a los Estados Unidos. La situación puede apreciarse, por otra parte, desde diferentes puntos de vista: en relación a otros Estados, en relación con las grandes vías de circulación, en relación con las materias primas y con los recursos naturales en general, etc. También depende de la historia; así el emplazamiento de los centros de importancia política del Mediterráneo al Atlántico ha modificado la situación de los países costeros de estos mares.

Por último, la situación depende, como en todos los demás factores geográficos, tanto de la idea que uno se hace, como de los elementos materiales. El gran geógrafo americano Bowman escribió en el ocaso de su carrera: "Toda mi vida he luchado por explicar a las gentes que el medio natural no significa para ellos más de lo que querían ver en él." La fórmula es

exagerada, pues el medio natural posee su propia realidad, independientemente de las representaciones colectivas a que dé lugar. Pero no cabe duda de que éstas desempeñan un papel muy importante; así la idea de fronteras naturales, falsa desde el punto de vista geográfico (los ríos y las montañas unen en vez de separar), ha engendrado numerosos antagonismos políticos. El ejemplo de los sistemas de proyección cartográfica es aún más significativo. La técnica empleada para traducir el globo terráqueo en planisferio, tiene una influencia notable sobre ciertas actitudes políticas. La situación de Europa occidental ante la rivalidad USA - URSS es muy diferente según se observe un planisterio basado en el sistema tradicional de proyección ecuatorial, o un planisferio que se sirve de la proyección polar y que está de moda desde hace veinte años. En el primer caso, Europa se encuentra situada entre los dos Grandes: parece el objeto mismo del conflicto; en consecuencia, la idea de un “no compromiso” europeo es absurda. En el segundo caso, los Estados Unidos y Rusia se encuentran frente a frente y muy cercanos en los dos lados del polo norte, mientras que Europa aparece apartada a un lado; entonces parece posible, por el contrario, un neutralismo europeo.

La geografía ha servido, así, de pretexto para la elaboración de teorías fantásticas destinadas a justificar reivindicaciones. Acabamos de citar el mito de las fronteras naturales, utilizado de manera muy general. El mito “del espacio vital” — a la vez geográfico y demográfico — ha quedado para un uso más limitado; la Alemania nazi y el Japón han sido, sobre todo, los que se sirvieron de él. Otros mitos solamente han dado alguna celebridad a sus autores entre el mundo diplomático y en los Estados Mayores. El más anodino de ellos fue el del “heartland”, formulado en 1919 por el geógrafo inglés Mackinder. Simplificando la lectura del planisferio, éste consideró a Europa, Asia y África, como un solo bloque, que sería el centro de la vida terrestre y que determinó la “Isla del mundo”; la cual estaría formada, en su periferia, por países marítimos muy desarrollados y poblados, y en su interior, por regiones vacías y menos civilizadas. En esta enorme masa con-

tinental, una zona ocupa una situación privilegiada, desde donde se puede dominar al conjunto; Mackinder la denominó el "heartland" (corazón del mundo) y la situó aproximadamente dentro del territorio ruso: en Ucrania. Con arreglo a esta división y esta terminología, resume en una frase lapidaria, y con frecuencia citada, su teoría: "Quien posea la Europa oriental domina el Heartland; quien posea el Heartland domina la Isla del Mundo y quien posea la Isla del Mundo domina el Mundo". Esta teoría, cuyo valor poético es indudable, sigue siendo, en el plano positivo, meramente fantasista.

V

FACTORES SOCIOECONÓMICOS

Los elementos socioeconómicos son probablemente los factores más importantes de los antagonismos políticos. Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, todas las sociedades humanas han estado caracterizadas por la penuria, es decir, por la insuficiencia de los bienes de que se dispone en relación con las necesidades que hay que satisfacer. Se columbra hoy el advenimiento próximo, en las naciones industriales, de sociedades de la abundancia, donde serán satisfechas de forma regular las necesidades de los hombres. Y no solamente sus necesidades elementales (alimentación, vivienda y vestidos), sino también sus necesidades secundarias (confort, diversiones y cultura). Algunos autores discuten esta posibilidad diciendo que las necesidades humanas son indefinidamente extensibles, en el sentido de que crecen a medida que se van satisfaciendo. De todos modos, ningún país ha alcanzado aún este nivel de desarrollo, pues hasta ahora se puede afirmar que en todos subsisten tipos de penuria. En la Francia de 1964, que se halla en plena expansión, los dos tercios de los obreros de la industria no pueden salir de su residencia durante las vacaciones, como serían sus deseos, al no tener los medios materiales para poder hacerlo.

En una situación de penuria global, cabría imaginar que cada miembro del cuerpo social soportase el mismo grado de privación que los demás, de manera que todos fuesen iguales

en la escasez. Semejante hipótesis, empero, hay que decir que no se realiza casi nunca; existe cierta aproximación en algunas comunidades agrarias antiguas y en algunos países socialistas actuales. La mayor parte de las veces, la penuria produce la desigualdad; es decir, determinadas clases o categorías pueden procurarse todo lo que desean, mientras que otras sufren enormes privaciones; así, solamente existen privilegiados y oprimidos. Entre ellos la desigualdad fomenta un antagonismo fundamental, que es la base esencial de la contienda política. Los oprimidos luchan por una vida mejor, mientras que los privilegiados lo hacen para conservar sus privilegios. La detentación del poder ofrece una ventaja esencial en esta contienda, por lo que se puede decir que se convierte en la baza principal.

LAS CLASES SOCIALES

“La historia de todas las sociedades hasta hoy, es la historia de la lucha de clases.” La célebre frase que inicia el *Manifiesto comunista* de 1848 no expresa una idea tan nueva como se cree. Antes de Marx fueron muchos los que pensaron que los antagonismos políticos eran fruto de la desigualdad de las categorías sociales. Estas categorías sociales desiguales constituyen las clases en el sentido más amplio del término. La originalidad de Marx radica en haber hecho de la lucha de clases el factor fundamental de los conflictos políticos, y, sobre todo, en haber formulado una definición rigurosa y restringida de las clases sociales. Anteriormente a él, la noción de clases correspondía, en más o menos, a la de los sociólogos americanos actuales, quienes delimitan dentro de la sociedad unos “estratos” verticales que vienen determinados por el nivel medio de vida. Esto nos obliga a precisar la vieja oposición de los ricos y de los pobres, de los *have* y de los *have not*, de los privilegiados y de los explotados.

Definidas sumariamente de este modo, las clases desempeñan un papel esencial en la vida política. Todos los sondeos de opinión y todos los análisis de elecciones y partidos, nos de-

muestran que existe una correlación bastante estrecha entre los criterios políticos que se manifiestan y el nivel de vida. Indudablemente ni todos los "ricos" tienen por qué encontrarse necesariamente en un lado, ni los "pobres" en otro, pero sí es posible afirmar que la mayoría de los primeros se sitúan en una parte, y la gran mayoría de los segundos en la otra. En toda sociedad, la oposición entre los privilegiados, que pueden satisfacer sus deseos y gozar plenamente de la existencia, y los oprimidos, que sufren privaciones más o menos grandes, es fundamental. Naturalmente estos últimos se esfuerzan por ocupar la situación privilegiada de los primeros, mientras que éstos luchan por conservarla. Este antagonismo será político, en la medida que afecte al poder. Pero, esto ocurre siempre, porque la detentación del poder es uno de los medios más eficaces para gozar de los privilegios y conservarlos.

Sin embargo, los "estratos" llegan a convertirse en clases únicamente en los casos en que alcancen una cierta estabilidad y permanencia. Si todos los miembros de una sociedad dispusiesen de igualdad de posibilidades en su nacimiento, la diversidad de los niveles de vida, que resultasen de la diversidad de sus respectivos éxitos particulares, no constituirían, propiamente hablando, unas clases. En una hipótesis semejante, las luchas políticas seguirían siendo individuales y los antagonismos políticos serían el fruto, sobre todo, de factores psicológicos. La noción de clase se basa doblemente en la desigualdad de las situaciones sociales y en el carácter colectivo de esta desigualdad. Es decir, en el hecho de que todo el mundo se encuentra alineado en una categoría desde su nacimiento, incluso aunque se pueda salir de ella posteriormente. Los conceptos de clase y de herencia de privilegios, son inseparables. De acuerdo con esta base trataremos precisamente de dar una definición de las clases sociales más comprensiva y más operacional que la del marxismo.

Las representaciones colectivas que se forman a propósito de los niveles de vida son tan importantes, para la determinación de las clases, como la definición material de estos niveles. La imagen que los miembros de una sociedad se fabrican de los diversos grados de la escala social, la forma según

la cual cada uno se sitúa en esta escala, en una palabra, el sentimiento de pertenencia a una clase, la "conciencia de clase", desempeña un importantísimo papel en el desarrollo de los antagonismos políticos. Se han realizado en los Estados Unidos muchos estudios interesantes sobre este tema, después de realizarse la encuesta sobre "Middletown". En la misma se obtuvo la célebre distinción de seis clases: superior-superior, superior-inferior, media-superior, media-inferior, inferior-superior, inferior-inferior. Estas distinciones encuentran su inspiración más o menos en las teorías de los sociólogos franceses de la escuela de Durkheim, según las cuales los miembros de una sociedad se distribuyen por sí mismos, de acuerdo con su propia estimación, en varias categorías, a las que corresponden grados y formas diferentes de prestigio. Émile Goblot ha estudiado así en 1925 la "barrera" y el "nivel" de las diferentes clases. Maurice Halbwachs realizó una teoría de conjunto de las clases consideradas como un fenómeno de psicología colectiva. El problema fundamental consiste en determinar los criterios del sentimiento de pertenencia. El nivel de vida material constituye el criterio principal, pero mucha gente se sitúa por encima o por debajo de su nivel real de clase. Este fenómeno posee una gran influencia en el desarrollo de los antagonismos políticos.

La diferencia de los niveles de vida produce a su vez diferencias en el género de vida (es decir, en los comportamientos, en las costumbres, en los hábitos, en la mentalidad) que refuerzan el sentimiento de clase. Pero el género de vida no depende únicamente del nivel de vida. Con igual renta, un tendero y un profesor, un cantante de fama y un banquero, no tienen el mismo género de vida. Esto influye sobre los comportamientos políticos y desarrolla principalmente antagonismos de tipo comparativo. Una diferencia más profunda, que es causa, con frecuencia, de conflictos, separa a los habitantes de las ciudades y a los del campo, llegándose a hablar, a veces, de una "clase campesina" que se define esencialmente por su género de vida. Esta oposición entre la ciudad y el campo, llamó la atención del propio Karl Marx. Pero éste la asoció a su concepción general de las clases sociales, que

define por el modo de producción, como lo demuestra un interesante pasaje de *La Ideología alemana*: “La división más clara entre el trabajo material y el trabajo espiritual se encuentra en la separación entre la ciudad y el campo. La oposición entre una y otro comienza con el paso de la barbarie a la civilización, del régimen de tribus al Estado, de la localidad a la nación, y la encontramos en toda la historia de la civilización de nuestros días... Aquí es donde aparece por vez primera la división de la población en dos grandes clases que se basan directamente en la división del trabajo y en los medios de producción”.

El marxismo no desprecia las nociones de género de vida, de sentimiento de pertenencia y de nivel de vida. Marx se subleva contra la creencia corriente de que el grado de riqueza o de pobreza constituye el criterio fundamental: “El prosaico sentido común, dice Marx, reduce la distinción de las clases a la escala del monedero. La medida de éste es una diferencia puramente cualitativa, puesto que siempre se puede conseguir el enfrentamiento de dos individuos de la misma clase”. Sin embargo, Lenin, hace participar, “la parte de riquezas sociales” de que cada uno dispone, en su definición de las clases (*La Gran Iniciativa*, 1919). No existe, empero, contradicción entre estos dos puntos de vista; para un marxista, nivel de vida, sentimiento de pertenencia y género de vida son elementos secundarios y derivados en la definición de clases sociales. Estos tres conceptos son la consecuencia y el reflejo de un elemento principal, que es la propiedad privada de los medios de producción. Existen frente a frente dos clases: la que posee los medios de producción, y la que no tiene para vivir más que su fuerza de trabajo. De aquí se desprenden las diferencias de nivel de vida y de sentimiento de pertenencia, que son causa de antagonismos políticos. La propiedad privada de los medios de producción es la base de todas las diferencias, pues ella es la que hace nacer dos clases, de intereses opuestos, que luchan entre sí.

El antagonismo de estas clases, motor esencial de la vida política, se debe al hecho de que la propiedad privada de los medios de producción permite a quien los posea sustraer una

parte del trabajo del no propietario. Cuando se extrae de un objeto fabricado por el hombre todo lo que ha servido para producirlo (incluido lo que es necesario para hacer vivir al que lo ha producido) queda algo, que es la plusvalía. El capitalista conserva esta plusvalía, dando solamente al proletario lo que le es necesario para subsistir. Naturalmente, en las sociedades capitalistas modernas, la presión de los sindicatos y de los partidos obreros se opone a una confiscación total de la plusvalía. Pero la explotación no cesará en tanto que la propiedad privada de los medios de producción siga existiendo. Resulta asombroso comprobar, por otra parte, como en Occidente, a trabajo equivalente, a nivel cultural y técnico equivalente, las rentas son en general más elevadas para los propietarios de los instrumentos de producción que para los asalariados.

Para los marxistas, esta lucha de clases, entre propietarios y no propietarios, constituye el foco esencial de los antagonismos políticos, que son el reflejo de ella. Las propias clases se encuentran determinadas por el sistema de producción y por el régimen de propiedad, que a su vez son la consecuencia del estado de las técnicas (o "fuerzas productivas"). El esquema de la dependencia de los fenómenos políticos, con respecto a los sistemas de producción es, por lo tanto, el siguiente: técnicas (fuerzas productivas) → sistema de producción y régimen de propiedad → clases sociales → lucha de clases → antagonismos políticos. Así, las técnicas primitivas engendraron el sistema de producción y el régimen de propiedad de la antigüedad, en donde se dio la lucha entre señores y esclavos, y el Estado esclavista; las técnicas agrícolas medievales produjeron el sistema de producción y el régimen de propiedad feudal, que tienen como resultado la lucha entre señores y siervos, y el Estado del Antiguo Régimen; y por último, las técnicas industriales produjeron el sistema de producción y el régimen de propiedad capitalista, en el que aparece la lucha entre burgueses y proletarios, y el Estado democrático occidental. La evolución misma de las técnicas industriales tiende a la supresión de la propiedad privada, base de los sistemas de producción anteriores, y al sistema de producción socialis-

ta, que pone fin a la lucha de clases, según la doctrina marxista y tiene como consecuencia la consunción del Estado, después de haber pasado por una fase intermedia de dictadura del proletariado.

Cada sistema de producción (o régimen de propiedad) produce varias modalidades de regímenes políticos, es decir, varias formas de lucha de clases. El Estado esclavista de la Antigüedad revistió las formas de un despotismo de tipo egipcio o persa, de una tiranía de tipo griego, de una democracia de tipo ateniense o de un imperio de tipo romano. El Estado feudal evolucionó desde una descentralización que se buscaba en dominios independientes entre sí, hasta una monarquía centralizada de tipo Luis XIV. El Estado burgués es tan pronto una democracia occidental como un régimen fascista. En el Estado socialista, que se basa en la dictadura del proletariado, se puede distinguir el régimen soviético y los regímenes de democracia popular. Los teóricos marxistas contemporáneos oponen de esta forma los "tipos de Estado" y las "formas de Estado". Los tipos de Estado, que corresponden a un sistema de clase determinado, son cuatro: El Estado esclavista, el Estado feudal, el Estado burgués y el Estado socialista. Dentro de cada tipo existen varias formas de Estado, es decir, de regímenes políticos.

Sin embargo, para los marxistas, el antagonismo fundamental sigue siendo siempre el mismo dentro de cada tipo de Estado. En el Estado antiguo, la lucha social opone siempre a los señores y a los esclavos; en el Estado feudal a los señores y a los siervos; en el Estado capitalista a los burgueses y a los proletarios. En todos los casos el conflicto enfrenta a los propietarios particulares de los medios de producción y a aquellos que poseen solamente su fuerza de trabajo para vivir. Pero esta lucha esencial reviste aspectos diferentes, según sean las formas de Estado dentro de cada tipo. Así, en el Estado medieval, los siervos luchaban separadamente contra su señor, sin ningún apoyo frecuentemente, en el interior de cada feudo; en el Estado monárquico centralizado los siervos recibieron, a veces, el apoyo de los burgueses de las ciudades o del rey, en su lucha contra los señores; de este modo,

desarrollaron luchas más generales, con unos márgenes más amplios. En el Estado capitalista, la lucha de los burgueses y de los proletarios no reviste las mismas formas cuando se trata de la democracia occidental, donde se realiza por intermedio de los partidos, que cuando se trata de los regímenes fascistas donde la dominación burguesa es violenta e implacable y donde la resistencia obrera adopta formas clandestinas y brutales.

Por otra parte, siempre se mezclan con el antagonismo fundamental, basado en la lucha de clases, otros antagonismos secundarios. Nunca se reduce esta lucha a un conflicto entre dos clases solamente, es decir, hasta ahora no se ha dado en la realidad concreta en su estado puro. Al lado de las dos clases principales que corresponden al sistema de producción existente, subsisten siempre más o menos otras clases que corresponden al sistema de producción anterior, el cual no ha desaparecido totalmente. Así, se encuentran en el régimen capitalista aristócratas terratenientes, junto a campesinos. También se puede dar el caso de clases que correspondan al sistema de producción futuro, cuyos primeros elementos comienzan a aparecer de forma progresiva; de este modo, existían ya burgueses en la sociedad feudal. Clases ascendentes y clases decadentes intervienen en juegos y alianzas variados con las clases fundamentales, uniéndose, según sus propios intereses tan pronto a una como a otra. Por otra parte, ninguna clase es absolutamente homogénea, sino que cada una se encuentra siempre compuesta de elementos muy variados, los cuales están en conflicto entre sí: pequeños comerciantes contra grandes almacenes, industriales contra banqueros, empleados contra obreros, etc. Dentro de cada clase existen, pues, contradicciones.

Los grandes conflictos políticos del siglo XIX y comienzos del XX son, sencillamente, conflictos entre clases definidas en sentido marxista. La oposición entre los conservadores y los liberales (políticos) es antes que nada una oposición entre aristocracia y burguesía; el campesinado cumplió entonces la misión de clase de sostén con respecto a la primera. La oposición entre los liberales (económicos) y los socialistas no es

ni más ni menos que la de la burguesía, que entonces se alió con la aristocracia decadente, frente al proletariado. Sin duda intervinieron otros factores, como son los religiosos, los nacionales, los raciales, etc. Pero, no dejan de ser secundarios en relación con los factores de clase, aparte de que frecuentemente no son sino una simulación de intereses de clase. En el tiempo en que escribió Marx, y en el tiempo en que su doctrina alcanzó su desarrollo, ésta expresó bastante correctamente el movimiento esencial de las luchas políticas. Pero es menos seguro que se pueda aplicar a las demás épocas de la historia.

El análisis marxista es criticable desde dos puntos de vista; en primer lugar sobreestima el papel de la lucha de clases en la formación de los antagonismos políticos, y en segundo, da de las clases sociales una definición demasiado restrictiva. Sin duda, se encuentran elementos de lucha de clases en todas las épocas; pero el carácter esencial, predominante, decisivo, de la lucha de clases es en ocasiones discutible. Antes del siglo XIX, las masas populares estaban excluidas normalmente de la vida política. Ciertamente eran explotadas, pero ni poseían los medios intelectuales para comprender su explotación e imaginar la posibilidad de superarla, ni tampoco los medios materiales para luchar contra ella. Las luchas políticas se desarrollaron en el seno de una élite restringida, donde las diferencias de clase eran bastante débiles. Las fracciones rivales que se disputaban el poder no estaban basadas en clases; las rivalidades nacionales o dinásticas, los conflictos ideológicos o religiosos, las disputas entre clanes y las competiciones personales, eran más importantes que la lucha de clases; por ello, no se puede decir que existiese ésta realmente, a no ser muy parcialmente.

Por otra parte, el concepto marxista de clase es demasiado restringido. La propiedad privada de los medios de producción es una forma de privilegio transmitida por herencia; pero en la historia han existido también otras formas. En las sociedades aristocráticas, la transmisión hereditaria de los privilegios comprendía también ciertos *status* jurídicos, y así, en la vieja Francia el hecho de nacer noble daba derecho a

ser oficial del ejército, a recibir un beneficio eclesiástico o una función episcopal, a ser introducido en la Corte, disfrutar de prebendas, de donaciones o de pensiones, a percibir derechos feudales, a ejercer poderes señoriales. En las sociedades antiguas, las cualidades de ciudadano, de peregrino, de meteco, de liberto o de esclavo, que se transmitían por la vía hereditaria, determinaban variedades de *status*, entre las cuales el régimen de castas en la India no es sino una hipertrofia. Desde este punto de vista, venimos a parar a una definición de la clase social más operacional que la noción marxista. De una manera general, se puede decir que una clase es una categoría de hombres cuyas condiciones de nacimiento son relativamente homogéneas y, al mismo tiempo, diferentes y desiguales de las condiciones de nacimiento de otras categorías. Las clases sociales resultan de la desigualdad de oportunidades que la sociedad ofrece a sus miembros, del nacimiento, y del hecho de que estas desigualdades determinan algunos grandes tipos de situación de base. Las clases pueden definirse por un nivel de riqueza, por un tipo de propiedad, por privilegios jurídicos o por ventajas culturales. Poco importan las formas de desigualdad del nacimiento; lo esencial es que haya desigualdades de nacimiento y que se repartan en categorías consideradas como tales por los hombres, produciendo así una diversidad de géneros de vida y de sentimientos de pertenencia.

El capitalismo ha constituido un cierto progreso hacia la igualdad, al permitir al individuo, por medio de su trabajo, de su inteligencia y de sus capacidades, adquirir libremente ventajas y privilegios, que podía transmitir a continuación a sus descendientes, e incluso sin haberlos recibido de sus mayores. Esto era mucho más difícil, y hasta imposible, en la aristocracia o en los sistemas de castas. Un intocable no puede llegar nunca a ser brahmán; un esclavo difícilmente se convertía en ciudadano; un villano no entraba tan fácilmente en la nobleza. Por el contrario, llegar a ser capitalista no era tan difícil en la Europa o en la América del siglo XIX. El mito del *self made man*, el "enriqueceos" de Guizot, corresponden igualmente a un hecho cierto, por exagerado que sea. La acu-

mulación de capital en ciertas manos ha acabado, empero, por producir desigualdades hereditarias considerables.

Ahora bien, la importancia de éstas va disminuyendo en las sociedades occidentales más desarrolladas. Pero aparecen otras, que se encuentran también en los regímenes socialistas. Fuera de toda apropiación privada de los medios de producción, las desigualdades de salarios y de situaciones sociales, producen ciertas consecuencias hereditarias. El hijo de un alto funcionario, de un médico famoso, de un abogado célebre, de un director asalariado de una gran empresa, de un ingeniero de alta categoría, tiene más posibilidades en sus comienzos que el hijo de un obrero, de un campesino o de un artesano. En primer lugar, porque tendrá más facilidades materiales para sus estudios; después, porque recibirá en su medio ambiente una educación por ósmosis muy importante; y, por último, porque las relaciones de sus padres le ayudarán a iniciarse en la vida. Estos fenómenos se dan incluso en países socialistas, donde de esta forma, aparecen de nuevo ciertos tipos de clases.

Sin embargo, estos tipos son mucho más limitados que los precedentes. Fundamentalmente porque una ordenación conveniente de los sistemas de educación y de los mecanismos de selección y promoción en las carreras, puede hacer disminuir el efecto. Y también, porque la transmisión hereditaria se encuentra más restringida, en su extensión y en su duración. Un noble transmitía íntegramente la nobleza a sus hijos; un propietario de una firma transmite íntegramente la empresa a su hijo. Un asalariado de categoría no transmite a sus descendientes un salario elevado, sino simplemente mayores posibilidades de educación, ciertos apoyos sociales y algunas ventajas materiales indirectas por la herencia de los bienes de consumo. Si esta última herencia se halla limitada como en los países socialistas, la formación de clases y las desigualdades que se deducen de ello son muy reducidas.

Curiosamente, la situación se asemeja entonces a la que Vilfredo Pareto describe en su teoría de las élites. Las "élites" son los individuos más capaces en cada rama de actividad humana. Estas élites luchan contra la masa — es decir, contra

los menos aptos — para alcanzar la posición de dirigentes. En esta lucha chocan con la tendencia de las élites ya situadas que tratan de constituirse en oligarquía y perpetuar de este modo su situación por medio de la herencia. Este hecho frena la “circulación de las élites”, es decir, la libre ascensión en la escala social de los mejores y de los más aptos. Este esquema corresponde aproximadamente a la situación en una sociedad socialista, donde la tendencia de las élites situadas a constituirse en clase hereditaria no tiene demasiada importancia. No era este, empero, el pensamiento de Pareto, el cual no tenía apenas simpatía por el socialismo, habiendo desempeñado más bien el papel de teórico conservador.

En las sociedades aristocráticas de la antigüedad y del Antiguo Régimen, en las sociedades capitalistas de los siglos XIX y XX, la herencia del estatuto de noble o de la propiedad de los medios de producción, confería de una manera general la preeminencia a las élites situadas, y les permitía obstaculizar el camino a las élites ascendentes. Aún más, estas élites situadas no eran élites en el sentido de Pareto, puesto que no obtenían sus funciones en la mayoría de los casos de sus actitudes, sino de una herencia anterior. Por consiguiente, la lucha de clases constituye sin duda alguna el elemento esencial de la lucha política. Los conflictos individuales tienen un papel relativamente secundario, y su intervención se produce sobre todo en el interior de las clases dirigentes, para determinar quiénes de sus miembros participan más o menos directamente en el poder. En las sociedades occidentales más desarrolladas, nos encontramos ante una situación intermedia. El alto nivel de vida hace más soportable los defectos del capitalismo. Los salarios elevados, el confort material, la seguridad relativa, atenúan la lucha de clases y le confieren formas menos violentas. Pero la propiedad privada de los medios de producción sigue siendo en ellos la base de privilegios hereditarios muy importantes que mantienen una lucha de clases. Sólo la supresión de estos privilegios puede reducir los antagonismos de clase a su más simple expresión.

EL PROGRESO TÉCNICO

La distinción entre las sociedades industriales, desarrolladas, o superdesarrolladas, y las sociedades subdesarrolladas o en vía de desarrollo, es uno de los fundamentos actuales del pensamiento político occidental. En este punto se identifica, aunque con otro vocabulario, con el pensamiento marxista, para quienes las “fuerzas productivas” — es decir, las técnicas — son la base de los modos de producción y de todas las relaciones sociales: “Las relaciones sociales se encuentran íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, la manera de ganar su vida y, como consecuencia, todas sus relaciones sociales. El molino movido a mano produce la sociedad feudal; el molino de vapor, la sociedad del capitalismo industrial” (Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, 1847). Occidentales y marxistas están también de acuerdo en reconocer la influencia primordial del progreso técnico sobre la sociedad en general y sobre los antagonismos políticos en particular. No lo están, empero, en lo que se refiere al mecanismo y al sentido de esta influencia. Para algunos occidentales, el progreso técnico produce un mundo inadaptado a las necesidades y a los deseos del hombre, lo cual agrava las tensiones, los conflictos y los antagonismos. Las guerras, las revoluciones, las dictaduras del siglo xx, la vuelta a las matanzas y a las torturas, y el desarrollo de la violencia, no serían sino las consecuencias de esta oposición fundamental entre los instintos del hombre y el universo artificial en el que le confina la técnica. Algunos conservadores a lo Catón, que predicán el retorno a la tierra, a la vida simple, a la austeridad, a los regímenes vegetarianos, se aproximan a los moralistas y a los psicoanalistas cuando formulan estas conclusiones.

Este pesimismo respecto al progreso técnico es, de todas formas, raro en Occidente, donde, por el contrario, el optimismo se halla mucho más extendido, llegando a ser incluso más fuerte y menos matizado que el optimismo de los mar-

xistas. Tanto en el Este como en el Oeste, se cree que con el progreso técnico se desembocará un día en una sociedad sin conflictos, sin antagonismos y plenamente integrada. Una profunda similitud identifica a este respecto “la fase superior del comunismo” paraíso futuro del marxismo, con la “sociedad de la abundancia”, paraíso futuro de Occidente. Pero las sendas que llevan a este Eldorado no son las mismas. Para los marxistas, la desaparición completa de los antagonismos no será el resultado de una disminución de éstos paso a paso según se va produciendo el desarrollo del progreso técnico. No se disfrutará del paraíso poco a poco, antes de poseerlo plenamente. Sino que, por el contrario, el progreso técnico al modificar los modos de producción y las relaciones sociales que se deducen del mismo, agrava la lucha de clases, que se agudiza a través de la explotación, la revuelta y la represión, hasta llegar a la explosión revolucionaria. Que será precisamente la que lleve a la clase obrera al poder, aunque será menester, para alcanzar la fase superior del comunismo, atravesar una larga fase de dictadura del proletariado. El fin de los antagonismos aparecerá, por tanto, después de un período de agravación de los mismos y nacerá, de esta propia agravación, por un mecanismo dialéctico.

Para la mayoría de los occidentales, por el contrario, la reducción de los antagonismos se desarrolla a medida que se produce el progreso técnico, ya que éste disminuye gradualmente su principal causa, es decir, la penuria de los bienes existentes. Desde los comienzos de la humanidad, como ya hemos dicho, el mundo ha vivido bajo la ley de la escasez, y así, las necesidades que había que satisfacer han sido constantemente superiores a los bienes utilizables. El término de “subdesarrollo” parece implicar una situación excepcional con respecto al de “desarrollo”, el cual definiría la situación normal. Entendemos, en consecuencia, que ninguna de las sociedades humanas ha conseguido nunca asegurar la satisfacción de las necesidades estrictamente elementales de todos los hombres: alimentación, vivienda y vestidos. Esta situación no comienza sino apenas a modificarse. Las sociedades industriales garantizan ya más o menos el *mínimum vital* a sus

ciudadanos y se halla cercano el día en que probablemente podrán satisfacer también sus necesidades "secundarias" (comfort, diversiones y cultura). Pero estas sociedades industriales son escasas todavía. Ni siquiera abarcan a un tercio de la humanidad y, además, esta proporción tiende a disminuir más bien que a aumentar, debido a que el crecimiento demográfico es mucho más rápido en los países subdesarrollados.

La situación de penuria produce, por regla general, la desigualdad, es decir, una minoría privilegiada vive en la abundancia, mientras que la masa soporta graves privaciones. Frecuentemente, cuanto mayor es la pobreza general, más aumenta la riqueza de las oligarquías; en los países de hambre endémica, la gordura es un signo de poder. Cuando el pueblo va en harapos, los privilegiados se visten con brocados de oro, cuando el pueblo vive en chozas miserables o duerme al cielo raso, construyen palacios fastuosos. La riqueza y el lujo de un pequeño número en medio de una muchedumbre miserable es una situación explosiva por naturaleza. La desigualdad desarrolla antagonismos muy profundos, y así, al odio de las masas contra los privilegiados, responde el miedo de éstos. La política es producto de la violencia de las masas, en situación de revuelta endémica, y de la violencia de los privilegiados, que a su vez se protegen de ellas. Por otra parte, la penuria hace que sólo la explotación de estas masas por los privilegiados permita desarrollar la civilización. En las sociedades de penuria, si la igualdad reinase, todos los hombres se verían obligados a padecer el día entero para conseguir lo justo para sobrevivir. En estas circunstancias, la ciencia, el pensamiento, el arte y la cultura, no son posibles más que si algunos hombres disponen del ocio indispensable a costa de la imposición a los demás de un sufrimiento prolongado.

El progreso técnico no suprime las desigualdades, pero las hace menos sensibles. En las sociedades modernas, la diversidad de las funciones así como su respectiva importancia comporta la desigualdad de las rentas y de las condiciones de trabajo. Sería necesario que nos extendiésemos algo más en este sentido. Podemos presentar dos imágenes opuestas de

la evolución de las sociedades industriales. Por una parte, se puede demostrar que tienden a una compleja estratificación social, a una diversificación de las situaciones, y por otra, podemos describir un proceso inverso. Muchos americanos dicen que los Estados Unidos son una sociedad sin clases; en efecto, el parecido de las formas de vida en este país es asombroso. El desarrollo económico tiende a reducir la distanciamiento entre los niveles de vida, y a reducir el abanico de las rentas. Entre Rockefeller y el obrero americano, la distancia es menos grande que entre el barón medieval y su siervo. Las sociedades industriales parecen, pues, evolucionar hacia la desaparición, tanto de la excesiva riqueza como de la excesiva pobreza, es decir, se dirigen hacia la igualdad relativa de las condiciones de vida.

Por otra parte, los focos de desigualdad son en ellas diferentes. En las sociedades subdesarrolladas el disfrute de privilegios depende esencialmente del hecho del nacimiento; en las sociedades superdesarrolladas depende cada vez más de la capacidad de cada uno. Desde un punto de vista filosófico, la diferencia no es demasiado grande; nacer inteligente o nacer aristócrata, es en los dos casos disfrutar de una ventaja innata. Los imbéciles también llevan el peso de un azar original. El mismo razonamiento vale por lo que hace a la fuerza o a la debilidad física, a la salud o a la enfermedad, a la belleza o a la fealdad, al talento o a la mediocridad. Prácticamente la desigualdad de nacimiento que se debe a las aptitudes individuales, choca menos que la desigualdad de nacimiento que se debe a la situación social, la cual separa los hombres en clases antagónicas. Ahora bien, la desigualdad subjetiva produce enfrentamiento y conflictos en mayor número que la desigualdad objetiva. La opinión pública no sólo admite en general que los más hábiles, los mejor dotados, los más inteligentes triunfen en mayor medida que los otros, sino que, al mismo tiempo, comprende la necesidad de esta regla para asegurar el progreso colectivo.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la elevación general del nivel de vida, el crecimiento del bienestar material y el confort, el desarrollo de las diversiones y de su dis-

frute, es decir, todos los hechos que caracterizan la abundancia económica debida al progreso técnico, reducen la importancia concedida a las desigualdades y a los antagonismos que éstas producen. Cuando un pueblo cubierto de harapos, hambriento y que vive en chabolas, se siente humillado por las carrozas de los ricos ante la puerta de los palacios, la injusticia es duramente sentida y la envidia grande. Únicamente la violencia, o la resignación que produce la miseria y la ignorancia, pueden mantener esta situación. Cuando un 2 CV de un obrero es adelantado por el Cadillac o el Jaguar de un industrial, indudablemente la envidia existe, pero de una manera más superficial y más secundaria. Las tensiones disminuyen, un cierto consenso se establece, y la lucha política llega a ser menos violenta.

De forma general, podemos decir que no se discute apenas el hecho de que el progreso técnico tiende así a disminuir los antagonismos políticos. La comparación entre las sociedades superdesarrolladas y las subdesarrolladas de la actualidad lo confirma en líneas generales. En las primeras, los sentimientos revolucionarios se difuminan, desaparece la voluntad de destruir completamente el sistema establecido y la oposición se desarrolla dentro del marco del régimen y no contra él. Las segundas, por el contrario, se encuentran en una situación explosiva donde los antagonismos irreductibles producen violencias. Por otro lado, el ritmo de desarrollo es probablemente tan importante como el nivel de este desarrollo. Así el desarrollo rápido aumenta las tensiones mientras que el lento las disminuye. La distinción entre sociedades estables y sociedades en evolución acelerada es seguramente tan importante como la distinción entre sociedades superdesarrolladas y sociedades subdesarrolladas. En las sociedades estables, el orden existente es aceptado de manera general por injusto que sea. Se le considera natural, y es "natural", desde el punto de vista sociológico, lo que existe desde hace tiempo, de tal modo que las generaciones actualmente vivas y las precedentes no han visto otra cosa. Nadie se imagina que un orden semejante de carácter ancestral pueda ser derribado; la gente se acaba acostumbrando al mismo, como uno se acostumbra

a llevar una vieja prenda que ha cesado de molestar, suponiendo que fuese así al principio. La injusticia y la desigualdad, la arbitrariedad y la dominación, acaban entonces por llegar a ser relativamente soportables a la larga, de tal suerte que ya no es necesario utilizar la violencia para mantenerlas. En las sociedades estables, incluso en las que existe mucha desigualdad, las tensiones sociales se atenúan. Los antagonismos persisten, pero se van aminorando.

El desarrollo acelerado produce efectos contrarios. Los cambios brutales de las estructuras sociales tienden a desprender al orden establecido de su carácter natural. Las alteraciones que produce la evolución muestran que es posible cambiar este orden, puesto que efectivamente se ha cambiado. De repente las desigualdades y las injusticias, que se soportaban porque se creía que eran insuperables, llegan a ser inadmisibles. Los antagonismos entre las masas miserables y la minoría privilegiada se acrecientan. Por otra parte, el desarrollo acelerado tiende a destruir los marcos tradicionales, y así, muchas personas se ven desarraigadas, desamparadas. Se sienten, en cierto modo, extrañas en su propia sociedad, alienadas en el sentido propio del término. Estas rupturas con los lazos tradicionales hacen más sensibles la miseria y la injusticia y fertilizan el campo para la revolución. Sólo un poder muy fuerte puede mantener en la obediencia a las masas que han comprendido que se puede desobedecer y que la desobediencia abre las puertas a la esperanza.

Por otra parte, el progreso técnico se realiza con dificultades, con sacudidas y con contradicciones. Hay que señalar a este respecto las dificultades del período inicial de desarrollo por el que atraviesan hoy la mayoría de las naciones del Tercer Mundo, las cuales se despiertan de una larga siesta y de una estabilidad casi milenaria para entrar en una rápida evolución. Sobre el plano material, los esfuerzos de transformación les obligan a imponer, mientras dure el período intermedio de construcción de la infraestructura de una moderna sociedad, nuevos sacrificios a las poblaciones. Durante esta acumulación primaria del capital, la penuria se agrava en lugar de disminuir. Al tiempo, el descenso de la mortalidad y

el mantenimiento de la misma natalidad produce una presión demográfica formidable. Así, las masas populares pasan a ser un poco más desgraciadas todavía y justamente en el momento preciso en el que comienzan a cobrar conciencia de su infortunio y de la posibilidad de superarlo. Los antagonismos políticos se agravan evidentemente en unas proporciones considerables. La situación era análoga en las naciones europeas del siglo XIX, cuando Karl Marx observó el desarrollo de la lucha de clases.

Al mismo tiempo, el contacto con las técnicas modernas origina una disolución brutal de las civilizaciones tradicionales. Sociedades que se asientan en un sistema de relaciones equilibrado, lentamente establecido en el transcurrir de los siglos, que poseen una cultura y una civilización, a menudo muy profunda, son brutalmente destruidas por la irrupción de la civilización técnica. Las formas de vida tradicional desaparecen y los valores antiguos son apartados sin haber sido reemplazados por nuevos valores, ni por una forma de vida aceptable. Germaine Tillion ha inventado una palabra muy gráfica para describir la situación en la que se ven arrojados los miembros de estas sociedades: "*la clochardisation*". Se convierten literalmente en vagabundos desarraigados y miserables, siendo rechazados a la vez por una vieja comunidad que ellos desprecian y por una nueva, demasiado elevada para su nivel de vida y de cultura.

Más tarde, se constituirá un nuevo equilibrio y un nuevo tipo de vida comunitaria surgirá en el marco de la civilización técnica. Pero, es preciso para llegar ahí un largo período, porque el desarrollo de esta civilización técnica tropieza con las dificultades de modernización que acabamos de señalar. El "período intermedio" corre el riesgo de prolongarse durante mucho tiempo, fase en la cual las tensiones serán naturalmente muy vivas entre las masas "*clochardisées*" y las escasas élites con nivel de vida muy superior. De ahí, la tendencia hacia regímenes autoritarios, que pueden revestir incluso la forma de dictaduras, y de ahí, también, el rencor hacia los países desarrollados. Fenómenos análogos de "*clochardisation*", con idénticas tensiones e idénticas implicaciones polí-

ticas se produjeron en el siglo XIX en Europa, en las sociedades en vías de rápida industrialización. En ellas la disolución de las civilizaciones campesinas tradicionales, bajo el impacto de la técnica, presentó unos caracteres similares.

VI

FACTORES CULTURALES

Para los marxistas, no existen factores propiamente culturales de los fenómenos políticos. Las ideologías, las creencias, las representaciones colectivas, las instituciones y las culturas no son sino el reflejo de las clases, que se sitúan en la superestructura de la sociedad. Sin duda la superestructura actúa sobre la base, pero de manera secundaria y limitada. En Occidente, por el contrario, se concede una importancia fundamental a los elementos culturales. Para los conservadores, las naciones — es decir, los conjuntos culturales más importantes en el mundo actual — son las causa de las luchas políticas fundamentales. Para los liberales, “la política son las ideas” y los antagonismos, según ellos, son antes que nada, conflictos entre doctrinas. Para todos, las instituciones desempeñan un papel muy importante.

Cada una de estas actitudes es demasiado tajante. El idealismo occidental no es con frecuencia más que un medio de disimular la defensa de intereses materiales concretísimos. Pero las instituciones, las culturas, las ideologías y los sistemas de valores, no son simples epifenómenos de las situaciones socioeconómicas, y así, no ofrecen solamente en la contienda política su forma y su contexto, sino que contribuyen también a la aparición de los conflictos, a agravarlos o a atenuarlos. Existen, pues, factores culturales de los antagonismos políticos; en cierta manera todos los factores ya estudiados

son culturales. Las creencias sobre las actitudes individuales, sobre la lucha por la vida, sobre las razas, sobre la presión demográfica, sobre la situación geográfica, sobre las clases, son tan importantes como los elementos materiales, los cuales, son en sí mismos “aculturales”. Salvo en algunos desiertos o en algunas selvas vírgenes, el medio geográfico es modelado por el hombre. Las razas son históricas más bien que biológicas; las religiones y las creencias influyen en el crecimiento de la población. La psicología es siempre una psicología de unos hombres en relación con otros, en una sociedad y en un momento determinado. La personalidad depende del *status* que los demás atribuyen al yo, y del papel que desempeña el yo frente a los demás; *status* y papel son los puntos de inserción del individuo en una cultura. La conciencia de clase y las creencias en la lucha de clases aumentan o disminuyen esta lucha. Progreso técnico y cultura, clases y cultura, se encuentran íntimamente ligados.

LAS INSTITUCIONES

Las sociedades humanas se ofrecen estructuradas, pareciéndose a un edificio más bien que a un montón de piedras. Las instituciones determinan la arquitectura de este edificio; el diccionario de Robert las define como “el conjunto de las formas o estructuras fundamentales de organización social, tales como han sido establecidas por la ley o la costumbre de un grupo humano”. En este sentido, las instituciones poseen una influencia indiscutible sobre los antagonismos políticos. Incluso los regímenes matrimoniales, los sistemas escolares y las relaciones de urbanidad, poseen una influencia en este terreno. Muchos sociólogos e historiadores conservadores, tales como le Play y Fustel de Coulanges, han tratado de explicar la vida política a través de las instituciones familiares. Los marxistas, por su parte, conceden una importancia fundamental a los regímenes de propiedad. Algunos autores occidentales piensan igual, por otra parte, ya que ven en la propiedad privada el fundamento mismo de la democracia. Por último,

las instituciones propiamente políticas, es decir, la organización y la estructura del poder, transmiten evidentemente su influencia al desarrollo de los antagonismos.

El problema radica en saber si las instituciones poseen una influencia política propia, o si solamente transmiten la influencia de otros factores. Los marxistas sostienen la segunda teoría; para ellos, el estado de las fuerzas productivas, es decir, de las técnicas, determinan los modos de producción, o lo que es lo mismo, las instituciones relativas a la producción, y, principalmente, la propiedad. Estos mismos modos de producción determinan las otras instituciones, familiares, sexuales, religiosas, políticas, etc. De esta forma, existen dos planos institucionales, por decirlo así: el plano de las instituciones socioeconómicas, relativas a los modos de producción y a las relaciones de clase que de ellos se deducen, y el plano de las demás instituciones. Estas últimas son producidas por las primeras, y ambas por el estado de las fuerzas productivas. Sin duda, las influencias no se ejercen en un sentido solamente, sino que existe una reacción de los planos superiores sobre los inferiores, es decir, de las superestructuras sobre las bases. Pero esta reacción sigue siendo secundaria respecto a la acción directa.

Esta concepción es demasiado restringida. El hecho de que las instituciones dependan del nivel de desarrollo técnico, y que las instituciones socioeconómicas condicionen a las otras no es apenas discutible. Pero no se encuentra en ningún grado una determinación rígida, sino únicamente condicionamientos más o menos flexibles. A cada nivel de desarrollo corresponde una gran variedad de otras instituciones (familiares, religiosas, políticas, etc.).

Los marxistas no niegan esta pluralidad de las superestructuras con respecto a la base. Pero pretenden que existe siempre una relación entre el tipo de superestructura que se establece de hecho y la naturaleza de la base. Examinaremos más adelante esta tesis a propósito de las relaciones entre los regímenes políticos y los sistemas de producción. Por ahora decimos simplemente que es muy exagerada. El condicionamiento de las instituciones socioeconómicas por el nivel de las técni-

cas, y el de las otras instituciones por el sistema de producción, es mucho más amplio. Un mismo nivel de desarrollo puede dar lugar a varios tipos de sistema de producción, sin que tal tipo determinado se halle en relación con tal variedad del nivel de desarrollo. Un mismo sistema de producción puede promover una gran diversidad de instituciones familiares, escolares, culturales, políticas y religiosas, sin que la aparición de tal tipo más bien que del otro se halle vinculado a una modalidad del sistema de producción.

Las diferencias entre los sistemas escolares americano, inglés, alemán y francés no corresponden a diferencias en los sistemas de producción; igualmente se puede decir de las diferencias que existen entre el régimen presidencial de Estados Unidos, el régimen parlamentario británico, los regímenes de la Europa nórdica y los sistemas italiano o francés. La diferencias de comportamiento sexual entre católicos y protestantes en Occidente, no parece tampoco que se halle vinculada a diferencias en los sistemas de producción y en los niveles técnicos. Asimismo, la disimilitud entre el bipartidismo flexible de los Estados Unidos, el bipartidismo rígido de la Gran Bretaña, el multipartidismo disciplinado de los países escandinavos y el multipartidismo anárquico de Francia, no se basa en diferencias en los modos de producción y en el estado de las fuerzas productivas. Podríamos multiplicar los ejemplos; vemos, pues, que existe una cierta autonomía de las instituciones en relación con las estructuras socioeconómicas. En la medida de esta autonomía, que es bastante amplia, las instituciones constituyen por sí mismas, y no a título complementario, factores de antagonismo político.

Es decir, lo son ante todo directamente, pues, como más adelante veremos, las instituciones determinan el marco en el interior del cual se desarrollan las luchas políticas. La forma y el fondo son tan inseparables en esta cuestión como en todas las cosas en general. El marco donde se desarrollan los antagonismos es también un factor que puede contribuir a agravarlos o a atenuarlos. En un sistema democrático donde las luchas políticas se manifiestan libre y abiertamente a través de las elecciones, de los debates parlamentarios, y de la pren-

sa, los antagonismos parecen agravarse, ya que por una parte se confiere más fuerza a las cosas cuando se anuncian y se repiten. Pero por otra, los antagonismos disminuyen por el hecho mismo de que pueden expresarse, pues de esta forma disponen de válvulas de seguridad. En los regímenes autoritarios se producen los fenómenos inversos.

Los sistemas de partidos suministran un buen ejemplo de la autonomía de las instituciones y de su influencia sobre los antagonismos políticos. En las democracias occidentales existe un bipartidismo (Gran Bretaña, Estados Unidos) o bien un multipartidismo (Europa continental), y así, los antagonismos políticos se desarrollan de forma diferente en uno o en otro caso. El bipartidismo suprime los conflictos secundarios y obliga a todas las formas de oposición a expresarse dentro del marco de un antagonismo fundamental. El multipartidismo favorece por el contrario la expresión de los conflictos secundarios y tiende a fraccionar la expresión de los principales antagonismos. Se llega a la conclusión generalmente de que el multipartidismo reduce la amplitud de las oposiciones, disolviéndolas en varias fracciones, al contrario de lo que ocurre con el bipartidismo, el cual conduce al sistema de los “dos bloques”, es decir, a la oposición máxima. Pero, esto, es confundir las diferencias numéricas de las representaciones en el seno del Parlamento, con la profundidad de las divergencias políticas. En realidad, los efectos respectivos del bipartidismo y del multipartidismo son diametralmente opuestos a esta creencia corriente.

En régimen dualista, los partidos tienden a parecerse; los factores de su similitud son bastante fáciles de distinguir. Reflexionemos sobre un ejemplo concreto como el de la Inglaterra actual y olvidemos al partido liberal, que apenas tiene importancia ya. ¿Quién será el que decida la victoria del partido conservador o del partido laborista en las elecciones? No sus fanáticos partidarios que votarán naturalmente por ellos hagan lo que hagan, puesto que no pueden conceder su voto a un partido situado más a derecha o más a izquierda, sino los uno o dos millones de ingleses moderados, situados políticamente en el centro, que tan pronto votan en conservador

como en laborista. Para conquistar estos sufragios, el partido conservador se verá forzado a atenuar su conservadurismo y el laborista su socialismo. Uno y otro deberán realizar una política claramente orientada hacia el centro y, por consiguiente, profundamente similar; así, los antagonismos tienden a atenuarse. El mito de los dos “bloques” tan actual en Francia, no corresponde a la realidad.

En el multipartidismo, los resultados son inversos. Cada partido no puede aumentar su representación más que a costa de sus más cercanos vecinos. Cada uno se esfuerza pues en señalar las diferencias de matiz que le oponen al más próximo de sus rivales, en lugar de poner en evidencia sus profundos caracteres comunes. Así los antagonismos se agravan — al menos los antagonismos secundarios — entre tendencias vecinas. No ocurre de esta suerte con los antagonismos fundamentales, que tampoco son atenuados por la necesidad de moderarlos, como sucede con el bipartidismo, sino que en realidad son disimulados, lo que confiere a la vida política un cierto carácter ficticio. Las alianzas entre partidos, necesarias en un sistema multipartidista, no vienen sino a aumentar la confusión. Entonces los partidos del centro se unen tan pronto a las derechas como a las izquierdas, siguiendo la táctica del “murciélago”

El bipartidismo y el multipartidismo son, en gran medida, consecuencia de los factores socioeconómicos, es decir, los partidos reflejan a las clases o categorías sociales en conflicto. El desarrollo histórico, las circunstancias particulares de cada país y las tradiciones, desempeñan también un papel a este respecto, ya que las luchas de clases y de categorías sociales se desarrollan dentro de este contexto cultural. Pero interviene también otro factor de naturaleza puramente técnica e institucional: el régimen electoral. Demostraremos más adelante cómo el escrutinio mayoritario a una sola vuelta, de tipo anglosajón, tiende al bipartidismo, y cómo la representación proporcional o el escrutinio a dos vueltas de tipo francés, tiende al multipartidismo, y así, la acción de esta institución frena o acelera a la propia de los factores socioeconómicos y culturales. Las relaciones entre sistema electoral y sistema de partidos ponen, pues, en evidencia de forma muy clara la

autonomía de las instituciones. Una ordenación técnica (el sistema electoral) confiere a una institución (el sistema de partidos) una cierta forma que acciona sobre los antagonismos políticos, bien amplificándolos, bien limitándolos. La repercusión de semejantes ordenaciones técnicas continúa siendo restringida en relación con los otros factores de antagonismos, pero, de todas maneras, es, a menudo, grande.

Otro fenómeno capital es el de la inercia social. Las instituciones subsisten mucho tiempo después de que han desaparecido los factores que les dieron vida. Esta persistencia de las estructuras influye en los antagonismos políticos. El partido radical socialista francés, por ejemplo, es un vestigio histórico. Correspondió hace algunas décadas a una realidad social al expresar la oposición de los liberales intransigentes frente a los liberales moderados y conservadores. Los soportes fundamentales de este conflicto han desaparecido casi por completo, pero, sin embargo, subsisten algunas organizaciones radicales y una cierta ideología, es decir, la institución radical se mantiene todavía. Las estructuras que sobreviven así a los factores que han sido sus promotores, tienden ellas mismas a convertirse en antagonismos políticos. Actualmente no existe un partido radical porque se den ciertos conflictos políticos, sino que persisten ciertos conflictos porque sobrevive un partido radical. De este modo, algunos antagonismos en especial no poseen más que una base histórica. El desajuste entre la evolución de las instituciones y la evolución de las bases sociológicas en donde se sustentan éstas, puede ser causa a veces de violentos conflictos políticos. Cuando la reforma de las instituciones no se hace a tiempo, la inercia social corre el riesgo de provocar explosiones revolucionarias.

La persistencia de las instituciones mucho tiempo después de que han desaparecido sus fundamentos socioeconómicos desempeña con frecuencia un papel político muy importante. El ejemplo más revelador a este respecto es el de la supervivencia de las estructuras romanas, después de las invasiones bárbaras y de la caída del Imperio, principalmente a través de la Iglesia. En Europa occidental, la economía

evolució, durante los siglos v al x de nuestra era, en idéntico sentido más o menos, es decir, decadencia de la industria, del comercio, de los intercambios, de las ciudades, retorno a una agricultura de tipo arcaico, y creación de comunidades rurales replegadas sobre sí mismas, cerradas y compartimentadas. Todo esto tendía a la disolución del Estado, a la atomización del poder político y al desarrollo del feudalismo. Sin embargo, surgieron tentativas de una nueva centralización en dos ocasiones: bajo los primeros merovingios, y sobre todo, en los comienzos del siglo ix con el imperio de Carlomagno. Pero, sin embargo, ambas tentativas iban en sentido contrario a la evolución socioeconómica, por lo que naturalmente tuvieron un carácter efímero. Pero a pesar de todo, duraron un cierto tiempo y produjeron algunas consecuencias permanentes. Se puede afirmar que parecen directamente engendradas por las instituciones heredadas de Roma, especialmente por la influencia de una clase de clérigos instruidos, de amplias miras, pero sin ninguna relación con las estructuras socioeconómicas de la época, por lo que en definitiva no eran sino vestigios de un Imperio evolucionado y centralizado.

LAS IDEOLOGÍAS Y LOS SISTEMAS DE VALORES

La palabra “ideología”, creada por Destutt de Tracy en el año 1796, fue utilizada de nuevo por Marx, aunque en otro sentido, que ha llegado a ser corriente en la actualidad: las ideologías son sistemas de ideas, de opiniones, y de creencias. Para los marxistas, las ideologías son producidas por las clases sociales. Ideologías y clases sociales no son más que dos aspectos complementarios de una misma realidad. “Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales de acuerdo con su productividad material, producen también los principios y las ideas, las categorías intelectuales, de acuerdo con sus relaciones sociales”, ha escrito Karl Marx en su obra *Miseria de la Filosofía* (1847). El término “ideología” será empleado frecuentemente por él, sirviéndole incluso de título para los tres volúmenes de su *Ideología alemana*. En esta obra las ideo-

logías son sistemas de ideas y de representaciones que tienden a justificar las situaciones de clase. Más tarde, Marx ampliará esta definición, englobando también en las superestructuras ideológicas todas las obras culturales: el derecho, la moral, la lengua, es decir, todo el producto de la inteligencia y de la conciencia. Marx no modificará la idea fundamental de que las ideologías reflejan las estructuras de clase y tienden a enmascararlas.

En cierta medida, esta teoría describe la situación de la época en que Marx escribía. Las ideologías, como los partidos políticos, corresponden sobre todo a las clases sociales. El conflicto entre la ideología conservadora y la ideología liberal ya en pie desde la Revolución francesa refleja claramente el conflicto de la aristocracia terrateniente y de la burguesía industrial, comercial, bancaria e intelectual. Más tarde, la ideología socialista expresó las necesidades, los deseos y las aspiraciones de una nueva clase social que se desarrolló con la industrialización: el proletariado. Incluso ideologías no políticas servían visiblemente de instrumento de lucha de una clase contra otra en estas contiendas. El célebre juicio marxista “la religión es el opio de los pueblos” debe ser situado en su contexto histórico. M. de Falloux tenía en el fondo la misma idea cuando, durante la Segunda República, organizó la enseñanza religiosa para garantizar el orden social y preservarlo del socialismo.

La teoría marxista exageraba, incluso en la época en que fue formulada, la dependencia de las ideologías con respecto a las clases sociales. No existe ninguna duda de que las ideologías y, sobre todo, las ideologías políticas reflejan en gran parte situaciones de clase. Pero, en el desarrollo de las ideologías intervienen otros muchos elementos aparte de las clases. Ciertas ideologías sobre la centralización y la burocracia, por ejemplo, traducen conflictos entre los jefes y las masas, entre los gobernantes y los gobernados, dentro de la misma clase social. Las ideologías nacionalistas expresan a veces necesidades comunes a todas las clases de un país oprimido por otro. Las ideologías descentralizadoras corresponden a menudo a las aspiraciones de la provincia por liberarse de la tutela de

la capital. Reducir la religión a su papel de “opio del pueblo”, incluso aunque sea cierto que lo desempeñe también, es ignorar que la aspiración religiosa existe independientemente de los conflictos de clase. Las doctrinas literarias, artísticas y filosóficas poseen también su propia realidad, al margen de las situaciones de clase que enmascaran alguna vez.

Por otra parte, el hecho de que las ideologías y las creencias reflejen fuerzas sociales no significa que los pensadores, los filósofos, los creadores de sistemas o los “ideólogos” no tengan una gran influencia en su elaboración. Aunque no hubiese existido Marx, habría existido de todas maneras una ideología socialista con un papel importante; pero no habría tenido exactamente el mismo contenido ni tampoco probablemente la misma fuerza de penetración y de expansión. La combinación de los factores sociales con la creación individual no es fundamentalmente diferente en materia de ideología como en otras cuestiones, como, por ejemplo, el arte, la moda y la invención en general. El creador de ideas, de formas y de técnicas actúa, por una parte, bajo la presión de una necesidad social, pero, por otra, el destino de su obra depende de la acogida que le dé la sociedad; entre estas dos facetas, interviene la alquimia misteriosa de la creación individual. Montesquieu, Adam Smith, Karl Marx, son como Víctor Hugo una especie de “cajas de resonancia”, en las que repercuten los gritos de su época. En cierta manera son los instrumentos y los órganos de las fuerzas sociales. Las doctrinas que elaboraron y los sistemas que construyeron no surgieron en su espíritu por generación espontánea; los elementos de estos sistemas procedían de la sociedad de la que tradujeron sus necesidades.

Los creadores de doctrinas no son solamente instrumentos registradores, sino algo más. La sociedad les suministra los materiales con los que construyen después edificios; su función es, pues, la de un arquitecto. La influencia de su genio personal, y, principalmente, de su aptitud para la síntesis, es muy importante. Muchas ideologías se han visto perjudicadas al no haber surgido nunca un pensador de primera categoría que supiese coordinar sus elementos esparcidos y reali-

zar con ellos una construcción sólida, es decir, un sistema en el que todas las piezas estuviesen fuertemente engarzadas. Al fascismo o a la democracia cristiana le ha faltado un Karl Marx, lo cual les ha dificultado en su desarrollo. El rebrote de las ideologías conservadoras en Francia, entre 1900 y 1940, se ha debido en gran parte a la potencia intelectual de un Maurras. La fuerza de expresión es tan importante como la aptitud para la síntesis; digamos de nuevo que muchas ideologías han sido perjudicadas por la falta de un escritor de talento que supiese presentarlas bajo formas atrayentes.

Las ideologías desempeñan dos papeles principales en el desarrollo de los antagonismos políticos. Por una parte, coordinan y sistematizan las oposiciones particulares y las insertan así en el marco de un conflicto global. Por otra parte, confieren a éste el carácter de una discusión de valores, lo que suscita un compromiso más profundo y más total. Los sondeos de opinión muestran que son cinco los elementos principales que desempeñan un papel en los criterios de elección y en las aptitudes de los ciudadanos, en Francia, y en otros países. 1.º El nivel de vida, la condición de asalariado o de no asalariado, la pertenencia social en general; 2.º el grupo de edad y, en menor grado, el sexo; 3.º el nivel de instrucción; 4.º la religión, y 5.º la simpatía por un partido político. Los tres últimos son ideológicos, pues los partidos se basan en ideologías políticas más o menos vinculadas a las doctrinas religiosas, y, por otro lado, el nivel de instrucción condiciona el nivel de comprensión de unas y otras.

Al integrar cada uno de los comportamientos particulares en una representación de conjunto de la política, las ideologías influyen en estos comportamientos. La influencia es tanto más fuerte cuanto mayor sea la complejidad, la precisión y la sistematización de la ideología, y cuanto mejor la conozca el ciudadano y más vinculado esté a ella. El concepto de conciencia política ilumina bastante bien este papel de las ideologías. Cada actitud política particular es a la par la respuesta a una situación concreta surgida en la vida social y la manifestación de una visión global del poder, de sus relaciones con los ciudadanos y de los conflictos que él origina, visión global que

constituye precisamente la conciencia política. Cuanto más desarrollada está la conciencia política mayor es su influencia y menor es el condicionamiento de cada actitud por los datos de la situación particular. La conciencia política se halla compuesta de numerosos elementos: educación, medio ambiente, experiencia, etc. Entre ellos la ideología ocupa generalmente un lugar privilegiado. Las ideologías sirven ante todo para desarrollar la conciencia política de los ciudadanos.

Por otra parte, las ideologías definen sistemas de valores; toda sociedad se basa en definiciones del Bien y del Mal, de lo Justo y lo Injusto, es decir, en sistemas de valores. Estas definiciones constituyen en sí mismas unas creencias, porque el Bien y el Mal, lo Justo y lo Injusto, no proceden de la experiencia, sino de la fe y de la adhesión voluntaria. Estos conceptos son, pues, ideológicos por su misma naturaleza; de hecho, todas las ideologías son en cierta manera sistemas de valores, incluso aquellas que tratan de ser objetivas. Todos los fenómenos y todas las actividades sociales no se hallan valorizados; pero sí una gran parte. En algunos terrenos la valorización es más general y más profunda que en otros: particularmente en las cuestiones religiosas, familiares, sexuales y, precisamente, políticas. Al pasar del nivel de lo útil y de lo perjudicial, de lo agradable y de lo desagradable, al de lo Justo y de lo Injusto, del Bien y del Mal, los antagonismos políticos adquieren una fuerza mucho mayor y llegan a ser bastante más irreductibles. Las ideologías tienden de este modo a reforzar los conflictos.

Pero es preciso decir que también pueden atenuarlos. En efecto, si cada clase o categoría forja su propia ideología en la lucha política, el poder desarrolla igualmente la suya, la cual tiende al apaciguamiento de los conflictos y a la integración. La noción de legitimidad, tan importante para disminuir los antagonismos, descansa también en un sistema de creencias, es decir, en una ideología. Todos los miembros de una misma sociedad tienen en común ciertas representaciones colectivas y ciertos juicios de valor que constituyen una ideología unitaria y que se mezcla con las ideologías parciales y opuestas de los diferentes grupos en lucha. La noción de cultura aclara bien este último aspecto del problema.

LAS CULTURAS

Los sociólogos llaman cultura al conjunto de técnicas, de instituciones, de comportamientos, de representaciones colectivas, de creencias y de valores que caracterizan a una sociedad determinada. Si estudiamos cada uno de estos elementos, con un criterio de comparación, a través de todas las sociedades, distinguiremos los países desarrollados y los subdesarrollados, los sistemas capitalistas y los socialistas, los regímenes autoritarios y los autocráticos, etc. En la realidad, estos tipos generales se combinan revistiendo formas singulares; cada combinación concreta, en una fecha y en un lugar determinados, constituye una cultura. Dos nociones fundamentales se encuentran así en la base de este concepto: la historia y la nación. Por una parte, cada cultura es el producto de la historia, puesto que aporta en el presente el peso del pasado. Por otra, las naciones son hoy los conjuntos culturales mejor definidos, salvo en lo que se refiere a las sociedades subdesarrolladas.

En general cabe afirmar que todos los pueblos realizan el mismo esquema histórico. Por ende, el sociólogo puede describir la evolución del feudalismo al capitalismo, las diversas fases sucesivas de éste, etc., del mismo modo que el biólogo puede describir las diferentes fases de la infancia, de la adolescencia, de la edad adulta y de la madurez en el hombre. Pero lo que determina la personalidad de cada individuo, es decir, su singularidad, es el contexto particular en el que se desarrolla esta evolución general. Igualmente, lo que determina las naciones o las civilizaciones, es la singularidad del desarrollo histórico de un pueblo o de un conjunto de pueblos. Esta singularidad resulta, en principio, de los sucesos particulares acaecidos, cada uno de los cuales engendra un impulso que se prolonga a continuación y que influye en la evolución sociológica común. También resulta esta singularidad del hecho de que tal elemento de esta evolución se ha desarrollado más pronto o más tarde que en otro lugar y más o menos completamente, a causa de las circunstancias naturales y de las relaciones particulares de la población.

El orden de aparición de los diferentes factores generales de evolución y su desarrollo respectivo, cambian de un país a otro y de una a otra cultura. Así, el mismo desarrollo socio-económico general adopta en cada caso una fisionomía particular, influyendo después en esta misma particularidad la marcha de la evolución. Por ejemplo, el paso de las economías feudales cerradas a sistemas económicos más abiertos, es un fenómeno general implicado por factores sociológicos que son comunes a todos los países de Europa. Pero las situaciones y las circunstancias han dado lugar en Francia a una monarquía absoluta y centralizada, en Italia del norte, en los Países Bajos y en Alemania a unos regímenes de principados o de repúblicas urbanas y en Gran Bretaña al desarrollo de los derechos del Parlamento. Estas diferentes instituciones han forzado a continuación la evolución consecuente en diversos sentidos, como a su vez ellas eran el resultado de diferencias nacionales anteriores.

En general, las fronteras de las culturas y las de las naciones coinciden más o menos, salvo en las sociedades poco desarrolladas técnicamente, estudiadas por los etnólogos, donde tribus, poblados, etnias, constituyen los marcos culturales fundamentales; también aquí, empero, tiende a nacionalizarse la cultura. Por otro lado, ciertas naciones modernas no corresponden a una cultura única, sino que son un conglomerado geométrico de varias, como por ejemplo, Suiza, donde coexisten la cultura alemana y la francesa. Esta misma coexistencia de varias culturas implica un conjunto cultural original. Por último, varias naciones vecinas pertenecen frecuentemente a un mismo contexto cultural que se llama "civilización". De este modo se habla de una civilización europea, de una civilización occidental, de una civilización de Iberoamérica, de una civilización asiática, etc. Las diferencias entre las culturas nacionales en el interior de una misma civilización siguen siendo bastante grandes. Las culturas modernas tienden a superar el marco nacional, aunque hoy por hoy todavía continúa siendo éste esencial. En la práctica, por tanto, se pueden confundir, culturas y naciones, como factores de antagonismos políticos.

Sin duda, las naciones no son solamente cultura; el fenómeno nacional es muy complejo, mezclándose en él numerosos elementos. Algunos autores definen la nación a partir del suelo, del marco geográfico y de su influencia sobre los hombres; en este sentido podemos señalar la teoría de las fronteras naturales y la de los climas. Otros autores, como Fichte, definen la nación por la lengua, instrumento de comunicación fundamental, que confiere al grupo humano su profunda cohesión, mientras que otros se sirven de la raza. A estas concepciones materialistas, se oponen otras concepciones "espiritualistas". Éstas definen la nación a través de una doctrina o de una ideología, que se afirma en el mundo y que se trata de propagar. Así, muchos musulmanes hablan de la "nación árabe" que sería la comunidad de todos los musulmanes, es decir, el "uma" del Profeta. Muchos liberales franceses tienden a definir Francia como "la patria de los derechos del hombre", por lo que no sería ya ella y renegaría de sí misma si cesase de defenderlos y de reivindicarlos. Algunos definen también la nación como una voluntad de querer vivir juntos, como una comunidad de destino.

La definición de la nación a partir de la cultura continúa siendo la más general y la más exacta, pero esto no significa que excluya las precedentes, sino que las engloba rectificándolas. La cultura se caracteriza esencialmente por las proporciones y las formas que reviste, en una sociedad determinada, cada uno de los elementos de la realidad social. Estas proporciones y estas formas son el resultado de la historia. Esto se aplica tanto a la nación como a los diversos elementos componentes que acabamos de enumerar. Así, la nación es un producto esencialmente de la historia. De igual modo que un hombre se distingue por su pasado, como lo ha señalado muy bien el psicoanálisis, siendo en cada momento la suma de lo que ha sido y, todavía mejor, de lo que él cree que ha sido, una nación se define también por su historia y, en mayor grado, por la historia imaginada que por la historia objetiva tal y como fue en realidad. Exactamente igual que el hombre reconstruye en cada momento su pasado, elige ciertos hechos y olvida otros, exagera las proporciones reales de unos y dis-

minuye las proporciones de otros, es posible afirmar que los pueblos se fabrican una historia artificial, que influye profundamente en sus comportamientos y en sus instituciones. Los países que han luchado por su independencia en el siglo XIX y en el XX han comenzado por resucitar su historia y frecuentemente por imaginársela. Al actuar de este modo, edificaban las bases mismas de la idea nacional.

Sin embargo, la nación es mucho más que un marco cultural. Es también la comunidad misma, la sociedad global, vivida e imaginada por sus miembros. Constituye como tal un sistema de valores que es objeto de un consenso general y que se opone a los sistemas de valores de las diferentes ideologías en conflicto. Algunos describen así la vida política bajo forma de un antagonismo entre la “conciencia nacional” y las “conciencias partidistas”. En realidad esta oposición no es ni más ni menos que la oposición entre la integración y la lucha, es decir, las dos caras de la política-Jano. La nación, el sistema de valores nacional y el consenso desarrollado en conceptos son empleados con frecuencia por los adversarios en lucha como formas de simulación, que sirven para enmascarar objetivos particulares con pretendidos intereses generales. En la pugna propagandística, la conciencia partidista es siempre la del prójimo, mientras que la nuestra constituye la conciencia nacional.

La nación ejerce, pues, dos formas de influencia en los antagonismos políticos: por un lado, como sistema de valores y, por otro, como marco cultural. En tanto que sistema de valores, tiende a restringir los antagonismos por medio de la existencia de un consenso nacional (función de integración) y a expresarlos, enmascarando intereses de partido o de clase detrás de una ideología (función de simulación). Desde este último punto de vista, sirve también con frecuencia para disimular los conflictos de clase. Al eslogan marxista: “Proletarios de todos los países, uníos”, el nacionalismo opone el eslogan conservador: “Opresores y oprimidos del mismo país, uníos”. En su origen, por el contrario, el concepto de nación permitió contraponer la comunidad de todos los ciudadanos, como fuente de poder soberano, a los aristócratas, o al mo-

narca; es decir, que su primera significación fue revolucionaria. Durante todo el siglo XIX europeo, el nacionalismo fue una ideología de izquierdas y solamente más tarde fue adoptada por los conservadores, quienes no se habían preocupado de ella hasta entonces. En 1793 la nación constituía el signo de unión entre los partidarios de la Revolución; en la actualidad, es utilizada más bien por los descendientes de los emigrados de Coblenza.

La ideología nacionalista no sólo ha cambiado de sentido, sino que también ha disminuido en importancia. La nación desempeña un papel esencial en los antagonismos políticos cuando ve amenazada su propia existencia. Esto es lo que ocurre en tiempos de guerra o de peligro de guerra, y, también, en el caso de los países que conquistaron, o han conquistado recientemente, su independencia nacional. En esta última hipótesis el nacionalismo encuentra de nuevo su sentido revolucionario. Ante estas circunstancias excepcionales el consenso nacional tiende a diferir los enfrentamientos internos y a desarrollar un antagonismo contra las otras naciones, según un proceso que es común a todos los grupos sociales. Frente a un enemigo que la oprime o que la amenaza, toda comunidad tiende naturalmente a estrechar su cohesión y a reforzar su agresividad exterior. Naturalmente, este mecanismo es utilizado para disimular los conflictos políticos internos. Es decir, agitar el espantajo del enemigo, verdadero o mítico, es un procedimiento clásico de simulación.

En todas las circunstancias, la nación conserva una influencia sobre las pugnas políticas, en tanto que marco cultural. Daremos solamente algunos ejemplos a este respecto; el primero es el de la "liberalización" en las democracias populares. En general la liberalización parece ser la consecuencia del desarrollo económico y de la elevación del nivel de vida, lo cual atenúa las tensiones, según el esquema que hemos descrito más arriba. Por consiguiente, debería ser más fuerte esta liberalización según sea el país más industrializado y su aparato de producción más moderno. Esto se verifica "en líneas generales" y así podemos ver que la oposición es bastante más clara entre el comunismo de los países desarrolla-

dos (URSS y democracias populares en Europa), que es más liberal, y el comunismo de los países subdesarrollados (China y Albania), que es más implacable. Pero entrando en detalles, el paralelismo está lejos de ser absoluto entre el grado de desarrollo y el grado de liberalización como se ve en Polonia y en Yugoslavia principalmente. En estos dos países, la liberalización está más avanzada que en la Unión Soviética. Sin embargo uno y otro están menos desarrollados económicamente y menos industrializados. La distorsión parece explicarse por los factores nacionales; Polonia y Yugoslavia poseen una tradición secular de luchas por la libertad, lo cual ha desarrollado, sin duda, el deseo de libertad en las poblaciones. En estos países el personal político se ha formado, en gran parte, en las Universidades occidentales, particularmente francesas, donde han recibido una impronta liberal. Otro ejemplo de la influencia de la cultura nacional sobre los antagonismos políticos nos lo ofrece el desarrollo de los sistemas de partidos en Europa durante los siglos XIX y XX. Sobre un bastidor general, común a todos los países, los factores específicos de cada país han bordado arabescos diferentes, como veremos más adelante.

Las culturas nacionales conservan, a pesar de todo, un papel secundario en relación con los factores socioeconómicos. Actúan más bien como aceleradores o como frenos que como motores. En Polonia, o en Yugoslavia, por ejemplo, los factores nacionales han acelerado la liberalización, en mayor medida que el desarrollo económico, de manera que aquélla se encuentra más adelantada que éste. En Alemania, por el contrario, los factores nacionales frenaron la evolución hacia la democracia occidental, en el siglo XIX y a principios del XX, a pesar de que el nivel de capitalismo debería haber conducido a esta etapa mucho antes de la segunda guerra mundial. En Francia, los factores nacionales han acelerado este movimiento hacia la democracia liberal en el siglo XIX. En general, las culturas nacionales determinan más la forma de la contienda política, que la naturaleza misma de los antagonismos existentes en el país. Abordamos, de este modo, un nuevo orden de problemas.

SEGUNDA PARTE

LAS FORMAS DE LA CONTIENDA

Las formas de la contienda política dependen, al igual que la existencia misma de los antagonismos que la forman, de una serie de elementos que podemos enumerar: biológicos, psicológicos, demográficos, geográficos, socioeconómicos y culturales. Un antagonismo nace siempre dentro de un cierto marco, en el que se manifiesta de una cierta manera; a su vez los factores que lo han engendrado influyen también en la forma de este marco y en el modo en el que se han manifestado. Indudablemente si estudiamos las formas de la contienda política y no el nacimiento de los antagonismos, no sustituimos el objeto observado, sino únicamente desplazamos el punto de vista. Los elementos culturales se encuentran ahora en el centro de la observación. La contienda política puede adoptar las formas de instituciones, de ideologías, de sistemas de valores y de representaciones colectivas. Se puede distinguir el contexto cultural global, formado por la combinación de estos elementos dentro del marco de una nación o de una civilización, y los elementos que conciernen más directamente al poder y a las luchas que se desarrollan en torno a él, las cuales son más propiamente políticas.

Los antagonismos se desarrollan en principio dentro de ciertos marcos técnicos, denominados regímenes políticos: democracia occidental, dictadura, monarquía tradicional, etc. En estos marcos se enfrentan organizaciones de combate, las cuales son una especie de ejércitos políticos: principalmente los partidos políticos y los grupos de presión. Estas organizaciones emplean diversos medios de acción para tratar de obtener la victoria: el dinero, el número, el encuadramiento

colectivo, la propaganda, etc. La lucha que desarrollan se realiza de acuerdo con ciertas estrategias, en las que la simulación tiene un puesto preferente. Regímenes políticos, partidos, grupos de presión, medios de lucha y estrategias constituyen las formas de la contienda política. Al describir hasta aquí los factores de antagonismos hemos tratado en suma de las relaciones entre la política y los otros aspectos de la vida social, pero si desplazamos el punto de observación, podremos centrarlo más claramente sobre la política. En consecuencia, vamos a tratar ahora de la política misma y de las instituciones que la afectan directamente.

I

LOS MARCOS DE LA CONTIENDA

Los marcos de la contienda política están integrados, en primer lugar, por el conjunto de las instituciones, de las costumbres, de las tradiciones, de las mentalidades, de las creencias, de las representaciones colectivas y de los sistemas de valores de la sociedad en la que se desarrollan, en una palabra, por la cultura de esta sociedad. Cada pueblo, cada país, y cada civilización confiere a las luchas de clases, a los conflictos individuales y a la resistencia al poder, una fisonomía particular. No es posible separar la política, salvo riesgo de empobrecerla, de este contexto cultural global. En segundo lugar, los marcos de la contienda política están formados por instituciones de naturaleza particular que se denominan regímenes políticos. En toda sociedad compleja el poder se encuentra organizado; en este sentido los regímenes políticos constituyen los diferentes tipos de organización del poder. Son el resultado, por un lado, de instituciones formales, oficiales, establecidas por las constituciones, por las leyes y por los textos jurídicos en general, y, por otro, de instituciones de hecho, de hábitos, de costumbres, de usos y de prácticas.

LOS DIFERENTES REGÍMENES POLÍTICOS

Toda clasificación de los regímenes políticos implica, explícita o implícitamente, un sistema de valores. Las clasificaciones de Aristóteles y de Platón tendían a señalar la calidad de los regímenes mixtos. La de Montesquieu posee la misma significación, aunque su concepción de “mixto” es diferente. La tipología occidental, que opone las democracias a las dictaduras trata de justificar las primeras y de desvalorizar las segundas, debido a que en el lenguaje corriente el término de dictadura posee un sentido peyorativo, mientras que el de democracia goza de aprobación. La oposición que establecen los comunistas entre regímenes capitalistas y regímenes socialistas posee la misma significación; en el vocabulario marxista, “capitalista” es malo y “socialista” bueno. Vamos a tratar de superar estas clasificaciones subjetivas para buscar una tipología más objetiva que ponga en evidencia los parecidos y las diferencias de los regímenes actuales, especialmente en cuanto marcos de la contienda política. El enfoque histórico es aquí el mejor, ya que todas las clasificaciones actuales se inspiran más o menos en las antiguas.

Hasta finales del siglo XIX, se ha vivido con una tipología de los regímenes políticos heredada de los griegos, en la que se distinguía la monarquía, la oligarquía y la democracia. Monarquía o gobierno de uno solo, oligarquía o gobierno de unos pocos y democracia o gobierno de todos. Estas definiciones esquemáticas correspondían, a la par, a una clasificación lógica y a la descripción concreta de los regímenes que existían en la antigüedad helénica. La primera fórmula precisa de esta distinción se encuentra en Heródoto y data probablemente de la mitad del siglo V antes de J. C., aunque más bien parece ser fruto de una tradición anterior. Por lo demás, ya entonces se distingue dentro de cada régimen, la forma pura, correcta, y sus “desviaciones”. Aristóteles más tarde ofrecerá un cuadro célebre, en el que opondrá la tiranía, la oligarquía y la democracia, formas corrompidas, a la monarquía, a la aristocracia y a la “timocracia” — o democracia censitaria — formas puras. Antes de él, Platón había expresado las mismas

ideas, aunque añadía también la de una sucesión entre los diferentes tipos de regímenes, de acuerdo con un ciclo rotativo.

La trilogía “monarquía, aristocracia, democracia” domina el pensamiento político hasta Montesquieu e incluso más allá. Cada autor importante la complicará en los detalles, pero sin variar en nada lo esencial. Bodino la aplica separadamente a las formas de Estado y a las formas de gobierno, lo que le permite realizar combinaciones peregrinas, pero con frecuencia interesantes. El Estado monárquico, por ejemplo, en el que la soberanía se halla en las manos de un rey, puede poseer un gobierno democrático siempre que todos los ciudadanos tengan un igual acceso a las funciones públicas, o aristocrático en el caso de que estas funciones se reserven a los nobles y a los ricos. El Principado romano es un gobierno monárquico en un Estado democrático, puesto que la soberanía tiene una base popular; esta última definición se aplica bastante bien al bonapartismo y a ciertas dictaduras modernas. La tipología de Bodino es interesante; tiene el mérito de demostrar la contradicción posible entre los sistemas de valores que sirven de fundamento al Estado (que Bodino llama “soberanía”), y la ordenación técnica del poder.

En apariencia, Montesquieu parece, en principio, apartarse de la tipología tradicional, ya que escribe: “existen tres especies de gobiernos: el republicano, el monárquico y el despótico”. Pero inmediatamente distingue, dentro de la república, la democracia y la aristocracia; nos encontramos de nuevo con la vieja distinción de Heródoto y la idea de las formas puras y de las formas corrompidas (el despotismo es una forma corrompida de la monarquía). La diferenciación entre democracia y aristocracia es de una gran utilidad, según se ha podido ver en el siglo XIX e incluso en el XX, pues no siempre es fácil distinguir entre una y otra, a causa principalmente de la importancia del sufragio censitario y al papel que asumen las oligarquías en los regímenes basados en el sufragio universal. Del mismo modo, para un sociólogo moderno, la diferenciación entre monarquía y dictadura es fundamental, como lo había visto con claridad Montesquieu.

Los juristas contemporáneos se inspiran todavía en este

autor, pero con mayor preferencia en su teoría de la separación de poderes que en su concepción de las tres formas de gobierno. Así, clasifican los regímenes políticos según las relaciones internas de los diferentes "poderes", es decir, de los diversos órganos del Estado. Se desemboca de este modo en una nueva división tripartita: regímenes de confusión de poderes, regímenes de separación de poderes y regímenes parlamentarios (o de colaboración de poderes). La confusión de poderes puede producirse en provecho de un hombre o de una asamblea. El primer caso corresponde, bien a la monarquía absoluta, bien a la dictadura. La diferencia se basa en el modo de investidura, pues, mientras el rey llega al poder por herencia, el dictador lo hace por la fuerza. El segundo caso corresponde al régimen de asamblea o régimen convencional (porque la convención conserva la reputación de haberlo encarnado). Esta última categoría es ilusoria, y así, tiene cierta semejanza con esas falsas ventanas de las arquitecturas decadentes, que se sitúan en las fachadas de los edificios únicamente por criterios de simetría. La convención, más bien que ejerce la dictadura, se puede afirmar que la sufrió (de la Comuna o de los comités). Los ejemplos de regímenes de asamblea son demasiado breves, raros e inestables, para poder ver en ellos una categoría general tan importante como las otras.

Dentro de los regímenes de separación de poderes y de los regímenes parlamentarios, encontramos una misma subdivisión general entre monarquías y repúblicas. La forma regia de la separación de poderes es la monarquía limitada, en la que un Parlamento con competencias financieras y legislativas viene a restringir las prerrogativas del rey. La forma republicana de la separación de poderes es el régimen presidencial, cuya más brillante encarnación es el régimen americano. El parangón entre los dos no es artificial, recordemos que el régimen presidencial fue inventado por los colonos de los Estados Unidos a imagen y semejanza del gobierno de la metrópoli británica del siglo XVIII, que precisamente era la monarquía limitada. El régimen parlamentario se caracteriza por la distinción entre el jefe del Estado, el cual no cumple

más que una función honorífica, sin poderes reales, y el jefe de gobierno, que asume la dirección del ejecutivo en el seno de un gabinete ministerial, responsable con él ante el Parlamento. Este complejo sistema es la última fase de una evolución que ha permitido pasar de la monarquía absoluta a la democracia, sin cambiar las formas exteriores de un sistema tradicional, pero vaciándolas prácticamente de toda substancia.

Esquemáticamente la evolución de las monarquías europeas se ha realizado en tres fases, siguiendo la imagen de Gran Bretaña: monarquía absoluta, monarquía limitada, y monarquía parlamentaria. La aparición de un Parlamento frente al rey —o más bien la extensión de los poderes de este Parlamento salido de las asambleas de vasallos del feudalismo— ha hecho pasar de la primera a la segunda fase. El desarrollo de las ideas democráticas ha obligado al monarca a tener cada vez más en cuenta la voluntad del Parlamento. Los ministros, en principio simples secretarios del rey, que no hacían sino ejecutar su política, tuvieron necesidad, con el transcurso del tiempo, de obtener también la confianza del Parlamento para poder actuar. Se llega así a la etapa intermedia del “parlamentarismo orleanista”,¹ en el que el ministro debe reunir la doble confianza del monarca y de los diputados. Esta fase duró poco, exigiéndose únicamente a continuación la confianza de los diputados. El gabinete ministerial concentra en sus manos todo el poder gubernamental y al mismo tiempo se confina al rey a un papel de puro ornato (“el rey reina pero no gobierna”). En 1875, Francia trasplantará a un marco republicano este sistema parlamentario, siendo imitada a continuación por numerosos Estados. La diferencia real entre las repúblicas parlamentarias y las monarquías parlamentarias es demasiado insignificante, puesto que, rey o presidente, el jefe del Estado no tiene prácticamente poder. Así, se desvaloriza la oposición “monarquía-república” que desga-

1. Llamado así porque correspondió en Francia a la monarquía de Luis Felipe, ex duque de Orleáns.

rró el siglo XIX europeo, perdiendo, por lo tanto, toda su significación.

Estas clasificaciones jurídicas no expresan demasiado bien las diferencias entre los regímenes políticos actuales. Por ello, se van abandonando progresivamente en provecho de otra, basada en la distinción entre los regímenes pluralistas o democráticos y los regímenes unitarios o autocráticos. En los regímenes pluralistas o democráticos, la lucha política se desarrolla a la luz del día, libremente, a cielo abierto. Encontramos primeramente, en ellos, varios partidos políticos, de ahí el nombre de regímenes "pluralistas". Pueden existir más de dos partidos, pero al menos existen siempre dos. La lucha es pública y abierta incluso en los sectores de la prensa y de los medios de expresión e información. Los regímenes pluralistas son también regímenes liberales, es decir, regímenes en donde existen libertades públicas que permiten a cada ciudadano poder expresar sus opiniones oralmente o de forma escrita, por la adhesión a organizaciones o por la participación en manifestaciones públicas. La actividad de los grupos de presión, que tratan de influir indirectamente en el poder, es, en ciertas ocasiones, más velada. La vida política comprende siempre zonas sombrías; pero, en los regímenes pluralistas éstas se reducen al mínimo.

Por el contrario, en los regímenes unitarios o autocráticos, la lucha política no existe oficialmente, a no ser bajo la forma de contiendas individuales, cuyo objeto es captar los favores del Príncipe. Pero el propio Príncipe no puede ser discutido, ni tampoco el conjunto del régimen. Su autoridad escapa a la acción de los ciudadanos, mientras que, por el contrario, en las democracias pluralistas, hasta el mismo poder supremo es objeto de competición, a intervalos regulares, cada cuatro o cinco años, mediante el juego de las elecciones generales. Sus detentadores no lo ejercen, pues, más que a título precario, como los inquilinos cuyos derechos cesan a la expiración de su contrato, es decir, en el caso de que no obtengan la renovación de éste deben abandonar el local. A pesar de todo, el monarca más absoluto no puede dejar de prescindir de sus colaboradores más inmediatos, de sus consejeros, de sus fa-

voritos y de los grandes cuerpos del Estado. Toda una serie de funciones, que dan vía libre al poder supremo, son así objeto de una lucha ardorosa. A veces, el Príncipe se convierte en el instrumento de los hombres o de las instituciones que le rodean; el Faraón dependía de los sacerdotes de Ammón; los monarcas merovingios del Mayordomo de Palacio, etc.

En cada una de estas dos categorías — regímenes pluralistas o democráticos y regímenes unitarios o autocráticos — se pueden establecer subdivisiones. En la segunda, se encuentra la distinción entre monarquías, que son hereditarias, y dictaduras, que provienen de la conquista. Igualmente, la diferenciación entre autocracias moderadas, que aceptan una cierta discusión, y autocracias totalitarias, que destruyen toda oposición y obligan a las luchas clandestinas. En las democracias pluralistas la mejor clasificación combina las formas jurídicas de los regímenes y la naturaleza de los partidos políticos que se enfrentan en ellas.

Hemos notado ya la importancia de la distinción del bipartidismo y del multipartidismo en la agravación o en la atenuación de los antagonismos. Pues bien, en lo que se refiere a la estructura de los regímenes parlamentarios, es también sumamente importante debido a que condiciona la solución del problema de la mayoría en la Asamblea nacional, sobre la cual se basa todo el edificio gubernamental. En el bipartidismo, la mayoría pertenece merced a la fuerza de las cosas a un solo partido, por ende, es homogénea, no se encuentra paralizada por discusiones internas, y es estable. En el multipartidismo, ningún partido reúne por sí solo la mayoría, la cual está formada por la coalición de varios, siendo, por consiguiente, heterogénea, dividida e inestable. Pero el número de los partidos no es el único elemento a considerar. La estabilidad y la homogeneidad del gobierno, en régimen bipartidista, dependen esencialmente de la disciplina interior del partido mayoritario. Si todos sus diputados votan de igual forma, como ocurre en Gran Bretaña, el ejecutivo se apoya sobre una mayoría realmente coherente y duradera. Si la libertad de voto es total, por el contrario, como ocurre en los Estados Unidos, el Gobierno encuentra

tanta dificultad para mantenerse en el poder y para gobernar como en un régimen multipartidista. El único verdadero bipartidismo es el bipartidismo "rígido" de tipo británico, donde cada partido impone a sus diputados una disciplina de voto; el bipartidismo "flexible" de tipo americano es un "seudobipartidismo" que desemboca, en la práctica, en los mismos resultados que el multipartidismo.

Podemos establecer así una clasificación en tres tipos de regímenes pluralistas: 1.º Los regímenes presidenciales, algunos de los cuales conocen un seudobipartidismo (Estados Unidos), mientras que en otros se da un multipartidismo (Iberoamérica), pero en ninguno de los dos casos un verdadero bipartidismo; 2.º los regímenes parlamentarios con bipartidismo de tipo inglés, y 3.º los regímenes parlamentarios con multipartidismo de tipo europeo continental. Desde el punto de vista jurídico, los dos últimos se encuentran muy próximos el uno al otro, y muy alejados del primero. Desde el punto de vista del funcionamiento de las instituciones, por el contrario, la estabilidad y la autoridad del gobierno en régimen parlamentario bipartidista se asemejan en mayor medida a las del ejecutivo presidencial, que a las del gobierno parlamentario multipartidista. Desde el punto de vista del papel de los ciudadanos en la elección de sus jefes, elemento capital de todo régimen político, la semejanza es aún mayor.

En el momento de una elección parlamentaria, el ciudadano inglés tiene conciencia, no solamente de votar por un diputado, sino también — y sobre todo — de designar al jefe responsable de la política británica. A causa de la disciplina de partidos, él sabe que votando conservador o laborista coloca a la cabeza del gobierno durante cuatro años a Mr. X, líder conservador, o a Mr. Y, líder laborista. Su situación es exactamente la misma que la del ciudadano americano cuando designa a los electores presidenciales, los cuales se comprometen a elegir como presidente a uno de los dos candidatos rivales. En Gran Bretaña y en los Estados Unidos, a pesar de las diferencias en las estructuras jurídicas, todos los ciudadanos eligen prácticamente por sí mismos al jefe real del gobierno. Por el contrario, en los Estados del

Oeste del continente europeo el multipartidismo impide esta elección directa y, en consecuencia, el jefe de gobierno es designado por los estados mayores de los partidos, según combinaciones que tienen un carácter esotérico ante los ojos de los ciudadanos.

Se puede establecer, de acuerdo con esta base, una distinción nueva entre las democracias “directas” y las democracias “mediatizadas”. En las primeras, los electores eligen por sí mismos, de hecho, al jefe de gobierno, mientras que en las segundas, designan solamente a aquellos que realizarán esta elección con toda libertad. Esta distinción tiende a convertirse en fundamental en Occidente. El ejecutivo es el centro del poder real en los Estados modernos, por el contrario el legislativo no tiene más que un papel de control, de limitación y de freno. La designación directa de los jefes por el conjunto de los ciudadanos es, pues, esencial. La creación de un circuito de confianza entre el pueblo y el poder es mucho más fácil en un sistema de este tipo. El pueblo no se siente apenas interesado por las intrigas de pasillos y de comités, de donde sale el nombramiento del jefe de gobierno en las democracias “mediatizadas”. En la democracia “directa” la competición política es más real, más profunda y más sentida también por los ciudadanos: el fenómeno es importante.

REGÍMENES POLÍTICOS Y ESTRUCTURAS SOCIOECONÓMICAS

La instauración de uno u otro régimen político en un país no depende del azar o de la arbitrariedad de los hombres. Como todas las instituciones, se encuentran condicionados por numerosos factores y, sobre todo, por factores socioeconómicos. Dos grandes teorías se oponen a este respecto; por un lado, los marxistas que ven en los regímenes políticos el reflejo de los sistemas de producción y, como consecuencia de ello, niegan toda autonomía a las instituciones políticas lo mismo que a las de otro tipo. Así, no les conceden más que una importancia secundaria. Y, por otro, los occidentales,

que después de haber exagerado la independencia de la política en relación con la economía, comienzan a moderar sus tesis iniciales en este sentido. Cada vez más, admiten que existe una estrecha relación entre regímenes políticos y nivel de desarrollo técnico.

Hemos descrito ya el esquema general de la dependencia de los regímenes políticos en su relación con los sistemas de producción, al hablar de la doctrina marxista. Ésta distingue en principio cuatro tipos de Estado: el Estado esclavista de la Antigüedad, el Estado feudal, el Estado burgués y el Estado socialista, correspondiendo cada tipo a un modo de producción y a un sistema de propiedad distinto. Cada clase de Estado se subdivide a su vez en varias "formas de Estado", es decir, en regímenes políticos: despotismo oriental, tiranía, república o imperio, en el Estado esclavista; señoríos o monarquías centralizadas, en el Estado feudal; democracias occidentales o fascismos, en el Estado burgués; régimen soviético y democracias populares, en el Estado socialista. A un mismo sistema de producción y de propiedad corresponden, de este modo, regímenes políticos diferentes. Pero esta diversidad de los regímenes traduce a su vez otras variedades dentro de un mismo sistema de producción.

Consideremos, por ejemplo, el sistema de producción feudal, el cual se funda en técnicas agrícolas extensivas y primitivas, que fueron la causa del enfrentamiento entre señores y siervos. En líneas generales revistió dos formas sucesivas. En primer lugar, se desarrolló en el marco de una economía cerrada, en la que cada señorío vivía replegado sobre sí mismo, produciendo más o menos todo lo que era necesario para la subsistencia de las personas que vivían en sus tierras. Los intercambios y el comercio se encontraban aquí reducidos a su mínima expresión. A esta variedad del sistema de producción feudal, corresponde un régimen político muy descentralizado, donde el poder se encuentra atomizado entre los feudales, vinculados unos a otros por jerarquías poco rígidas. Por el contrario, con el desarrollo de las comunicaciones y del comercio, y la sustitución de una economía cerrada por otra de cambio, la autonomía local de los señores

desaparece progresivamente, apareciendo el Estado centralizado bajo la forma de la monarquía absoluta.

Las diferencias entre las formas del Estado burgués se encuentran igualmente en íntima relación con las diferencias de los sistemas de producción capitalista. Por ejemplo, cuando éste comienza a asentarse de forma dominante, aunque la gran propiedad rústica continúe desempeñando un papel económico destacado, el Estado burgués tiende a revestir la forma de una monarquía parlamentaria de tipo orleanista, tal y como funcionaba en Francia bajo Luis Felipe (1830-1848). Por el contrario, cuando el sistema de producción capitalista comienza a ser sacudido por la fuerza de los movimientos obreros, y la evolución hacia el socialismo se presenta amenazadora, el Estado burgués se desliza hacia la violencia de tipo fascista. La monarquía parlamentaria sería así la forma de Estado que corresponde a la primera fase de un sistema capitalista en expansión; el fascismo, por el contrario, sería la forma de Estado propia de un sistema capitalista en decadencia. En su fase de esplendor, el sistema capitalista ha originado el Estado democrático occidental, el cual está basado en un sistema de libertades políticas, de pluralismo de partidos, de elecciones libres, etc.

En el socialismo encontramos la misma correspondencia entre las variedades del sistema de producción y las formas de Estado. Los teóricos marxistas reconocen actualmente dos formas de Estado socialista: el sistema soviético y la democracia popular. Uno y otro “han nacido en condiciones diferentes desde el punto de vista de la disposición de las fuerzas de clase” (*Los principios del marxismo-leninismo*, Moscú, 1960). Ambos se apoyan esencialmente en la clase obrera y en la producción socialista. Pero la dictadura soviética se basa en el partido único y en la liquidación de la burguesía, mientras que las democracias populares mantienen formas de pluralismo de partidos (muy atenuados por la dominación del partido comunista y por la práctica de los “frentes nacionales”), fundándose en la colaboración de ciertos elementos de la burguesía y en el mantenimiento de un amplio sector privado de la agricultura.

Estas tesis marxistas sobreestiman la influencia de los sistemas de producción y de los tipos de propiedad sobre los regímenes políticos. No se puede discutir que esta influencia exista y que sea importante, pero los regímenes políticos no son un simple reflejo, es decir, un epifenómeno de los regímenes de propiedad y de producción. La correspondencia entre los grandes tipos de Estado descrito por los marxistas — Estado esclavista, Estado feudal, Estado burgués y Estado socialista — con los grandes tipos de sistemas de producción, es exacta en su conjunto. Pero “estos tipos de Estado” están mal definidos desde el punto de vista político. Se trata de categorías muy vastas que abarcan en realidad regímenes muy diversos, cuyas diferencias engarzan mal con las diferencias en el sistema de producción. Consideremos el ejemplo de los regímenes fascistas. ¿Se puede decir que el sistema de producción de la Alemania de 1933 fuese diferente al de la Gran Bretaña de la misma época? Un marxista respondería que la primera no poseía colonias, a diferencia de Gran Bretaña, país donde el imperialismo ha encontrado otros exutorios distintos del fascismo. Pero el argumento no es convincente, puesto que los Estados escandinavos o los Estados Unidos no tenían tampoco colonias y no sufrieron el fascismo. Indudablemente el fascismo alemán — como todos los fascismos — depende de factores económicos; pero la parte del sistema de producción, en tanto que tal, parece en ellos bastante más reducida.

El desarrollo del stalinismo en la URSS es otro ejemplo característico. Los mismos soviéticos no buscan su explicación a través del sistema de producción. Sin duda ésta ha tenido su parte, ya que la planificación centralizada tendía naturalmente a una dictadura. Pero la planificación no dejaba, sin embargo, de ser menos centralizada en el momento de la muerte de Stalin, cuando se hizo sentir la necesidad de liberalización de forma imperiosa; la descentralización económica relativa, realizada desde entonces en Rusia, no es la causa de la “desestalinización”, sino su consecuencia. Explicar la tiranía de José Dougachtvili por sus vicios y por

sus defectos de carácter, como se hace oficialmente en la URSS, no es en absoluto marxista, siendo, por tanto, insuficiente como explicación. El stalinismo es una forma de Estado, un tipo de régimen político, que se ha desarrollado dentro de un sistema de producción socialista, después de un régimen de forma muy diferente (el leninismo) y antes que otro, de forma igualmente muy diferente (el kruschevismo), no bastando el sistema de producción para explicar estas diferencias.

Como hemos dicho, las diferencias entre los tres grandes tipos de regímenes políticos occidentales — régimen presidencial americano, régimen parlamentario inglés con dos partidos, y régimen parlamentario continental con multipartidismo — son muy importantes. Y tampoco se puede afirmar que estas diferencias entre los regímenes se deban a diferencias en los sistemas de producción y de propiedad. El hecho de que la parte del sector público de producción sea mucho mayor en Gran Bretaña o en Francia que en los Estados Unidos, no parece modificar en nada la cuestión. Lo que explica las diferencias actuales en los regímenes políticos de los grandes Estados occidentales es su desarrollo histórico y cultural, lo cual no tiene una relación directa con los sistemas de producción. Inversamente la transformación de las estructuras económicas en Francia, en Gran Bretaña y en otras naciones europeas desde hace un cuarto de siglo, que ha producido el cambio del sistema de producción capitalista por un sistema mixto, medio capitalista, medio socialista, con un sector público muy importante y una planificación global bastante desarrollada, no ha tenido como consecuencia una transformación política de la misma importancia. El crecimiento del ejecutivo es evidente, pero no es apenas más fuerte que en los Estados Unidos, donde las estructuras económicas han conservado un carácter capitalista más puro.

Sin embargo, la oposición entre las dos grandes estructuras económicas definidas por la propiedad — capitalismo y socialismo — corresponde, en líneas generales, a la oposición entre las dos grandes categorías de regímenes políticos actuales: régimen pluralista y régimen unitario. Una economía

capitalista o semicapitalista implica la separación del poder político y el poder económico. Este último se encuentra disgregado entre numerosas empresas privadas (y parcialmente, a veces entre empresas y organismos públicos), que no son sino innumerables “centros de decisión”, autónomos y más o menos independientes del Estado. La propiedad privada de los medios de producción desemboca así en una estructura económica pluralista, que se refleja en el terreno político. Por el contrario, la propiedad pública de todas las empresas, junto a la planificación global, tiene como efecto la concentración en unas mismas manos del poder político y del poder económico; de este modo, se tiende al sistema unitario.

Ahora bien, esta descripción necesita la formulación de numerosas reservas. La separación entre el poder político y el poder económico es en parte ilusoria, pues, en la realidad, el segundo dispone de poderosos medios de presión sobre el primero. Sobre la base del capitalismo de las grandes unidades se ha construido un nuevo feudalismo, capaz como el de antaño de desafiar victoriosamente al poder central, o más simplemente, de destronarle en su provecho. Los gobiernos occidentales se asemejan mucho al reyezuelo de Bourges, dócil juguete entre las manos de sus grandes vasallos. En un régimen capitalista puro, el poder político apenas posee una existencia propia, no siendo más que un reflejo del poder económico; es en los regímenes mixtos donde la división entre ambos poderes adquiere propia vigencia. Por otra parte, la concentración del poder económico entre las manos de oligopolios hace que la imagen de una multiplicidad de “centros de decisión” autónomos, sea bastante engañosa. El nexo entre régimen de propiedad privada y régimen político pluralista no es tan evidente como se afirma. El caso de la dictadura nazi muestra claramente que una autocracia de tipo ultratotalitario puede realizarse en el seno de un sistema capitalista. El fascismo, por otra parte, se encuentra vinculado a la evolución del capitalismo y a su resistencia ante el establecimiento de una economía socialista.

La conexión entre la economía socialista y el régimen uni-

tario no es tampoco segura; disponemos de experiencias demasiado cortas y demasiado raras para poder formular una conclusión válida. La evolución de las sociedades capitalistas puede analizarse desde hace más de un siglo en un gran número de Estados repartidos por Europa occidental y América del Norte. Por el contrario, la evolución de las sociedades socialistas no puede ser examinada sino en base solamente a un período de cuarenta y siete años, y en un solo Estado: la Unión Soviética. En las democracias populares de Europa, donde la experiencia no llega a una duración de más de veinte años, se puede decir que ha sido falseada por el problema de la dominación exterior (salvo Yugoslavia). En la China, donde es aún más reciente, la liquidación de una terrible guerra civil, así como el nivel de subdesarrollo, no permiten ninguna comparación. Los regímenes de Estados socialistas son todavía demasiado escasos y recientes para poder ser objeto de análisis de sociología política de carácter válido. En cuanto a su carácter totalitario y a su falta de pluralismo no se excluye que se deba a su situación revolucionaria y no tengan, por tanto, más que un carácter provisional. Tal es, por otra parte, la imagen que poseen de sí mismos, de acuerdo con la teoría de la dictadura del proletariado de naturaleza transitoria.

En el seno de los países socialistas, se descubre claramente una tendencia a la descentralización económica que los aproxima al "pluralismo de los centros de decisión", rasgo con el que se trata de caracterizar a los regímenes capitalistas. Yugoslavia se encuentra comprometida en esta vía desde hace varios años, y las reformas de Krushev en la URSS no tienen otra significación. Podríamos establecer una comparación muy sugestiva entre el desarrollo histórico de la descentralización política y la posible evolución de la económica. Bajo el feudalismo, se encontraba asegurada la descentralización política por la herencia de los jefes locales; en la actualidad se basa en su elección popular. Hoy día la propiedad privada asegura una descentralización económica bastante eficaz por medio del sistema hereditario. Pero se columbra ya la posibilidad de una descentralización económica basada en otros

procedimientos más democráticos, según lo que soñaban los socialistas del siglo XIX.

La correlación entre los regímenes políticos y el nivel de desarrollo técnico y económico parece tan evidente, si no más, que la correlación entre los regímenes políticos y los sistemas de propiedad de los medios de producción. La democracia pluralista corresponde a un grado elevado de industrialización. Decir que los pueblos libres son pueblos ricos expresa bajo una forma brutal, pero apenas exagerada, una verdad fundamental. Aplicar un sistema pluralista a naciones en donde la mayor parte de la población se encuentra casi famélica, aparte de ser inculta y analfabeta, es algo prácticamente imposible. Los viejos regímenes de autocracia feudal, bajo la apariencia de los procedimientos modernos, continúan funcionando y lejos de ayudar los procedimientos democráticos a derribarlos, los prolongan enmascarándolos. De hecho la democracia pluralista se ha desarrollado en los siglos XIX y XX en las naciones ricas de Occidente, por lo que se puede decir que su crecimiento ha seguido al de la industrialización y al del nivel de vida colectivo.

El carácter autocrático y unitario de los regímenes comunistas no se debe solamente a la concentración del poder político y el poder económico, sino también, o sobre todo, al carácter subdesarrollado en todos los países donde se ha establecido: Rusia en 1917, las democracias populares en 1945,¹ China y Viet-Nam del Norte. Desde esta perspectiva, la "liberación" que se perfila en la URSS correspondería a la evolución económica de Rusia, que se ha convertido en una de las mayores potencias industriales del mundo. El desarrollo según el método socialista, que ha dado la primacía al poderío sobre la abundancia, al equipamiento sobre el consumo, ha frenado las consecuencias de esta evolución; pero, con todo ya comienzan a manifestarse. Como los países industriales de Occidente, la URSS se acerca a una situa-

1. Salvo Checoslovaquia, por lo que se refiere a Bohemia. Aquí fue importado el comunismo por el ejército rojo, facilitando su penetración la crisis abierta de Munich.

ción de abundancia relativa, donde no solamente podrán satisfacerse las necesidades primarias de todos los hombres (alimentación, vivienda y vestidos) sino hasta sus necesidades secundarias (confort, cultura y diversiones), es decir, donde las condiciones de la democracia se habrán reunido. Indudablemente son muchos los factores que frenan esta evolución: la acción de esta clase política de los "jerarcas" vinculados a la dictadura que les da poder y honor; la amenaza exterior y la competición con los Estados capitalistas; los peligros de crisis interna en el caso de una liberalización demasiado rápida; los riesgos de reacción de las naciones satélites; las dificultades técnicas inherentes a la flexibilización de un régimen autoritario, etc. A pesar de todo, la evolución parece irreversible a largo plazo. Aunque, por el momento, no concierne más que a los países comunistas desarrollados (URSS y las democracias populares de Europa), mientras que los países comunistas subdesarrollados (China y Vietnam del Norte) permanecerán sometidos durante más tiempo al sistema de dictadura política propio a su nivel económico. Es posible que un día la distinción fundamental no sea ya de los regímenes del Oeste y los regímenes del Este, sino la de los regímenes de las naciones desarrolladas y los de los países subdesarrollados. Entonces el nivel de la economía tendría una importancia más clara que el estatuto jurídico.

El ritmo de desarrollo importa tanto como el nivel, según hemos dicho ya. El desarrollo acelerado, al destruir los marcos sociales tradicionales y provocar contradicciones y conflictos, hace más difícil el funcionamiento de las democracias pluralistas. En la historia, las epidemias de dictadura corresponden a épocas de transformaciones rápidas. La violencia sirve entonces, bien para acelerar la mutación y precipitar el progreso (dictaduras revolucionarias), bien para mantener el orden tradicional, y para frenar la evolución (dictaduras reaccionarias). En nuestra época, el comunismo es un claro ejemplo del primer tipo, y el fascismo del segundo. Estos fenómenos se producen en los diferentes niveles de desarrollo. El Alemania el hitlerismo tendía a impedir que una sociedad muy industrializada se deslizase hacia el socialismo. En China, el

comunismo es un medio de acelerar la aparición de la industria y de salir del subdesarrollo. Naturalmente las dictaduras son más frecuentes en las sociedades arcaicas, donde los efectos del nivel y del ritmo de desarrollo actúan en el mismo sentido, que en las sociedades industriales, donde los dos factores llegan a oponerse. Por otra parte, existen otros cambios sociales, aparte de los producidos por un progreso técnico acelerado, que pueden tener los mismos resultados: rápida decadencia, guerra, crisis económica, etc.

Por el contrario, encontramos en sociedades poco desarrolladas y poco estables, ejemplos interesantes de democracias pluralistas; tal ha sido el caso de ciertas ciudades bereberes del norte de África, las cuales han conocido ciertos sistemas de elección bastante perfeccionados, una separación de poderes bien delimitada, y asambleas políticas, como las llamadas "djemaas". Muchas sociedades de reducidas dimensiones fueron construidas anteriormente a la aparición de los Estados nacionales, de acuerdo con un tipo análogo, principalmente las democracias antiguas. Se trataba de comunidades agrícolas, que agrupaban a propietarios campesinos, o a comunidades de pescadores, y en las que no había grandes desigualdades de rentas. El equilibrio económico se obtenía gracias a hábitos frugales, que formaban parte de las costumbres desde tiempo inmemorial, lo que aseguraba una moderación de las necesidades que, por otra parte, no rebasaban sensiblemente los bienes de que se disponía. Una cultura tradicional, transmitida por la palabra, producía un alto nivel intelectual general, a pesar de la débil difusión de la escritura y de la lectura. Las repúblicas griegas y romanas correspondieron a situaciones de este tipo. La ruptura de su equilibrio material e intelectual, como continuación de su expansión política y de su desarrollo económico, provocó en ellas el derrumbamiento de la democracia y el advenimiento de la dictadura.

Podrían ser aducidos otros ejemplos basándonos en sociedades aun más arcaicas, tales como las que estudian hoy los etnólogos. En estas sociedades, las decisiones se toman, con frecuencia, de forma colectiva, por medio de asambleas de los miembros de la tribu. Los *palabras* africanos constituyen

una aplicación del procedimiento de discusión que caracteriza a las democracias; es posible su comparación con los debates del Ágora griego o del Fórum romano. Esta "democracia de pequeñas unidades" no ha desaparecido totalmente con la aparición de los grandes conjuntos nacionales, y así, con frecuencia, subsiste en el ámbito local. La administración de los municipios locales y de las parroquias se ha realizado casi siempre con una cierta participación de sus habitantes, y esto incluso en el marco de regímenes que desde el punto de vista del Estado son autocráticos.

La importancia de los factores socioeconómicos (nivel de desarrollo y régimen de propiedad) en la determinación de los regímenes políticos, no debe ser causa de olvido de la gran cantidad de otros elementos que intervienen en este terreno. Hemos señalado ya cuánto contribuyen la historia y el conjunto del contexto cultural a la formación de las instituciones de un pueblo. El régimen inglés no es separable de la Gran Bretaña, el americano de los Estados Unidos, el francés de Francia, etc. Hay que hacer notar asimismo la influencia de la coyuntura, pues un suceso particular, un personaje fuera de serie o una situación excepcional, pueden desempeñar un gran papel en la formación o evolución de los regímenes políticos. A este respecto parece que se encuentra demasiado olvidada por la sociología política una noción fundamental: la de "régimen coyuntural". Normalmente las instituciones políticas de un país se encuentran determinadas por sus estructuras. Los sucesos superficiales, la rutina diaria, no pueden modificarlas seriamente. Excepcionalmente, empero, la presión de la coyuntura puede ser tan fuerte que aventaje a la influencia de las estructuras y, de este modo, una nación puede sufrir entonces durante un cierto tiempo un régimen político que no corresponda a éstas. El golpe de Estado del 13 de mayo de 1958 y los riesgos del levantamiento militar de 1960-62 en Francia, constituyen un claro ejemplo de situaciones de este tipo. Los "regímenes coyunturales" son pasajeros, pero el hecho mismo de que hayan existido modifica en más o en menos las estructuras del país y su desarrollo histórico.

II

LAS ORGANIZACIONES DE LA CONTIENDA

En las grandes comunidades humanas, y principalmente en los Estados modernos, la contienda política se desarrolla entre organizaciones más o menos especializadas que constituyen, en cierta manera, una especie de ejércitos políticos. Estas organizaciones son grupos estructurados, articulados, jerarquizados y adaptados a la lucha para el poder, que expresan los intereses y los objetivos de diversas fuerzas sociales (clases, colectividades locales, agrupaciones étnicas, comunidades de intereses particulares, etc.), de quienes son precisamente los medios de acción política. El carácter organizado de la contienda política es un rasgo esencial de nuestra época. Aunque, sin duda, este rasgo es más o menos general. Sin embargo, desde hace un siglo, las técnicas de organización colectiva y los métodos de encuadramiento de los hombres se han perfeccionado en gran manera.

Podemos clasificar a las organizaciones políticas en dos grandes categorías: los partidos y los grupos de presión. Los partidos tienen como objetivo directo la conquista del poder o la participación en su ejercicio. Tratan de obtener escaños en las elecciones, de poseer diputados y ministros, y de apoderarse del gobierno. Los grupos de presión, por el contrario, no se dirigen a tomar el poder por sí mismos o a participar en su ejercicio, sino que tienden a influir sobre los que detentan el poder y a ejercer "presión" sobre ellos; de ahí su nom-

bre. Partidos y grupos de presión no son las únicas organizaciones políticas. Más adelante describiremos los movimientos clandestinos que se desarrollan en los regímenes donde la lucha política no puede desenvolverse abiertamente. Las “ligas”, los “frentes” y diversas organizaciones para partidistas, podrían también citarse a este respecto.

LA ESTRUCTURA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Los partidos políticos han nacido al mismo tiempo que los procedimientos electorales y parlamentarios, con los que se han desarrollado de una forma paralela. Aparecieron primeramente en forma de comités electorales, con la doble misión de ofrecer a un candidato el patronazgo de los poderosos y de reunir los fondos necesarios para la campaña. Posteriormente, se asistió al desarrollo, dentro del marco de las asambleas, de grupos parlamentarios, que reunían a los diputados de la misma opinión con vistas a una acción común. Este acercamiento de los diputados en la cúspide produjo naturalmente una tendencia de sus comités electorales a federarse en la base; así se crearon los primeros partidos políticos. En los Estados Unidos, la necesidad de ponerse de acuerdo, a escala nacional, para la elección de un candidato a la presidencia y poder realizar a continuación una campaña electoral dentro de un marco gigantesco, así como la necesidad de tener que designar en el plano local a un gran número de candidatos para múltiples funciones colectivas, confirieron a los partidos una fisonomía particular, pero que se encuentra muy vinculada a las elecciones.

Originariamente, los partidos políticos estaban formados por comités locales, agrupando a las personalidades influyentes, es decir, a los notables. La calidad de sus miembros importaba más que su número, puesto que se buscaba ante todo el prestigio, que da una influencia moral, o la fortuna, que ayuda a cubrir los gastos de propaganda. La organización interior de estos comités era rudimentaria, ya que el número poco elevado de sus miembros no exigía una estructura rígida.

Su autonomía era grande, y así, los organismos centrales de los partidos no tenían apenas autoridad sobre los elementos locales. Los partidos conservaban el carácter de una federación de comités. La mayoría de éstos estaban dominados por una personalidad, en general el diputado. Los parlamentarios, apoyándose cada uno en su comité, conservaban una gran independencia. Excepto en Gran Bretaña, la disciplina del voto no existía, lo que confería a la batalla dentro de las asambleas el carácter de un combate de gladiadores. Esta estructura primitiva de los partidos ha subsistido en la mayoría de los partidos conservadores y liberales europeos, y en los partidos americanos. Se denominan “partidos de cuadros” a los que se constituyeron sobre este modelo.

A comienzos del siglo xx, los socialistas inventaron otra estructura política: los “partidos de masas”. El problema que fue la causa de su origen, consistía en cómo conseguir el financiamiento de las campañas electorales de los candidatos socialistas, ya que al ser considerados revolucionarios, los banqueros, industriales, comerciantes y grandes propietarios que financiaban las elecciones de los candidatos liberales, les negaron todo apoyo. No pudiendo contar, pues, con grandes cantidades de dinero entregadas por un número reducido de personas, se imaginó solicitar pequeños óbolos al mayor número de personas posible, quienes entregarían su aportación de forma regular. Esta conducta conducía a admitir en la organización del partido el máximo posible de adherentes; en lugar de agrupar a muchos millares de personas como máximo, el partido debía reunir centenares de miles, y a veces millones. El sistema permitía también dar una educación política a las masas populares, puesto que carecían de ella. Por último, aseguraban un reclutamiento más democrático de los candidatos. En lugar de ser escogidos en el círculo restringido de un pequeño comité, eran designados, en el seno de congresos locales y nacionales, por el conjunto de los adherentes o por sus representantes.

Una correlación bastante estrecha parece existir entre esta nueva estructura de los partidos y la evolución de su base social. Los partidos de cuadros tradicionales correspondían

al conflicto entre la aristocracia y la burguesía, clases poco numerosas que los notables encarnaban perfectamente. La limitación de los partidos señalaba, por un lado, una limitación también en el campo político, y, por otro, la naturaleza real de una democracia de la que la mayor parte del pueblo estaba prácticamente excluida. Por el contrario, los partidos de masas corresponden a la ampliación de la democracia, que se abre así a la casi totalidad de la población. Ésta no ejerce realmente sus derechos, más que si participa de forma auténtica y de manera permanente en la gestión del Estado y no se limita exclusivamente a votar una vez cada cuatro o cinco años. Tarea que puede conseguirse a través de la nueva organización de los partidos.

El encuadramiento permanente de miles de hombres, a veces hasta de millones (desde 1913, la socialdemocracia alemana superará el millón de adherentes), el cobro regular del impuesto partidista que es la cotización, imponían una organización administrativa mucho más rígida que la de los partidos de cuadros. De ahí, el desarrollo progresivo de un complejo y jerarquizado aparato, y la formación de un grupo de “dirigentes internos” que debilita la posición de los parlamentarios. Sociológicamente el conflicto entre los dos grupos de jefes es interesante porque traduce el conflicto de dos comunidades de base: la de los adheridos, que eligen a los dirigentes internos y la de los electores, que eligen a los diputados. Los adheridos, más partidistas que los electores, son naturalmente más intransigentes. Pero la evolución de los partidos socialistas hacia la socialdemocracia y su integración en el régimen parlamentario ha modificado los datos del problema. Aceptando los valores del parlamentarismo, se vieron naturalmente obligados a dar la primacía a los que encarnaban estos valores, es decir, a los diputados. En los partidos comunistas o fascistas, por el contrario, donde estos valores son más discutidos, los parlamentarios permanecen sometidos a los dirigentes internos, a quienes pertenece el prestigio fundamental.

La estructura masiva fue adoptada a continuación por otros partidos además de los socialistas. Los partidos democristianos se han esforzado, en general, por transplantar pura y sim-

plemente la organización socialista, aunque sin haberlo conseguido en todos los casos. Con frecuencia poseen una estructura mixta, intermedia entre los partidos de masa y los partidos de cuadros, que corresponde al carácter heterogéneo de su base social. Los partidos comunistas han transformado la estructura socialista en dos grupos importantes. En primer lugar, en vez de agrupar a sus adherentes en un marco local determinado por el domicilio (el de la "sección" o el del "comité"), los reúne teniendo como base la empresa y el lugar de trabajo, es decir, en "células" de fábrica, de taller, de almacén, de oficina, de escuela, etc. En segundo lugar, han acentuado la centralización e instaurado una disciplina rígida. Los partidos fascistas han desarrollado aún más esta última tendencia. Al mismo tiempo, han multiplicado los grados de encuadramiento intermedios entre la base y el centro. Se presentan, de este modo, bajo la forma de una pirámide de grupos, que se hallan ensamblados unos en otros. Esta estructura, exactamente calcada de la del ejército, se explica precisamente por el carácter paramilitar del fascismo, para quien el partido no se halla destinado solamente a intervenir en las elecciones y en el Parlamento, sino también para sabotear las reuniones de los adversarios, para destruir sus locales e instalaciones, para machacar a sus partidarios, para luchar en las calles, etc.

En los países subdesarrollados, los partidos de masas adoptan, en general, una fisonomía particular. En todos estos partidos, los dirigentes forman un grupo claramente distinto del resto de los adherentes y los militantes. Este "círculo interior" se asemeja un poco, en suma, a un partido de cuadros sumergido en el seno de una organización de masas. Sin embargo, la separación entre ambos grupos no es rigurosa en los países desarrollados; el "círculo interior" permanece muy abierto, pudiendo entrar en él muy fácilmente los miembros de la base. La distinción corresponde más bien a imperativos técnicos (necesidad de una concentración del poder, o por razones de eficacia), que a una situación sociológica. Por el contrario, en los partidos de masas de los países subdesarrollados, la distancia social es muy grande entre los miembros del "círculo interior" y la masa de los partidarios. Los primeros

poseen el nivel intelectual y técnico de las sociedades modernas, mientras que los segundos permanecen todavía lejos de alcanzarlo, estando más bien cercanos del nivel de las sociedades arcaicas. La estructura de los partidos refleja, de este modo la estructura general, en la fase actual de su evolución, de estos países.

Por otra parte, el encuadramiento político moderno se superpone a tipos tradicionales sin llegar a suprimirlos completamente; más bien al contrario, los modifica frecuentemente, extrayendo de ellos su fuerza principal. Las fraternidades tribales o raciales, las vinculaciones feudales, el credo religioso, los lazos de sociedades secretas o incitadoras, sirven frecuentemente de base para la adhesión a un partido concreto cuya insignia es a veces considerada como si tuviese valor de amuleto o fetiche. Fenómenos de ese tipo se encuentran también en los partidos de las naciones más modernas e industrializadas, aunque más atenuados y con una importancia ciertamente menor. En algunos partidos de los países subdesarrollados — no en todos — parecen, por el contrario, desempeñar un papel esencial, al menos en lo que se refiere al encuadramiento de las masas rurales; en las ciudades, se asemejan ya mucho más a los partidos de tipo moderno.

Algunos piensan que la autoridad de los dirigentes políticos en los países subdesarrollados tiene un carácter personal más acentuado que en otros países. La autoridad individual del líder sería el elemento esencial de la cohesión del partido y de la adhesión de sus miembros. Las ideologías y los programas no parecen tener apenas importancia en ellos. Este tercer elemento de originalidad parece más discutible que los otros; no existe duda alguna de que el poder se encuentra muy personalizado en las sociedades poco desarrolladas y de que los partidos se forman en ellas alrededor de un hombre. Pero la evolución de las sociedades más modernas, desde hace algunas décadas, parece tender igualmente hacia la individualización de la autoridad. Sin embargo, parece probable que la naturaleza y la significación del liderazgo en los dos tipos de países sean diferentes (aunque estas diferencias son difíciles de precisar). De todas formas, parece dudoso que el carácter perso-

nal del poder esté más acentuado en un caso que en otro; más bien se trata de formas distintas de personalización.

Una tercera estructura de partidos la encontraremos en el caso de los laboristas británicos y de ciertos socialistas escandinavos. En el momento en que a comienzos del siglo xx se planteó el problema de la financiación de las campañas electorales obreras, fue resuelto el mismo en Gran Bretaña por la acción directa de los sindicatos, que decidieron entregar una parte de las cotizaciones de sus miembros a una caja política. La gestión de esta caja y la elección de los candidatos estaba asegurada por comités formados de representantes de los sindicatos, de las mutuas, de las cooperativas y de las diversas asociaciones socialistas. De acuerdo con esta base se constituyó un partido de tipo nuevo, que se ha denominado partido indirecto. Los ciudadanos no se adhieren a él directamente, sino exclusivamente a través de otras organizaciones diversas (sin embargo, un sistema de adhesión directa se desarrolló a continuación en el partido laborista británico, de forma paralela, de manera que en la actualidad se yuxtapone un partido indirecto y un partido de masas clásico). Las secciones del segundo envían, como los sindicatos, las mutuas, las cooperativas y las asociaciones socialistas, representantes a los comités laboristas, donde se expresa de este modo, el conjunto del partido. Algunos partidos católicos, principalmente el partido cristiano belga de entreguerras y la democracia cristiana austríaca han adoptado una estructura análoga, de base corporativa.

EL NÚMERO DE PARTIDOS

El desarrollo de los partidos políticos se halla ligado al de la democracia occidental moderna. Antes de ésta, no se encuentran partidos propiamente dichos, a no ser bajo una forma embrionaria (la Liga, los armañacs y los burguiñones, los güelfos y los gibelinos, los jacobinos, etc.). Los regímenes autoritarios contemporáneos, empero, han traspasado la organización democrática de los partidos, con la forma del "partido único". En sí, el sistema corresponde a algo diferente e in-

cluso hasta opuesto al concepto democracia. Los partidos políticos, organizaciones para la lucha política, deben ser varios, por definición misma: para que exista una batalla, es necesario, al menos, la existencia de dos adversarios. El partido único tiende a hacer cesar las luchas políticas, para reemplazarlas por la unanimidad. Pero combate a los adversarios del régimen, y así el sistema conduce simplemente a negar el derecho a éstos de organizarse en partido, reservando la posibilidad de utilizar este tipo de organización de lucha únicamente a los que detentan el poder. La oposición se desarrolla entonces por otros medios. Sin embargo, el partido único, si no es absolutamente monolítico, puede servir él mismo de marco a la contienda política.

La oposición entre pluralismo de partidos y partido único caracteriza así dos sistemas de luchas políticas; el de las democracias occidentales contemporáneas y el de los regímenes autoritarios modernos (los regímenes autoritarios arcaicos ignoraban los partidos). A pesar de todo, la oposición es menos tajante de lo que se cree. En principio existe un sistema intermedio: el del "partido dominante". En un país en el que existen varios partidos, uno de ellos es mucho más fuerte que los demás, de tal forma que éstos no pueden apearle del poder, ni entorpecerle para nada en su ejercicio. Sin embargo, su presencia permite la crítica abierta del Estado, y la discusión de sus actos por medio de las elecciones, el parlamento, la prensa, las reuniones públicas, etc. La noción de partido dominante se encuentra todavía bastante nebulosa; en la práctica oscila entre dos polos. O bien la oposición es poderosa, debido a que los demás partidos poseen una fuerza respetable y hacen que exista el riesgo de poner fin un día a la dominación del partido en el poder (tal es el caso de la India por ejemplo) y entonces, nos encontramos muy cerca del pluralismo. O bien, la oposición es muy débil, mientras que es considerable la fuerza del partido dominante; en este caso, se está muy cerca del partido único (tal era la situación de muchas Repúblicas africanas en estos últimos años; posteriormente, la mayor parte de ellas han pasado al partido único, suprimiendo pura y simplemente la oposición organizada).

En los regímenes pluralistas, la discusión entre bipartidismo y multipartidismo, es fundamental. Hemos calibrado ya su influencia sobre el desarrollo de los antagonismos políticos y su importancia para el establecimiento de una clasificación moderna de los regímenes políticos. Conviene que examinemos esta cuestión ahora en su conjunto, pero, sin embargo, no debemos exagerarla. La formación de alianzas estables que se presentan en la lucha electoral con programas precisos, redactados en común, y que, a continuación, son aplicados en el gobierno, acerca el multipartidismo al sistema bipartidista. Inversamente, cuando cada uno de los partidos tiene una estructura flexible y cuando no existe ninguna disciplina de voto en el Parlamento, las mayorías gubernamentales llegan a ser incoherentes e inestables, asemejándose entonces el bipartidismo al multipartidismo. Este "bipartidismo flexible" se encuentra mucho más cercano del multipartidismo que del "bipartidismo rígido" de tipo británico. El problema es capital para la clasificación de los regímenes políticos como ya hemos visto. Por consiguiente, existen categorías intermedias entre bipartidismo y multipartidismo.

Tres factores esenciales explican la existencia de uno u otro sistema de partidos en un país determinado: factores socioeconómicos, factores históricos y culturales, y un factor técnico, que es el régimen electoral. Los primeros han sido predominantes en el desarrollo de los sistemas de partidos europeos en el siglo XIX. La primera oposición, entre los partidos conservadores y los partidos liberales, reflejó un conflicto de clases entre la aristocracia y la burguesía; el análisis marxista ha realizado una descripción conveniente del mismo. De este modo, se manifestó claramente una tendencia hacia el bipartidismo. En la segunda mitad del siglo XIX, el desarrollo industrial y el crecimiento del proletariado dieron lugar a una tercera fuerza politicosocial que se encarnó en los partidos socialistas. El bipartidismo precedente tendió entonces a transformarse en un tripartidismo. Este fenómeno es observable, en su estado puro, en Gran Bretaña, en Bélgica, en Australia y en Nueva Zelanda. En otros países, a pesar de que se inter-

fieran en él otros elementos, sus huellas permanecen también claramente perceptibles.

No obstante, el crecimiento de los partidos socialistas coloca a los partidos liberales frente a una alternativa. Unos y otros tienen en común su oposición a las monarquías y aristocracias, junto al apego por la igualdad y por la libertad política; pero los liberales defienden siempre la libre empresa y la propiedad privada de los medios de producción, que quieren abolir los socialistas. Los primeros elementos incitan a los dos partidos a unirse en contra de los conservadores; los segundos elementos tienden, por el contrario, a acercarse hacia los conservadores a los liberales, y a alejarlos de los socialistas. En una primera fase, en la que los antiguos regímenes políticos tenían una base sólida, en la que la dominación de la aristocracia aparecía como el peligro más grave y más inmediato, y en la que la debilidad de los partidos socialistas les hacía aún poco peligrosos ante los ojos de la burguesía, los partidos liberales adoptaron generalmente la primera táctica. A medida que la democracia política se establece y se va convirtiendo en un régimen estable, al mismo tiempo que el retorno ofensivo del sistema aristocrático parece cada vez menos probable, la oposición entre liberales y conservadores pierde progresivamente su significación. Entonces, ambos partidos se aproximan naturalmente, con un deseo común de defender la propiedad y el orden establecido (orden liberal, al que los conservadores se vinculan al no poder hacer otra cosa).

Aparece a la sazón una tendencia hacia la fusión de los conservadores y de los liberales en un único partido, opuesto a los socialistas. Un "bipartidismo del siglo xx" tiende así a sustituir al "bipartidismo del siglo xix". Esta evolución se observa directamente en Gran Bretaña, en Nueva Zelanda y en Australia. En otros países, un partido liberal consigue mantenerse, aunque muy disminuido, ya que la mayor parte de su clientela ha pasado a engrosar las filas conservadoras. Tal es el caso de Bélgica, de los Países Bajos, de Europa nórdica y de Francia (bajo la forma del partido radical). Con frecuencia este partido liberal se esfuerza en mantener el equi-

librio mediante un juego de balanza, aliándose unas veces a los socialistas contra los conservadores, y otras a los conservadores contra los socialistas; aunque esta última alianza cada vez sea progresivamente más frecuente que la otra.

El bipartidismo y el multipartidismo no dependen exclusivamente de los factores socioeconómicos, sino también de factores culturales que se mezclan con los anteriores. En los Países Bajos, por ejemplo, las ideologías religiosas tuvieron una gran importancia en la elaboración del sistema de partidos. La tendencia conservadora se dividió desde su origen en dos partidos: conservadores católicos y conservadores protestantes (“antirrevolucionarios”). Una escisión entre estos últimos, que dio lugar a los “cristianos-históricos”, desembocó en una división de los conservadores en tres partidos diferentes. En Francia, los regímenes políticos y los conflictos, consecuencia de ellos, han ocasionado una división análoga de las fuerzas derechistas. Desde la segunda mitad del siglo XIX, los conservadores se escindieron en tres partidos: legitimistas, orleanistas y bonapartistas; de aquí procede la falta de organización de las derechas, característica del sistema de partidos francés. En otros países, las oposiciones étnicas o regionales han desempeñado un papel análogo, ocasionando la multiplicación de los partidos.

Por último, un factor técnico de naturaleza propiamente institucional, que ha sido particularmente estudiado en los últimos años se añade a los anteriores: el régimen electoral. Su acción ha podido ser resumida en forma de tres leyes sociológicas, definidas en 1946: 1.º el escrutinio mayoritario a una sola vuelta tiende a crear el bipartidismo; 2.º la representación proporcional tiende al multipartidismo; y 3.º el escrutinio mayoritario a dos vueltas tiende a un multipartidismo mitigado por las alianzas. Estas leyes han sido muy discutidas, a veces hasta apasionadamente, pero nunca puestas en tela de juicio. Las críticas que se han dirigido contra ellas, atacan más su alcance exacto que la realidad del fenómeno que ellas expresan, el cual es bastante evidente. Es cierto que una reforma electoral no puede originar de por sí nuevos partidos, pues sabemos que los partidos son la expre-

sión de las fuerzas sociales, y como tales no pueden nacer de una simple decisión legislativa. También es cierto que la relación entre los regímenes electorales y los sistemas de partidos no es de carácter mecánico y automático, por lo que no se puede afirmar, por tanto, que tal régimen electoral origine necesariamente tal sistema de partidos, sino que únicamente le encauza en el sentido de este sistema. En realidad, es una fuerza dirigida en esta dirección, que actúa en medio de otras fuerzas, algunas de sentido contrario. Por último, es cierto también que las relaciones entre los regímenes electorales y los sistemas de partidos no tienen exclusivamente un sentido único; si el escrutinio a una sola vuelta tiende al bipartidismo, el bipartidismo conduce a su vez a la opción del escrutinio a una sola vuelta.

El papel exacto de un régimen electoral parece ser, en definitiva, el de un acelerador o el de un freno. La descripción que acabamos de hacer del desarrollo de los partidos en Europa durante el siglo XIX y el siglo XX nos lo demuestra claramente. El crecimiento económico y las transformaciones sociales que origina éste, junto a las circunstancias propias de cada país (divisiones religiosas, conflictos ideológicos, inestabilidad constitucional, etc.), constituyen las fuerzas creadoras de los partidos políticos. En el juego de estas fuerzas, el escrutinio mayoritario a una sola vuelta tiene un doble efecto: en primer lugar, levanta un obstáculo a la posible aparición de un nuevo partido, bien que este obstáculo no sea infranqueable (papel de freno); y, en segundo lugar, tiende a la eliminación del partido o de los partidos más débiles, en el caso de que haya más de dos (papel de acelerador). El efecto de "frenaje" es sensible a finales del siglo XIX, frente a la ascensión socialista, y desde la primera guerra mundial, frente a los movimientos comunistas y fascistas. La aceleración por su parte es todavía mucho más clara en el caso del partido liberal, prácticamente eliminado en quince años (1920-1935), a pesar de que conserve una cierta clientela, a causa de que el régimen electoral fuerza a elegir entre conservadores y laboristas.

La representación proporcional desempeña un papel exac-

tamente contrario. Es decir, que no frena el desarrollo de los nuevos partidos, sino que los registra pasivamente, confiriéndoles a veces una importancia que no tienen, como si fuera una caja de resonancia o un sismógrafo. Para remediar este último defecto, raramente se aplica este sistema íntegramente; en general, la representación proporcional se consigue por diversos procedimientos mayoritarios: atribución local de los restos, obligación de reunir un cierto porcentaje de votos para participar en la distribución de los escaños, etc. Por lo demás, la representación proporcional hace más lenta la eliminación de los viejos partidos, que tienden a desaparecer a causa de la evolución social y política. En este sentido es típica la labor de salvamento que prestó la representación proporcional al partido liberal belga a partir de 1900. Sin embargo, habría que distinguir los movimientos tradicionales, arraigados profundamente en una parte de la población, de los movimientos superficiales, que corresponden a modas políticas pasajeras. El sistema proporcional señala de una manera clara tanto la aparición como la desaparición de estos últimos, como se ha podido ver en el caso de Bélgica con el rexismo en 1937 y en Francia, con el RPF en 1951, y con el "poujadismo" en 1956.

En líneas generales, los efectos del escrutinio mayoritario a dos vueltas son análogos, salvo algunas diferencias, a los del sistema proporcional. Al parecer éste frena un poco más la aparición de nuevos partidos, sin que sea posible comparar su acción a la del escrutinio a una sola vuelta, el cual es mucho más eficaz. Quizá frene también algo más la eliminación de los viejos partidos, pero es difícil, a este propósito, formular conclusiones claras. Por otro lado, el escrutinio mayoritario a dos vueltas parece levantar, en cierto modo, una barrera a los bruscos altibajos de la opinión, a los movimientos de humor pasajero y a las modas políticas (el ejemplo de la UNR en 1958 posee un sentido contrario, pero las circunstancias eran muy particulares). Su más clara diferencia con la representación proporcional radica en las alianzas electorales. El régimen a dos vueltas, escrutinio de coalición por excelencia, permite la formación, a veces, de una especie de

bipartidismo, en el que se enfrentan dos alianzas rivales, a través del multipartidismo. Francia bajo la Tercera República y Alemania de 1870 a 1914 son un ejemplo concreto de este fenómeno.

La influencia del régimen electoral es, por consiguiente, secundaria en relación a la de los factores socioeconómicos e incluso, a la de los culturales. Sin embargo, las circunstancias tienen una gran importancia en esta cuestión. Si sustituyésemos el escrutinio mayoritario actual por el sistema proporcional en Gran Bretaña, provocaría casi de repente la aparición de un tripartidismo y haría posible fácilmente las escisiones dentro del partido laborista y del partido conservador. La influencia del escrutinio a una sola vuelta para mantener un bipartidismo ya existente no se presta a la discusión. Ahora bien, lo que ya no parece tan seguro es que la adopción de este sistema pueda destruir un multipartidismo establecido y reducir los partidos franceses o italianos, por ejemplo, únicamente a dos. Una reforma de ese tipo es, por otro lado, inconcebible, ya que el escrutinio a una sola vuelta da lugar, cuando se enfrentan más de dos partidos, a resultados aberrantes. Sin embargo, en la Alemania federal, llevaría a término la evolución, ya muy avanzada, hacia el bipartidismo, y, sobre todo, impediría una reacción en el sentido contrario, al levantar una barrera a la posible escisión de la democracia cristiana, o a una resurrección de los pequeños partidos.

LOS GRUPOS DE PRESIÓN

Los partidos políticos son organizaciones propias de un cierto tipo de régimen (democracias occidentales) y de una época de la historia determinada (siglo xx). Por el contrario, los grupos de presión se encuentran en todos los regímenes y en todas las épocas. El término se aplica a una categoría de organizaciones muy vasta y nebulosa. El rasgo común a estas organizaciones estriba en que participan en la contienda política de manera indirecta en un cierto sentido. Los partidos

tratan de conquistar el poder y de ejercerlo; su método es hacer elegir a los consejeros municipales, a los consejeros generales, a los alcaldes, a los senadores y a los diputados, hacer entrar a los ministros en el gobierno y designar al jefe del Estado. Los grupos de presión, por el contrario, no participan directamente en la conquista del poder y en su ejercicio, sino que actúan sobre el poder pero permaneciendo al margen de él y realizando una "presión" sobre el mismo (de ahí su nombre, que nosotros introdujimos en Francia hace 10 años por traducción directa de la expresión americana "pressure groups"). Los grupos de presión tratan de influir en los hombres que están en el poder, pero sin intentar situar en el mismo a sus hombres (al menos oficialmente, porque ciertos grupos poderosos en realidad tienen fideicomisos en las asambleas y en los gobiernos; aunque bien es verdad que de manera secreta o discreta).

La categoría "grupos de presión" no se halla tan claramente delimitada como la categoría "partidos políticos". En efecto, los partidos son organizaciones que se consagran exclusivamente a la acción política, es decir, los partidos no son más que partidos. Por el contrario, la mayoría de los grupos de presión son organizaciones apolíticas, cuya actividad esencial no es la influencia sobre el poder. Podemos realizar de este modo una distinción entre los "grupos exclusivos" y los "grupos parciales". Un grupo de presión es "exclusivo" si únicamente se ocupa de actuar en el terreno político y de intervenir cerca de los poderes públicos. Tal es por ejemplo la Asociación parlamentaria para la defensa de la libertad de la enseñanza y los famosos "lobbies" de Washington, organizaciones especializadas en las diligencias ante los parlamentarios, los ministros y los altos funcionarios. Por el contrario, un grupo es "parcial" si la presión política no es más que una parte de su actividad y si posee otras razones de ser, así como otros medios de acción. Por ejemplo, un sindicato obrero que a veces puede intervenir cerca del gobierno, pero que persigue otros objetivos más vastos. Los grupos "parciales" son numerosísimos; toda asociación, todo sindicato, toda corporación y toda organización pueden llegar a utilizar la

presión política en un momento dado de su actividad. La Academia francesa ha intervenido a veces para tratar de limitar los impuestos que gravan a los libros y a los escritores; las Iglesias, por su parte, no tienen escrúpulos en maniobrar sobre los poderes públicos; igualmente que las asociaciones filosóficas, las agrupaciones intelectuales, los ateneos, etcétera.

Ahora bien, no hay que exagerar la importancia de esta distinción. Son muy pocos los grupos de presión absolutamente exclusivos, es decir, que tengan por único objeto la participación en las luchas políticas. La mayoría disimulan más o menos esta actividad por medio de otras, adquiriendo así el carácter de grupos parciales. Por otra parte, la acción exclusivamente política es difícil de distinguir de las demás. Una huelga desencadenada por un sindicato, a veces es política y a veces reivindicativa, pero con gran frecuencia posee los dos caracteres a la par. En definitiva, más importante que la distinción entre grupos parciales y grupos exclusivos, es la determinación del lugar que ocupa exactamente la actividad de presión en los grupos parciales. Para ciertos grupos, la presión política reviste un carácter episódico y excepcional. En el extremo opuesto podemos ver al lado de grupos abiertamente exclusivos, la existencia de otros que prácticamente lo son, a pesar de la apariencia que tratan de presentar por ejercer otras actividades, como, por ejemplo, la Asociación para la defensa de la libre empresa. Entre ambos tipos, encontramos todas las situaciones intermedias.

Desde el punto de vista de la estructura podemos distinguir los grupos de masas y los grupos de cuadros, del mismo modo que hemos distinguido entre partidos de masas y partidos de cuadros. Los sindicatos obreros, las organizaciones campesinas, los movimientos de juventud, las asociaciones de ex combatientes, etc., entran en la primera categoría. Dentro de la segunda podemos ver en principio grupos que reúnen categorías sociales poco numerosas, pero influyentes como, por ejemplo, las organizaciones corporativas de la industria, las asociaciones de altos funcionarios, los sindicatos de la enseñanza superior. También se pueden incluir en esta categoría



los grupos en donde la apelación a los notables resulta de una voluntad sistemática, como por ejemplo las academias, ciertos "ateneos", etc. Junto a los grupos de masas y a los grupos de cuadros, existe una tercera categoría que no tiene equivalente en los partidos políticos. Se trata de organizaciones exclusivamente técnicas que no corresponden a una comunidad, a no ser a la integrada por los propios técnicos de la organización. Podemos dudar en incluirlos dentro de los grupos de presión, porque aunque existe una presión, no proviene del grupo propiamente hablando.

En esta categoría, encontramos en primer lugar a los "lobbies" americanos, en el sentido de que no son ya la emanación de un grupo de interés concreto, sino que se han convertido en una especie de oficinas especializadas en la presión, las cuales alquilan sus servicios, del mismo modo que un bufete de abogado o una organización de publicidad. También encontramos en la misma categoría a oficinas de propaganda como el "Centro de propaganda de los Republicanos nacionales", que estuvo animado hacia los años 30 por Henri de Kérillis. Igualmente podemos incluir en este apartado a las cajas electorales, que recogen los fondos de las organizaciones patronales y de los medios de negocios, asegurando su distribución entre los candidatos. Éstas suelen disimular por lo general su actuación bajo la apariencia de inofensivas asociaciones de estudios. La "Unión de los intereses económicos" del senador Billiet desempeñó este papel en la Tercera República, habiéndola sucedido en la Cuarta una organización administrada por el senador Boutemy. Por último, una parte de la prensa puede ser incluida en esta categoría, puesto que algunos periódicos no son más que medios de expresión de grupos determinados. Unas veces confesados, tales como los periódicos sindicales o corporativos, y otras enmascarados y camuflados, como por ejemplo los periódicos que dependen de los grupos industriales (esta "prensa industrial", cuyo mejor ejemplo era antes de la guerra el periódico francés *Le Temps*, fue adquirida por el *Comité des Forges* en 1929).

La acción de los grupos de presión reviste múltiples formas. Bien se ejerce directamente sobre el poder, por medio

de la actuación cerca del gobierno, de los altos funcionarios o de los parlamentarios, bien, de forma indirecta, por la intervención sobre el público cuya actitud presionará a su vez al poder: campañas de prensa, huelgas espectaculares, obstrucciones de carreteras, manifestaciones, etc., se emplean con este fin. Unas veces esta acción es abierta, pública, confesada, y otras, discreta, oculta, simulada. Asimismo se pueden emplear tanto medios regulares honestos, legales, como procedimientos de corrupción o de violencia. En los regímenes democráticos la acción de los grupos a veces se confunde con la acción de los partidos políticos. Incluso ciertos grupos son organizaciones anexas a los partidos políticos, quienes extienden así su influencia. Por medio de los movimientos de juventud, de las agrupaciones femeninas, de las asociaciones culturales, deportivas, cooperativas, etc., que son controlados por los partidos, éstos pueden extenderse a personas que les negarían una adhesión directa. Inversamente, ciertos partidos no son más que organismos dependientes de grupos de presión: tal partido conservador es el instrumento político de las organizaciones patronales, quienes lo controlan estrechamente; el partido laborista británico es sobre todo la emanación de los sindicatos obreros, etc.

La noción de grupo de presión tiene la ventaja de ser muy general y de permitir un estudio comparativo de las luchas políticas, tanto en los regímenes democráticos como en los sistemas totalitarios o en las naciones modernas como en las antiguas. Indudablemente la descripción que acabamos de hacer se refiere sobre todo a los grupos de presión de los países occidentales modernos, aunque es fácil de trasponer en los otros países. En particular esta descripción engloba lo mismo a movimientos, asociaciones y grupos privados, como a algunas asociaciones existentes dentro del Estado. Por ende, cabe afirmar que éste no corresponde a la escala jerárquica y centralizada que nos pintan los juristas clásicos. En los Estados Unidos, actualmente se describe al Estado más bien con la forma de un conjunto de centros de decisión, ensamblados con organismos privados, de tal modo que no es apenas diferenciable la frontera entre él y estos organismos. Pero

la pluralidad de los centros de decisión existe también, aunque de otra forma, en la Unión Soviética. De este modo, cuerpos administrativos, ministerios, empresas públicas y colectividades locales desempeñan el papel de grupos de presión frente al poder central, al Parlamento o a otros centros de decisión. La contienda por el poder se combina con otras luchas entre los poderes, es decir, el poder no se encuentra nunca totalmente unificado.

III

LAS ARMAS DE LA CONTIENDA

Las personas y las organizaciones que se hallan en conflicto emplean diversas clases de armas en la contienda política. Según las épocas, los tipos de sociedades, las instituciones, las culturas, las clases o los grupos en lucha, predomina una u otra arma. Ahora bien, una categoría de éstas queda excluida en principio: la que implica el empleo de la violencia física. El primer objetivo de la política consiste en eliminar la violencia, es decir, en sustituir los conflictos sangrientos por otras formas de lucha menos brutales. La política comienza una vez que la guerra, ya sea civil o internacional, se ha superado. Ciertamente es lucha, pero también limitación de la lucha. Más adelante, cuando profundicemos este último carácter, se comprobará que, a pesar de todo, no es absoluto. La política tiende a eliminar la violencia, aunque jamás logre conseguirlo plenamente. En la práctica, las armas en el sentido restringido del término, esto es, las armas militares, no quedan excluidas totalmente de estas luchas. Por lo tanto, debemos examinarlas en primer lugar.

LA VIOLENCIA FÍSICA

“El primero que llegó a ser rey fue un soldado triunfador”. Esta expresión sugiere que las armas militares son la

fuerza del poder y que éste descansa fundamentalmente en ellas. En muchas comunidades humanas, la autoridad se basa en la violencia física. El más fuerte merced a sus puños o a su cuchillo es el cabecilla en las bandas de gamberros, en las asociaciones de malhechores y en los patios de recreo. Este elemento tiene también importancia en la dominación de los adultos sobre los niños y de los hombres sobre las mujeres. En el Estado, la guardia pretoriana, los jenízaros, las SS, los “tontons macoutes”,* los soldados y los policías son el escudo de los gobernantes, cuyos palacios fueron antes que nada unas fortalezas destinadas a protegerlos, no contra los enemigos del exterior, sino contra sus propios pueblos. La política no tiende a destruir los medios de violencia y las armas militares, sino a concentrarlas en las manos del poder, retirándolas del alcance de los ciudadanos. El Estado se encuentra caracterizado precisamente por este monopolio de la coerción, que confiere un poder temible a la clase, al partido o a la facción que ocupa el gobierno. Nos encontramos, pues, ante un poder único, armado en medio de un pueblo desarraigado, situación que pone a éste a merced de aquél. Más adelante veremos este problema. Limitémonos, por el instante, a comprobar que este monopolio del poder tiene como resultado la supresión del uso de los medios de violencia en las luchas políticas, puesto que es uno sólo de los combatientes el que los detenta.

Las armas militares, aparte de su empleo regular por el Estado para mantener la autoridad del poder sobre los gobernados, se emplean también en las luchas políticas, principalmente en tres casos. En primer lugar, en una fase primitiva de desarrollo social, cuando el Estado es aún demasiado débil para monopolizarlas en su provecho. La lucha por el poder ve entonces enfrentarse a facciones armadas, es decir, las organizaciones políticas revisten la forma de milicias. En las *civitas* antiguas, en las Repúblicas italianas del Renacimiento y

* Milicia privada formada por 15.000 hombres a las órdenes del presidente Duvalier de Haití, célebre por sus sanguinarias operaciones de represión. (*N. del T.*)

en ciertos países subdesarrollados de la actualidad, se pueden observar semejantes fenómenos. La Edad Media nos ofrece otros ejemplos con las luchas feudales. En una fase más avanzada del desarrollo político, se pueden producir situaciones análogas siempre que un partido se organice en forma paramilitar, llegue a ser poderoso y el Estado le deje actuar. Pues entonces, los partidos contrarios deben adoptar por fuerza los mismos métodos y armarse si no quieren ser aplastados. En la Alemania de 1930 se desarrolló un proceso de este tipo cuando el hitlerismo comenzó a cobrar auge. Los partidos de izquierda se vieron obligados, para resistir a las milicias nazis, a constituir también ellos otras milicias (la Bandera del Imperio, socialista, y los Combatientes del Frente Rojo, comunista).

Las contiendas políticas adoptan una forma militar cuando la oposición no posee otros medios, cuando se ve privada de toda otra posibilidad de expresión, o, también, cuando las formas de expresión que se le reconocen son ineficaces. La resistencia armada al poder se desarrolla generalmente en dos fases: una primera de resistencia clandestina que describiremos más adelante, y otra, de rebelión abierta. Las dos fases no aparecen totalmente separadas, puesto que la primera es una preparación de la segunda. La rebelión abierta puede adoptar, en efecto, bien la forma de una revolución brutal, donde el poder cae rápidamente en las manos de la antigua oposición, o bien, la de una larga guerra civil, en la que la resistencia clandestina desempeña un papel importantísimo. La segunda forma tiende a sustituir, a causa del desarrollo de los medios de coerción del Estado, a la primera. Antiguamente, cuando los ejércitos eran débiles no existía mucha dificultad para que el pueblo los venciera rápidamente. Hoy, la potencia de las armas modernas que el Estado monopoliza es tal, que la rebelión popular no puede aniquilarla más que por medio de una larga guerrilla.

Las contiendas políticas se solucionan con las armas en una tercera circunstancia: cuando los militares dejan de estar al servicio del Estado, es decir, a la disposición de los gobernantes y se mezclan también en la lucha por el poder.

En el siglo III de nuestra era las legiones hicieron y deshicieron a los emperadores en Roma. Así, entregaban el trono a uno u otro general, a menudo contra la promesa de recibir dinero y otras ventajas, para asesinar más tarde al César que habían impuesto y reemplazarle con otro. Actualmente, en Iberoamérica, en el Oriente Medio y en otros países, los militares hacen y deshacen a los gobiernos. En 1958-62, Francia estuvo cerca de una situación parecida. Puede suceder también que los diferentes elementos del Ejército se enfrentan entre ellos en las luchas por el poder. En el imperio romano existía una gran rivalidad entre la guardia pretoriana y las guarniciones fronterizas, y entre las legiones de las diversas provincias entre sí; estas diferentes facciones acababan finalmente enfrentándose en sangrientos combates. En las naciones iberoamericanas son frecuentes los conflictos entre el ejército de tierra, la Marina y la Aviación. En la Argelia de 1961, se pudo ver enfrentados a los regimientos de mercenarios contra los soldados de reclutamiento forzoso.

EL DINERO

El lema del “dinero-rey” es una caricatura de la realidad política, ya que no se puede afirmar que el dinero haya sido siempre el único “rey”. Pero en muchas sociedades, y no solamente en las sociedades capitalistas, el dinero posee una parte de la realeza, es decir, del poder. La riqueza no es, como ocurre con los medios militares, un arma política de uso directo. Un regimiento puede apoderarse por sí mismo del Estado, pero no un banquero. Excepcionalmente, es posible comprar un escaño parlamentario; el caso de los “burgos podridos” en la Inglaterra del siglo XIX es el más típico a este respecto. Algunos escaños del Senado fueron comprados así, literalmente, bajo la Tercera y la Cuarta República francesa. De todas formas, estas hipótesis son raras. Más generalmente, la riqueza sirve para procurar los medios con los que se puede conquistar o conservar el poder. El dinero permite comprar armas, conciencias, periódicos, emisiones de te-

levisión, campañas de propaganda y hombres políticos. Por otra parte, los detentadores de la riqueza no tratan normalmente de ejercer el poder por sí mismos, es decir, de tomar personalmente el gobierno, sino que más bien procuran situar en él a hombres de confianza a quienes puedan presionar.

La eficacia del dinero como arma política, se comprueba por el paralelismo existente entre la evolución de las formas de riqueza y la de las formas de autoridad. En las sociedades agrarias, donde la explotación de la tierra es la principal fuente de la fortuna, la clase de los terratenientes detenta el poder político. Existen, igualmente, regímenes aristocráticos, donde la autoridad se encuentra ligada a la posesión de la tierra y al ejército ecuestre (caballería), siendo entonces, al mismo tiempo, feudal y militar. En las sociedades comerciales e industriales, la propiedad de una fábrica, de un almacén o de un banco constituyen la base principal de la riqueza; en este caso, el poder político cae en manos de la burguesía. Naturalmente, el paso de unas sociedades a otras se hace de forma gradual. En las segundas, el papel de la riqueza es más visible, debido a que el dinero ocupa un lugar privilegiado en el sistema de valores. En las primeras, se halla más disimulado, puesto que los aristócratas colocan en primer plano a los valores militares, de carácter desinteresado, teniendo a gala despreciar las riquezas. Pero este desprecio se dirige principalmente a las riquezas que son fruto del comercio, del negocio y de la banca, pero no las riquezas terrenas, que son precisamente las principales en estas sociedades. Y así, el poder de los aristócratas proviene en mayor medida de la importancia de su riqueza terrena que de su función militar.

La aparición de las sociedades burguesas en el siglo XIX dio la impresión a los contemporáneos de que el poder se fundaría en lo sucesivo en el dinero, lo cual parecía una novedad. Unos nuevos ricos, toscos y advenedizos, sustituirían a los antiguos ricos, más discretos y mejor educados. La aristocracia fundó su poder sobre la riqueza y las armas, disimulándose el primer elemento ampliamente tras el segundo, el cual constituía la fuente de los valores heroicos y prestigiosos. La burguesía definía, por el contrario, un sistema de valores basado

en la riqueza, pero confesaba la fuente de su poder, en lugar de disimularla. La aristocracia amaba la riqueza — lo mismo procediese de sus tierras que de las pensiones reales — pero no lo confesaba, al menos públicamente. La burguesía lo proclamaba todo crudamente y se vanagloriaba de ello. En realidad un tipo de riqueza sustituía, como fuente de poder político, a otro.

Sin embargo, el desarrollo de la burguesía corresponde también a la de las doctrinas democráticas liberales. De este modo, apareció una cierta contradicción entre los valores políticos oficialmente proclamados y el concedido al dinero. El hecho de que éste sirva como arma política ¿no significa que se perjudica la igualdad jurídica de los ciudadanos y el mecanismo normal de las elecciones y del Parlamento? Resulta asombroso que se haya tratado de disimular el papel del dinero en las luchas políticas. El financiamiento de las campañas electorales y de los periódicos, por ejemplo, ha conservado siempre un carácter más o menos secreto. En este sentido, es probable que una cierta nostalgia de los valores aristocráticos, que no fueron totalmente destruidos en Europa por la aparición del capitalismo, hayan desempeñado también un papel al respecto. De esta forma, es posible explicar que la influencia política del dinero se halle menos disimulada en los Estados Unidos que en Europa, y que sea también mayor su prestigio social. A pesar de todo, las teorías capitalistas afirman, en última instancia, que la influencia del dinero tiene un carácter democrático. En un régimen competitivo, dicen estas teorías, todo el mundo tiene la posibilidad de adquirir riquezas y ejercer por medio de las mismas una acción política. Tal es el sentido profundo de la fórmula de Guizot con la que replicaba a aquellos que reprochaban a los ricos el hecho de monopolizar el poder político: “¡Enriqueceos!” Toda una mitología contemporánea se desarrolló alrededor de este tema, particularmente en los Estados Unidos, donde la movilidad social era muy grande en el siglo XIX y donde el principio de Guizot podía ser ampliamente aplicado en una sociedad nueva, en la que el peso de las situaciones adquiridas no limitaba aún la competencia de forma considerable.

Este razonamiento peca por defecto, pues olvida el fenómeno de la acumulación del capital. La transmisión hereditaria de las riquezas adquiridas falsea completamente la competición, desde el momento en que suprime su carácter democrático. El poder del dinero se convierte, de este modo, fundamentalmente en el poder del nacimiento, incluso aunque no lo sea en el origen. A medida que se va produciendo el desarrollo de las sociedades liberales, el enriquecimiento depende cada vez más de la posesión de un capital que del trabajo. Incluso aunque no admitamos íntegramente las teorías marxistas de la depauperación absoluta del proletariado, no podemos negar la existencia de una depauperación relativa. Según ésta, en el crecimiento de la renta nacional, la parte real de los trabajadores tiende más bien a disminuir que a aumentar, con ventaja de la parte que corresponde a los instrumentos de producción. El poder del dinero continúa estando en las manos de estos últimos. Y la alienación que resulta de este hecho no es solamente económica, sino también política. Entonces la enajenación de la plusvalía despoja también al trabajador de una parte de su influencia sobre el poder, es decir, de una parte de sus armas políticas.

LOS MEDIOS DE INFORMACIÓN

El progreso técnico produce unas consecuencias políticas particularmente importantes en el terreno de la información. La invención de la imprenta fue uno de los factores decisivos del Renacimiento, de la Reforma y del empuje liberal que desembocó finalmente en la Revolución Francesa. La aparición de la prensa, en el último siglo, contribuyó extraordinariamente al desarrollo de la democracia. Precisamente en un principio se la denominó con la expresión de "cuarto poder", para señalar la importancia política. Actualmente, la prensa hablada (radiodifusión) y la prensa visual (televisión y semanarios ilustrados) tienen tanta influencia como la prensa escrita, por lo que de esta manera forman también parte del cuarto poder. Se ha extendido la costumbre de llamar "medios de in-

formación de masas” a estos procedimientos de difusión de las noticias y de las ideas, que son consecuencia de la técnica moderna y que constituyen una poderosísima arma política.

En los regímenes autocráticos, los medios de información de masas se encuentran normalmente monopolizados por el Estado, sirviendo para difundir su propaganda, que junto con la política es el fundamento principal del poder. El fin de esta propaganda es obtener la adhesión unánime de los ciudadanos al gobierno. Por ende, no busca la lucha entre las clases y las categorías sociales que componen la nación, sino que, al menos aparentemente, persigue la unificación de éstas. No es un arma del combate político, o por lo menos del Estado (en la realidad se encuentra generalmente en las manos de una clase o de una categoría social que se sirve de la propaganda para destruir la influencia de los demás). Por último, la propaganda constituye un medio de integración social o de pseudo-integración; en el capítulo siguiente la estudiaremos desde este punto de vista.

En los regímenes democráticos, por el contrario, los medios de información no se encuentran todos monopolizados por el Estado, sino que, al menos una parte de ellos, están organizados en forma de empresas privadas con base capitalista, es decir, cubriendo gastos por medio de ingresos. El pluralismo de los medios de información es un elemento del pluralismo del régimen, junto al pluralismo de los partidos políticos. Por lo demás, el pluralismo de los partidos sería ilusorio y formal si no estuviese acompañado de un pluralismo de los medios de información. No obstante, son raros los países democráticos en donde el Estado no controle algún medio de información, como ocurre en los Estados Unidos. Casi en todos los países, la televisión está, al menos parcialmente, organizada en forma de servicio público. Igualmente sucede, aunque con menos frecuencia, en lo que se refiere a la radiodifusión, y de forma más rara en cuanto al cine. Únicamente la prensa escrita no se halla totalmente en manos del poder, si bien éste no se halla desprovisto de medios de presión sobre ella.

El grado de dependencia en relación al Estado es paralelo a la fecha de aparición de los medios de información, es decir, los más antiguos (prensa escrita) son más independientes que los más modernos (radiodifusión, y posteriormente, televisión). Esto es inquietante por dos causas: primero, porque se mide así la tendencia del poder a restringir las libertades de los ciudadanos, y segundo, porque los medios más modernos se van convirtiendo poco a poco en los más influyentes. La importancia de la televisión en las campañas electorales es capital, lo mismo en los países subdesarrollados, donde la instrucción está escasamente extendida, que en los países superdesarrollados, en los que cada hogar dispone de su receptor. No obstante, la acción del poder sobre los medios de información no es nefasta en todos los casos. La libre empresa en este campo, como en otros, no se confunde con la libertad real.

Su principal ventaja consiste en asegurar la diversidad de las opiniones expresadas. El que quiere conocer los diversos argumentos que se hallan en conflicto, puede hacerlo; solamente le hace falta comprar varios periódicos o mover el botón de control de la radio o de la televisión privadas. El ciudadano francés, hojeando desde *L'Humanité* a *L'Aurore* y al *Parisien Libéré*, puede conocer cada mañana todos los argumentos presentados por las diferentes tendencias, y formarse a través de ellos su propia opinión. Cada uno de estos periódicos, del mismo modo que los de los regímenes autoritarios, trata claramente de imponer su punto de vista con procedimientos análogos. Pero su coexistencia misma les impide lograrlo. El pluralismo les obliga a limitar las mentiras; cuando ninguna voz se eleva para contradecir y cuando la verdad no puede ser conocida, es fácil mentir. Ahora bien, esto resulta mucho más difícil cuando otras voces pueden hacerse oír y rectificar las cosas. Es muy difícil ocultar la verdad en un sistema de información que se basa en la libre empresa y en la competencia. Sin embargo, es preciso no exagerar el alcance de la diversidad que resulta en un sistema de este tipo. Del mismo modo que en la URSS no es posible encontrar un periódico que defienda el capitalismo, en

los Estados Unidos tampoco es posible encontrar uno que defienda el comunismo.

La libre empresa no es sinónimo de libertad, antes que nada, porque se basa en el dinero. Teóricamente cualquiera puede fundar un periódico, pero, de hacerlo, sería necesario disponer de tres millones de francos antiguos para lanzar un diario en París. Se puede escribir lo que se quiera en un periódico existente, pero a condición que los miembros del Consejo de Administración, propietarios de la empresa, no pongan ningún obstáculo. Los medios de información son libres frente al Estado, pero no frente al dinero. El poder de información se encuentra, de esta manera, en las manos del poder económico. Sin duda, algunos grandes partidos populares o poderosos sindicatos obreros, pueden reunir el capital necesario para la fundación de un periódico o incluso para la edificación de una estación de radio. Pero la experiencia nos enseña, sin embargo, que tropiezan con las mayores dificultades para conseguir la supervivencia de estas empresas.

La influencia del dinero sobre la información se debe menos en la actualidad a la propiedad de las empresas que a las condiciones de su explotación. Los medios de información de masa se distribuyen al público gratuitamente (radio, televisión) o son vendidos a un precio menor de su coste (periódicos). Cada número de un diario vale por lo menos dos veces más caro que su precio de venta, y a veces, hasta la diferencia es mayor. La publicidad se encarga de suplir esta pérdida, financiando igualmente los programas de radio y de televisión privados. Los amos de la información moderna son los anunciantes, es decir, en la práctica las empresas de publicidad. Estas firmas capitalistas, cuyos clientes son a su vez otras firmas capitalistas, evidentemente se encuentran poco inclinados a favorecer las ideas contrarias al capitalismo; más bien tienden a orientar el maná publicitario hacia el conservadurismo.

Pero este fenómeno posee relativamente poca importancia en relación con el hecho esencial de que los medios de información se convierten sobre todo en soportes publicitarios. Las emisiones de radio, los espectáculos de televisión, los

editoriales, los artículos y las noticias de los periódicos, es algo que sirve en principio para atraer el máximo de clientes por medio de la publicidad, la cual constituye el fundamento de la información capitalista. Ganar dinero, tal es el fin de las empresas de información como el de todas las demás empresas privadas. Por consiguiente para ganar dinero es preciso utilizar el máximo de publicidad. Para tener el máximo de publicidad es necesario abarcar el máximo de lectores, de radioyentes y de telespectadores. El “dulce” superficial, que recubre la “píldora” publicitaria, debe ser pues preparado al gusto del mayor número de personas posible. Esto trae consigo toda una serie de consecuencias.

Es necesario cada día atraer al máximo posible de personas alrededor del quiosco de periódicos, o de los receptores de radio o televisión. Un hecho sensacional que se salga de lo normal hace subir por las nubes las tiradas, las audiciones y las emisiones de televisión, con lo cual los beneficios se acrecientan. El problema reside, pues, en encontrar cada día un hecho sensacional que se salga de lo corriente. De este modo, alcanzarán la primera plana noticias de interés verdadero, en cuanto tengan el menor aspecto pintoresco. Si es necesario, se exagerarán asuntos anodinos para darles los honores de los titulares en primera página, lo cual amplía la venta. Esta ley sociológica del sistema tiene como resultado en principio exagerar la importancia de los crímenes pasionales, de los amores célebres y de los escándalos. En política conduce a dramatizar los problemas para darles interés; de este modo, se excita artificialmente el odio o el entusiasmo de los pueblos con el fin de aumentar las tiradas.

La “personalización del poder”, de la que tanto se habla desde hace unos años, es en parte resultado de ese proceso. El gran público no se interesa apenas por las ideas abstractas y por las doctrinas, las cuales no se prestan bien a los grandes títulos y a la ilustración. Pero todo cambia en el caso de que estas ideas se vean encarnadas en un hombre, al cual se le da una apariencia de héroe. El teatro y el cine han mostrado la rentabilidad publicitaria de las “estrellas”, creadas por los medios de información moderna. Este sistema tras-

plantado a la política es también rentable. La prensa, los semanarios ilustrados, la radio y la televisión crean así héroes políticos, en gran medida prefabricados y míticos, que satisfarán mayormente al público desde que exista la impresión de una familiaridad con ellos. Estos "héroes" utilizan naturalmente en las luchas políticas la popularidad así creada.

Por otro lado, la regla fundamental para abarcar al mayor público posible consiste en no indisponerse con nadie. La prensa, la radio y la televisión tratarán, pues, de evitar en toda la medida de lo posible, las cuestiones controvertidas, importantes o peligrosas. Tomar partido respecto a ellas traería consigo el riesgo de chocar contra una parte de la clientela y ahuyentarla. Si es absolutamente necesario hablar de estas cuestiones, porque están en el candelero de la actualidad, se hará con el máximo de precauciones, tratando de contentar a todo el mundo, es decir, no abordando el fondo del problema, sino rodeándolo y desviando la atención. Se trata así a los ciudadanos como si fueran niños grandes, incapaces de afrontar las dificultades. De esta manera, en lugar de prepararles para tomar sus responsabilidades, se los aleja de ellas.

Sin embargo, cuando parece que la opinión se halla presta a embalarse en una u otra dirección, o cuando una crisis la atraviesa, puede ser rentable entonces identificarse con ella y exagerar en el mismo sentido, esto es aullar con los lobos y aún más fuerte que ellos. La información capitalista tiende a adormecer a los ciudadanos en período normal, cuando precisamente sería necesario mantenerlos despiertos, y, por el contrario, los excita en el momento que se encuentran agitados, cuando sería conveniente calmarlos. La historia anti-comunista de 1953 en los Estados Unidos, en los tiempos del maccarthysmo, el ardor belicoso del otoño de 1961 y la fiebre de construir refugios atómicos privados, son algunos ejemplos, entre muchos otros, de esta segunda actitud. La información capitalista desempeña un papel exactamente contrario al que debería cumplir un sistema de información de acuerdo con el interés general.

Por otro lado, la defensa de los valores tradicionales, de los sistemas establecidos, y de las instituciones existentes, es

mucho más rentable, para no molestar a nadie, que una actitud crítica y reformista. Las personas son naturalmente conservadoras, teniendo naturalmente miedo de las novedades. Si el tema del progreso debe ser tratado con frecuencia porque está de moda, se trata de un progreso lejano y abstracto, lo suficientemente vago como para no inquietar a los que poseen una situación privilegiada, que se verían amenazados. Se admitirá que todo evoluciona, pero sin precisar lo que debe evolucionar. Nunca se atacarán los abusos existentes, en el caso de que estos ataques deban tropezar con la opinión media o perjudicar los intereses de los anunciantes. Buscar la opinión media conduce siempre al conservadurismo.

Finalmente, mientras que las técnicas de información deberían infundir a todos los hombres los elementos de una verdadera cultura, el sistema de información capitalista, por el contrario, da lugar a lo que podríamos denominar la "cretinización" del público, y así, tiende a confinar a la gente en un universo infantil con un nivel intelectual bajísimo. El desarrollo de los mitos sentimentales, destinados a producir noticias sensibleras en periódicos anodinos, los cuales reemplazan, en cierto sentido, a la serpiente de mar de la época heroica, es típica a este respecto. Los reyes, reinas, príncipes, princesas y otros pseudograndes, suministran estupendos temas a causa de la fastuosidad de sus vestuarios, de los decorados en donde viven, y de los vagos recuerdos de historia que despiertan. El público aprecia las aventuras sentimentales, apasionándole estos amores que se hallan en los límites de la leyenda de la vida, rememorando así una especie de cuentos para niños grandes. De esta forma, la princesa Margarita, Farah Dibah, Soraya, o Paola se ven condenadas, como Tintín,* a una vida perpetuamente atravesada de nuevas tormentas, que hacen la fortuna de las empresas de prensa, de radio o de televisión.

Podríamos citar muchas otras técnicas de "cretinización" del público. El cine y el deporte nos podrían ofrecer numero-

* Personaje de la literatura infantil, muy popular en Francia. (N. del T.)

sos ejemplos. Con estos diferentes medios, se sumerge al público en una atmósfera irreal, artificial, fantasmagórica y pueril, con lo que se le desvía de los verdaderos problemas. La víctima de los medios de información capitalista se halla, pues, muy mal preparada para cumplir sus deberes de ciudadano. Los comunistas afirman que los procedimientos son utilizados por los capitalistas consciente y voluntariamente, y así la “prensa sentimental”, las historias de Margarita, las aventuras del deporte y del cine, tienen como fin hacer olvidar a las masas la explotación que sufren y esterilizar su voluntad de rebelión. Objetivamente, la información de los regímenes liberales tiende hacia este resultado. Subjetivamente no parece desprenderse de un proceso consciente y de una voluntad deliberada, sino más bien del mecanismo que resulta de la búsqueda del cliente.

La diversidad de los medios de información, única justificación verdadera del sistema, tiende a destruirse a sí misma. Por una parte, la evolución técnica obliga a emplear medios cada vez más complejos, y naturalmente cada vez más costosos, que solamente están al alcance de las grandes empresas. Por otra parte, la publicidad se dirige principalmente hacia los medios de información que abarcan una masa enorme de consumidores. La dispersión de la publicidad sobre una masa de periódicos secundarios o de emisoras poco importantes de radio o televisión no es rentable; de ahí que exista una tendencia a la concentración de la información. Los periódicos de tirada reducida de los siglos XIX y XX, focos de independencia y de verdadera diversidad, no pueden ya subsistir. Los periódicos son cada vez menos numerosos, pero de mayor tirada; de esta forma la prensa se concentra solamente entre algunas manos. El fenómeno ha adquirido en estos últimos años una amplitud particular en Gran Bretaña, donde especialmente asombró a la opinión; pero se puede decir que es un fenómeno general. En Francia, por ejemplo, la prensa local se encuentra, en casi todas partes, monopolizada por uno o dos periódicos. En lo que a la radio y a la televisión se refiere, la concentración es necesaria, a causa del número reducido de la longitud de ondas de que dispone

cada país. Así, el pluralismo y la diversidad desaparecen progresivamente en provecho de algunos gigantescos oligopolios, que disponen de una extraordinaria potencia en el Estado, y que son de naturaleza no democrática.

El cuadro que acabamos de describir es profundamente pesimista, pero no hemos hecho sino exponer las tendencias de la información en un sistema de libre empresa, las cuales se encuentran frenadas o amortiguadas por diversos elementos que podríamos desarrollar. Un primer remedio consistiría en hacer coexistir en un mismo Estado el sistema de información capitalista y el sistema de información socialista, puesto que se corregirían así recíprocamente el uno al otro. En la práctica, en gran número de naciones occidentales, la prensa se halla organizada según el modelo capitalista, pero la radio y la televisión están entre las manos del Estado o de un organismo público. Entonces la radio y la televisión, al encontrarse libres de las servidumbres publicitarias y de la primacía de la búsqueda de beneficios, puede realizar una obra educativa y compensar los efectos de "cretinización" de la información capitalista. El pluralismo, que resulta de la presencia junto a ellas de una prensa libre, no les permite desembocar en la propaganda autoritaria. Incluso se puede introducir en el interior mismo de la radio y de la televisión del Estado unos métodos originales de pluralismo, que permitan al ciudadano conocer los diferentes argumentos que puedan existir. El pluralismo capitalista, en gran medida, resulta ilusorio, pues, ¿cuántas personas son las que compran varios periódicos? En realidad casi todo el mundo no lee más que uno, y, por consiguiente, no tiene más que una visión parcial de las cosas. Por el contrario, las posturas adoptadas por periodistas o personalidades de opiniones opuestas, en la radio o en la televisión, fomentan un pluralismo auténtico, que encaja perfectamente en el espíritu de la democracia. El hecho de atribuir a los partidos, durante las elecciones, un espacio de duración equivalente en la radio y en la televisión, posee la misma significación.

Esta coexistencia de los dos sistemas produce en general buenos resultados. En algunos países, por ejemplo en Gran

Bretaña o en Canadá, la radio y la televisión realizan, de este modo, una obra fundamental de educación de los ciudadanos, lo que refuerza considerablemente las instituciones democráticas. Ahora bien, se pueden producir abusos en este sentido, ya que los gobiernos pueden tener la tendencia a utilizar la radio y la televisión para hacer su propaganda, como ocurre en los Estados autoritarios. La evolución de la Radiodifusión y Televisión Francesa, desde hace algunos años es un claro ejemplo de esta afirmación. Si su nivel general continúa siendo superior al de la radio y al de la televisión privadas (de tipo americano), en el terreno político y social por el contrario merece todas las críticas.

Encontramos excepcionalmente en los países capitalistas ciertas instituciones originales, que tienden a una información realmente independiente, y que no se hallan vinculadas ni al Estado ni a servidumbres capitalistas. Algunas aseguran la libertad personal de los periodistas, como por ejemplo la "cláusula de conciencia" que permite a éstos negarse a escribir lo que no piensan e incluso poder abandonar el periódico con una importante indemnización. En la práctica no resulta siempre fácil invocar esta cláusula, aparte de que el ascenso en la profesión supone que no haya sido utilizada. Por otra parte, algunos periodistas logran hacerse un nombre que el público reclama y entonces su situación es lo suficientemente fuerte para que puedan decir lo que quieren poco más o menos. El caso de Walter Lippman en los Estados Unidos es típico al respecto. Existen otros casos, pero son muy poco frecuentes.

Mucho más importante es la situación de ciertos periódicos independientes, como el *Times*, *Le Monde*, y el *New York Times*. Los orígenes de esta independencia son diversos, a veces se debe a una reputación tradicional, como es el caso del *Times*. Por lo que a *Le Monde* respecta, esta independencia es el resultado del estatuto provisional de 1944. Todos los periódicos que aparecieron bajo la ocupación alemana fueron secuestrados, siendo entregadas las empresas a continuación a grupos de periodistas libres. Los nuevos periódicos han ido cayendo uno a uno en manos de intereses financieros, excepto *Le Monde*, debido a que no ha tenido jamás déficit; por el

contrario, los beneficios regulares de la empresa han permitido indemnizar a los antiguos propietarios. La libertad del equipo que se constituyó en 1944 y que fue ampliado después, no ha encontrado por consiguiente obstáculos. Una tradición ha aparecido y desarrollado un espíritu, que han sido fomentados por la personalidad de un director rígido y respetado.

La independencia de los periódicos del tipo de *The Times* y *Le Monde* parece en estos momentos muy segura. La calidad de sus lectores los sitúa en un enclave particular desde el punto de vista publicitario. En cuanto a los demás les es necesaria una tirada muy amplia para que la empresa sea rentable, de ahí que exista una concentración cada vez mayor. Por el contrario, estos "periódicos de minorías selectas", pueden imponer unas tarifas elevadas de publicidad, con respecto a una tirada mediocre, a causa de la calidad de su clientela. Todas las personas influyentes, y todos los cuadros de la nación leen *The Times* en Gran Bretaña y *Le Monde* en Francia. Un cierto tipo de publicidad tiene necesidad de dirigirse precisamente a esta categoría de personas, y, por consiguiente, no puede despreciarse a estos periódicos minoritarios. Pero esta independencia no se extiende a los periódicos de masas. Por lo que cabe preguntarse entonces si la libertad de la prensa no se reserva exclusivamente a unos cuantos. Es posible pensar que la elevación general del nivel cultural, en los países desarrollados, irá rellenando lentamente la fosa que existe entre la información de masas y esta información de élites, y así la segunda tendería a igualar progresivamente a la primera. Algunos índices nos sugieren esta interpretación; en efecto, el nivel de información de las masas parece elevarse lentamente. En todo caso, aun en la mejor de las hipótesis, se trata de una evolución a muy largo plazo.

Es posible acelerar ésta, constituyendo otros focos de resistencia. La organización de la radio o de la televisión en servicios públicos autónomos frente al Estado, administrados por un consejo de administración integrado por los delegados de los periodistas, por los representantes de los usuarios y por personalidades independientes, parece ser un medio muy eficaz a este respecto. La BBC inglesa está organizada con arre-

glo a este tipo, y así su independencia, lo mismo que su nivel cultural, son de un grado elevado. Desde hace algún tiempo se planteó la cuestión de adoptar un estatuto análogo para la Radiodifusión y Televisión Francesa. Han sido elaborados algunos proyectos precisos sobre la materia, pero ni los gobiernos ni los parlamentarios han aceptado nunca ponerlos en vigor. Algunas personas se preguntan si no es ésta la única vía que permitiría organizar una información verdaderamente libre, inclusive en el terreno de la prensa. Probablemente el estatuto francés de 1944 se considerará algún día como precursor.

EL NÚMERO Y EL ENCUADRAMIENTO COLECTIVO

Durante miles de años, la lucha por el poder se ha desarrollado en un círculo restringido, del cual la mayor parte de la población estaba excluida. Su bajo nivel de vida no le permitía más que un débil desarrollo intelectual; lo que impedía que pudiese cobrar conciencia de su fuerza, y, en consecuencia, organizarse. La estrecha vigilancia de los poderosos y de sus hombres de armas impedía toda veleidad de hacerlo. A veces, en momentos muy excepcionales en que su grado de servidumbre, de miseria y de opresión llegaba a ser muy fuerte, las masas populares irrumpían en el ruedo político al estilo de una furiosa torada, que destruye todo a su paso, sin ser capaz de reconstruirlo después. Rebeliones de esclavos, de campesinos y motines urbanos, surgen así en diversas épocas. Una atroz represión en proporción al miedo sentido por los privilegiados, quitaban a estos miserables las ganas, durante mucho tiempo, de volver a empezar. Después de la derrota de Espartaco, primer héroe de las rebeliones populares cuyo nombre ha sido retenido por la historia, sesenta mil esclavos fueron asesinados en Lucania y más de seis mil cruces de torturados se levantaron a lo largo de la Vía Apia.

El número se ha convertido en un arma política eficaz, desde el momento en que la elevación general del nivel de vida y de la cultura han permitido a las masas populares salir

de las tinieblas y entrar en la lucha por el poder. Las doctrinas que la burguesía había elaborado para librar su propia batalla contra la aristocracia han contribuido a esta evolución. Para combatir la herencia del poder de los privilegios que la oprimía, la burguesía proclamó la igualdad jurídica de todos los hombres y la soberanía popular, lo cual conducía lógicamente al sufragio universal, es decir, al arbitraje del número. Los liberales del siglo XIX trataron, por diversos medios (sufragio restringido y sufragio desigual), de frenar esta evolución o de restringir las consecuencias. También quisieron, por medio de la influencia que da el dinero sobre los medios de información en un país capitalista, maniobrar sobre el pueblo y reducir a la ineficacia el arma del número.

La eficacia de la propaganda en las luchas políticas no admite discusión. El apoyo de la gran prensa y de la televisión es con frecuencia lo que decide la victoria electoral. Una campaña sostenida por procedimientos análogos a los de las campañas de venta comercial, tiene más posibilidades de triunfar que una campaña de corte clásico. En 1960, el partido liberal consiguió la victoria en la provincia de Quebec con métodos de este tipo, los cuales son empleados en gran medida en los Estados Unidos y comienzan a serlo en Europa. No obstante, estos métodos son muy costosos; el poder político de la propaganda, no es sino en definitiva el poder político, en las democracias occidentales, del dinero (en otros países, la propaganda se encuentra monopolizada por el Estado y sirve para la integración política; encontraremos más adelante este aspecto del problema). Las reglamentaciones jurídicas — limitación de los gastos o su devolución por el Estado — no son demasiado eficaces. El poder del dinero, por medio de la propaganda, tiende a hacer fracasar el poder del número.

La importancia del número ha vuelto a vencer gracias a las técnicas de encuadramiento colectivo. El perfeccionamiento de procedimientos de organización social, que permite agrupar a inmensas masas humanas, educarlas políticamente, movilizar sus energías y canalizar y orientar su acción, ha creado un instrumento político de una extrema eficacia. Las técnicas de los partidos de masa y de los sindicatos obreros, inventadas a fines

del siglo último y que sirvieron de modelos, siguen empleándose en la actualidad. Los partidos comunistas, por su parte, las han perfeccionado y así una de las causas de su poder se debe sin duda a la superioridad de su sistema de encuadramiento colectivo. Es probable que estas técnicas presenten ciertos peligros, que permitan “manipular” en cierta medida a los miembros de la organización y que desarrollen fenómenos burocráticos. Pero a pesar de todo, también es cierto que si no existiesen, el número sería anulado, en las democracias occidentales, por la presión del dinero.

CONCENTRACIÓN O DISPERSIÓN DE LAS ARMAS

Los análisis anteriores nos muestran que las armas políticas se encuentran unas veces concentradas y otras dispersas. Podemos así, definir dos tipos de sociedades: unas, en donde las armas políticas, o al menos las más importantes, se hallan en manos de una sola clase o de un solo grupo social; otras, en las que las armas esenciales están repartidas entre varias clases o varias categorías sociales. En las sociedades feudales y monárquicas, por ejemplo, las armas esenciales de la época (medios militares y riqueza territorial) estaban concentradas en manos de la aristocracia. En la monarquía de Luis Felipe o en el Segundo Imperio francés, o también en los Estados Unidos de 1939, la burguesía poseía a su vez los principales medios de poder (el dinero y la organización militar, que fueron ampliamente utilizados para suprimir las rebeliones obreras: tejedores de Lyon en las jornadas de julio de 1848). En el Estado stalinista, el grupo dirigente controlaba todas las organizaciones de masa y todas las estructuras de encuadramiento colectivo, armas políticas esenciales en una sociedad socialista. Hasta aquí, pues, algunos ejemplos de situaciones de monopolio.

Por el contrario, en algunas *civitas* antiguas en ciertos momentos de su evolución, en las Repúblicas italianas y flamencas del Renacimiento, en la Inglaterra de Cromwell y en la monarquía absoluta francesa la aristocracia disponía de una

parte de la riqueza mientras que la burguesía poseía la otra, que incluso en ocasiones era mayor. Las armas militares se hallaban generalmente en manos de la primera, pero pasaban a veces a las de la segunda, es decir, existía una especie de situación pluralista. Las actuales sociedades occidentales son otro ejemplo a este respecto. Por un lado, están los capitalistas que poseen la riqueza y que la utilizan para la propaganda, asegurándose así un elemento importante del poder político. Y por otro, se encuentran los asalariados que han desarrollado grandes organizaciones de masas (partidos populares y sindicatos), y que, por ende, tienen también la posibilidad de utilizar otras formas de propaganda, que son a su vez otros elementos importantes de poder político. Algunos otros medios de propaganda y de información se encuentran bajo el control de intelectuales y universitarios. En definitiva, se puede decir que la dispersión de las armas políticas es bastante grande.

En Occidente, se tiene la tendencia a considerar este pluralismo como medio esencial para asegurar la libertad de los ciudadanos y realizar la democracia. Por otra parte, se confunde más o menos esta dispersión (o concentración) de las armas políticas con la pluralidad (o la unidad) de los "centros de decisión", lo que constituye un grave error. La pluralidad o la unidad de los centros de decisión concierne a la organización del Estado, es decir, a la estructura del poder político. La pluralidad se realiza por la separación de poderes, tan querida de Locke, de Montesquieu y de algunos otros, por la descentralización territorial, por la autonomía de los servicios y de las empresas públicas, por la constitución de cuerpos de funcionarios independientes, etc. La dispersión o la concentración de las armas políticas repercute en la lucha por el poder y en la situación de las diferentes clases o categorías sociales que en ella intervienen. Los dos fenómenos se encuentran con frecuencia vinculados, y, de este modo, la pluralidad de los centros de decisión refleja a veces la dispersión de las armas políticas, lo que tiene como resultado un reparto del Estado entre las diferentes clases o categorías sociales. Pero, a pesar de todo, los dos fenómenos permanecen muy independientes uno de otro. La pluralidad de los cen-

tros de decisión puede existir, por ejemplo, en régimen socialista, por medio de una descentralización principalmente, aparte de que exista o no una dispersión de las armas políticas (Yugoslavia).

En lo que se refiere a esta dispersión, las teorías pluralistas no pueden aceptarse sino con reservas. En primer lugar, el pluralismo de las democracias liberales a este respecto continúa siendo desigual. Sin duda, el dinero no es en estos países la única arma política de la actualidad. Los partidos populares, los sindicatos obreros y las otras organizaciones de masa poseen también una eficacia, que es a menudo importante. Pero, sin embargo, no logran compensar la influencia de las riquezas. El dinero sigue siendo, en las sociedades occidentales contemporáneas, el arma más fuerte. Esto quiere decir que, en conjunto, las decisiones fundamentales se toman bajo la influencia de las personas que lo poseen. Los otros elementos de poder político pueden lograr que se adopte tal decisión secundaria, o influir en tal otra, pero no pueden sino excepcionalmente imponer una decisión fundamental. Sin embargo, la desigualdad es más o menos grande según los países; por ejemplo, es muy fuerte en los Estados Unidos, pero menor en Francia. Esta desigualdad tiende a disminuir en cierta medida.

Por otra parte, la dispersión de las armas políticas no tiene siempre como resultado el refuerzo de la democracia, sino que puede también conducir a la dictadura. Puede suceder, en efecto, que una clase social hasta entonces dominante, viéndose arrebatada una parte de las armas políticas por otra, recurra a la violencia para evitar ser arrojada del poder o tener que compartir éste por medio de la fuerza. La clase ascendente puede también emplear los mismos procedimientos para acelerar la eliminación de la vieja clase dominante. Las grandes epidemias de dictaduras en la historia han correspondido generalmente a situaciones de equilibrio, en donde las armas políticas estaban dispersas entre categorías sociales rivales. Así sucedió en las *civitas* antiguas, en la Europa del Renacimiento y del siglo xviii, y más tarde en la del siglo xix, cuando la ascensión de la burguesía dividió el poder entre

ella y la aristocracia hasta entonces reinante. Del mismo modo, cuando la dominación del dinero pareció amenazada seriamente en el seno del "pluralismo occidental" se vio surgir el fascismo. En conclusión, lo que permite el desarrollo de la democracia es el debilitamiento de los antagonismos, más bien que el equilibrio de las fuerzas sociales rivales y la dispersión entre ellas de las armas políticas.

IV

LAS ESTRATEGIAS POLÍTICAS

En la lucha política, como en toda lucha compleja, cada participante actúa de acuerdo con un plan preconcebido, más o menos elaborado, en el que se prevé no solamente sus propios ataques, sino también los contraataques del adversario, así como los medios para hacerles frente. Este plan de lucha constituye lo que se llama una estrategia, mientras que los diferentes elementos de que se compone (acciones sobre el adversario y réplicas a sus reacciones) es lo que se denominan las tácticas. El análisis de las estrategias políticas ha sido hasta ahora poco desarrollado, a no ser en el terreno de las relaciones internacionales y en el de las luchas sindicales. En otros países, se ha estudiado sobre todo el fenómeno de las luchas en torno a decisiones particulares. Desde hace algunos años se trata de aplicar en su análisis métodos matemáticos, utilizándose la teoría de los “juegos de estrategia” y las técnicas del cálculo operacional. Estas investigaciones, en ciertos sectores restringidos, son interesantes y válidas. Ahora bien, nosotros vamos a considerar aquí otro punto de vista: el de las estrategias de conjunto de las luchas políticas. De acuerdo con este plano global, es posible definir solamente algunos esquemas sumarios.

DERECHAS E IZQUIERDAS, REFORMISMO Y REVOLUCIÓN

La lucha política no se desarrolla del mismo modo en un sistema bipartidista, donde adopta la forma de un duelo, que en un régimen multipartidista, en donde se enfrentan varios adversarios que pueden aliarse de diversas maneras. La distinción entre derechas e izquierdas permite comparar las dos situaciones y definir una clasificación bastante precisa de las estrategias políticas en las democracias pluralistas. La lucha política reducida a su mayor simplicidad y a su elemento fundamental, no consiste sino en el enfrentamiento entre aquellos que están casi totalmente satisfechos del orden existente y que, por lo tanto, quieren conservarlo, y los insatisfechos con este orden, que, en consecuencia, quieren cambiarlo. Los primeros constituyen “las derechas”, y los segundos “las izquierdas” en el sentido más general de estos términos, que intencionadamente abstraemos de todo contexto histórico preciso. No vamos a considerar aquí los motivos de la insatisfacción de los unos y de la satisfacción de los otros, así como las formas de su expresión, sino que solamente plantearemos el hecho de que en todo grupo social, en toda comunidad humana, existen siempre satisfechos e insatisfechos. Sin embargo, este punto de partida no es un postulado arbitrario, sino un dato que nos proporciona la experiencia. Las derechas y las izquierdas se definen así por sus objetivos: conservar el orden existente o sustituirlo. Cada uno de estos objetivos puede alcanzarse por medios diferentes, y cada uno de estos medios constituye un tipo particular de estrategia.

Esta distinción se ha realizado desde hace bastante tiempo en los partidos de izquierdas. El orden existente puede ser derribado brutalmente en su totalidad de un solo golpe y ser sustituido por un orden nuevo también en bloque y brutalmente: es el método revolucionario. Pero el orden antiguo puede ser también destruido poco a poco, progresivamente, sector por sector y ser reemplazado paulatinamente por elementos del orden nuevo: éste es el método reformista. Numerosas y violentas disputas han tenido lugar en los partidos

socialistas, a comienzos de este siglo, entre reformistas y revolucionarios. Más tarde, estas disputas se aminoraron a partir del día en que los partidos socialistas dejaron de ser revolucionarios en su mayoría. Por el contrario, cuando todos los partidos comunistas eran revolucionarios, el problema tampoco se planteaba. Pero en la actualidad, esta cuestión comienza a surgir otra vez en el comunismo occidental, el cual vive en el seno de las sociedades donde la revolución no parece ni posible, ni deseable. Y es muy probable que la importancia de esta polémica se vaya acrecentando en los próximos años.

La discusión entre reformistas y revolucionarios se encuentra generalmente deformada por consideraciones apasionadas. Al ser la revolución un viejo sueño de los socialistas franceses y de los comunistas en general, el reformismo aparece ante sus ojos como una especie de traición. En el plano racional, los partidos de la revolución afirman que el reformismo es una mera ilusión, puesto que no es posible destruir el orden existente pieza a pieza. Con este método, dicen, no se puede modificar más que elementos secundarios, y así, en el momento en que se trata de modificar lo esencial, los partidos de este orden reaccionan con violencia. Como éstos conservan sus posiciones de fuerza por permanecer dentro de dicho orden, triunfan finalmente. Nosotros no tomamos partido en este debate, únicamente nos limitamos a comprobar que pueden ser empleadas dos estrategias para combatir el orden existente, la del reformismo y la de la revolución, y que ciertos partidos se han adherido a la primera y otros a la segunda.

Dos actitudes simétricas corresponden en las derechas a lo que se denomina en las izquierdas reformismo y revolución. Su distinción es menos célebre, ha sido formulada menos frecuentemente de forma clara y no ha dado lugar a grandes debates. Sin embargo, posee una gran importancia práctica, e incluso mayor que la otra, porque ha inspirado de forma concreta la acción de muchos partidos conservadores. Para mantener el orden existente, la primera postura es la de aceptarlo en bloque, negándose a cambiar nada, oponiéndose a toda reforma y a toda modificación, por pequeña que sea. Por el contrario, teniendo en cuenta que ciertas evoluciones

no pueden impedirse, se debe transigir en cuestiones de detalle para mantener lo esencial, lo que en cierto sentido es quitar la paja para dejar el trigo. La primera actitud corresponde, en las derechas, a la teoría revolucionaria de las izquierdas: es la que mantienen los ultraconservadores y los fascistas. La segunda corresponde a la teoría reformista de las izquierdas, y caracteriza a los conservadores moderados. Su mejor ejemplo nos lo ofrece la política de Disraeli en la Inglaterra del siglo XIX.

Este análisis conduce a matizar la oposición dualista entre las derechas y las izquierdas, constituyéndose así cuatro tipos de base de estrategias políticas, que se definen a la par por los fines y por los medios: extrema derecha, derecha moderada, izquierda reformista e izquierda revolucionaria. La oposición y las alianzas entre estas tendencias de base no se realizan de idéntico modo en todos los países y en todas las épocas. Dos grandes categorías de situaciones pueden distinguirse entonces: la situación de tipo inglés y la situación de tipo francés. En Gran Bretaña, los moderados y los extremistas de cada tendencia se reúnen generalmente dentro de una misma organización. Una de derechas y otra de izquierdas, es decir, partido conservador y partido liberal en el siglo XIX, partido conservador y partido laborista en el siglo XX. La contienda política se encuentra, pues, dominada por la estrategia "derechas contra izquierdas", que en Francia se denomina la lucha de los dos bloques. Contrariamente a lo que se podría creer, los antagonismos políticos se han atenuado a causa de esta estrategia en vez de agravarse.

Dentro de cada tendencia, los extremistas han tenido que aceptar, quieran o no, el predominio de los moderados. En una competición entre los partidos, la victoria electoral pertenece, como lo hemos señalado ya, al que consiga atraerse a los electores marginales del centro, que harán inclinar la balanza del lado hacia el que dirijan sus votos. Para poder vencer, cada partido debe, pues, revestir un aspecto moderado, por lo que se puede afirmar que los reformistas superan en las izquierdas a los revolucionarios y los "evolucionistas" en las derechas a los ultraconservadores. El vínculo

permanente, regular y orgánico, que une extremistas y moderados en cada tendencia, conduce a los primeros a suavizar su extremismo, en virtud de su contacto con los segundos, mientras que de otro modo su aislamiento los llevaría a exagerarlo. El hecho de que se encuentren vinculados a responsabilidades gubernamentales y parlamentarias, al menos de forma indirecta, en el marco de un gran partido, tiene la misma significación. Curiosamente, la coagulación de las tendencias políticas en dos bloques opuestos, uno de derechas y otro de izquierdas, induce a ambos a dirigirse hacia el centro.

En Francia, la tradición política es totalmente diferente, se diga lo que se diga. La idea de que la vida política se encuentra dominada en este país desde 1789 por un conflicto derechas-izquierdas no corresponde exactamente a la realidad. Las derechas propiamente dichas (extremistas y moderados reunidos) han gobernado raramente (entre 1814 y 1830, con interrupciones; y en 1871, en 1919 y en 1940, muy brevemente). Las izquierdas, según la misma distinción, han ocupado el poder menos tiempo aún (en 1793-94, en febreromayo de 1848, en 1936-37 y en 1944-47). La mayoría de las veces, el gobierno ha estado en manos de coaliciones del centro, en donde se reunían la izquierda reformista y la derecha moderada, excluyéndose a los extremistas —ultraconservadores e izquierda revolucionaria— que se veían relegados a la oposición, o reducidos al papel de instrumentos de sostén en ciertas circunstancias. La verdadera batalla se libraba entre los dos centros, en busca del predominio dentro de la coalición. El fiel de la balanza no oscila verdaderamente de las derechas a las izquierdas, sino solamente del centro derecha al centro izquierda. La batalla política se encuentra dominada por una estrategia centrista.

La coalición de los conservadores moderados y de la izquierda reformista tiene una base natural. Unos y otros pisan un terreno de entendimiento, esto es, ambos aceptan las reformas. Para los conservadores, es un remedio menos malo que es preciso limitar. Para la izquierda moderada es un bien que es necesario desarrollar; pero, naturalmente, en cada caso los objetivos finales y las intenciones ocultas son

diferentes. No obstante, en el plano de la política concreta, pueden colaborar en cierta medida, es decir, pueden “recorrer una parte del camino juntos”. Aparte de esto, dentro de la alianza centrista, cada uno trata de conquistar la posición más fuerte, lo que le lleva a apoyarse en cierto sentido en el partido extremo que corresponde a su tendencia. Los vínculos no son nunca absolutamente disueltos entre la izquierda reformista y la izquierda revolucionaria, debido a que la primera busca el sostén de la segunda para dominar la coalición de los centros. El bloque de las izquierdas anterior a 1914 correspondía aproximadamente a esta situación. Igualmente, la derecha moderada conserva siempre el contacto con los ultraconservadores, por la misma razón. Esto pudo verse en la “amplia concentración” o en la Unión nacional bajo la Tercera República.

Los partidos extremistas, reducidos así a un papel de apoyo circunstancial, privados de toda influencia real sobre el gobierno, y aislados dentro de organizaciones separadas, se ven llevados naturalmente a reforzar su extremismo. Los miembros de estos partidos dan muestras de un sentimiento de alienación, que ni los laboristas de izquierda, ni los ultraconservadores experimentan en Gran Bretaña. El lado pragmático, cotidiano, realista, de la política centrista, que no se refiere a ningún principio — porque los principios de las dos mitades del centro son diferentes — produce entre los extremistas también sentimientos de desprecio y de descorazonamiento. De esta manera, se tiende hacia una disociación entre la política ideal, pura e inaplicada, y la política concreta, formada más bien por pactos que por compromisos. Para oponerse a este centrismo, los dos extremos no disponen sino de un medio: formar una coalición contra la alianza centrista. Porque el apoyo que se les pide para inclinarse en un sentido o en otro esta alianza, les compromete sin darles una influencia real sobre la política. Pero esta coalición de la izquierda revolucionaria y de los ultraconservadores no puede ser más que negativa; puede impedir que el centro gobierne, mas lo que no puede hacer es reemplazarlo. Si los extremos son más fuertes por sí mismos que los centros, en

el caso de que se unan resulta imposible todo gobierno; tal fue la situación de la República de Weimar en sus últimos años.

LA SIMULACIÓN

Reformismo y revolución, centrismo y extremismo, son estrategias que no se pueden aplicar más que en democracia pluralista. Por el contrario, existe un medio estratégico que se emplea en todos los regímenes políticos, igual sean unitarios que autocráticos: la simulación. Este método consiste en disimular los fines y los motivos reales de la acción política tras unos pseudofines y pseudomotivos, que son más populares y que gozan por tanto de un mayor sostén por parte de la opinión pública. Desarrollada naturalmente en las democracias, donde la opinión pública desempeña un papel capital, la simulación existe también en las autocracias, las cuales no pueden privarse, a pesar de todo, de cierto apoyo de la opinión. Este medio es empleado por los individuos, los partidos y los grupos de presión en su lucha por la conquista o por la influencia del poder. Pero también es empleado por éste para obtener la obediencia de los ciudadanos; en el capítulo siguiente lo estudiaremos desde esta faceta.

La simulación se presenta revistiendo formas muy diversas. La más frecuente consiste en disimular un objetivo no muy confesable, según el sistema de valores de la sociedad considerada, detrás de otro que no lo es tanto. En Occidente, esta técnica se utiliza en gran escala para defender los intereses capitalistas. En lugar de decir que la propiedad privada de los medios de producción les garantizan unos sustanciosos beneficios, los propietarios afirman que es necesaria para asegurar la libertad individual de los ciudadanos. Así, hablan más bien de "libre empresa" que de empresa privada, y de libertad (se sobreentiende: económica) que de propiedad. Los partidos liberales se aprovechan del doble sentido de la palabra libertad, y así realzan su prestigio político a costa de sus aspectos económicos. Cuando el Estado impone unos precios límites a los comerciantes, éstos no confiesan que su resis-

tencia tiene como fin la conservación de los grandes márgenes de beneficios, sino que, igualmente, protestan contra la intervención del gobierno en la economía, en nombre de la libertad y acusan al Estado de establecer el “dirigismo”, el “intervencionismo”, la “planificación”, aspectos todos que una gran parte de la población no ve con buenos ojos.

La invocación de los valores es otro de los medios de simulación. Hemos dicho ya la importancia que tienen en la política las concepciones del Bien y del Mal, de lo Justo y de lo Injusto, en una palabra, de los sistemas de valores. La valorización se realiza al mismo tiempo en el marco de la sociedad global, mediante un sistema de valores comunes a todos sus miembros — los valores nacionales dentro del Estado — y en el marco de las diversas clases o categorías en lucha, por medio de sistemas de valores propios a cada una y expresados por ideologías diversas. Los valores sirven de simulación de diferentes maneras. En principio, cada clase o cada partido trata de disimular lo que le es propio y de identificarse con el sistema de valores nacional, enmascarando sus objetivos personales tras los valores comunes a toda la sociedad global. Cada uno acusa al prójimo de ser partidista, mientras que se proclama a sí mismo nacional. La nación es uno mismo, los partidos son los demás.

Cada sistema de valores partidista, cada ideología particular, sirve también de simulación, externa e interna. Existe siempre un desfase entre los valores que se afirman y los que se profesan realmente. La imagen que un partido, que una clase o que un grupo manifiesta de sí mismo es una imagen idealizada, de igual modo que ocurre en el caso de un producto elogiado por la publicidad. La idealización constituye un medio de atraer al cliente o al adherente y de luchar contra el competidor o el adversario, los cuales practican a su vez una idealización del mismo género. El grado de adhesión a los sistemas de valores dentro de cada categoría es variable. La imagen de los agitadores que utilizan ideas ampulosas para atraer a las masas es verdadera parcialmente; corresponde, más bien, a la estrategia de ciertos políticos. En los partidos con una ideología sólida, por el contrario, la

adhesión es normalmente más profunda en la cúspide que en la base. Las religiones en las que el clero es menos creyente que los fieles, no tienen apenas influencia. Los sistemas de valores son también unos medios de autojustificación, que corresponden a una autosimulación, pues cada ideología tiende a ofrecer a sus adeptos una imagen favorable de sí mismos, con el fin de que puedan contemplarla con satisfacción. Con frecuencia la simulación es parcialmente inconsciente.

Otra técnica de simulación consiste en hacer creer a la masa de la población que sus intereses están de por medio, mientras que, en la realidad, la cuestión no afecta más que a los intereses particulares de una minoría. Los colonos franceses a quienes la independencia de Argelia arruinaría (y que efectivamente ha arruinado) justificaban la continuación de la guerra arguyendo que Argelia constituía un importantísimo cliente de la metrópoli y que su pérdida comprometería gravemente al conjunto de la economía francesa. Con frecuencia, este procedimiento de simulación adopta la forma de un "espantajo". Así, en ciertas ocasiones se inventa un "enemigo", o en todo caso, se exagera la importancia de un enemigo real, justificándose las medidas que realmente se toman en base al interés de las clases que detentan el poder, por la necesidad de defenderse contra él. Mediante la estrategia del grito de "el lobo" se distrae la atención del viajero, pudiéndole sustraer su equipaje fácilmente mientras que éste no piensa más que en preservarse del animal.

El espantajo del comunismo desempeña en este sentido un papel muy importante en la mayoría de los países de Occidente. Pero la opinión pública no se percató de ello, debido a que conserva todavía muy vivo el recuerdo de la implantación de las democracias populares en Europa oriental entre 1945 y 1948. La evocación del enemigo exterior, para debilitar la oposición y obligarla a vincularse al poder, es una estrategia empleada por todos los gobiernos desde hace siglos. En último término, conduce a lanzarse a la guerra, para evitar las luchas internas demasiado violentas. El conflicto argelino-marroquí de octubre de 1963 ilustra un proceso milenario.

¿Se emplea más o menos la simulación según sea el nivel de desarrollo técnico de las sociedades? Se ha formulado la hipótesis de que ésta alcanzaría su máximo grado en una fase intermedia entre el subdesarrollo y el superdesarrollo. En las sociedades primitivas, la masa de la población, infraalimentada, analfabeta y oprimida, estaba dentro de un círculo estrecho, entre personas avisadas, es decir, entre “notables”. La simulación es aquí inútil porque sería fácilmente descubierta por todo el mundo. Como dice el proverbio, a los monos viejos no hay que enseñarles a hacer monadas. Todos los participantes de la lucha política son “monos viejos” en este caso. También se les puede comparar a los agoreros de la Antigüedad que no podían mirarse sin reír, porque conocían sus propias mentiras. En una sociedad muy evolucionada, por el contrario, en donde la masa de la población disfruta de una vasta cultura y en donde el desarrollo de las ciencias sociales ha revelado las técnicas de la simulación, ésta llega a ser ineficaz. La masa se encuentra tan informada como el corto número de las élites políticas en las sociedades primitivas. Cada partido y cada grupo consagra su tiempo en demostrar la simulación del adversario. En definitiva, la simulación caracterizaría a la “fase intermedia” que ha comenzado en las sociedades occidentales con la Revolución Francesa y que se encuentra en trance de desaparecer progresivamente. En este período, las masas participan en la competición política, puesto que no se las puede excluir. Pero, por el hecho de estar insuficientemente informadas de los problemas, es posible que se enmascaren los aspectos molestos de los mismos mediante la simulación.

De todas formas, estas tesis no pueden aceptarse sin reservas. En las sociedades primitivas, el pequeño núcleo cultivado no lo es tanto como para que la simulación sea inútil. Y en las sociedades muy desarrolladas, la credulidad humana sigue siendo lo suficientemente grande para que la simulación tenga cabida. Tanto más cuanto que la gente no se informa lo necesario del punto de vista del adversario, lo que podría demistificarla. Por su parte, los medios de información de masas tienden al empleo de otros procedimientos de simula-

ción, de tipo benigno, emoliente, dulzón. Es un hecho evidente que la simulación no es solamente un procedimiento de engaño consciente, sino en parte un medio de esconderse a sí mismo una verdad que no se quiere mirar de frente. En política, son muchas las personas que se ciegan a sí mismas, negándose a que se les abran los ojos. Es probable que la simulación tienda progresivamente a atenuarse y a reducirse; ahora bien, lo que parece más dudoso es que desaparezca de la lucha política.

V

LOS LÍMITES DE LA CONTIENDA

Los límites de la contienda política son evidentemente más amplios en los regímenes democráticos, en donde la lucha se desarrolla a cielo abierto, que en los regímenes autocráticos, donde debe ser disimulada. Por otra parte, en las democracias, y solamente en ellas, se puede distinguir una lucha *dentro* y una lucha *sobre* el régimen. Junto a estos espaciosos límites de la contienda, que serán estudiados a continuación, convendría situar algunos otros. La distinción entre partidos políticos y grupos de presión corresponde a la distinción entre la lucha directa para conquistar el poder o participar en él, y la lucha indirecta, para tratar de influirlo sin cambiar su titular. En una democracia la lucha directa es posible en todas las instancias. En una autocracia no se desarrolla más que en las instancias inferiores. El poder supremo es solamente objeto de una lucha indirecta en donde privan los juegos de intrigas, cuya finalidad es obtener alguna influencia sobre el detentador del poder, pero sin pretender sustituirle. Curiosamente en una democracia la situación es, en parte, la contraria, puesto que las instancias inferiores del poder tienden a ser confiadas a funcionarios técnicos. Éstos están agrupados en cuerpos administrativos y disfrutan de unas garantías tales en su situación que la autoridad política no puede generalmente revocarlos. La lucha directa para conquistas puestos, es, por consiguiente, limitada. Su inamovilidad limita el alcance de los cambios de los equipos políticos en la cúspide.

Por el contrario, en las autocracias el soberano nombra y revoca a su entera voluntad todos los cargos subordinados, que son objeto de una competición directa más amplia. El que logra conquistar la entera confianza del jefe supremo no conoce más obstáculos; los cambios de favoritos pueden ser de este modo más radicales que los que se producirían a través de las elecciones.

Señalemos, por último, que en la democracia la lucha política toma un carácter cíclico, lo que no ocurre en la autocracia. Las elecciones generales tienen como consecuencia convertir al Estado en su conjunto, a intervalos fijos y determinados, en el objetivo de la batalla. Todo el aparato coercitivo del poder, todo su sistema de sujeción, se abandonan así por el vencido para pasar a las manos del vencedor, hasta el día en que éste, a su vez vencido, lo transmita a un nuevo vencedor. Las elecciones generales se convierten, por tanto, naturalmente en el punto culminante del combate decisivo. Las luchas políticas se desarrollan de acuerdo con un ritmo regular, y así pasan cada cuatro o cinco años por una fase de actividad, decreciendo en el intervalo. Los regímenes autocráticos no conocen estos movimientos de sístole y de diástole, estos flujos y reflujos cíclicos. Las intrigas se urden y se destejen continuamente y los arrebatos de fiebre se producen únicamente en las circunstancias coyunturales.

LUCHA ABIERTA Y LUCHA VELADA

Fuera de las elecciones generales, la lucha política conserva en la democracia el mismo carácter abierto y regular. En los debates parlamentarios, en las polémicas de prensa, en las reuniones y en las discusiones, en las manifestaciones de los partidos, de los sindicatos y de las organizaciones diversas, la lucha se desarrolla ante los ojos de todos. Indudablemente, esta publicidad no es absoluta, pues incluso en las democracias una parte de la política se desarrolla en las sombras, en la discreción, en el secreto. Es difícil, por ejemplo, si no imposible, conocer el financiamiento de las elecciones, las intervenciones de algunos poderosos grupos privados so-

bre el gobierno o la administración, etc. Pero, a pesar de todo, la zona sombría es limitada. Por el contrario, en la autocracia, esta zona lo abarca todo, y, en consecuencia, los debates, las polémicas, las discusiones y las manifestaciones se encuentran generalmente prohibidas. Oficialmente, la opinión es unánime en su admiración, en su fidelidad y en su amor por el gobierno. De este modo, la nación está unida y desconoce toda facción; poner en entredicho esta unidad, es decir, crear estas facciones es un delito reprimido por la ley. Prácticamente, la unanimidad y la unidad son ficticias; existen luchas políticas, pero se ocultan y se disimulan.

Aparentemente, las democracias están mucho más divididas que las autocracias, pero en la realidad, sus divisiones son más visibles únicamente a causa de que se permite su libre expresión, llegando incluso a favorecerla. Las divisiones de los regímenes unitarios probablemente son más profundas y más graves, al igual que ciertos conflictos psicológicos reprimidos, que turban la personalidad y la exponen a las neurosis. En las autocracias, las luchas políticas abiertas de las democracias se corresponden, bien con luchas disimuladas, bien con luchas clandestinas. La simulación de la lucha reviste formas muy variadas. Las propias instituciones del Estado pueden llegar a ser cada una la expresión de ciertos grupos o de ciertas clases. Toda administración, toda organización y toda corporación tienen la tendencia a defender su punto de vista contra todos los demás. Estas rivalidades técnicas pueden convertirse en luchas políticas, en el caso de que tal institución se identifique más o menos con tal otra fuerza social, y así sucesivamente. En los regímenes autoritarios, a veces se ve a los sindicatos (únicos) oponerse al partido (único), por lo que, de este modo, instrumentos de unanimidad se convierten en instrumentos de diversidad. Las Universidades, el ejército, los cuerpos administrativos pueden también aparecer como medios de oposición.

De esta forma, detrás de conflictos no políticos que están autorizados en ciertos terrenos, se disimulan auténticos conflictos políticos. En la URSS, la lucha entre clásicos y modernos en la literatura, en la pintura y en la música, es en

realidad una pugna entre *stalinistas* y partidarios de una “liberalización”. Así, organizaciones no políticas pueden convertirse en organizaciones políticas de hecho. Las asociaciones de estudiantes, los movimientos de juventud y hasta las sociedades deportivas (los sokols checos de antes de 1914) han desempeñado este papel en muchos países autoritarios. Cuanto más alejado se halle de las luchas políticas el objeto oficial de estas organizaciones, será menor la desconfianza del poder. Podemos distinguir las tres categorías más cercanas a la política, y, por consiguiente, más peligrosas: las Iglesias y las asociaciones filosóficas, las organizaciones de carácter económico y social y las instituciones literarias. Los conflictos humanos que analiza la literatura son inseparables de los conflictos sociales y políticos, como lo demuestra, por ejemplo, el papel del círculo Petöfi en Hungría antes de 1956 y el de las sociedades culturales en Francia antes de 1789, los cuales son muy característicos al respecto.

No se deben confundir estas luchas simuladas, en donde los objetivos políticos se enmascaran detrás de los objetivos no políticos, con la técnica de la simulación empleada en las luchas abiertas de las democracias, la cual consiste en disimular un objetivo político detrás de otro objetivo político también, pero más amplio, más confesable y más noble que el primero, por lo que consecuentemente logrará obtener mejor la adhesión de los ciudadanos. Toda clase, todo grupo y toda categoría social que lucha en la realidad por sus intereses particulares, pretende más o menos que su lucha se debe a intereses comunes de toda la sociedad, es decir, de la patria, de la justicia, de la verdad. De este modo refuerza su posición al introducir la duda entre sus adversarios. Esta especie de simulación exige una lucha política que se desarrolle a plena luz, cuyo objeto sea claramente el poder. Por el contrario, la simulación que aquí describimos disimula objetivos políticos detrás de objetivos no políticos, a causa de que la lucha sobre los primeros se encuentra prohibida.

Los partidos conservadores logran frecuentemente, empero, en las democracias, conferir a “la política” un carácter peyorativo, que conduce a disimular también las luchas po-

líticas detrás de apariencias no políticas. Muchas organizaciones anexas a los partidos — asociaciones de juventud, agrupaciones femeninas, clubs deportivos, literarios o artísticos, etc. — se disimulan entonces bajo un aspecto no político. Muchos grupos de presión persiguen en realidad unos objetivos políticos, pero fingiendo tener solamente como fin materias económicas, sociales, corporativas, filosóficas, artísticas, etc. La distinción entre las dos especies de simulación no es, por consiguiente, rigurosa; podemos afirmar que las dos son posibles en una democracia, puesto que la lucha puede confesarse abiertamente política. Por el contrario, en una autocracia sólo es posible una forma: la disimulación de los objetivos políticos bajo las apariencias de objetivos no políticos, ya que la lucha política abierta está prohibida.

Esta simulación no puede emplearse más que en autocracias relativamente liberales, porque en los regímenes absolutistas y totalitarios, las luchas simuladas no tienen más que un carácter superficial. Estas luchas son muestras de una diversidad de clanes y de facciones dentro de los grupos dirigentes, más bien que una oposición al poder. Las verdaderas luchas políticas no pueden desarrollarse sino en secreto, y a través de organizaciones clandestinas. La resistencia de los demócratas alemanes bajo el régimen de Hitler y la resistencia a los ejércitos alemanes en los países europeos ocupados por éstos, entre 1940 y 1945, nos ofrecen unos claros ejemplos en este terreno. Podemos compararlos con los movimientos clandestinos nacionalistas que, en estos últimos años, han desencadenado la rebelión de las colonias contra las metrópolis, o también con las sociedades secretas que de forma parecida animaron la lucha por la independencia en la Europa del siglo XIX y comienzos del XX, etc.

En todos los regímenes autoritarios existe una tendencia natural a la aparición de luchas clandestinas de este tipo, desarrollándose solamente con el concurso de dos condiciones. En primer lugar, es necesario que el régimen sea juzgado, por una gran parte de la población, como intolerable. El apoyo de las masas es indispensable a la acción clandestina, ya que sin él las organizaciones secretas no pueden realizar nada, a

realidad una pugna entre *stalinistas* y partidarios de una “liberalización”. Así, organizaciones no políticas pueden convertirse en organizaciones políticas de hecho. Las asociaciones de estudiantes, los movimientos de juventud y hasta las sociedades deportivas (los sokols checos de antes de 1914) han desempeñado este papel en muchos países autoritarios. Cuanto más alejado se halle de las luchas políticas el objeto oficial de estas organizaciones, será menor la desconfianza del poder. Podemos distinguir las tres categorías más cercanas a la política, y, por consiguiente, más peligrosas: las Iglesias y las asociaciones filosóficas, las organizaciones de carácter económico y social y las instituciones literarias. Los conflictos humanos que analiza la literatura son inseparables de los conflictos sociales y políticos, como lo demuestra, por ejemplo, el papel del círculo Petöfi en Hungría antes de 1956 y el de las sociedades culturales en Francia antes de 1789, los cuales son muy característicos al respecto.

No se deben confundir estas luchas simuladas, en donde los objetivos políticos se enmascaran detrás de los objetivos no políticos, con la técnica de la simulación empleada en las luchas abiertas de las democracias, la cual consiste en disimular un objetivo político detrás de otro objetivo político también, pero más amplio, más confesable y más noble que el primero, por lo que consecuentemente logrará obtener mejor la adhesión de los ciudadanos. Toda clase, todo grupo y toda categoría social que lucha en la realidad por sus intereses particulares, pretende más o menos que su lucha se debe a intereses comunes de toda la sociedad, es decir, de la patria, de la justicia, de la verdad. De este modo refuerza su posición al introducir la duda entre sus adversarios. Esta especie de simulación exige una lucha política que se desarrolle a plena luz, cuyo objeto sea claramente el poder. Por el contrario, la simulación que aquí describimos disimula objetivos políticos detrás de objetivos no políticos, a causa de que la lucha sobre los primeros se encuentra prohibida.

Los partidos conservadores logran frecuentemente, empero, en las democracias, conferir a “la política” un carácter peyorativo, que conduce a disimular también las luchas po-

líticas detrás de apariencias no políticas. Muchas organizaciones anexas a los partidos — asociaciones de juventud, agrupaciones femeninas, clubs deportivos, literarios o artísticos, etc. — se disimulan entonces bajo un aspecto no político. Muchos grupos de presión persiguen en realidad unos objetivos políticos, pero fingiendo tener solamente como fin materias económicas, sociales, corporativas, filosóficas, artísticas, etc. La distinción entre las dos especies de simulación no es, por consiguiente, rigurosa; podemos afirmar que las dos son posibles en una democracia, puesto que la lucha puede confesarse abiertamente política. Por el contrario, en una autocracia sólo es posible una forma: la disimulación de los objetivos políticos bajo las apariencias de objetivos no políticos, ya que la lucha política abierta está prohibida.

Esta simulación no puede emplearse más que en autocracias relativamente liberales, porque en los regímenes absolutistas y totalitarios, las luchas simuladas no tienen más que un carácter superficial. Estas luchas son muestras de una diversidad de clanes y de facciones dentro de los grupos dirigentes, más bien que una oposición al poder. Las verdaderas luchas políticas no pueden desarrollarse sino en secreto, y a través de organizaciones clandestinas. La resistencia de los demócratas alemanes bajo el régimen de Hitler y la resistencia a los ejércitos alemanes en los países europeos ocupados por éstos, entre 1940 y 1945, nos ofrecen unos claros ejemplos en este terreno. Podemos compararlos con los movimientos clandestinos nacionalistas que, en estos últimos años, han desencadenado la rebelión de las colonias contra las metrópolis, o también con las sociedades secretas que de forma parecida animaron la lucha por la independencia en la Europa del siglo xix y comienzos del xx, etc.

En todos los regímenes autoritarios existe una tendencia natural a la aparición de luchas clandestinas de este tipo, desarrollándose solamente con el concurso de dos condiciones. En primer lugar, es necesario que el régimen sea juzgado, por una gran parte de la población, como intolerable. El apoyo de las masas es indispensable a la acción clandestina, ya que sin él las organizaciones secretas no pueden realizar nada, a

no ser algunos atentados individuales sin repercusión. Y en segundo lugar, es preciso una razonable posibilidad de poder derribar el régimen. Si éste parece establecido de manera duradera, sólo serán algunos intransigentes los que tengan el valor de desarrollar una acción clandestina. La masa sólo los apoyará cuando vea la posibilidad de conseguir el triunfo. En este sentido, podemos aducir el caso, en cuanto a movimientos con apoyo de masa, de los movimientos clandestinos durante la guerra de 1939-44 y de las organizaciones nacionalistas en las colonias después de 1945. Por el contrario, la débil influencia de los movimientos antinazis en la Alemania hitleriana de antes de 1944, el fracaso del terrorismo de la OAS en la Francia de 1962 y la acción limitada de las organizaciones nacionalistas de Quebec en el Canadá de 1963, son ejemplos de movimientos sin apoyo de masas. En los dos últimos casos la lucha clandestina se desarrolló en un régimen democrático, donde la oposición tenía otros medios de expresión. Por ello, esta lucha era la acción de pequeños grupos muy minoritarios, a quienes su escasa audiencia no permitía la más mínima esperanza de desempeñar un papel electoral y parlamentario. A menos que esta lucha estuviese conducida por partidos o agrupaciones prohibidas, a los cuales se les había suprimido la vía de acción legal, lo que constituye una restricción de la democracia.

Los movimientos clandestinos se distinguen de los demás por sus medios de acción y por su estructura. No sólo utilizan las reuniones secretas, la difusión de los rumores, la propaganda oculta, y la difusión de octavillas y folletos impresos anónimamente, sino también la violencia, en la forma de corrosión del Estado, de complot, de atentados, de terrorismo, etc. Las exigencias de la clandestinidad les obligan a un mismo tipo de organización, que se encuentra en todas partes: en la Iglesia de las catacumbas, en las sociedades secretas orientales, en el carbonarismo del siglo XIX, en la Mano Negra servía de antes de 1914, en los Ustachis croatas de 1930, en los movimientos de resistencia europea de 1940-45, en las organizaciones nacionalistas argelinas durante la lucha por la independencia y en la OAS francesa

de 1961. Este tipo de organización se caracteriza por una atomización de los grupos de base que han de ser lo más pequeños posible (de tres a cinco hombres por lo general) y por una compartimentación rigurosa entre los mismos. Sólo el jefe de cada grupo, en cada escalón, se encuentra en relación con el escalón superior. De esta forma se reducen al mínimo las indiscreciones. Si un miembro de la organización es detenido y torturado no puede denunciar más que a muy poca gente, e, igualmente, en el caso de que la policía introduzca "confidentes" en el movimiento.

LUCHA EN EL RÉGIMEN Y LUCHA SOBRE EL RÉGIMEN

La lucha política abierta, incluso hasta en las democracias, posee un carácter limitado. En este sentido, una distinción fundamental opone la lucha *dentro* del régimen a la lucha *sobre* el régimen. En Gran Bretaña, en los Países Escandinavos y en los Países Bajos, todos los partidos aceptan el régimen existente, basado en la democracia parlamentaria liberal, y ninguno de ellos lo discute; entonces la lucha se desarrolla *dentro* del régimen. En Francia y en Italia, por el contrario, pequeños grupos fascistas en la extrema derecha y un gran partido comunista en la extrema izquierda no aceptan el marco parlamentario y la democracia pluralista; aquí la lucha se entabla también *sobre* el régimen. En el primer caso, la contienda consiste, para cada partido, en tratar de conquistar el poder, para ejercerlo a continuación según el interés de las clases y de las categorías sociales que representan, pero manteniendo las instituciones y las reglas existentes. Estas son objeto así de un consenso casi general. En el segundo caso ciertos partidos estiman que los intereses de las clases y de las categorías sociales que representan no pueden ser satisfechos dentro del marco del régimen establecido, por lo que en consecuencia quieren reemplazarlo por otro.

La lucha sobre el régimen adopta dos formas muy diferentes, según se refiera solamente a los fines o también a los medios. Supone siempre que una parte de los ciudadanos no ad-

mite las instituciones existentes y quiere sustituirlas por otras nuevas. Los fines de la lucha sobre el régimen son necesariamente revolucionarios. Pero, para conseguir el cambio deseado se puede, bien rechazar las reglas del régimen existente y luchar contra él con la violencia en el marco de la ilegalidad, o bien, por el contrario, utilizar estas reglas para conquistar el poder y servirse del mismo a continuación para construir un orden nuevo. La segunda actitud corresponde más o menos a la que mantienen los partidos comunistas en Francia y en Italia durante estos últimos años. Ambos partidos habían renunciado a la ilegalidad y a la violencia para conquistar el poder aceptando las reglas de la democracia liberal para conseguir este resultado. Pero en el caso de que hubiesen conseguido hacerse con el poder dentro del marco del régimen existente, se habría servido de él para destruir este régimen de arriba abajo.

En las autocracias, esta distinción no tiene interés. La lucha sobre el régimen no se tolera en absoluto, nadie puede discutir abiertamente las instituciones existentes, por lo que la única posibilidad de oponerse a ellas es la que ofrece la ilegalidad y la violencia. En una democracia la situación es diferente, puesto que su misma naturaleza, como su grandeza, estriba en que permite a sus adversarios poder expresarse, admitiendo, pues, la lucha sobre el régimen. Pero, entonces, cabe preguntarse si a causa de esto se encuentra desarmada, es decir, si al dar la libertad a los enemigos de la libertad, va a permitir la destrucción de ésta. ¿Se encuentra condenada la democracia a no defenderse contra los que quieren destruirla en nombre de sus propios principios? Sobre un punto, por lo menos, la respuesta es sencilla. La democracia permite a sus adversarios su opinión siempre que lo hagan dentro del contexto de los métodos democráticos. El respeto de la opinión del prójimo no se aplica en el caso de que esta opinión intente oponerse por la fuerza. Contra los que quieren destruirla por la violencia, la libertad debe ser defendida por la violencia, sin dejar por ello de ser una democracia.

Si la oposición al régimen acepta, por el contrario, el juego democrático, es decir, combatiendo en el marco de las institu-

ciones, los principios democráticos obligan entonces a permitirle que se exprese bajo esta forma, la lucha sobre el régimen es posible. Pero solamente hasta cierto punto, que no depende de las teorías, sino del estado de las fuerzas. Si un partido comunista, que actúa dentro del marco de la legalidad, no reúne más que el 5 o el 10 % de los sufragios de las elecciones, no existe ningún problema, la democracia puede funcionar perfectamente a pesar de esta oposición al régimen. Si reúne el 20 o el 30 % de los sufragios, encontrándose, por otra parte, estabilizados, algunas precauciones deben ser tomadas, como, por ejemplo, la eliminación de los comunistas de los puestos de autoridad, apartarles del gobierno, a no ser que se trate de ministerios poco peligrosos, etc. En cuyo caso, el régimen puede funcionar sin demasiadas dificultades, como así nos lo señalan los ejemplos franceses e italianos a partir de 1945.

Pero, si un partido comunista consigue de una democracia liberal el 50 % de los sufragios, que le confiere la mayoría absoluta y la totalidad del poder, la situación llega a ser muy diferente. Entonces, dejarle actuar en el marco del régimen sería condenar a éste a una muerte a corto plazo. Pero prohibirlo sería destruir la propia democracia, pues la supresión de un potente partido comunista supone que se le impide reformarse a través de los sindicatos, de las organizaciones paralelas, de otros partidos de izquierda, en una palabra, se desarrolla un inmenso sistema de represión y prohibición, contra la mitad de los ciudadanos del país. Sólo una dictadura puede conseguir este resultado. El hecho de que un partido comunista obtenga cerca del 50 % de los votos de una democracia liberal, significa simplemente que las condiciones de la democracia liberal no existen ya en el país en cuestión, en donde únicamente es posible elegir entre una dictadura de derechas y una dictadura de izquierdas.

Una vez que hemos dicho esto, conviene distinguir la apariencia y la realidad, en materia de lucha sobre el régimen, y tener asimismo en cuenta el desfase que existe entre la evolución de los hechos y la imagen que se construye de los mismos. Los partidos revolucionarios al envejecer, tienden a

integrarse en el orden existente, y tanto más cuanto que éste evoluciona más o menos en su misma dirección; de esta manera, de oponentes *al* régimen, se convierte en oponentes *dentro* del régimen. Ahora bien, éstos tratan de disimular, el mayor tiempo posible, esta transformación a sus militantes, puesto que la revolución goza en general de mayor prestigio que el reformismo, especialmente en Francia. Sus adversarios facilitan esta simulación, puesto que les permite agitar un espantajo propio para agrupar los sufragios conservadores. Los socialistas, que eran revolucionarios en 1900, comenzaron a integrarse dentro del régimen a partir de 1920. Aunque no lo admitieron, junto con sus adversarios, más que a partir del año 1945.

El partido comunista evoluciona en el mismo sentido en Francia y en Italia. La mayoría de sus electores no desean ya el advenimiento de una democracia popular. Se han integrado en el sistema pluralista occidental y, por consiguiente, no quieren que se suprima. Por lo que hace a los militantes, la evolución se encuentra menos avanzada, aunque en estos últimos años se va acelerando visiblemente. Son muchos los que están vinculados a las libertades públicas, a la diversidad de opiniones, en una palabra, a la democracia liberal, y así buscan la vía de un socialismo pluralista, que pudiese suprimir el capitalismo sin destruir el liberalismo político. Éstos comprenden que una revolución ya no es posible en los países muy desarrollados, pero todavía no lo confiesan públicamente e incluso no se atreven ni siquiera a confesárselo a sí mismos. Pero su cambio profundo es real; como siempre, la evolución del vocabulario y de los principios que reafirman permanece en retraso con respecto a la evolución de los hechos y de las mentalidades; se quiere parecer revolucionario mucho tiempo después de haber dejado de serlo. En la Francia y en la Italia de la actualidad la oposición del partido comunista continúa siendo, aparentemente, una oposición *al* régimen de democracia liberal, pero en realidad se va convirtiendo cada vez más en una oposición *dentro* del régimen.

La distinción de la lucha sobre el régimen y de la lucha dentro del régimen se halla vinculada al concepto de legitimidad.

La lucha continúa dentro del régimen en el caso en que todos los ciudadanos consideren éste como legítimo, es decir, si es objeto de consenso. La lucha versa sobre el régimen, por el contrario, en el caso de que quiebre este consenso. Así, mientras ciertas clases, ciertos grupos y ciertos partidos juzgan legítimo únicamente al régimen existente, otras clases, otros grupos u otros partidos se vinculan a una u otra legitimidad. De forma general la legitimidad es la conformidad con un sistema de valores. Es legítimo el régimen que corresponde a la imagen del poder que formula una ideología política. La legitimidad define un tipo de legitimidad: existe una legitimidad monárquica, otra democrática, otra comunista, etc. La legitimidad no se define en lo abstracto con respecto a un tipo ideal de gobierno, que posea un valor absoluto, sino en lo concreto, con respecto a cada una de las concepciones históricas del tipo ideal de gobierno.

En general, en una época determinada y en un país concreto, existe un cierto acuerdo sobre la forma de gobierno, sobre los procedimientos de restitución y el ejercicio del poder, y sobre las reglas de la contienda política. En este sentido, se llama legítimo al régimen que corresponde a la idea que la masa de los ciudadanos se hace de la legitimidad. Así, la monarquía era legítima en la Francia del siglo xvii, la democracia es legítima en la Francia actual, un gobierno liberal es legítimo en los Estados Unidos y un sistema socialista es legítimo en la URSS. Si los gobernados consideran legítimos a sus gobernantes, se inclinan a obedecerles por una tendencia natural. La lucha política permanece en el contexto del régimen, el cual se encuentra situado fuera del alcance de la discusión, al menos por lo que se refiere a los medios de la lucha, cuando no a los fines.

Ferrero denomina así a la legitimidad el “genio invisible de la comunidad”, lo que mantiene el orden social y el Estado, al fundar la obediencia de los ciudadanos. Esta sacralización del poder es fruto con frecuencia, como veremos, de la simulación. Pero tiene como efecto la disminución de la violencia del poder respecto a los ciudadanos. Éstos obedecen, en cierto sentido, de forma natural a un gobierno legítimo; en este

caso la coerción o la amenaza no desempeña más que un papel secundario, que se plasma únicamente frente a algunos recalcitrantes, o en todo caso, ante circunstancias excepcionales. Frente a un gobierno ilegítimo los ciudadanos, por el contrario, se ven naturalmente inclinados a rechazar la obediencia, por lo que no se doblegan sino en base a la coerción y a la fuerza. La violencia y la amenaza se convierten entonces en los únicos pilares del poder; aunque éste, a pesar de las apariencias, es mucho más frágil. El carácter ilegítimo conduce a los gobiernos a ser muy autoritarios y extremadamente duros; de ahí, la violencia de las dictaduras.

Resulta raro, por otra parte, que un gobierno sea ilegítimo ante los ojos de todo el mundo. Lo más frecuente, es que a falta de consenso, se enfrenten diversas concepciones de la legitimidad, encarnando el propio poder una de ellas. La lucha política se centra entonces sobre el propio régimen. En semejante situación ningún gobierno puede ser legítimo ante los ojos de todos los ciudadanos. Un gobierno legítimo ante unos, es ilegítimo ante otros, y viceversa. Todo gobierno descansa, para una parte importante de la población, exclusivamente en la fuerza. Tal ha sido, por ejemplo, la situación de Francia en el siglo XVIII, cuando la legitimidad monárquica y la legitimidad democrática se repartían aproximadamente el país.

Una situación de este tipo es revolucionaria, puesto que traduce una crisis de las estructuras sociales, que son discutidas por una parte importante de la población. La nueva ideología política, que se opone al sistema de legitimidad tradicional, expresa la voluntad de clases nuevas o de nuevas fuerzas sociales que quieren desempeñar un papel más importante en el Estado. Al mismo tiempo esta ruptura del consenso agrava la situación revolucionaria, produciendo un desdoblamiento de la crisis de las estructuras: crisis moral e intelectual por un lado y crisis de las creencias por otro. Del mismo modo, esta situación hace más vulnerable el sistema político antiguo, desde el momento en que ante los ojos de una parte de la población lo "desacraliza", despojándole del valor que hasta entonces se le atribuía.

TERCERA PARTE

DEL ANTAGONISMO A LA INTEGRACION



Las dos caras de Jano — la lucha y la integración — no son separables, debido, en parte, a que no siempre se distinguen claramente. Los regímenes políticos, por ejemplo, se ven afectados tanto por una como por otra, y lo mismo ocurre con los partidos políticos, los cuales luchan por un orden social más justo y por una integración más auténtica. Definir las reglas de la lucha y delimitar su marco es organizar la expresión de los antagonismos y tender a disminuirlos. La lucha dentro del régimen es a la par una forma de combate y una forma de integración, puesto que expresa un acuerdo sobre los principios fundamentales de la sociedad y las instituciones que los aplican. Cuando se discute la legitimidad, ésta se convierte en un arma de lucha, mientras que cuando es objeto de consenso, es un medio de integración. Muchas de las nociones que hemos analizado hasta ahora en el marco de la lucha, pueden serlo también en el marco de la integración.

Por otro lado, casi todas las ideologías políticas consideran que la lucha produce la integración y que el desarrollo de los antagonismos tiende hacia su supresión y el advenimiento de un auténtico orden social. Cuando un partido se halla en la oposición, considera que la política es lucha, a diferencia de cuando está en el poder, que la considera como integración. En Occidente existe la tendencia a creer que la integración se ha realizado ya, o está a punto de realizarse. Las técnicas de las relaciones públicas o de los tratamientos psicoanalíticos serían las promotoras de esta integración, a la que sólo resistirían algunos insociables; por consiguiente, anormales. En los países del Este se cree que una larga fase transitoria es todavía

necesaria, incluso después de la toma del poder por el proletariado, para que se establezca finalmente una sociedad justa. La oposición entre ambos puntos de vista se centra en la rapidez de la evolución de la lucha hacia la integración, pero no en la revolución misma.

Esta evolución no parece discutible; pero el optimismo que prevalece a este respecto, tanto en el Este como en el Oeste, lo es algo más. El fin de los conflictos que produciría la aparición de la “sociedad de la abundancia” o la de la “fase superior del comunismo”, probablemente tiene mucho de utópico. Algunos conflictos están encaminados a desaparecer, e incluso se agravan, principalmente el de los ciudadanos frente a un poder que el progreso técnico hace más peligroso que en otros tiempos. Aparecen nuevos conflictos que relegan los antiguos a un segundo plano. En el momento en que el proletariado desaparece en las sociedades occidentales, el antagonismo aumenta entre las naciones ricas y las naciones proletarias.

I

TEORÍA DE LA INTEGRACIÓN

El *Vocabulaire philosophique* de Lalande define la integración como “el establecimiento de una interdependencia más estrecha entre las partes de un ser vivo o entre los miembros de una sociedad”. La integración es, pues, el proceso de unificación de una sociedad, que tiende a convertirla en una *civitas* armoniosa, basada en un orden que cada uno de sus miembros siente como tal. Por integración política, se designa la parte que ocupa en este proceso el poder organizado, el gobierno, el Estado. La integración lleva consigo dos aspectos, uno negativo y otro positivo. Unificar una sociedad es, ante todo, suprimir los antagonismos que la dividen y poner fin a las luchas que la desgarran. Pero una sociedad sin conflictos no llega a estar realmente integrada si los individuos que la componen permanecen yuxtapuestos unos al lado de otros, como si fuesen una muchedumbre en la que cada uno se encuentra aislado de sus vecinos, sin tener con ellos un vínculo verdadero. La integración supone no solamente la supresión de los conflictos, sino también el desarrollo de la solidaridad. En la práctica, estos dos aspectos se encuentran a veces confundidos.

LIMITACIÓN DE LA LUCHA

Los antagonismos políticos, tienden, por naturaleza, a expresarse por la violencia, ya que se refieren a cuestiones fundamentales. Cuando algunos hombres luchan por salir de una situación miserable, de un mundo de privaciones y pobreza, y cuando otros combaten para no caer en un mundo semejante y para defender sus privilegios contra el ataque de los oprimidos y de los explotados, resulta natural que cada uno emplee todos los medios posibles a su alcance para asegurarse la victoria, incluida la violencia física. Motines, rebeliones, revoluciones, guerras civiles, atentados, represiones, ejecuciones y cualquier empleo de la fuerza, nos demuestran que la política está sembrada de cadáveres. En cada instante, los conflictos tienden a ventilarse con sangre.

Sin embargo, podemos también definir la política como un constante esfuerzo por eliminar la violencia física y por dar a los antagonismos sociales e individuales otros medios de expresión, menos rudos, brutales y sangrientos. La política es la guerra civil continuada por otros medios, es decir, la negación de la guerra civil, porque la guerra (civil o internacional) se define precisamente por sus medios. No existe una guerra "fría", pues la guerra es siempre el empleo de la violencia física para zanjar los conflictos, mientras que la política, es el empleo de los medios no violentos, o más exactamente, de los medios menos violentos. Cuando las luchas de clases, las disputas de razas, las rivalidades entre provincias, y la discusión entre individuos se arreglan con las armas en la mano y mediante el derramamiento de sangre, en ciertas maneras nos hallamos fuera de la política. La política tiende a reemplazar los puños, los cuchillos, las lanzas y los fusiles por otras armas de lucha.

Podemos distinguir tres fases en esta eliminación de los medios de violencia. En una primitiva, el poder no tiene la suficiente fortaleza para impedir a los adversarios resueltos enfrentarse utilizando la fuerza física; solamente puede restringir el empleo de ésta, limitarla y reglamentarla. A esta situación corresponden los sistemas de la venganza privada

legalizada, los duelos, la tregua de Dios, etc. El combate con los puños o con la espada no se ha suprimido, sino únicamente limitado por reglamentaciones que atenúan sus consecuencias. En una segunda fase, estas formas brutales y bárbaras se substituyen por otras formas de violencia más civilizadas, es decir, el pillaje o las matanzas se reemplazan por la huelga y el trabajo forzado o la prisión por el *lock-out*. Por último, en la última fase, la política elimina completamente toda violencia física, que es substituida por otras formas de lucha: batallas electorales, debates parlamentarios, discusiones en comisiones, etc.

Los procedimientos democráticos son de esta forma unos medios de expresión de las luchas políticas, más moderados, más suaves y menos brutales que la violencia física. Reprochar a las democracias que ventilen en público las controversias, las disputas y los conflictos, es desconocer uno de sus fines fundamentales. De esta manera, tiende a substituir la batalla por la discusión, los fusiles por el diálogo, los puñetazos por los argumentos y la superioridad de los músculos o de las armas por el resultado de los escrutinios. La ley de la mayoría es una forma más civilizada y menos brutal que la ley del más fuerte. Se puede discutir que el número sea el que zanje las cuestiones; indudablemente este principio, aunque esté basado en la idea de que todos los hombres son iguales, no es absolutamente conveniente. Pero, en definitiva, hay que elegir entre la ley del número o la ley de los músculos o de la metralleta. El hecho de haber substituido esta segunda por la primera constituye un gran progreso.

Esta limitación de la lucha mediante la exclusión de la violencia no constituye, propiamente hablando, una forma de integración. Limitar la expresión de un conflicto, oponer a los adversarios por medio de polémicas de prensa, de luchas electorales y de discusiones parlamentarias, en lugar de hacer que se enfrenten en una guerra civil, es a pesar de todo permitir que se enfrenten también. Se permanece, pues, en el terreno de la lucha política, pero, sin embargo, en la práctica se desliza hacia el de la integración. Cambiar los medios de la lucha es también cambiar su naturaleza. La violencia

hace la lucha irresistible y desarrolla el odio y el espíritu de venganza, lo que produce una agravación del conflicto inicial. Los motivos de éste tienden a desaparecer, para venir a engrosar otro: el deseo de desquite. De este modo, grupos que perdieron, por el transcurso del tiempo, las razones de luchar entre sí, encuentran otras en el recuerdo de la violencia de su antiguo enfrentamiento. Así, se quiere devolver los golpes recibidos, incluso aunque no exista otra razón para ello. Por otra parte, y sobre todo, excluir la violencia de los combates supone que todos los adversarios aceptan esta limitación. Es necesario un acuerdo sobre las reglas de la competición no violenta, sin lo cual se llegará a la violencia, *ultima ratio*. Limitar el combate, constituye ya un primer compromiso, una primera cooperación y un primer elemento de integración.

Ahora bien, la supresión de la violencia nunca es total. La política es un esfuerzo por eliminarla, pero no lo consigue completamente. La violencia se halla siempre presente, inclusive en los Estados más civilizados, mejor organizados y más democráticos. Aparte de que siempre sigue existiendo una violencia residual, empleada por algunos individuos aislados, por algunos grupos pequeños muy minoritarios, y por algunos elementos fanáticos, que utilizan la violencia física, o incluso la bomba y el revólver. Existe también una violencia latente, es decir, las clases, los grupos y los individuos utilizan procedimientos legales y no violentos, en cuanto les permitan expresarse realmente; si no es así, surge la explosión.

Por último, hasta el propio Estado descansa en la violencia, ya que el ejército, la policía, las prisiones y los verdugos constituyen su supremo sostén. Sin duda, en la medida en que estos medios de coerción física se utilizan realmente en aras del interés general y por el bien común, su significación cambia completamente. El poder usa de la violencia para impedir una mayor violencia. Esta violencia legal es uno de los medios que permiten precisamente restringir la otra violencia. Pero la práctica no se encuentra siempre conforme con la teoría. Los marxistas, cuando describen al Estado como un conjunto de medios de coerción utilizados por la clase dominante para asegurar su explotación de las clases dominadas, expresan

en cierto sentido una parte de la realidad. A este respecto, la política no es supresión de las violencias, sino centralización, monopolización y organización de los medios de violencia, que arrancados a los individuos y a los grupos han sido depositados en las únicas manos del poder.

Esta centralización, este monopolio y esta organización disminuyen al mismo tiempo el uso de la violencia. Lenin así lo reconocía, al decir: "El Estado es un organismo de dominación de clase, un organismo de opresión de una clase por otra; es la creación de un orden que legaliza y reafirma esta operación al *moderar*¹ el conflicto de clases" (*El Estado y la Revolución*). La misma expresión "moderar el conflicto" la encontramos ya en Engels. Para los marxistas, la aparición del Estado y del poder organizado refuerza la opresión de una clase por otra, al institucionalizarla, regularizarla y oficializarla. El poder de la clase dominante se consolida por la posesión de este aparato coercitivo que es el Estado. Pero su dominación adopta, así, unas formas menos brutales, menos violentas y más moderadas. La definición de la política por la limitación de los medios de lucha y por la tendencia a suprimir la violencia física tiene, pues, un carácter general. Se trata, más bien que de una supresión propiamente dicha, de una transplantación de la violencia. La violencia física se reemplaza por una violencia legal y jurídica, es decir, por una violencia de manos limpias.

APARICIÓN DEL COMPROMISO

La eliminación de la violencia supone un primer compromiso que afecta a las reglas del combate. Con la idea de un compromiso sobre el fondo y ya no sobre la forma, se penetra realmente en el proceso de integración. No se trata ya de encauzar el desarrollo de la lucha política, sino de poner fin a la misma por medio de un ajuste de los intereses en causa. Establecer compromisos es una de las funciones esenciales

1. La cursiva es nuestra.

de la política. En los regímenes democráticos las instituciones se ordenan precisamente para este efecto. Sus procedimientos no sirven únicamente para manifestar los conflictos por medios no violentos, sino que han sido concebidos también para acabar con ellos mediante la conclusión de compromisos. Los mecanismos de las discusiones, de las comisiones, y de los debates permiten a cada adversario expresar sus argumentos. Y aseguran al mismo tiempo un conocimiento de conjunto del problema, en todos sus aspectos, que hace comprender a cada uno la diversidad y la complejidad de los intereses existentes. Cada combatiente puede manifestar su fuerza a través de sus intervenciones y de sus votos, pero con frecuencia son necesarios acuerdos y coaliciones, que obligan a recíprocos ajustes.

Se dice con frecuencia que la publicidad de las posiciones tomadas dificultan los compromisos en las democracias. En las relaciones internacionales, es tradicional alabar la superioridad de las negociaciones discretas sobre la "diplomacia de la plaza pública". Las autocracias, que mantienen en la sombra las luchas políticas tendrían una ventaja en este sentido, a pesar de que sus instituciones se encuentren menos organizadas formalmente cara al compromiso. No todo es falso en estas observaciones, aunque tal vez pequen de exageradas. En los Estados modernos, en donde la masa de la población alcanza un nivel elevado de comprensión política y en donde los medios de información le revelan los aspectos esenciales de los problemas, ésta comprende muy bien, por lo general, la necesidad de los compromisos. La ventaja del secreto que tendrían las instituciones autocráticas, no tiene mucha importancia si la comparamos con el hecho de que su estructura total tiende a soluciones definidas unilateralmente e impuestas desde arriba por el partido o la clase que detenta el Estado.

Podemos distinguir dos grandes técnicas de compromisos: la negociación y el arbitraje. Los adversarios pueden intentar ponerse de acuerdo en sus puntos de vista, por medio de la discusión o el diálogo. Es el procedimiento habitual de las relaciones diplomáticas y la forma general de las discusiones democráticas. Los contrincantes se reúnen alrededor de una

mesa y tratan de definir los términos de la solución, teniendo en cuenta sus respectivos intereses y en base de mutuas concesiones. Los adversarios, pueden asimismo llamar a un tercero, que no se halle comprometido y que recibe el encargo de zanjar la cuestión. Este recurso al arbitraje se utiliza de forma regular en las relaciones internacionales y en los conflictos sociales, habiendo revestido en política, a veces, formas interesantes. Algunas ciudades griegas, en el siglo VII antes de J. C., al verse desgarradas por grandes conflictos internos, que en el caso de algunas condujeron a la tiranía, recurrieron a los sabios para que éstos redactasen nuevas constituciones y nuevos códigos, de acuerdo con nuevos compromisos que permitieran a sus ciudadanos poder continuar viviendo juntos. Incluso llegaron hasta llamar a un extranjero para que gobernase durante algún tiempo, por parecerles más neutro e imparcial.

La democracia corresponde, por lo general, a la primera técnica de compromiso, es decir, sus procedimientos organizan la confrontación permanente de los adversarios. Algunos pretenden que la autocracia correspondería a la segunda técnica; independientemente de los partidos, de las facciones y de los individuos, el Estado, al margen de las clases, se encontraría en una posición de árbitro. El Estado solucionaría los compromisos por medio del análisis objetivo e imparcial de los hechos con los que habría cabida para la negociación de los adversarios, como hacían Solón y sus congéneres. Las doctrinas democráticas occidentales consideran también al Estado como un árbitro; pero los teóricos de la autocracia critican esta concepción, porque para ellos el Estado democrático se encuentra, por naturaleza, en las manos de una facción, de un partido o de una clase, que lo utilizan en aras de sus propios intereses, contra las otras facciones, partidos o clases. De este modo, sólo el Estado autocrático sería un árbitro, a causa de su independencia con respecto a todas las categorías sociales. Esta teoría confunde la apariencia con la realidad, puesto que se puede afirmar que el Estado autocrático finge el encontrarse por encima de los partidos y de las clases, pero realmente nunca lo está. Siempre se encuentra más o me-

nos en las manos de una clase o de un partido, como ocurre en el Estado democrático, e incluso de una manera más completa, puesto que la oposición no puede cambiar esta situación. Como veremos más adelante, ninguna forma de Estado se encuentra al margen de las controversias, pero el Estado autocrático aún menos que los demás.

Los compromisos políticos, por su propia naturaleza, tienen un carácter limitado. El principio del compromiso consiste en “cortar la manzana en dos partes” y dar la mitad a cada uno. El compromiso ideal, o el compromiso perfecto, equilibraría las ventajas y los sacrificios de cada uno en la comunidad, de este modo se basaría en la justicia, según su más elemental forma de equidad simbolizada por la balanza. Cada individuo, cada grupo y cada clase podrían ser satisfechos así, desapareciendo las razones de disputa. Los compromisos cuando parecen más justos son mucho más fáciles de solventar; la noción de justicia desempeña, así, un papel importante en el proceso de integración.

La definición de la justicia depende de las ideologías y de los sistemas de valores de la sociedad considerada. Casi siempre se encuentra fundada en la distribución de los bienes y las ventajas sociales dentro de una situación de penuria, en donde estos bienes y ventajas son más raros que las necesidades a satisfacer. El paso de las sociedades aristocráticas a las sociedades burguesas sustituyó el principio “a cada uno según su nacimiento” por el principio “a cada uno según su capacidad”, a pesar de lo cual el nacimiento, en forma de herencia, continúa desempeñando un papel importante. El socialismo ha introducido el principio “a cada uno según su trabajo”, pero por razones de eficacia no ha podido llevarlo a la práctica completamente. Para los marxistas el paso del socialismo al comunismo se traducirá por la sustitución del principio “a cada uno según su trabajo” por el principio “a cada uno según sus necesidades”. Este último supone el fin de las penurias y la aparición de una sociedad de la abundancia, en la que los bienes serán lo suficientemente numerosos como para satisfacer todas las necesidades. Más adelante analizaremos este aspecto del problema.

Entre la teoría y la práctica existe un largo camino a recorrer. De hecho, los compromisos expresan relaciones de fuerza, en la misma medida e incluso más que la justicia. En el caso de que dos adversarios fuesen de la misma talla y negociasen uno y otro con la misma habilidad, el compromiso que resultase de su acuerdo correspondería exactamente a la equidad. Esta situación de equilibrio no se encuentra sino raramente en la realidad. Indudablemente si la desigualdad es demasiado grande y si uno de los adversarios puede aplastar fácilmente al otro, no existe ningún compromiso, puesto que éste no aparece más que si la desproporción de las fuerzas que se contraponen no es considerable. Y así se prefiere el compromiso, porque la continuación de la lucha en esas condiciones produce para cada combatiente más inconvenientes que ventajas. De todas formas, casi siempre subsiste una desproporción, lo que confiere al compromiso un carácter desigual. La noción de justicia puede atemperar un poco las exigencias del más fuerte, pero jamás en gran medida. El compromiso traduce así la situación de las fuerzas que se enfrentan en el preciso momento en que se resignan a concluirlo.

Finalmente, la oposición entre la lucha y el compromiso no es absoluta. El compromiso no constituye el final de la contienda, sino únicamente una tregua, o un armisticio, que una modificación de la relación de fuerzas sustituirá por otro. La vida política de las democracias nos muestra bien este proceso, el cual es bastante menos visible en los regímenes autocráticos, en donde los compromisos son más secretos. En ellos, este proceso se desarrolla igualmente, pero en la medida en que la desproporción de las fuerzas no sea demasiado grande y su antagonismo demasiado profundo. No obstante, la evolución de las relaciones de fuerza es con frecuencia lenta, lo que confiere a muchos compromisos una gran subsistencia. Los hábitos, las costumbres y la miseria social en general se inclinan en este sentido.

Para conseguir que las luchas políticas no sean únicamente suspendidas, sino definitivamente suprimidas, sería necesario destruir las causas mismas que las producen, es decir, los

antagonismos entre los individuos y los grupos que componen la sociedad global. Es dudoso que la eliminación total de todos los factores de antagonismo llegue a realizarse; este problema lo examinaremos más adelante. Sin embargo, es posible la discusión de ciertos factores, y así lo parece indicar la evolución natural de las sociedades. Los compromisos, naturalmente, son más fáciles de realizar y más sólidos, en el caso de que se restrinja la importancia de las luchas, tendiendo de este modo a pasar del armisticio a la paz. La frontera entre ambos conceptos nunca es demasiado clara, pues un armisticio prolongado tiene una gran semejanza con la paz, cuyo carácter definitivo jamás puede garantizar nadie.

DESARROLLO DE LAS SOLIDARIDADES

Suponiendo que pudiese existir una sociedad sin luchas, sin conflictos y sin antagonismos, no se podría afirmar que estuviese plenamente integrada, si se diese el caso de que sus miembros permaneciesen aislados unos de otros sin ninguna clase de vínculos. Esta situación recordaría la de los automovilistas americanos que, en un domingo por la tarde, circulan por las carreteras, cada uno dentro de su vehículo, obedeciendo a los semáforos y a las señales, sin protestas y respetando con disciplina las prohibiciones y las limitaciones, desprovistos de toda agresividad y de todo espíritu de competición. Pero a pesar de que en su proximidad lleguen a veces a tropezar unos con otros como si fueran enormes coleópteros, continúan estando alejados entre sí, es decir, en el fondo y a pesar de las apariencias, no son sino unos solitarios. Podemos concluir, afirmando que no existe integración social sin desarrollo de las solidaridades.

La solidaridad es el resultado, en primer lugar, de la propia estructura de la vida comunitaria, en la que cada uno tiene necesidad de los otros, de acuerdo con un entrelazado de cambios mutuos. Durkheim vio en la división del trabajo la fuente de este primer tipo de solidaridades, las cuales, si bien estaban poco desarrolladas en las economías cerradas primi-

tivas, han ido creciendo según se iba produciendo la especialización de los intercambios. La expresión pueril que ilustraba los viejos manuales de educación cívica: "Sin panadero, no hay pan..." lo expresa en una forma más elemental. En una economía capitalista, la solidaridad es puramente material, no sintiéndose psicológicamente a causa de que la actividad de cada uno obedece únicamente a su interés privado egoísta. El panadero, al elaborar el pan, presta objetivamente un servicio a sus conciudadanos, pero, subjetivamente, trata sobre todo de ganar dinero, lo cual nadie ignora. La publicidad de las empresas respecto a los "servicios" que prestan tiene, únicamente, como meta conseguir una atracción de los consumidores hacia sus productos. El "servicio" no es la razón de su actividad, sino su beneficio.

Los teóricos socialistas juzgan necesaria la transformación radical de estas relaciones de intercambio hacia una auténtica solidaridad. Para ello, debe ser sustituida la noción de interés personal, por la de servicio social. En la práctica, es fácil darse cuenta de que esta evolución no es tan sencilla. En la economía soviética ha sido preciso desarrollar un cierto estímulo, dando entrada al interés personal, con objeto de obtener mejores rendimientos. Sin embargo, este interés personal no es más que un elemento de la actividad de los ciudadanos entre varios otros, y no el elemento fundamental. Su importancia se debe probablemente a la persistencia de mentalidades capitalistas. La evolución tiende a reducir éstas progresivamente. Suprimir los móviles de interés personal y reemplazarlos por otros altruistas, continúa siendo el fin fundamental del socialismo; también el egoísmo es una alienación.

Durkheim pensó que la similitud es la segunda fuente de solidaridad. Toda sociedad descansa fundamentalmente en la semejanza: la comunidad de lengua, de religión, de costumbres, de mitos, de sistemas de valores, en una palabra, de cultura, es importantísima. La semejanza se percibe de una forma más clara cuando se comparan los miembros de una comunidad con los de otra; por ejemplo, la imagen del extranjero tiene mucha importancia en el desarrollo de las so-

lidadades. El contacto físico, la proximidad y el hecho de encontrarse juntos, es también algo esencial y lo mismo ocurre en cuanto a la situación de la comunidad con respecto a las demás. El aislamiento, al trazar claramente unos límites, confiriéndoles un carácter natural, refuerza el acuerdo colectivo. La existencia de un peligro exterior, o la amenaza de un enemigo tienen mucha importancia, y ello, aunque este enemigo o este peligro sean reales o supuestos. Toynbee ha señalado la influencia de la adversidad, del “desafío” y de la resistencia ante las dificultades, en el desarrollo de los lazos comunitarios.

La solidaridad se basa más en la semejanza o la proximidad física de los miembros de la comunidad, en las representaciones colectivas que se crean de dicha semejanza y de dicha proximidad. En este sentido, las imágenes que los miembros de una comunidad se hacen de su pasado, de sí mismos y de su porvenir colectivo, son muy importantes. Hemos mencionado ya el papel esencial de la historia, ya sea auténtica o legendaria, en la forma de las naciones. Pues bien, lo mismo ocurre en todas las otras comunidades humanas.

La importancia de los “estereotipos nacionales”, perfiles simplificados del ciudadano medio, en donde se reconocen más o menos los miembros de la sociedad — el Jacques Bonhomme francés, el Michel alemán, el tío Sam americano — no es tampoco despreciable. La imagen de un gran proyecto colectivo a realizar en común es probablemente un factor de integración todavía mayor. “Sin la visión de un futuro, el pueblo perece”, dice la Biblia. Toda sociedad tiene necesidad de una Tierra prometida.

Por último, el desarrollo de las solidaridades se basa probablemente en un instinto profundo del hombre. Para explicar ciertas sociedades animales, un biólogo ha llegado a hablar de “la interatracción”, que impulsa a sus miembros a vivir juntos. Lo mismo se puede decir en lo que respecta a las sociedades humanas. Los psicólogos, al descubrir la angustia de la soledad, vienen a parar otra vez a las palabras del Génesis: “No es bueno que el hombre esté solo”. El deseo de una comunión dentro del grupo, en donde cada uno encuentre el

mayor desenvolvimiento de su personalidad, constituye probablemente un impulso esencial de la vida colectiva. Más allá de la *civitas* presente, imperfecta, injusta y superficial, continúa existiendo el sueño de una *civitas* armoniosa, cuyos miembros hayan desterrado, por fin, sus egoísmos, sus individualidades y sus vidas aisladas; y donde cada cual se encuentre vinculado a los demás, pero no por compromisos jurídicos, por mecanismos de cambio y división de trabajo, o por servidumbres del debe y del haber, sino por la mutua comprensión, por el altruismo y por el amor. Bajo formas diferentes, Marx y Teilhard de Chardin piensan que este sueño no es quimérico y que la evolución de la humanidad tiende a que se convierta en realidad.

II

TÉCNICA DE LA INTEGRACIÓN

Entre los elementos que concurren, de este modo, a la integración social, muchos son independientes del poder. La “interatracción” es un fenómeno natural, y así, la semejanza y la proximidad no han sido creadas por el Estado. Por otro lado, la diversificación de la economía, la división del trabajo y la multiplicación de los intercambios, se desarrolla al margen de él, al menos, en parte. Si la integración es la meta última de la política, los medios para realizarla no son siempre políticos. Una vez dicho esto, podemos señalar que el Estado la desarrolla a través de cuatro medios principales: definiendo las reglas y los procedimientos, organizando los servicios colectivos y la gestión de conjunto de la sociedad, asegurando la educación de los ciudadanos, y, por último, utilizando la coerción frente a los recalcitrantes.

REGLAS Y PROCEDIMIENTOS

El Estado en la nación, y el poder organizado en toda colectividad, ejercen su función de integración social, en primer lugar, por medio de la creación y la utilización de las reglas y de los procedimientos, cuyo conjunto constituye el derecho. Sin duda, existe un derecho consuetudinario (usos comercia-

les, rurales, etc.) y un derecho convencional (contratos celebrados entre los particulares). El primero, esencial en las sociedades primitivas no tiene en las sociedades modernas más que un papel secundario, mientras que el segundo continúa estando muy desarrollado, a pesar de que las reglamentaciones estables reduzcan constantemente su influencia. De todos modos, uno y otro se aplican únicamente en la medida en que son reconocidos por el poder y sancionados por él. No es posible invocar la costumbre ante un tribunal o ante una administración, más que si la ley, obra del poder, ha decidido que era posible hacerlo. Las convenciones no poseen igualmente otro efecto que el que el legislador les conceda. En último término, el derecho se define por el poder, estando constituido por el conjunto de reglas y procedimientos establecidos o reconocidos por el Estado y sancionados por él.

Las reglas y los procedimientos tienen la finalidad, en primer lugar, de limitar la expresión de los antagonismos y de excluir la violencia. En las luchas entre particulares, la reglamentación de la venganza privada es la primera y más elemental forma del derecho. En esta fase, la violencia únicamente es aminorada y restringida. Más tarde se suprime todo tipo de venganza privada, estando asegurada por el Estado la reparación, quien, al mismo tiempo, castiga a los que causan daños a las personas y a los bienes y a los que infringen las leyes que él ha creado. En el conflicto de clases, y en las luchas políticas colectivas, el derecho define también algunos medios de lucha no violentos: elecciones, debates parlamentarios, concursos administrativos, etc.

Las reglas y los procedimientos ayudan también a acabar con los conflictos por medio de compromisos. En una primera etapa, el Estado se contenta con dar validez a los compromisos celebrados entre particulares, es decir, confiriéndoles fuerza ejecutiva y prestándoles su brazo secular para su entrada en aplicación. El sistema conserva una gran extensión en las sociedades modernas, donde corresponde aproximadamente al derecho convencional. Los contratos entre individuos, los acuerdos entre grupos y entre colectividades locales o servicios públicos, son unos mecanismos que aseguran la reglamen-

tación de una gran parte de los conflictos. El Estado interviene, por otra parte, en el mismo compromiso, al prohibir que se inserten en él ciertas cláusulas o al obligar la consideración de tales otras. Las cláusulas denominadas “de orden público” tienden así a multiplicarse con respecto a las que se dejan al libre arbitrio de las partes. En general estas intervenciones del poder tienen como fin, bien proteger a la parte más débil contra la supremacía de la más fuerte, bien impedir que los acuerdos particulares sean contrarios al interés general.

En la segunda etapa, el Estado facilita la elaboración de compromisos más difíciles. El ejemplo típico lo constituye el de los procedimientos de conciliación o de arbitraje obligatorios. En las relaciones internacionales, estos procedimientos corresponden a la situación embrionaria de las comunidades supranacionales, las cuales no conocen un poder político fuertemente organizado, que pudiese resolver por sí mismo los conflictos y establecer los compromisos. Estos procedimientos constituyen entonces el máximo posible de intervención del poder y es evidente que representan un progreso hacia la integración de la sociedad. Por el contrario, en los conflictos de trabajo dentro de las naciones, traducen una regresión de la integración, que es producida por la intensidad de las luchas de clases de los siglos XIX y XX. El Estado, al ser incapaz de imponer en este terreno las soluciones autoritarias que en otros ha hecho prevalecer, se ha visto compelido a transigir con la violencia. Así, ha sustituido los combates sangrientos por otra forma de expresión de violencia menos brutales (huelgas, *lock-out*), habiendo tratado también de restringir el recurso a éstas por la obligación de intentar previamente fórmulas de conciliación y arbitraje.

Los compromisos autoritarios constituyen la última etapa de la evolución. En ella, el Estado, el Poder, se asegura por sí mismo la conciliación de los intereses que se contraponen, mediante la definición de los términos del compromiso, y más tarde imponiendo su aplicación. La frontera entre los compromisos autoritarios y los compromisos negociados no está muy delimitada. Los procedimientos democráticos de elabo-

ración de las leyes y de las decisiones gubernamentales utilizan, en cierta medida, las negociaciones directas o indirectas entre los adversarios, por ejemplo, permiten a cada partido, al mismo tiempo que expresar su punto de vista, la posibilidad de desfogarse, de medir sus fuerzas y de discutir sus relaciones con los otros partidos. Los mecanismos de las comisiones, de los dictámenes, de las consultas y de las “mesas redondas” tienen la misma significación. En las sociedades modernas, el debate público en la prensa, en la radio o en la televisión, es en sí mismo un procedimiento de compromiso previo a la decisión del Estado.

Mientras que los compromisos negociados se aplican únicamente a los sujetos que los han establecido, los compromisos impuestos por el Estado tienen un carácter general, rigiendo todas las situaciones análogas en el presente y en el futuro. La conciliación de los intereses descansa no en el análisis de un caso concreto, sino en los principios aplicables a todos los casos parecidos. Estos principios expresan no sólo el sistema de valores de la sociedad en el momento en el que estas reglas de derecho se formulan, y, por consiguiente, la idea de que la sociedad se hace de la justicia, sino también el poder respectivo de las diferentes clases o grupos de que está compuesta. Las reglas de derechos son, pues, tan desiguales como los compromisos particulares, y así del mismo modo que ocurre con éstos, no se aplica de forma duradera más que si son aceptados, en cierto sentido, por todas las partes interesadas. El análisis de los tratados internacionales nos aclara bastante bien esta contradicción del derecho. Un tratado que dura no es jamás un simple *diktat* del vencedor, rechazado por el vencido en su fuero interno, ante el que debe doblegarse a causa de su debilidad, sino que para durar, un tratado debe ser aceptado por el vencido, es decir, éste debe tener más interés en mantenerlo que en rechazarlo. Así ocurre en todas las reglas del derecho; impuesto por los grupos más fuertes a los grupos más débiles no logran mantenerse más que si su vigencia es más ventajosa que su no existencia, o también, si comportan una parte de auténtico compromiso y expresan, al menos parcialmente, la idea que la sociedad se

ha forjado de la justicia. Todo lo cual, no deja de ser, en cierto sentido, una ironía.

Las reglas y los procedimientos son inseparables de un cierto formulismo cuyo papel es importante en el proceso de integración social. En su origen, el formulismo jurídico tuvo una base religiosa y mágica. El compromiso se convierte en sagrado a causa de que se hacen ciertos gestos y se pronuncian ciertas palabras. En la actualidad podemos encontrar este carácter en la fuerza jurídica del juramento y de la importancia que se concede a lo escrito, aparte de su valor de prueba, en las ceremonias de investiduras, etc. Pero la base esencial del formulismo ha llegado a ser más empírica. No existe la posibilidad de vida social sin reglas de juego, las cuales llevan consigo mismo un cierto formalismo. Los procesos tienen un fin, por lo cual es necesario que no discutan las decisiones, que tenga una autoridad la cosa juzgada, y que la decisión del juez se aplique, aun siendo discutible. Sin todo lo cual, no hay posibilidad alguna de vida social. El hecho de que en Gran Bretaña el partido laborista tenga más votos en el país que el partido conservador, aunque menos escaños en el Parlamento en virtud de la desigualdad de la distribución de los sufragios en las distintas circunscripciones, y de que sea relegado así a la oposición a pesar de que representa la mayoría (como ocurrió en 1951), va en contra de los principios de la democracia. Sin embargo, está en conformidad con las reglas del juego y es legal, por lo que es preciso atenerse a ello, a menos de destruir los fundamentos del régimen político inglés.

El formalismo es en sí mismo un factor de integración. La cortesía no es solamente el resultado de la ausencia de brutalidad, sino que es también un medio de impedir que ésta resurja, desde el momento en que realiza una represión de la violencia individual. Del mismo modo, las formas jurídicas ayudan a contener la violencia social. El derecho raramente es lo que debe ser, y así expresa relaciones de fuerza más bien que de equidad, y disimula la violencia más bien que la suprime. Pero, desde el momento que se proclama lo que no es, progresa un poco más allá de lo que es. Por último, cortesía y formulismo son también unos sistemas de signos, en los que

se reconocen los miembros de una misma sociedad, los cuales toman así más claramente conciencia de su pertenencia, con lo que la solidaridad se encuentra reforzada.

ORGANIZACIÓN COLECTIVA

El liberalismo clásico limita el papel integrador del Estado únicamente a esta actividad jurídica de elaboración de reglas y procedimientos. Sin duda, admite la necesidad de servicios de interés colectivo, como pueden ser las vías de comunicación, el correo, los medios de información y de educación, la organización de la higiene y sanidad, la moneda, etc. Pero, al mismo tiempo, piensa también en la iniciativa privada y la libre empresa asegura su funcionamiento con el máximo de eficacia, a excepción de algunas cuestiones: justicia, policía, ejército, diplomacia. Solamente en estos dominios, modestos y residuales, aparece la necesidad de una organización social asegurada por el poder político.

Esta doctrina expresa la situación de sociedades todavía poco desarrolladas técnicamente, compartimentadas en grupos de base más o menos replegados sobre sí mismos, donde la producción se desarrolla dentro del marco de pequeñas unidades, y donde el poder central desempeña efectivamente un papel secundario. En las economías agrarias cerradas, en las que cada comunidad tiende a vivir únicamente de sus tierras, los servicios colectivos son inexistentes. En la primera fase del capitalismo la economía abre sus puertas, y el comercio y los intercambios se desarrollan; entonces los servicios colectivos se multiplican, aunque son asegurados en general por la iniciativa privada y su importancia es escasa en la vida de la comunidad. El individualismo y la desconfianza frente al Estado corresponden a estos tipos de estructuras sociales. En la actualidad, los podemos encontrar en la mentalidad de los artesanos, de los pequeños comerciantes y de los campesinos tradicionales que se encuentran replegados sobre sí mismos y sobre sus relaciones personales. La asfixia progresiva de este capitalismo arcaico a causa del desarrollo de un capita-

lismo moderno, produce en la mayor parte de estos grupos unas reacciones agresivas de tipo "poujadista".

La estructura de las sociedades industriales contemporáneas es completamente diferente. Los servicios colectivos son en ellas numerosos e importantes y la economía siente necesidad de servicios de este tipo, como son, por ejemplo, la ordenación del territorio, las obras importantes del tipo TVA [*Tennessee Valley Authority*], las carreteras, las telecomunicaciones, la investigación en los dominios fundamentales, las previsiones globales, etc. Los servicios sociales se extienden necesariamente; verbigracia, la educación, la protección contra los riesgos, la beneficencia, la salud pública, etc. El servicio de defensa del territorio ha llegado a ser un complejo vasto y costoso. Los ejércitos modernos constituyen una de las mayores organizaciones humanas y su equipamiento, por otra parte, es el más caro. Una parte de estos servicios puede estar asegurada por el juego de las actividades privadas y la competencia. Pero esta parte disminuye cada vez más en relación con el conjunto. Nadie lo discute ya, e incluso ciertos economistas americanos han demostrado que el sector colectivo continúa estando subdesarrollado en una economía puramente capitalista; retraso que frena la expansión del conjunto. Únicamente el Estado puede asegurar de forma conveniente los servicios comunes. Su función de organización social ha llegado a ser, pues, importante.

Esta función de organización, por otra parte, no se detiene en el terreno de los servicios comunes que únicamente afectan a sectores particulares de la vida social, sino que la evolución técnica hace del poder el organizador general de la comunidad, coordinando la actividad de todos los sectores particulares dentro del marco de una planificación global. Esta planificación económica, no es sino un aspecto, en las naciones modernas, de la función de organización social, o dicho más exactamente, la economía no es más que una parte de la planificación global. A través de los objetivos del plan que afectan a las inversiones, a las prioridades de desarrollo, etc., son encarados todos los aspectos de la vida nacional. La educación, la cultura, el arte, el progreso científico, la ordenación del

territorio, el urbanismo, el estilo de vida, e incluso la potencia militar, la asistencia técnica a las naciones subdesarrolladas, es decir, las bases de la diplomacia, se encuentran determinadas en gran parte por las orientaciones del plan. La organización de la sociedad por el poder político se extiende al conjunto de las actividades colectivas.

El desarrollo de esta función de organización comunitaria repercute en la propia estructura del Estado. En este sentido podemos aducir el crecimiento del ejecutivo a causa de ello, en relación con el legislativo. La prioridad del legislador corresponde a sociedades todavía débilmente integradas, en donde las principales actividades colectivas se encuentran aseguradas por empresas privadas y en donde el papel esencial del poder consiste en restringir los conflictos entre individuos y grupos, en ayudar a la elaboración de los compromisos que los coronan, en definir los compromisos generales y en administrar los servicios comunes de naturaleza administrativa (policía, ejército, tributación). En una sociedad planificada en la que el Estado coordina el conjunto de las actividades colectivas, esta función de organización no puede ser cumplida por los mecanismos legislativos, sino únicamente por el gobierno, que llega a constituirse en el centro de impulsión y de decisión política. El debilitamiento de los parlamentos y el desarrollo de los ejecutivos, rasgos comunes en la evolución contemporánea de todas las democracias, son las consecuencias políticas de la transformación de las estructuras socioeconómicas, transformación que a su vez es el producto del progreso técnico.

EDUCACIÓN DE LOS CIUDADANOS

La integración no depende únicamente de las estructuras de la sociedad, sino también de la psicología de sus miembros. Indudablemente ésta refleja en parte a aquéllas, pero sólo en parte. La educación puede acrecentar la integración de diversas maneras. En primer lugar, al hacer cobrar conciencia a los ciudadanos de la necesidad de reducir los anta-

gonismos que los enfrentan y de la importancia de las solidaridades materiales que los unen. Y en segundo, por el hecho de desarrollar en ellos sentimientos de tipo comunitario.

El poder político, es decir, el Estado utiliza ampliamente la educación para desarrollar la integración. A veces se trata de una falsa integración, que únicamente sirve para disfrazar la dominación de los grupos y de las clases que son dueños del Estado. Veremos más adelante este aspecto del problema. Pero, incluso, en este caso no todo es simulación y embuste, sino que la educación manifiesta casi siempre, junto a su función de simulación, una función de integración real, variando la proporción de cada aspecto según los regímenes y las épocas. En todas las sociedades, la educación constituye el medio fundamental para integrar a las nuevas generaciones dentro de la sociedad. Pero el poder político no asume nunca esta integración de forma total. Incluso en los regímenes más totalitarios, la familia ejerce una influencia considerable en los primeros años; por lo que el medio familiar y las relaciones más íntimas (amigos, camaradas, etc.) dispensan una educación por "ósmosis" muy importante. No obstante, el poder político participa siempre más o menos en la educación, estando orientada su participación sobre todo hacia la integración social.

La integración por medio de la educación reviste dos formas en las naciones modernas. En primer lugar, la de una enseñanza directa de la solidaridad que vincula a los individuos con la comunidad, lo que constituye la educación cívica. Algunas civilizaciones insisten sobre su aspecto moral y enseñan los deberes del ciudadano hacia la colectividad. Otras señalan su aspecto comercial, podríamos decir, y muestran las ventajas que provienen de una vida en comunidad. Los dos puntos de vista son complementarios y la mayoría de las veces se enseñan al mismo tiempo. Por otra parte, la educación cívica reposa siempre ampliamente sobre la historia, y así, la imagen que los miembros de una comunidad se hacen de su propio pasado, es un factor importante de integración social. Por la fuerza de las cosas, la educación cívica es siempre más o menos nacionalista, ya que su propia función radica

en desarrollar la vinculación hacia la comunidad, la cual en el mundo moderno adopta la forma de nación. De este modo, se expone a desarrollar antagonismos frente a otras naciones. Desde hace años se han realizado ciertos esfuerzos para limitar el nacionalismo en la educación, principalmente por lo que atañe a la enseñanza de la Historia.

La educación, en segundo lugar tiende a la integración social bajo otra forma: por la adaptación técnica de los individuos a las funciones que deberán desempeñar en la colectividad. Si esta adaptación llega a realizarse correctamente, la integración social será evidentemente más fuerte que si la sociedad se encuentra formada por una masa de inadaptados y fracasados. Durante siglos, esta adaptación se ha realizado en dos formas: por lo que se refiere a las élites, con una educación en relación con sus funciones, y por lo que hace a las masas, con una falta de instrucción que les impedía medir su opresión y rebelarse contra ella, junto a una educación religiosa que predicaba la resignación. En las sociedades industriales donde una instrucción sólida es necesaria para todo el mundo, la adaptación para las funciones sociales futuras es más difícil. Esta instrucción no es posible sin una visión prospectiva de la evolución de la sociedad en los próximos años, por lo que entra dentro de las tareas de la planificación global que únicamente el Estado puede realizar. Así, el papel del poder en la educación tiende a aumentar.

Por otro lado, esta educación no se refiere únicamente a los niños, sino también a los adultos bajo la forma de la información, siempre difícil, de distinguir de la propaganda. En las democracias, la información y la propaganda son utilizadas por los individuos y por los grupos (partidos políticos, periódicos, empresas privadas, grupos de presión, etc.), en competencia con el Estado. Por consiguiente, se puede decir que, por un lado, son armas de lucha política, y por otro, instrumentos de integración. La primera forma limita evidentemente el desarrollo de la segunda. La propaganda del poder tiene menos alcance, en el caso de que éste no posea el monopolio de los medios de información, y, en consecuencia, no sea sólo su voz la que llegue a los ciudadanos. De to-

das formas, siempre tiene una mayor repercusión que las otras; las declaraciones solemnes de los gobiernos son siempre noticias de primera plana en los periódicos, debido a que son noticias importantes. En una democracia liberal, con televisión privada, De Gaulle y Kruschew aparecerían en las pequeñas pantallas todas las veces que quisiesen, puesto que siempre atraerían la atención del público. En un sistema de "divismo" los gobiernos son unas *vedettes*. Podemos distinguir también la propaganda a cargo del poder y la propaganda a cargo de la nación. La democracia limita más la primera que la segunda, esta última se orienta precisamente hacia la integración social. El papel del Estado en este terreno continúa siendo mucho más restringido que en los regímenes autoritarios, aunque de todos modos es importante.

LA COERCIÓN SOCIAL

El recurso al guardia, a la policía, al ejército, a las prisiones y al verdugo, constituye el último método del poder para integrar la sociedad. El hecho de que monopolice la violencia en su provecho y de que retire las armas militares a los individuos y las facciones es ya en sí una primera forma de integración social, puesto que se impide a los ciudadanos y a los grupos que utilicen la violencia en sus conflictos políticos. Cuando dos partes en lucha no quieren aceptar un compromiso, la amenaza de recurrir a la fuerza puede ayudar, en gran parte, a la conclusión de éste. Y esto es así, porque cada uno no considera únicamente lo que gana y lo que pierde en relación con el otro, sino lo que perdería en el caso de que la sombra del poder se cerniese sobre él. Si los litigantes están descontentos del juez que los juzga, deberán inclinarse, a pesar de todo, ante la ejecución *manu militari*. Las fórmulas generales de compromiso, tales y como se presentan en los códigos y en las reglamentaciones, se aplicarían difícilmente, cualquiera que fuera su grado de equidad, en el caso de que los ciudadanos pudiesen declinarlas; pero, "la fuerza es legal" porque la ley se apoya en la fuerza. La

integración social debe mucho, bajo su aspecto negativo de limitación y de superación de los conflictos, a la coerción social, la cual es tanto más empleada cuanto más profundos y agudos sean los antagonismos, más intensa la lucha de clases, de los grupos y de los individuos, es decir, cuanto más difícil sea la integración.

Algunos piensan que la coerción asegura de esta manera la integración positiva, es decir, el desarrollo de la solidaridad. Pero a primera vista, esto parece extraño, porque si es necesario violentar a los individuos para mantenerlos en la comunidad, ¿no se debe a que sus sentimientos comunitarios son muy débiles? Algunos moralistas piensan, empero, que la violencia arranca de los hombres las pasiones perversas, los libera del mal, les hace cobrar conciencia de sus verdaderos intereses y los convierte de este modo en personas más sociables. Cuando José de Maistre erigía al verdugo en el fundamento principal de las sociedades, pensaba que únicamente el terror podía impedir que los individuos fuesen dominados por sus bajos instintos, al mismo tiempo que los acercaba hacia una vida social más auténtica. Estas viejas teorías, más o menos inspiradas en el pseudocristianismo de la Inquisición, han sido recogidas actualmente por los fascistas, que piensan como Montherlant, que “la moralidad de los pueblos se forja a fuerza de patadas en el trasero”. Muchos conservadores moderados, en apariencia, lo piensan también, aunque no se atreven a confesarlo.

No son solamente las derechas quienes reclaman que el poder use de la violencia para desarrollar la sociabilidad, sino que la doctrina jacobina del Terror, instrumento necesario para hacer reinar la “virtud” — es decir el sentido cívico —, llega a las mismas conclusiones, aunque el razonamiento sea diferente. Para las derechas el hombre es malo por nacimiento y su naturaleza es insociable: “el hombre es un lobo para el hombre”. La naturaleza del hombre se opone al desarrollo de toda vida comunitaria real. El poder emplea la fuerza respecto a los ciudadanos, como el domador respecto a los animales: para domesticarlos, para sustituir su primera naturaleza, de carácter malo, por una segunda, de carácter bueno.

Así, en la educación de antaño se usaba el látigo para llevar a los escolares al buen camino. Para los jacobinos, por el contrario, discípulos de Rousseau, el “hombre nace bueno, pero la sociedad lo corrompe”. La violencia no tiene un fin psicológico — modificar la naturaleza humana — sino sociológico, es decir, destruir las instituciones y las costumbres sociales que han corrompido al hombre y conseguir su liberación. Un marxista, diría mejor, para poner fin a su alienación. La teoría de la dictadura del proletariado recoge exactamente, prolongándola, la doctrina jacobina del terror. El hombre nace bueno, pero el capitalismo le corrompe. Para suprimir el sistema de opresión, de explotación, y de alienación que resulta de ello, es necesaria la violencia. Violencia contra el Estado, en principio, en tanto que se encuentre en manos de los explotadores; de ahí, la revolución. Y la violencia a continuación cuando la clase obrera se ha apoderado del poder para dirigir la fuerza del Estado contra los explotadores, utilizándola para destruir todos los vestigios de la explotación; de aquí, la dictadura del proletariado. La palabra dictadura implica un poder duro, implacable, violento, puesto que los antiguos explotadores son todavía poderosos y sus instituciones y las costumbres del capitalismo se encuentran profundamente arraigadas en la sociedad, y no es posible extirparlas sin dolor. Cuando se haya realizado esta limpieza y cuando todos los restos de explotación hayan sido totalmente suprimidos, los hombres podrán vivir en una sociedad fraternal y solidaria, en conformidad con su propia naturaleza, que el capitalismo había alienado. En esta sociedad, la violencia desaparece y el recurso a la fuerza llega a ser inútil, e incluso hasta el mismo poder tiende a desaparecer.

Existe otra diferencia que separa las derechas de las izquierdas y que se refiere al uso de la violencia para desarrollar la sociabilidad. Para los conservadores, ésta debe ser de uso permanente, puesto que los hombres serán siempre malos, es decir, por severa y completa que haya sido su domesticación nunca será definitiva. De igual modo que el león amenaza a cada instante con devorar a su domador, a quien por otro lado debe todo, los humanos corren el riesgo en todo momen-

to de volver a caer en sus bajas pasiones. La cultura, la cortesía y la civilización no son sino frágiles edificios que únicamente pueden mantenerse a costa de una vigilancia constante e ininterrumpida. El poder debe tener siempre la espada en la mano, dispuesto a utilizarla. Así al primer movimiento sospechoso, debe hacer uso de ella y duramente, para evitar la avalancha de las masas populares vueltas a su estado salvaje, que acabarían destruyendo las bases del orden del que se aprovechan ellas mismas. De esta forma, decía Maurras, “cuando se suprime el látigo no se perjudica al látigo y a la autoridad que lo maneja, sino que se cercena el mismo a la masa entera del pueblo, siendo la nación y el género humano los primeros despojados”.

Por el contrario, para los jacobinos y los marxistas, el empleo de la violencia por el Estado con objeto de desarrollar la solidaridad es puramente provisional. El egoísmo y la maldad de los hombres provienen únicamente de las estructuras sociales, las cuales establecen entre ellos la desigualdad y la explotación y confieren a algunos el poder de dominar a los demás y de “alienarlos”. Una vez que estas estructuras se hayan destruido completamente, los hombres encontrarán su sociabilidad natural y la violencia desaparecerá definitivamente. Será entonces, cuando el Estado desaparezca en cuanto instrumento de coerción, subsistiendo únicamente un aparato técnico con vistas a asegurar la planificación y la organización de la sociedad, en parte un poco como las señales de regulación automática, que aseguran la circulación automovilística en las ciudades. Ya no habrá ni policía, ni guardias, ni militares, ni prisioneros, ni verdugos. La integración social se mantendrá y se desenvolverá de forma natural, sin coerción, por el único juego de la naturaleza humana, que por fin ha sido restituida a sí misma. El poder utiliza la violencia simplemente para cortar el nudo gordiano, es decir, liberados los hombres de sus cadenas, vivirán a continuación sin violencia.

Los neoliberales contemporáneos ocupan una posición intermedia. Como los jacobinos y los marxistas tampoco piensan que los Estados se basen en un permanente recurso a la

fuerza, sino que juzgan que los hombres son naturalmente buenos y sociables y que la violencia es inútil en general para integrarlos en la comunidad, llegando incluso a veces a ser perjudicial. Del mismo modo que los fascistas y los conservadores, tampoco creen que el poder pueda renunciar nunca a la coerción, estimando, por el contrario, que debe utilizarse a veces para desarrollar la sociabilidad. Pero este recurso a la violencia, en cierto sentido, es secundario, marginal y residual. Se ejerce sólo contra algunos individuos incapaces de integrarse en la colectividad, los cuales no son únicamente insociables, sino también anormales, es decir, enfermos. Por lo cual dependen más de una cura médica que de una violencia policíaca, del hospital más bien que de la prisión. Estas ideas que están muy extendidas, son bastante peligrosas, puesto que definir el anormal o el enfermo por su carácter no social, es decir atípico, es condenar a todos los individuos originales y a todas las personas minoritarias. No es muy convincente que se trate de proponer contra ellos la violencia aséptica, es decir, la violencia de bata blanca, en lugar de los policías y de los verdugos.

Al margen de estas teorías cabe preguntarse si el progreso técnico no transforma la coerción social. La sustitución de los carceleros por las enfermeras proviene de esta evolución. De forma más general, el desarrollo de la organización colectiva conduce a una coerción de naturaleza burocrática que es el resultado de una solidaridad mecánica parecida a la de las piezas de un engranaje. Cada rueda de la máquina se encuentra vinculada por fuerza al conjunto, no pudiendo desprenderse de éste. La sustitución del agente de policía por las señales automáticas no es una supresión, sino una transformación, de la coerción social. Las relaciones del ciudadano con el Estado moderno recuerdan cada vez más las novelas de Kafka. Sin duda, los descontentos con el progreso técnico exageran bastante en sus descripciones, aunque sus vaticinios no pueden despreciarse.

III

¿INTEGRACIÓN O PSEUDOINTEGRACIÓN?

Al describir los procedimientos de integración utilizados por el poder, no nos hemos planteado si se trataba de una integración auténtica, o de una pseudointegración que en realidad enmascarase su participación en las luchas políticas al servicio de uno de los combatientes. Las reglas y los procedimientos, la organización colectiva, la educación y la propaganda, los guardias, los policías y las prisiones, ¿son en realidad medios que el Estado emplea para desarrollar el orden, la armonía social y la justicia o estos fines oficiales enmascaran a otros, completamente diferentes y menos confesables? Desde siempre, las doctrinas conservadoras sostienen la primera posición, mientras que las doctrinas revolucionarias afirman la segunda. Estas últimas distinguen también entre el poder establecido que combaten y el poder futuro que quieren implantar; al pasar de uno a otro, se pasaría de una pseudointegración a una integración auténtica.

LA INTEGRACIÓN ILUSORIA

Algunos autores afirman que la teoría del Estado integrador, ordenador del bien común y creador del orden y de la justicia no es más que una ilusión. El Estado afirma que él

encarna el interés general y que su actuación se dirige a hacer triunfar este interés general sobre los intereses particulares, proclamándose así un árbitro por encima de todo interés, un juez independiente de las partes. Pero todo esto no sería sino mentira y mistificación, puesto que en la realidad el Estado se encuentra en las manos de ciertos hombres y de ciertas categorías sociales que lo utilizan esencialmente en sus propios intereses. En la contienda política se halla al lado de una de las partes en lucha, combatiendo contra las demás, y así, mantiene la dominación de una minoría privilegiada sobre una masa explotada. Los gobernantes, los funcionarios, los jueces, los policías, los militares y los verdugos, no actúan para establecer la justicia, el orden y la solidaridad, en provecho de todos, es decir, para realizar una integración social auténtica, sino para conservar una situación que les favorece a ellos y a los que representan, situación que denominan con la palabra de orden, y que constituye en realidad un “desorden establecido” por seguir la bella expresión de Mounier.

De acuerdo con esta ilusión, la atracción natural de todos los hombres por la paz material y el orden físico, junto a su miedo por la violencia desempeñan un primerísimo papel. El Estado asegura siempre una cierta especie de “orden”: el orden en la calle, la ausencia de guerra civil y de conflictos armados. Propaga, también, la idea de que este orden material es un orden verdadero, auténtico. El sueño del orden, de la justicia, de la armonía y de la solidaridad, que todos los hombres llevan dentro de sí, así como su gran esperanza por evadirse de sus respectivos soledades y de integrarse en una auténtica comunidad, en una sociedad verdaderamente integrada, no es sino algo que, en definitiva, sirve al poder. Existe siempre la tendencia a ver las cosas como quisiéramos que fuesen.

La natural vinculación de cada hombre a la sociedad global, de cada ciudadano a la nación, favorece también al Estado en esta empresa. Se ha demostrado la ambivalencia de los valores nacionales: de una parte expresa sentimientos comunitarios, intereses auténticamente generales y de otra, di-

simulan más o menos los antagonismos interiores en provecho del orden establecido. Oponer el sentimiento nacional a las "divisiones de los partidos" es disimular la opresión de ciertas clases sobre otras, tras los elementos comunes a todas; de este modo, mientras el primer fenómeno se ve minimizado, el segundo se halla engrandecido. En este proceso de simulación, la utilización del "enemigo" es muy eficaz; frente a una amenaza, a un peligro o a una agresión, todo grupo social tiende a reforzar su cohesión y a reducir sus antagonismos internos. Señalar un enemigo real, describirlo con una importancia mayor de la que tiene, o inventar de la nada un pseudoenemigo son procedimientos clásicos empleados por todos los Estados. Unas veces, se trata de un enemigo interior: los cristianos, los judíos, los rojos, los capitalistas, o los comunistas. Otras, se trata de un enemigo exterior: el caso de Inglaterra con respecto a Francia, antes de la Entente cordial, Alemania con respecto a Francia, de 1871 a 1949, la URSS, para los occidentales, etc.

Por otra parte, el Estado moderno es el heredero de las formas primitivas del poder que se basaba en la magia y en la religión. En las sociedades arcaicas, los gobernantes eran los intérpretes de las fuerzas mágicas o de los dioses que rigen al mundo y a los hombres, por lo que el orden social no podía resultar más que de la sumisión ante estos poderes superiores. Se obedece, por consiguiente, al poder porque expresa la voluntad de las divinidades o la potencia de las fuerzas oscuras, en la medida en que éste actúa de acuerdo con ritos y fórmulas, es decir, del mismo modo que el sacerdote administra un sacramento. Poco importa la persona del sacerdote y el hecho de que sea bueno o malo; puesto que pronuncia las fórmulas sacramentales, la fuerza divina desarrolla su acción. La autoridad de los gobernantes arcaicos tiene la misma naturaleza, y la de los gobernantes modernos no es tampoco muy diferente. La noción de legitimidad, y sobre todo la de legalidad, tienen como resultado el reconocer como valederas las decisiones del poder, según su forma y no su contenido, y según la investidura de los jefes y no según su capacidad y su equidad. Es suficiente con revestir la púrpura y

el cetro, de ser consagrado en Reims * o de haber recibido la aprobación popular, para que los mandatos se conviertan en ley, en la justicia y en el orden social.

Los juristas cooperan a extender esta mistificación, a menudo de forma inconsciente, desde el momento en que consideran las cosas desde el punto de vista teórico y no práctico. Afirman que la ley es la expresión de la voluntad general, cuando no es más que la de una asamblea elegida en unas condiciones concretas, que llega a falsear probablemente la expresión de la opinión pública. Del mismo modo, afirman que los jueces aplican la justicia, cuando en realidad expresan su concepción de la justicia, la cual refleja su pertenencia social, su educación y sus pasiones. El derecho es uno de los grandes medios de simulación del poder. Incluso los puristas idealistas, que lo distinguen de la justicia, que oponen el derecho positivo, establecido por el poder, al derecho natural fundado en la verdadera equidad, son cómplices de esta empresa. En parte, porque el derecho positivo sustrae del derecho natural algo de su prestigio bajo el mismo nombre de Derecho, con mayúscula.

AMBIVALENCIA DEL ESTADO

Algunos teóricos no niegan que la minoría privilegiada utiliza el poder para mantener sus privilegios y sus riquezas, frente a una masa condenada a la pobreza y a las privaciones. Pero afirman que la distribución de los bienes de los ricos no modificaría sensiblemente la situación de los pobres, mientras que las riquezas de la minoría le permiten desarrollar el arte, la cultura, la ciencia, la civilización y, de este modo, hacer progresar a la humanidad en su conjunto. Al proteger sus intereses particulares, los privilegiados, detentadores del poder, favorecerían indirectamente al interés general, puesto que sus privilegios son útiles a la masa. Otros teóricos pretenden que el poder llega naturalmente a las manos de los más aptos, de

* Ciudad en donde se consagraba, ante el fervor popular, a los reyes de Francia. (*N. del T.*)

las "élites", como consecuencia del *struggle for life*, y que la sociedad es así gobernada de la mejor manera posible, aun siendo desigual. Todas estas tesis afirman que la integración política es una parte ilusoria, si bien admiten que no todo es ilusión.

Incluso los teóricos marxistas, que denuncian con tanto vigor el carácter ilusorio de la integración, le reconocen ciertos límites. El Estado es un producto de la lucha de clases, y se desarrolla en un momento de la evolución de la lucha. El poder político corresponde a una transformación de los métodos de opresión de la clase dominante. Una dominación más moderada en apariencia, más organizada, más jurídica y más eficaz sustituye a una dominación violenta, brutal, rústica. Los medios de acción del Estado — reglas, procedimientos, organización colectiva, educación y propaganda, y sujeción social — no sirven para crear un verdadero orden y para desarrollar una auténtica integración, sino solamente para consolidar la dominación de una clase sobre las demás, todo ello ante la apariencia del orden de la integración. Los aparatos legislativo, administrativo y policial del Estado, tienen como verdadero fin el mantenimiento de los privilegios de la clase dominante por medio de la explotación de las clases dominadas. Así, el Estado se encontró en su origen en las manos de los terratenientes que se servían de él para dominar primero a los esclavos y después a los siervos. A continuación llegó a las manos de la burguesía propietaria de las empresas industriales y comerciales, que lo utilizaron para dominar la clase obrera.

Sin embargo, el marxismo admite que a veces el Estado no se encuentra al servicio exclusivo de una clase. Así ocurre cuando en circunstancias excepcionales y transitorias se establece un cierto equilibrio entre varias clases. Cuando una clase decadente (hasta entonces dominante) conserva aún la fuerza suficiente para no ser eliminada completamente y cuando una clase ascendente (hasta entonces dominada) tampoco tiene la energía necesaria para suprimir a su rival, el Estado durante un breve tiempo asegura un equilibrio entre ambas. Tal ha sido el caso de la monarquía absoluta de los si-

glos xvii y xviii, del bonapartismo francés bajo el Primer y Segundo Imperio, de Bismarck en Alemania, y de Kerensky en Rusia. En estas situaciones, el Estado adopta, en cierta manera, una posición de árbitro, hallándose un poco al margen de la contienda y no actuando en el exclusivo interés de una clase. Entonces se esfuerza por constituir ciertos compromisos entre las clases en equilibrio, por lo que podemos decir que sigue el camino de la integración. Pero ésta continúa siendo parcial, puesto que el Estado no considera los intereses de todas las clases de la sociedad, sino solamente los de algunas que están en equilibrio. La monarquía absoluta de los siglos xvii y xviii, y el Primer Imperio, tuvieron en cuenta los intereses de la aristocracia y de la burguesía, pero no los del campesinado y los de la clase obrera.

Los marxistas, empero, no dejan enteramente de lado la idea de que el Estado persigue una auténtica integración social. Ahora bien, dentro del marco del régimen capitalista se encuentra al servicio de la burguesía, la cual mantiene por medio de él su dominación. La revolución consiste, para el proletariado, en apoderarse de este aparato del Estado sustrayéndolo de la burguesía y dirigiéndolo contra ella, para ir en pos de la edificación del socialismo. En esta segunda fase, el Estado continúa siendo un aparato de coerción en las manos de la clase dominante, que es ahora la clase obrera, la cual lo utiliza en su propio interés, que reside en destruir los restos del orden burgués y las secuelas de su propia explotación. Pero, al actuar así, persigue el interés general de todos los hombres, puesto que suprime de este modo toda explotación, toda dominación y toda opresión. Al mismo tiempo destruye las bases de los antagonismos que daban lugar a las luchas de clases y permite edificar una sociedad plenamente integrada, en la que el Estado desaparecerá, y en la que no habrá necesidad de poder político, ni de coerción. Es decir, al perseguir su interés de clase, el proletariado actúa en provecho de toda la humanidad. Así, cuando detenta el Estado, en la fase posrevolucionaria en la que se construye el socialismo, este Estado realiza la obra de integración más auténtica que se pueda pensar: gracias a él, gracias a la dictadura que el pro-

letariado ejerce por medio de él, puede ser edificada una comunidad humana fundada en la justicia, en la armonía y en la cooperación, en una palabra, plenamente integrada.

Se ha imputado a esta teoría el hecho de que constituye propiamente una ilusión. Cada partido tiende a considerar que el poder se ejerce en aras del interés general, cuando es él quien lo detenta, mientras que cuando se encuentra en manos de sus adversarios, no busca sino el interés particular. Esto es una verdad evidente, pero la relatividad de los puntos de vista no impide que algunos correspondan mejor que otros a la realidad. Una filosofía de los fines y de los medios ha contribuido a propagar una confusión favorable a las clases privilegiadas y al "desorden establecido". Algunos medios son injustificables cualesquiera que sean los fines que se pretenden alcanzar con su utilización. Lo cual no implica que todos los fines tengan el mismo valor, y que a medios equivalentes, el poder no deje de ser juzgado por los primeros. La dictadura es algo malo en sí, pero una dictadura que se esfuerza por establecer la igualdad entre los hombres, por destruir la dominación de los privilegiados, y por liberar al pueblo de la explotación y del desprecio, es menos mala que una dictadura que mantiene la opresión de una oligarquía sobre una población que se encuentra en la miseria y en la humillación.

El papel real del Estado en materias de integración no es separable de los que animan efectivamente al Estado. Todo análisis formal, que confunda el continente y el contenido, la espada y el que la blande, no puede aprehender la realidad. La integración política es siempre parcialmente ilusoria. El poder no se encuentra siempre al servicio exclusivo del orden social y del interés general, pero, inversamente, existe siempre algo de integración en los peores regímenes, aunque no fuese sino a causa de la construcción de carreteras, de la ordenación de la circulación, del aseguramiento de la retirada de basuras domésticas o del mantenimiento del servicio de bomberos. Entre estos límites extremos, la escala de la integración auténtica y de la pseudointegración es muy variable. En primer lugar, depende de los que ejercen el poder. Cuando

el Estado se halla en manos de las clases privilegiadas, éstas lo utilizan especialmente en aras de sus propios intereses, y accesoriamente, en provecho del interés general, por lo que la parte de la ilusión aumenta y la de la integración disminuye. Cuando el Estado llega a las manos de las clases hasta entonces dominadas y explotadas, y trata de suprimir la dominación y la explotación, actúa en el interés general, a pesar de que busque sus propios intereses; en este caso, la parte de la ilusión disminuye y la de integración aumenta, al menos hasta el momento en que los antiguos explotados se conviertan a su vez en explotadores. No obstante, al destruir su propia explotación, aniquilan definitivamente ciertas formas de simulación.

A causa de este proceso, los marxistas afirman que se desembocará un día en una integración total, auténtica y sin ilusión. Y el único camino para que la clase obrera suprima su propia explotación no es otro que el de la destrucción para siempre de todas las formas de explotación. Los occidentales discuten el mecanismo de esta evolución, pero proponen otro que en el fondo conduce al mismo lugar. Piensan que el desarrollo técnico y económico, al suprimir la penuria y establecer la abundancia, suprimirá los antagonismos, las desigualdades y la explotación de ciertas clases por otras y que un día el poder ejercerá, pues, de una forma auténtica, su función de integración.

IV

INTEGRACIÓN Y NIVEL DE DESARROLLO

Los occidentales y los marxistas no se hallan de acuerdo en los itinerarios a seguir en la evolución de las sociedades modernas. Por el contrario, sí lo están en cuanto a la meta a que conducen estos diferentes itinerarios y en cuanto al motor que produce esta evolución. Unos y otros piensan que el movimiento natural de la historia tiende a reducir los antagonismos y a desarrollar la integración social y también que este movimiento lo provoca el desarrollo técnico. Para los occidentales este desarrollo actúa directamente, reduciendo la penuria, factor principal de los conflictos; en una sociedad de la abundancia, los antagonismos no tendrán ya razón de ser y la integración se establecerá de forma natural. Para los marxistas, la acción del desarrollo es indirecta. Los nuevos modos de producción que se desprenden del progreso técnico engendran, a su vez, nuevos sistemas de producción que tienden principalmente a suprimir la propiedad privada, y consecuentemente a hacer desaparecer la lucha de clases que se desprende de ella, para establecer una sociedad sin clases, es decir, una sociedad sin conflictos.

La observación de los hechos confirma, en parte, este optimismo. Apenas se puede dudar del hecho de que el progreso técnico desarrolla la integración social. La dificultad aparece en cuanto a los límites de dicha evolución. Algunos occidentales se unen a los marxistas en su visión de una sociedad

futura plenamente integrada, en donde todos los conflictos habrán desaparecido y donde reinará una perfecta armonía. Ahora bien, cabe dudar de la posibilidad de semejante *civitas* perfecta. Sin embargo, el análisis de los procesos que conducirían a este Eldorado, tales como los describen las doctrinas de las que nos ocupamos, iluminan la influencia del progreso técnico sobre la integración política. Sin admitir las conclusiones, resulta, por tanto, interesante precisar el razonamiento que conduce a esta afirmación.

CRECIMIENTO DE LA INTEGRACIÓN

El progreso técnico desarrolla la integración social por medio de tres vías principales: disminuyendo las tensiones fruto de la penuria, concediendo a todos los hombres la posibilidad de comprender mejor a los demás y a la misma sociedad en la que viven, y desarrollando la solidaridad entre los miembros de la comunidad. La desproporción entre las necesidades de los individuos y los bienes disponibles se ha considerado siempre como un factor esencial de los conflictos sociales y políticos. El cuadro simplificado, de una infinidad de hombres que se disputan los bienes escasísimos, ha ilustrado la situación de la humanidad desde sus orígenes hasta el siglo xx. Es indudable que se podrían haber atenuado los antagonismos estableciendo una rigurosa justicia en el reparto de los bienes. Pero este ideal, descrito por los teóricos, casi nunca ha sido aplicado.

Con el progreso técnico, se ve asomar la posibilidad de una sociedad de la abundancia, en la que el nivel de producción permitiría satisfacer no sólo las necesidades elementales, sino también sus necesidades secundarias (confort, diversiones y cultura). Indudablemente, ningún país ha alcanzado aún este grado de desarrollo aunque, no obstante, algunos se aproximan mucho. No hay duda de que las necesidades humanas son extensibles y que aumentan al mismo tiempo que se van satisfaciendo. Pero a medida que las necesidades fundamentales se ven reemplazadas por otras necesidades secundarias, la

insatisfacción es menos profunda y las luchas que ésta produce menos cruentas. Esta evolución tiende a reducir los antagonismos de dos formas. En principio, porque hace más soportables las desigualdades sociales. Cuando el pastel es demasiado pequeño, todos los ojos están pendientes en el momento de cortarlo en porciones, y si éstas no son iguales la disputa es violenta. Pero frente a un enorme pastel capaz de saciar el deseo de todos, o de casi todos, el tamaño de cada una de las porciones importa menos. Hace ciento treinta años, cuando se rebelaron los tejedores de Lyon, escribieron en sus banderas: "Pan o muerte". Entonces, la lucha política era auténticamente una lucha por la vida. Por el contrario, en la actualidad, se ha convertido, en Europa occidental y en América del Norte, en la lucha por el confort, las diversiones, y la cultura, todo lo cual hace que sea menos cruenta.

Y en segundo lugar, el progreso técnico elimina las formas más brutales de opresión del hombre por el hombre. Hoy se mide el nivel de desarrollo de un país calculando el número de "esclavos mecánicos" que se encuentran a la disposición de cada uno de sus habitantes. El esclavo mecánico se define por la cantidad de energía que proviene de medios técnicos, y que equivaldría a la que un hombre podría suministrar por su fuerza física de trabajo. Los esclavos mecánicos reemplazan así a los esclavos humanos, que durante mucho tiempo fueron en cierta manera una necesidad. Algunos autores afirman que la invención de la collarera de las caballerías en el siglo x fue lo que permitió la supresión de la esclavitud y de la servidumbre. Cuando los esclavos mecánicos no existían, la minoría privilegiada no podía disfrutar de una existencia agradable más que a costa de esclavos humanos, pero, en la actualidad, es suficiente para obtener este resultado el empleo de las máquinas. Así, la desigualdad está basada en menos sudor, menos lágrimas y menos sangre. Esta desigualdad llega incluso a disminuir, porque el progreso técnico tiende hacia sociedades de clases medias, donde la separación entre ricos y pobres está mucho menos marcada que antes.

El progreso técnico, al disminuir los antagonismos, no tiende únicamente hacia una integración negativa, sino que también

por medio del desarrollo de los contactos, de la comprensión y de la solidaridad entre los hombres, aumenta la integración positiva. Del mismo modo, pone fin al aislamiento y a los particularismos, ofreciendo la sociedad presente a todos sus miembros, al multiplicar las comunicaciones y las informaciones. Por medio del aumento de la cultura, permite que cada individuo comprenda mejor a los demás y al conjunto de la humanidad. Al desarrollar la división del trabajo, el progreso técnico aumenta también la interdependencia entre los hombres, es decir, lo que la encíclica "Mater et Magistra" llama la socialización. Sin embargo, estos resultados son menos concluyentes que los precedentes. La solidaridad, la comprensión y los contactos probablemente eran más profundos en el marco de las pequeñas comunidades tradicionales que en el de las grandes comunidades modernas, en donde siguen siendo a menudo superficiales y a veces hasta ficticios.

En cualquier caso, la observación confirma que la integración progresa a lo largo de la historia a medida que se desarrolla el progreso técnico. En las sociedades arcaicas de economía cerrada, los servicios prestados a la colectividad por el poder son poco numerosos, lo mismo se trate del Estado antiguo como del más cercano Estado feudal. Pero, a pesar de todo, el poder ofrecía algunos servicios: la seguridad contra las invasiones de los señores vecinos, de los ejércitos extranjeros o de las bandas de pillaje, la facultad de arbitraje y la justicia, la represión de los delitos contra las personas y la propiedad, la utilización del molino y del horno colectivos, la acuñación de moneda, etc. Pero estas concesiones eran costosas y a la larga el poder tomaba bastante más de lo que concedía. Sus titulares vivían a costa del país, rodeados de lujo y de opulencia, en medio de un país muy pobre. El poder beneficiaba a éstos mucho más de lo que beneficiaba a la comunidad, es decir, protegía sobre todo a los privilegiados manteniendo la desigualdad. Por ende, debía de apoyarse en la violencia y en las armas; los castillos amurallados no servían únicamente para defender a los habitantes de la comarca contra las invasiones exteriores, sino antes que nada, para proteger a los señores del castillo contra la población. Los palacios de los reyes

fueron en principio fortalezas bien defendidas, para que el monarca estuviese al abrigo de la hostilidad de su pueblo.

Esta situación persiste en una gran parte del mundo actual; en Iberoamérica, en África, y en Asia la mayoría de la población vive aún en una economía semicerrada, recibiendo escasas ventajas del Estado y soportando muchos inconvenientes a causa de él. Esencialmente éste sirve para mantener la dominación de una minoría privilegiada que explota a la masa popular. En las sociedades de tipo intermedio, los servicios públicos se desarrollan indudablemente: el poder construye carreteras, ferrocarriles, puertos, canales, aeródromos, líneas telefónicas y eléctricas, estimula y regulariza el crédito, realiza inversiones básicas (grandes obras de irrigación, de explotación de minas, de pantanos). Pero estas obras públicas son útiles sobre todo a la minoría privilegiada de la población: aristocracia y burguesía. Las admirables autopistas de algunos países subdesarrollados solamente favorecen a los propietarios de automóviles, especie de caballería de los tiempos modernos, que, a fin de cuentas, no es sino una escasa minoría en medio de los que van a pie.

En relación con las sociedades arcaicas, no se puede negar que exista en la actualidad un progreso hacia la integración. Las personas que se benefician del poder son bastante más numerosas y su círculo se va ampliando. Antaño, no eran más que un puñado de aristócratas, mientras que ahora entra también en juego una burguesía que abarca a la clase media e, incluso, a algunos elementos del campesinado y de la clase obrera que disfrutan de las escuelas, de las obras de asistencia, y de la seguridad social. Para estos últimos, las ventajas del Estado continúan siendo menores que sus inconvenientes. Pero, a pesar de todo, estas ventajas cada vez son más sensibles y, en consecuencia, acrecientan el sentimiento de integración. Esta situación corresponde a la primera fase del capitalismo. La Europa del siglo XIX, la Iberoamérica de la actualidad, el África del Norte, el Oriente Medio, y el Asia no comunista, pueden situarse en esta categoría.

En las sociedades superdesarrolladas de Occidente, la integración política no se halla tan avanzada. La elevación ge-

neral del nivel de vida disminuye los antagonismos y aumenta el consenso social. Los servicios de interés común, administrados por el Estado se multiplican. El poder extiende su función de organización colectiva, e, incluso, aunque la economía no se encuentra totalmente planificada, el Estado desempeña en esta cuestión un papel de regulación cada vez mayor. Previene las crisis y atenúa los efectos, corrige las distorsiones fruto de la iniciativa privada, etc. Los servicios comunes y la organización colectiva no interesan ya solamente a un "círculo interior" de carácter restringido en el seno de la sociedad global, sino que se extienden progresivamente hacia los límites de ésta. Esto se debe primeramente a la elevación del nivel de vida; las autopistas, que en Iberoamérica interesan únicamente a una minoría privilegiada, en los Estados Unidos y en Europa occidental son preocupación de todos los ciudadanos. Y, en segundo lugar, al desarrollo de la seguridad social y de los servicios públicos, que tienen por fin corregir las desigualdades entre los hombres, por medio de la ayuda, especialmente a los más desfavorecidos.

Por otro lado, el Estado tiende a irse separando de las manos de una clase particular que lo utilizaba para mantener su dominación y sus privilegios. El progreso técnico hace cada vez más compleja la división en clases, de manera que el poder no se encuentra ya en las manos de una categoría social homogénea, sino que son varias las que lo detentan. Y también, las clases populares pesan cada vez más en el poder, gracias al desarrollo del sufragio universal, de los partidos políticos, de los sindicatos y de las otras organizaciones de masa. El Estado no puede estar ya controlado total y únicamente por las clases minoritarias, sino que, al menos, éstas deben llegar a un acuerdo con las clases mayoritarias. Finalmente, la evolución de la sociedad y del Estado tiende a desarrollar una clase de administradores técnicos que se identifican con el interés general y que, en parte, lo encarnan realmente, como lo presintió Hegel. La idea marxista de que los altos funcionarios están al servicio de la clase dominante de donde proceden en su mayoría, ha sido durante mucho tiempo verdadera, pero ahora ya no lo es sino parcialmente. Así,

en ciertos países, los administradores constituyen, cada vez más, una clase distinta que rechaza conscientemente servir a los intereses capitalistas y que tiende a desempeñar el papel de árbitro imparcial.

Podríamos utilizar en ese sentido el célebre argumento formulado por Maurras hace medio siglo, para establecer la superioridad de la monarquía; el régimen o el interés personal del gobernante, decía, se confunde con el interés del país, puesto que la nación es el patrimonio del rey. Este fenómeno todavía tiene un carácter restringido y lleva dentro de sí ciertos peligros, pero es importante. Señalemos a título de ejemplo el papel de árbitro desempeñado por los “expertos” en la huelga de los mineros, en 1962, en Francia. Nadie discutió la imparcialidad de sus conclusiones. De esta forma, algunos son los que han sugerido confiar a altos funcionarios la misión permanente de “testificar los hechos” en materia de distribución de la renta nacional, al igual que los jueces afirman el derecho. Las clases dominantes, amenazadas así en su influencia, critican, vivamente, esta acción de los administradores del Estado. En general, tratan de encubrir esta actitud, con el mito de la “tecnocracia”, exagerando un peligro que, por otro lado, es real. Cuando administradores o técnicos del Estado intervienen en la elaboración de una decisión, se habla de la tecnocracia; pero no se dice así en los casos de intervención de los técnicos y administradores en las firmas privadas.

La influencia del desarrollo técnico sobre la integración política no admite la discusión, pero tampoco conviene exagerarla. Aparte del desarrollo técnico, otros dos factores, por lo menos, entran en juego acelerando o atenuando el efecto, según actúen en el mismo sentido que él o lo hagan en el contrario. En primer lugar, la rapidez de evolución; se ha dicho que la distinción entre sociedades estables y sociedades inmóviles es tan importante como la de sociedades superdesarrolladas y subdesarrolladas. En las sociedades estables — es decir con evolución lenta y poco perceptible en el marco de una vida humana — el sentimiento de integración es mucho mayor. El orden social establecido desde hace varias genera-

ciones parece natural, por injusto que sea, y, por lo tanto, tiende a ser aceptado. Las sociedades en movimiento rápido son, por el contrario, sociedades parcialmente desintegradas. El orden establecido no parece entonces un orden, desde el momento en que no es ya establecido y su disgregación es visible. Entonces la injusticia cesa de ser natural y soportable. Los antagonismos latentes se despiertan y provocan conflictos graves. Las grandes luchas de clase de los siglos xix y xx corresponden a un cambio del ritmo de evolución. A pesar de que su nivel de desarrollo fuese más débil, las sociedades aristocráticas del siglo xvii estaban más integradas que las sociedades burguesas de 1900.

La integración varía también según el tipo de sociedades. En las comunidades arcaicas, la fusión del individuo en la comunidad parece haber alcanzado un grado que no se obtendrá nunca más. El hombre primitivo se hallaba totalmente absorbido por el grupo, del que no era más que un elemento. No concebía una existencia aislada y actuaba como miembro de la colectividad más bien que como individuo separado. Los sociólogos de la escuela de Durkheim han descrito la "institucionalización" del poder. La autoridad que pertenecía en su origen al grupo total, a la colectividad en tanto que tal, habría sido acaparada progresivamente por algunos miembros del grupo, que de este modo se convierten en jefes. Podríamos describir también el proceso de individualización de los ciudadanos. Los marxistas lo achacan a la aparición de la propiedad privada, pero aunque no fuese así, es cierto que ninguna sociedad posterior parece haber estado tan integrada como las sociedades primitivas, las únicas que hasta ahora, junto con ciertas colectividades monásticas o los primeros *kibboutz*, hayan practicado un comunismo casi total.

El desarrollo de la integración no aparece más que en las sociedades de tipo moderno, constituidas a partir de la individualización de los ciudadanos. Antaño, el progreso de las técnicas parece haber producido consecuencias contrarias. Incluso ha sido probablemente el factor esencial de la formación de una conciencia de la individualidad, que ha separa-

do parcialmente a los hombres de la comunidad, haciendo nacer conflictos entre ellos y entre el grupo y sus miembros. Aunque se discuta el razonamiento marxista, que explica la disolución de un comunismo primitivo por la aparición de la propiedad privada, y ésta por la evolución de las técnicas de producción, no cabe duda de que esta evolución parece haber desempeñado un papel importante en el fenómeno de la individualización.

En las sociedades modernas el progreso técnico actúa en parte en el mismo sentido, es decir, el desarrollo del capitalismo corresponde a un desarrollo del individualismo. A fines del siglo XIX, y en la primera mitad del siglo XX, los moralistas y reformadores, basándose en estos argumentos, denunciaron los excesos del individualismo. Pero, por otro lado, el progreso técnico acrecienta también las solidaridades según los diferentes procesos que hemos descrito más arriba. Parece ser que el segundo movimiento tiende poco a poco a superar al primero. Desde la segunda guerra mundial se ha inculcado al progreso técnico, no de aumentar el individualismo, sino de asfixiar al individuo dentro de la organización colectiva. Así, el desarrollo de la integración bajo la influencia del progreso técnico origina ciertas contradicciones. Los descontentos de la sociedad moderna la describen, unas veces, como una gigantesca máquina que reduce a los hombres a simples ruedas, y otras, como una yuxtaposición de individuos aislados en su confort y sin lazos verdaderos entre sí. Probablemente sería necesario distinguir la integración social de la integración política. El desarrollo técnico favorece más a la segunda, es decir, a la función integradora del Estado, que a la primera, es decir, al desarrollo de una auténtica solidaridad entre los hombres. El papel del poder es cada vez mayor en la integración social, pero ésta no puede ser más que una pseudointegración, menos real y menos vivida que la que existió en sociedades menos desarrolladas.

EL MITO DE LA INTEGRACIÓN SOCIAL

Son pocos los que pretenden que la integración total se ha realizado ya en las sociedades existentes, pero, de todas formas, la mera observación de los hechos bastaría para desmentirlos con rapidez. Algunos piensan que se estuvo cerca de lograrla en las sociedades históricas. Y así, ciertas descripciones que se han hecho del Antiguo Régimen o de la Edad Media, les parecen ser una especie de paraíso terrestre, que reverdecería el viejo mito de la Edad de Oro. Aunque interesantes como obras novelísticas o testimonios psicológicos, estas descripciones no proceden de la sociología. Las únicas teorías serias sobre la integración total, opinan que ésta no se producirá más que en un futuro próximo, prolongando hacia el porvenir las líneas de evolución que actualmente se columbran. Existe una convergencia en este terreno entre las doctrinas marxistas y ciertas concepciones occidentales. Americanos y soviéticos no conciben de la misma manera la sociedad futura ni las etapas de su desarrollo, pero unos y otros imaginan una especie de sociedad perfectamente integrada, en la cual los conflictos habrán desaparecido y en donde reinará la solidaridad. En los dos casos la abundancia de los bienes materiales, fruto del progreso técnico, será una base importante de esta integración total. Los teóricos del Oeste lo dicen abiertamente y los teóricos marxistas de forma implícita, puesto que el principio "a cada uno según sus necesidades" que presidirá la distribución de los bienes en la "fase superior del comunismo", no es aplicable sin la abundancia. Las diferencias entre las dos tesis, que por lo demás siguen siendo profundas, se centran principalmente en dos puntos principales: en el proceso que conduce a la sociedad integrada y en la naturaleza de esta sociedad.

Los occidentales piensan que la integración será el resultado de la abundancia, mientras que los marxistas creen más bien que la abundancia resultará de la integración. Para los primeros, los conflictos sociales provienen de la competición entre un grupo demasiado numeroso de hombres frente a unos bienes muy escasos, es decir, no se trata ni más ni menos

que de la penuria. Pero, en el caso de que, gracias al progreso técnico, ésta deje paso a la abundancia, pudiendo satisfacer cada uno sus necesidades no sólo de alimentación, vivienda y vestidos, sino también de confort, cultura y diversiones, los antagonismos entre los hombres desaparecerán, las luchas políticas cesarán y se llegará, por consiguiente, a la sociedad unitaria e integrada. Para los marxistas, la abundancia real no es posible en régimen capitalista, debido a que éste es malthusiano por naturaleza. La alienación del trabajador disminuye la productividad de su trabajo. El empresario frena la aplicación de los progresos técnicos, pues prefiere conservar las viejas máquinas, ya amortizadas, hasta su desgaste total, que hacer nuevas inversiones costosas y sólo amortizables a largo plazo. Un número no desdeñable de invenciones y de métodos nuevos se mantienen encubiertos por el acuerdo de las firmas que dominan el mercado. Por otra parte, a partir de un cierto nivel técnico, la organización de la investigación, de la previsión y de la planificación globales, no pueden realizarse en el marco de las empresas privadas, sino únicamente en el de una producción dirigida por el Estado. Los descubrimientos más importantes de las últimas décadas — el átomo, los cohetes, etc. — son el resultado de una investigación socializada y no de una investigación capitalista. Los estudios nucleares en los Estados Unidos han sido realizados por el gobierno a causa de la guerra; jamás habrían podido realizarse por los mecanismos de la economía privada.

La supresión de la lucha de clases y el fin de los antagonismos políticos no son, pues, según la teoría marxista, la consecuencia de la abundancia económica, sino la condición misma que permite llegar a este estadio. Esta idea parece que ha sido contradicha por los hechos, y, así, las naciones más desarrolladas y que más se aproximan a la abundancia en el mundo de hoy son capitalistas y no socialistas. Pero el argumento no es decisivo, puesto que el socialismo se ha aplicado hasta el momento en países subdesarrollados o semidesarrollados, cuyo retraso cuando abandonaron el capitalismo era muy grande con respecto a la América del Norte y a Pa-



Europa occidental. El hecho de que este retraso no haya sido todavía superado no prueba gran cosa. Pero, por el contrario, el hecho de que la tasa de crecimiento de los países socialistas aventaje a la de los países capitalistas parece justificar las tesis marxistas. Pero tampoco es decisivo este argumento, ya que la tasa de crecimiento disminuye probablemente de manera natural según se va elevando el nivel de desarrollo.

Para los occidentales, la abundancia produce por sí misma una integración social completa, mientras que para los marxistas, como hemos visto, la abundancia es una condición necesaria de la integración, pero una condición insuficiente. Mientras que los hombres actúen solamente en pos de sus intereses egoístas, o mientras que su actividad colectiva se oriente hacia una competición económica que tienda a la dominación de unos sobre otros, y mientras que la explotación capitalista tenga como resultado la alienación de los trabajadores, es totalmente imposible que se produzca la verdadera integración. El análisis marxista es bastante más profundo en este aspecto que el análisis occidental. Y así, tiene en cuenta la contradicción que encontramos en la evolución de las sociedades modernas, entre una tendencia al desarrollo de la solidaridad y otras al aislamiento de los individuos, replegados cada uno dentro de su confort y de su egoísmo.

Aun suponiendo que la abundancia bastase para suprimir todos los antagonismos, es decir, para realizar una integración negativa, cabe dudar que puede desarrollar también una integración positiva, basada en una auténtica comunión social y no en la simple solidaridad técnica que nace de la división del trabajo y de la organización colectiva. Únicamente, la sustitución del egoísmo por el altruismo y del interés privado por el fin colectivo puede producir una sociedad plenamente integrada. No es seguro que la supresión del capitalismo sea suficiente para suprimir el egoísmo y la persecución del interés privado, ni tampoco que el fin de la alienación baste para restituir al trabajo su carácter de libre actividad creadora, encontrando el hombre así el pleno desarrollo de su personalidad y de goce, como creía Platón. Del mismo modo, no es posible garantizar que este trabajo "desalienado" se oriente

automáticamente hacia el interés de la colectividad. En una palabra, no es seguro que el comunismo puede alcanzar en su fase superior la integración total de todos los hombres en la comunidad, lo que permitiría la desaparición del Estado en cuanto instrumento de coerción. Ahora bien, lo que sí es seguro es que estos fines no se alcanzarán jamás, incluso en una sociedad de la abundancia total, si continúa siendo el interés privado la tendencia fundamental de los hombres; es decir, en el caso de que el capitalismo subsista, del cual este principio es una base esencial.

La teoría marxista de la consunción del Estado ha sido adoptada bajo otra forma, desde hace algunos años, en Occidente; nos referimos a la "despolitización". En las naciones superdesarrolladas, se ha creído discernir últimamente una atenuación de los conflictos y una disminución de los antagonismos.

El debilitamiento del papel de los partidos y su tendencia a identificarse, a asemejarse, es algo que ha llamado grandemente la atención de los observadores. La separación entre conservadores y liberales, que era enorme en el siglo XIX, ha desaparecido casi completamente. Del mismo modo, la que existía entre los partidos socialistas y los partidos burgueses, muy considerables antes de 1914, en la actualidad es bastante débil. Y lo mismo se puede decir de la separación entre comunistas, que siendo inmensa en 1945, en la actualidad ha disminuido. La idea de la revolución, que ha dominado en los partidos de izquierdas de ciertos países, desde hace más de un siglo, no es actualmente más que una vaga nostalgia, puesto que el espíritu revolucionario desaparece en las clases obreras de las naciones desarrolladas. Son muchos los que ven en este fenómeno la consecuencia directa de la elevación del nivel de vida y de la marcha hacia la abundancia. La despolitización parcial de las sociedades actuales, basada en una abundancia igualmente parcial, constituiría una etapa. El término de la evolución sería la despolitización total, es decir, la desaparición completa del Estado, fruto de la abundancia total.

El éxito del concepto de "despolitización" procede de su ambigüedad. Ahora bien, si quiere decir que los antagonis-

mos políticos tienden a adoptar formas menos violentas en las sociedades desarrolladas, y, principalmente, que los métodos revolucionarios son sustituidos por los métodos reformistas, expresa una realidad indiscutible que se debe sin duda alguna a la elevación del nivel de vida, aunque no debemos olvidar también a otros factores como, especialmente, la complejidad de las sociedades modernas, que es algo incompatible con el empleo de los procedimientos bárbaros y brutales. Por otro lado, se halla bastante extendida la idea de que una revolución trastocaría profundamente el aparato de producción, de tal modo que sería muy difícil volverlo a poner en marcha a continuación. Aparte de que produciría una baja prolongada de la producción y del nivel de vida durante un largo período de penitencia. Esta idea corresponde a una cierta realidad, pues lo mismo se trate de organismos biológicos, que de máquinas o sociedades, cuanto más ascendamos en la escala de la complejidad, nos encontraremos con que las estructuras son más frágiles y con que su manejo exige mayor precaución. Se puede convertir fácilmente a una lombriz de tierra en dos, cortándola por la mitad, pero este tratamiento no es aplicable a los vertebrados superiores. De igual modo, una carreta puede ser reparada a martillazos, pero no un Boeing 707. Y por último se pueden realizar revoluciones brutales en sociedades poco desarrolladas, pero no en Francia o en los Estados Unidos.

El término “despolitización” continúa siendo criticable porque esta eliminación de la violencia, y su sustitución por procedimientos de discusión y de compromiso caracterizan precisamente a la política, la cual por su propia naturaleza tiende a reemplazar los combates físicos, las batallas con armas y las guerras civiles, por luchas organizadas y moderadas. En lugar de “despolitización”, sería necesario, por consiguiente, hablar de “politización”, y en lugar de consunción del Estado, de su restauración después de su disolución parcial en la violencia de las luchas revolucionarias del siglo XIX. Por otra parte, si la “despolitización” significa que los conflictos se disipan, es un concepto que no corresponde a la situación actual de las sociedades desarrolladas, siendo entera-

mente erróneo. El desinterés por la política, que algunos creen columbrar en la Europa occidental y en América del Norte no sería más que un desinterés por ciertas expresiones de la política, que han llegado a adquirir un carácter arcaico debido a la evolución de las estructuras sociales. En la práctica, no corresponde sino a un interés creciente hacia otras expresiones de la política.

La decadencia de los partidos en Francia, y la indiferencia hacia ciertas formas tradicionales de representación, coinciden con la ascensión de los sindicatos, de las organizaciones campesinas, de los clubs políticos, y con el desarrollo de formas nuevas de representación. Esta decadencia de los partidos, por otra parte, no es general en Occidente. En muchos aspectos, el interés por la política aumenta en lugar de disminuir, por lo que en este sentido también se podría hablar de "politización" y no de despolitización. La política técnica tiende a eliminar la política heroica, la política del detalle sustituye a la política de al por mayor, la lucha sobre el régimen cede el paso a la lucha dentro del régimen, y las reivindicaciones concretas predominan sobre la crítica global del sistema. La libertad y la igualdad en la actualidad se defienden menos en las barricadas que en las comisiones, menos en los discursos románticos que en las huelgas organizadas. Pero, no obstante, la lucha por la libertad y por la igualdad sigue en pie.

V

LA IMPOSIBLE EDAD DE ORO

Parece indudable que según se va produciendo el desarrollo técnico las luchas políticas disminuyen y la integración de la sociedad aumenta. Pero ya es más dudoso que la evolución así comenzada continúe hasta su último término, es decir, hasta la desaparición completa de los conflictos y la aparición de una integración total, como lo pretenden la teoría marxista de la fase superior del comunismo y la teoría occidental de la sociedad de la abundancia. Son varios los hechos que se oponen a semejante fin de la historia de la política. La penuria de que hablan los occidentales, y el capitalismo que denuncian los marxistas, no son los únicos factores de antagonismos sociales; una vez desaparecidos éstos, continuarán existiendo otros que parecen difíciles de suprimir.

Aunque la edad de oro pudiese reinar verdaderamente en algunas sociedades superdesarrolladas, no dejaría de rememorar los oasis perdidos en las arenas, o las islas acosadas por todas partes por el mar. Solamente son unos pocos países excepcionales los que pueden esperar la abundancia en un próximo futuro. Para los demás, no sólo continúa siendo esto un espejismo inaccesible, sino que, incluso las dificultades de la acumulación primaria de capital y la presión demográfica, producen en ellos una agravación de los antagonismos. Se perfila cada vez más una oposición fundamental entre las naciones ricas y las naciones proletarias. Creer que las primeras podrán

olvidarse de las segundas y que lograrán protegerse de ellas por medio de cordones sanitarios, es caer en el mismo error de la burguesía del siglo XIX respecto a las clases obreras.

LOS CONFLICTOS IRREDUCTIBLES

El concepto de abundancia no deja de ser superficial. En primer lugar, porque las necesidades aumentan según se van satisfaciendo. La persecución de la abundancia se asemeja un poco a la carrera de Aquiles y la tortuga. Es decir, aparecen nuevas realidades, a medida que desaparecen las antiguas. Sin duda, son menos esenciales, menos vitales objetivamente, pero, ¿es que por eso se sienten de una manera menos profunda, subjetivamente? No lo podríamos asegurar. Y en segundo lugar, y sobre todo, porque la abundancia en cuestión no se refiere más que a los bienes económicos; sin embargo, la penuria en otros sectores produce también antagonismos sociales, que tienden naturalmente a crecer cuando los antagonismos económicos desaparecen. El que tiene el estómago vacío no piensa más que en comer y lucha para subsistir. El que está saciado ya no piensa en la comida, pero lucha para satisfacer otros deseos.

Arthur Koestler cuenta que cuando estuvo prisionero, pasando un hambre terrible, soñaba con festines por la noche, con la misma intensidad que soñaba en su adolescencia con mujeres. Las sociedades de la abundancia, imaginadas por los marxistas y por los capitalistas contemporáneos ponen fin a la primera privación, pero no a la segunda. Algunos psicoanalistas incluso la consideran más importante, en el desarrollo de los antagonismos, que la otra. Es decir el conflicto entre los imperativos sociales y los deseos humanos, entre el principio de realidad y el principio del placer, les parece más fundamental que las disputas a propósito de la distribución de la renta nacional o de las libertades de expresión. En todo caso podría llegar a serlo, desde el momento en que existan estas libertades y la abundancia económica relegue al segundo plano las reivindicaciones materiales. Podríamos estudiar, desde este

punto de vista, el desarrollo contemporáneo del erotismo y lo que los sociólogos americanos denominan, con mucha exageración, la "revolución sexual". Pero ¿no será esto, bajo formas indiscutibles, la reivindicación y la conquista progresiva de una libertad, la lucha contra una privación, que se desarrolla a medida que las otras libertades se debilitan y que las otras privaciones desaparecen?

Ciertos tipos de escasez no pueden llegar a suprimirse, puesto que se deben a la naturaleza de las cosas. Todos los franceses no podrían poseer una villa en la Costa Azul, a causa de que el terreno es limitado. Todos los franceses podrán tener un día un apartamento confortable, pero no todos podrán habitar en un lugar igualmente conveniente (cerca de su oficina, de su fábrica, de sus diversiones, etc.). Todos los trabajadores podrán cobrar un sueldo suficiente, pero no todos los trabajos serán igualmente soportables e interesantes. Los puestos de dirección serán siempre más agradables que los puestos de subordinación, pero como es natural también serán siempre más escasos. La competición en torno a los buenos empleos será siempre muy ardiente. Los inteligentes superarán siempre a los que lo son menos, lo que inevitablemente traerá consigo rencores y frustraciones.

Incluso en los regímenes socialistas, las desigualdades no serán puramente individuales. Así, las clases no desaparecerán nunca del todo, ya que los hijos de los individuos más inteligentes, que son los que ocupan los puestos superiores de la sociedad, tendrán siempre unas posibilidades mayores que los hijos de los individuos menos dotados, situados en los puestos inferiores. El hijo del director de un ministerio o de una empresa pública se encontrará mejor situado para la competición que el hijo del ordenanza o del obrero. Esta superioridad se debe a la educación por ósmosis que recibe de su medio ambiente, a las relaciones de sus padres y las facilidades materiales que se le ofrecen. Indudablemente, tendrá menos privilegios que el hijo de un gran empresario capitalista. Pero los que tenga chocarán probablemente más, merced a que son más contrarios con respecto al sistema de valores establecido. En un mundo igualitario, la desigualdad más pe-

queña se sentirá más que una fuerte desigualdad en un mundo desigual.

Otra división en clases que parece aún mucho más difícil de suprimir: la existente entre hombres y mujeres. En el socialismo, tanto como en el capitalismo, las mujeres en relación a los hombres son unas oprimidas; las modificaciones de su estatuto jurídico, la supresión de sus incapacidades y el fin de las discriminaciones de salario no podrán impedir que la maternidad y los cuidados a los hijos les impongan unas cargas suplementarias. Si la mujer se queda en el hogar, conoce una dependencia económica en relación al hombre, pero si trabaja igual que éste, añade a las tareas familiares y hogareñas el peso de su labor profesional. El estatuto americano de las relaciones entre los sexos, que sitúa al hombre a la merced de la mujer, no es más satisfactorio que el estatuto francés que coloca a la mujer a la merced del hombre, o que el estatuto italiano que confina a ambos en una permanente hipocresía. Los antagonismos que nacen de esta lucha de sexos, al no ser directamente políticos, tienen una gran importancia en toda la vida social.

Los conflictos entre generaciones no parece tampoco que vayan a desaparecer. Al irrumpir los jóvenes en la sociedad, se opondrán siempre más o menos a los adultos, que naturalmente se encuentran poco inclinados a ceder las plazas que los jóvenes tienen impaciencia por ocupar. La prolongación de la vida, gracias al progreso técnico, agrava el antagonismo. Por un lado, impone a las nuevas generaciones un pesado fardo de pensiones de jubilación, y por otro, reduce a las más adultas a la situación de clases oprimidas. Las civilizaciones tradicionales, que rodeaban de este modo a la vejez de prestigio y de respeto, atenuaban su tristeza natural. En las sociedades superdesarrolladas la edad llega a ser doblemente opresora: por el efecto de la naturaleza y por el efecto de la sociedad. En régimen capitalista, la persona mayor de 45 años que pierde su puesto, muy difícilmente encuentra otro, corriendo el peligro de convertirse en un "trasto viejo". La situación es algo mejor en un régimen socialista, pero en todas partes, el descenso necesario de la edad de jubilación,

junto a la prolongación constante de la duración de la vida, crea una clase de viejos que la sociedad reduce a un papel secundario, mientras que ellos podrían, y querrían, participar plenamente en sus actividades durante muchos años todavía. En el sentido marxista del término, se encuentran alienados.

No debemos olvidar, por otro lado, que los psicoanalistas piensan que el progreso técnico tiende a construir un mundo mecanizado, artificial y totalmente contrario a las necesidades reales del hombre, a sus deseos más profundos y a su propia naturaleza. Así, la abundancia material, al liberar a los individuos de la necesidad de trabajar sin descanso para vivir, les permitiría únicamente cobrar una mejor conciencia de esta contradicción, y, en consecuencia, sufrir más profundamente. Los antagonismos entre los hombres y la sociedad se agravarían en consecuencia, en lugar de desaparecer. El crecimiento de las enfermedades mentales, la vuelta de ciertas formas de violencia, el desarrollo de las enfermedades nerviosas, de la ansiedad, de la angustia, y la ausencia de una verdadera alegría por vivir, son unas taras congénitas de las sociedades más modernas, por consiguiente, permanentes, y no fenómenos transitorios de adaptación a nuevas formas de existencia.

De todas maneras, aunque el progreso técnico disminuya los antagonismos entre los individuos y los grupos, cabe afirmar que el antagonismo entre el poder y los ciudadanos no sigue la misma evolución, y, así, parece agravarse en lugar de disminuir. Sin duda, en cuanto a los fines, el poder es menos opresor y actúa más en el interés general, siendo por tanto más útil, pero en cuanto a los medios, su crecimiento engrandece su dominio sobre los hombres, así como la sujeción que resulta de ello. "Perdono a la República gobernar mal, porque gobierna poco", decía Anatole France. El Estado moderno gobierna mejor, puesto que gobierna más. En las sociedades antiguas, los hombres no tenían apenas contactos con el poder; como permanecía distante, se prescindía de él en casi todo. En la sociedad moderna, todos los ciudadanos dependen del Estado en lo tocante a una gran parte de su existencia. Las relaciones con el poder se multiplican, y, por consiguiente, las ocasiones de probar su látigo.

Vemos, pues, que la opresión del poder adquiere una mayor complejidad. Por otra parte, la tendencia de los jefes a abusar de su autoridad no se suprime ni restringe a causa del progreso técnico, sino más bien al contrario, se desarrolla. Aumentar los medios del poder es aumentar las posibilidades de abusar de él. Los procedimientos modernos de información y de propaganda, ofrecen a los dictadores de hoy un dominio sobre las naciones, sin comparación alguna con el de los tiranos antiguos. Cuando éstos llegaban a ser insoportables, corrían el peligro de ser derribados; por el contrario, actualmente el poder dispone de unas armas tan potentes que hacen difícilísima la resistencia de los ciudadanos. Cuando militares y policías estaban armados con sables o lanzas, la revuelta de las masas no ofrecía gran dificultad. En cambio, contra los tanques, las ametralladoras, los aviones y las armas blindadas, los pueblos nada pueden.

Además, la opresión psicológica propia de la voluntad de poder de los gobernantes se dobla, en las sociedades superdesarrolladas, con una opresión de naturaleza sociológica, fruto de la evolución de las estructuras del poder. La extensión del aparato del Estado comporta la multiplicación de los que toman las decisiones en nombre del Estado. Así, el círculo de los gobernantes se amplía, es decir, el número de personas a quienes los ciudadanos deben obedecer. En lugar de un único tirano y de algunos acólitos, encontramos una masa de pequeños tiranos. Es cierto que cada uno tienen un campo de acción limitado, pero la presión de todos tiene como resultado paralizar más o menos la libertad de movimientos de los hombres, que se asemejan un poco a Gulliver sujeto al suelo por millares de lazos diminutos, que individualmente no tienen importancia, pero que unidos poseen una gran fuerza de sujeción.

El Estado moderno tiende progresivamente a no ser como hasta ahora únicamente un conjunto de jefes, de gobiernos, de administradores, abusando individualmente de sus poderes, sino que se va convirtiendo en una enorme máquina, cuyo funcionamiento global rebasa la actividad de cada uno de sus engranajes. Su propio mecanismo es opresor, independiente-

mente de las intenciones de los hombres que lo componen; a este fenómeno se le denomina con el término de "burocra-cia". Sin embargo, no es algo exclusivo del Estado, es decir, del poder en la nación, sino que se extiende a todas las formas del poder en las grandes comunidades modernas: empresas gigantes, partidos políticos, organizaciones de masas, etcétera. La opresión que se deduce de este fenómeno a pesar de ser abstracta, mecánica, desapasionada, y sin violencia física, no es menos pesada que la producida por la voluntad de poder de los jefes.

Esta opresión constituye probablemente el factor esencial de antagonismo en las sociedades superdesarrolladas. A medida que nos vamos aproximando al nivel de la abundancia, las luchas de clases y las competiciones entre los ciudadanos disminuyen, con las únicas reservas que hemos formulado más arriba. Por el contrario, los conflictos entre el poder y los ciudadanos aumentan. El problema de la libertad tiende a constituirse así en el centro de la política, del mismo modo que lo fue en el siglo XIX para los liberales. Éstos plantearon su reivindicación en el interior del microcosmos de abundancia relativa que era entonces la burguesía, rodeada de masas populares que vivían en la penuria. Para la burguesía, los problemas materiales estaban resueltos, por lo que la resistencia de los ciudadanos al poder llegó a ser su preocupación esencial. Para las clases obreras, por el contrario, la lucha por la existencia, por la igualdad, y por la dignidad, tenía una importancia mucho más grande. Por tanto, las libertades políticas eran auténticas para la burguesía, que poseía los medios de ejercerlas, pero para el proletariado no tenían sino un carácter formal. La lucha de clases era el antagonismo fundamental.

En la sociedad de la abundancia, el microcosmos burgués se amplía hasta llegar a los límites de la comunidad entera. Sin embargo, continúa habiendo conflictos importantes entre individuos y grupos, puesto que las clases sociales 'tienden siempre a renacer revistiendo nuevas formas. Pero estos antagonismos tienen una importancia secundaria, con respecto al que enfrenta a los ciudadanos con el poder. En primer lu-

gar, la libertad adquiere en lo sucesivo una significación y un valor para todos los ciudadanos, porque todos tienen los medios materiales de ejercerla. Y en segundo, al mismo tiempo que se desarrolla la abundancia y, consecuentemente, disminuyen los antagonismos fruto de la penuria, el progreso técnico aumenta la potencia del poder y su capacidad para oprimir a los hombres. La libertad encuentra de nuevo su sentido originario, es decir, el que los liberales del siglo XIX le habían asignado. "Las libertades son una forma de resistencia", decía Benjamin Constant, que contraponía esta concepción moderna a lo que él denominaba "la libertad de los antiguos que se componía de la participación activa al poder colectivo".

De hecho, esta libertad de los antiguos ha llegado a ser poco a poco la libertad de los modernos, principalmente en los países anglosajones, donde la democracia consiste sobre todo en la participación activa de cada uno a las decisiones colectivas, la cual se realiza gracias a la descentralización y a una gama variada de asociaciones y organizaciones cívicas, a través de las cuales cada individuo se inserta más estrechamente en la vida comunitaria. Al mismo tiempo, el socialismo ha demostrado que el Estado puede ser liberador, contrariamente a lo que opinan las doctrinas capitalistas. "Entre el rico y el pobre, entre el débil y el fuerte se encuentra la libertad que oprime y la ley que libera", decía ya Lacordaire. La supresión de las alienaciones es una liberación y la supresión de las penurias es otra. Al lado de la "libertad-participación" vemos nacer de este modo el concepto de una "libertad-disfrute". Las teorías de la sociedad de la abundancia y de la fase superior del comunismo descansan en la idea de que cada hombre ha de poder desarrollarse según su propia naturaleza, disponiendo para ello de todos los medios necesarios.

Mientras se formaban las nociones de liberación por el Estado, de libertad-disfrute, de libertad-participación, la idea de libertad-resistencia iba desvalorizándose poco a poco. La evolución de las sociedades modernas tiende a resucitarla e incluso probablemente a restituirle su puesto privilegiado. Indudablemente, el progreso técnico y la abundancia relativa

permiten un desenvolvimiento más libre de cada hombre. Indudablemente también, la acción del Estado contra las dominaciones y las explotaciones privadas es generalmente libertadora. Del mismo modo que la participación de los ciudadanos en las decisiones, en todas las instancias, es un elemento esencial de su libertad. Pero, cuanto más desarrollada se encuentra una sociedad, mayor es el poder político, el cual llega a ser poderoso y burocrático, y mayor, por tanto, es la necesidad de ofrecerle resistencia. La libertad ha sido siempre una resistencia, y lo es cada vez más. La sociedad de la abundancia no tiende a la desaparición del Estado, sino a su crecimiento y a su burocratización. La oposición del ciudadano al poder se convierte en esta sociedad en el antagonismo fundamental. Nada autoriza a pensar que pueda desaparecer o incluso disminuir. Bajo la forma de una lucha por la libertad, la contienda política no tiene un fin previsible.

NACIONES BURGUESAS Y NACIONES PROLETARIAS

Un marciano que visitase la Tierra, como los persas de Montesquieu visitaron Europa, no encontraría apenas diferencia entre los países occidentales y los países socialistas. Pero, en cambio, la diferencia entre las naciones industriales y las naciones subdesarrolladas le saltaría a los ojos. Indudablemente unas y otras representan dos polos extremos, entre los cuales se encuentran muchos intermedios. El Japón, por ejemplo, es un país medianamente desarrollado. Iberoamérica, África negra, el Oriente Medio y el Extremo Oriente no están subdesarrollados en el mismo grado, ni de la misma manera. Por encima de estos matices, el subdesarrollo presenta en todas partes los mismos elementos; predominio de la agricultura, el carácter primitivo de ésta, la insuficiencia alimenticia, la debilidad de la industria y del consumo de energía mecánica, la hipertrofia del sector comercial, el bajo nivel de la renta nacional, el carácter retrasado de las estructuras sociales, la extrema desigualdad entre una masa paupérrima y un puñado de privilegiados muy ricos, la ausencia de clases

medias, la gran distancia existente entre los modos de vida urbanos y los del campo, el analfabetismo, la fuerte natalidad y la fuerte mortalidad, etc. Todos estos fenómenos se encuentran vinculados unos a otros, aunque según cada país, algunos sean a veces más acentuados y otros menos. El conjunto ofrece una fisonomía muy característica que no se presta a la confusión.

Dos mundos, uno rico y otro pobre, se encuentran frente a frente. Mientras que el primero ve asomar en el horizonte la sociedad de la abundancia, el segundo continúa estando más próximo de la Edad Media, de su hambre, de sus epidemias y de su miseria. La renta nacional por habitante es de diez a veinte veces mayor en Europa occidental y en América del Norte que en Asia y en África. El consumo de energía por individuo es también superior de diez a treinta veces. Por el contrario, la mortalidad infantil es diez veces menor. En las naciones industriales, solamente el 3 o el 4 % de la población es analfabeta, mientras que esta tasa es del 90 % en ciertos países africanos y asiáticos. La distanciaci3n entre las naciones burguesas y las naciones proletarias es tan grande como la que existía entre la burguesía y el proletariado de un mismo país, en la Europa del siglo XIX.

Esta diferencia aumenta en lugar de disminuir. Se ha dicho que las naciones de África, de Asia y de Iberoamérica se encuentran en vías de desarrollo acelerado. Esto es cierto con respecto a la evoluci3n lentísima que han sufrido durante los siglos anteriores, pero es falso con respecto a la evoluci3n de las naciones industriales, que se desarrollan mucho más de prisa. En general la tasa de crecimiento anual de la renta nacional es más elevada en Europa y en América del Norte que en el Tercer Mundo. Los ricos continúan enriqueciéndose, mientras que los pobres se mantienen en su indigencia. La parte de las naciones industriales dentro de la riqueza mundial aumenta, mientras que la de los países subdesarrollados disminuye.

Esta situaci3n provoca dos clases de antagonismos: antagonismos internos, en el seno de los países subdesarrollados, y antagonismos externos entre éstos y los países superdesarro-

llados. Las naciones proletarias se ven así desgarradas por causa de los conflictos que engendra la penuria y que se agravan por el aumento de los contactos y de las comunicaciones, así como por los propios esfuerzos de desarrollo. Cuando los indios de Iberoamérica, los campesinos de la algaída africana o de las llanuras de Asia se hallaban confinados en su soledad, más o menos aislados del mundo, la pobreza y la desigualdad les era más soportable que hoy, cuando la radio, el cine, o la televisión, les han enseñado la existencia de civilizaciones diferentes que disminuyen el sufrimiento de los hombres. Cuando se vive en un mundo inmóvil donde la injusticia y la miseria parecen unas calamidades naturales imposibles de evitar, éstas no oprimen tanto. Pero la cosa cambia cuando el mundo comienza a moverse y cuando ya es posible esperar más justicia y menos miseria. El paso al desarrollo acelerado provoca esta mutación. Pero las propias condiciones de este desarrollo hacen retroceder la esperanza que produce, al mismo tiempo que agrava instantáneamente los sufrimientos que tratan de suprimir. Hemos señalado ya estas contradicciones del período intermedio y de los antagonismos que provocan.

La distorsión entre una mortalidad que se aminora y una natalidad que permanece inmutable produce una formidable expansión demográfica que anula en lo tocante a cada ciudadano los efectos del desarrollo económico. El pastel aumenta, pero los que deben compartirlo se multiplican más rápidamente, de tal guisa que cada uno ve reducirse aún más la parte que le correspondía y que ya era de por sí pequeña. La necesidad de sustraer mano de obra en la producción de objetos de consumo, para consagrarla a construir la infraestructura de una sociedad moderna, tiende a hacer descender un nivel de vida ya muy bajo. Iberoamérica, el Oriente Medio, África y el Extremo Oriente se debaten hoy ante las dificultades de la acumulación primaria de capital que produjo la terrible explotación de las clases obreras europeas en el siglo xix y la dictadura stalinista en la primera mitad del xx.

La contradicción política no es menor que estas contradicciones económicas y demográficas. Incluso en los tiempos de

calma relativa, la democracia no puede funcionar apenas en los países subdesarrollados. La incultura de una población analfabeta prohíbe comprender los problemas políticos, y la hace vulnerable a todas las influencias y a todas las demagogias. La profunda desigualdad y la violencia de los antagonismos que produce no aseguran el consenso mínimo, sin el cual no puede desarrollarse libremente el juego de los partidos y de las elecciones. Así, los países subdesarrollados se ven condenados a regímenes autoritarios, los cuales tienden naturalmente hacia el desorden y la ineficacia, llegando, incluso, hasta el despotismo y la corrupción. La minoría preparada es tan reducida que resulta difícil asegurar los cuadros técnicos. Al ser muy grande la distancia que separa a los privilegiados de una masa muy atrasada, el abuso del poder, así como la fuerte tentación de recurrir a él, es sumamente fácil. Por la propia naturaleza de los países subdesarrollados el control democrático resulta imposible en ellos, y de este modo, la falta de dicho control abandona los gobernados a la arbitrariedad.

Paralelamente a estas contradicciones internas, se desarrolla un conflicto fundamental entre las naciones proletarias y las naciones industriales. A medida que los antagonismos sociales disminuyen en las sociedades industriales, la lucha de clases tiende a pasar del plano nacional al internacional. Cuando los pueblos ricos se enriquecen más y más, mientras los pobres se empobrecen también de forma progresiva, aparece un enfrentamiento de los segundos contra los primeros. El antagonismo es tanto más profundo cuanto que los pueblos ricos explotan a los pueblos pobres, de idéntica manera a como la burguesía explota al proletariado, en régimen capitalista. La asistencia técnica no es más que un espejismo que se asemeja, salvando las distancias, al de la caridad en la Inglaterra de Dickens. En ciertos casos particulares, merced a razones políticas, algunas naciones ricas entregan a otras naciones pobres más de lo que reciben de ellas y a veces hasta mucho más. Éste es el caso de Francia con respecto a África, o de los Estados Unidos con respecto al Vietnam. En general, y de forma global, el conjunto de los sacrificios realizados por las naciones ricas para ayudar a los países subdesarrollados es

menor que los beneficios que obtienen del precio bajo de las materias primas que compran en estos mismos países. Las sociedades industriales explotan a las sociedades agrícolas aprovechándose de su debilidad económica.

Los buenos sentimientos no pueden suprimir esta explotación, del mismo modo que tampoco pudieron hacerlo en el caso de la explotación del proletariado por la burguesía en el siglo XIX. En régimen capitalista el interés económico es el motor de la vida social, del cual depende todo lo demás. Los gobiernos de Occidente, mediante la utilización de los temas de la caridad cristiana y del peligro comunista, pueden obtener de sus contribuyentes algunos sacrificios para ayudar a los países subdesarrollados. Pero en cualquier caso, jamás podrán conseguir que las grandes organizaciones capitalistas, renuncien a pagar lo menos posible en las materias primas procedentes de estos países ni tampoco podrán impedir que estas organizaciones tengan, en definitiva, la última palabra. Por su propia esencia, el capitalismo se opone a una verdadera asistencia internacional que ayudase a los países subdesarrollados a salir de las contradicciones de la fase intermedia.

Sin embargo, el conflicto entre las naciones industriales y las naciones proletarias no puede sino conducir a un enfrentamiento directo. La nueva lucha de clases difiere de la antigua en un punto fundamental. En el siglo XIX, las clases privilegiadas se encontraban literalmente acosadas por el proletariado, no bastando, para defenderlas, la existencia de sus policías y militares. La presión obrera forzó, por consiguiente, a abandonar progresivamente una parte de sus privilegios. Hoy, protegidas por la distancia, por los océanos, por los desiertos y con mayor razón por la potencia de sus medios de destrucción, Europa, la URSS y Norteamérica no corren el peligro de ser asaltadas por los pueblos proletarios. Ningún país subdesarrollado puede enfrentarse con las naciones industriales. El conflicto entre naciones ricas y naciones proletarias no es un antagonismo político fundamental desde el momento en que los dos adversarios son demasiado desiguales.

Pero este conflicto agrava los antagonismos entre las sociedades industriales. Los dos mundos desarrollados, el del Este

y el del Oeste, se encuentran relativamente asentados y estabilizados; cada uno de ellos ha renunciado a conquistar al otro y sus fronteras se hallan bien delimitadas. Este antagonismo, pues, ha perdido su virulencia al igual que la lucha de clases en las sociedades industriales. Por el contrario, el tercer mundo subdesarrollado es inestable, y así, inclinándose hacia uno u otro lado, puede dar al Este o al Oeste una baza importante en su rivalidad. Las reacciones incontroladas e incontrolables de las naciones proletarias avivan la lucha de los dos imperios industriales, que sin ellas acabarían apagándose. Si queremos ver reaccionar fuertemente a Washington, no tenemos más que convertir al comunismo a una parte importante de Iberoamérica. Las naciones proletarias no pueden enfrentarse contra las naciones superdesarrolladas, pero sí pueden hacer que éstas se enfrenten entre sí. Esta agravación de los conflictos internacionales despierta los antagonismos internos. En el Oeste y en la hora actual, el miedo del comunismo, es decir, de un peligro externo, es una base esencial de los conflictos políticos internos. Mientras que existan naciones proletarias, las naciones ricas no conocerán la integración total, suponiendo que ésta sea posible.

CONCLUSIÓN

HACIA EL SOCIALISMO

A pesar de sus amplias divergencias, los occidentales y los marxistas se hallan mucho más cercanos, en su concepción de la política, de lo que piensan. Los primeros han renunciado, prácticamente, a un idealismo que disimulaba de manera torpe unos comportamientos concretos completamente diferentes. Así, admiten en la actualidad que los factores socioeconómicos desempeñan un papel importante en el desarrollo de los antagonismos políticos. Si nos situamos en el nivel de una sociedad primitiva, en donde las técnicas son aún rudimentarias, estos factores socioeconómicos son principalmente de carácter geográfico, es decir, dependen sobre todo del clima y de los recursos naturales. Más tarde, se convierten en factores técnicos, esto es, el grado de los bienes de equipo condiciona el nivel de vida, que a su vez condiciona las luchas políticas. Este análisis se conserva alejado de los esquemas marxistas, pero las diferencias estriban, en definitiva, en puntos secundarios. Los occidentales y los soviéticos, en cuanto a lo esencial, creen que el desarrollo técnico es la base de la evolución de las estructuras sociales, de las que depende también la evolución de las luchas y de la integración política. Por su parte, los marxistas comienzan a dar más importancia a los factores culturales, aunque mantienen siempre formalmente la distinción entre la base y las superestructuras. En la práctica reconocen a éstas una influencia y una

autonomía crecientes. Es indudable que piensan que los factores culturales continuarán siendo secundarios con respecto a los factores socioeconómicos, al menos en la fase actual del desarrollo humano. Pero son muchos los occidentales que tienen la misma opinión, la cual sin duda tiene ciertos fundamentos. Incluso las teorías psicológicas no son convincentes a este respecto, puesto que los temperamentos y los complejos psíquicos y hasta el mismo "yo", dependen probablemente más del ambiente social que de las facultades innatas. También se puede aducir el hecho de que tanto los marxistas como los occidentales subestimen la influencia de los sistemas de valores: creencias desinteresadas, ideales, grandes proyectos, desempeñan un papel político fundamental, que inclusive parece acrecentarse a medida que la elevación del nivel de vida permite a todos los hombres liberarse del *primum vivere* para llegar al *deinde philosophare*. Este error es común a ambas doctrinas, por lo que se puede afirmar que las une más que las separa.

En lo que se refiere al paso de la lucha a la integración, el acercamiento es aún más evidente. Los programas de Kruschchev, relativos al comunismo de 1980, se asemejan peregrinamente a las descripciones del *American way of life*, formuladas al otro lado del Atlántico. La imagen occidental de la sociedad de la abundancia, confortable y despolitizada se encuentra muy cerca de la imagen soviética de la fase superior del comunismo y de la desaparición del Estado. Las dos pecan por el mismo exceso de optimismo. Es evidente que los occidentales y los marxistas no poseen la misma visión global de la política, pero unos y otros no imaginan ya universos radicalmente diferentes en los que sería imposible una medida común. En adelante, las semejanzas entre sus concepciones respectivas serán casi tan fuertes como sus diferencias.

La convergencia de las evoluciones de hecho es probablemente aún más fuerte. Aparentemente, como hemos dicho, los dos mundos desarrollados — el Este y el Oeste — se encuentran inmutables cada uno en su posición, sin que exista la posibilidad de una conversión posible de uno o de otro. Pero en la realidad, una profunda transformación los va acercan-

do a ambos. La URSS y las democracias populares jamás volverán a ser otra vez capitalistas, y los Estados Unidos y Europa occidental no serán tampoco nunca comunistas, pero ambos parecen encaminarse hacia el socialismo por un doble movimiento: de liberalización en el Este y de socialización en el Oeste. Es probable que este doble movimiento tropiece con enormes obstáculos, que tenga una gran duración, y que comporte muchos retrocesos, pero en definitiva, parece irresistible.

Naturalmente, cada país ve con más claridad la evolución del otro que la suya propia. En Occidente, se ha cobrado conciencia del proceso de liberalización del mundo soviético, ligado al progreso técnico y al desarrollo económico. En las sociedades industriales donde el bienestar parece posible, la aspiración al mismo llega a ser irresistible. Los ciudadanos de los regímenes socialistas desean ardientemente aprovecharse de la vida, de vivir al máximo cada minuto, de probar los frutos de los árboles que la Revolución ha plantado. Y quieren hacerlo con toda tranquilidad, con toda "seguridad", como se decía en 1789, sin el látigo de los amos y el control de la policía. La aspiración a la libertad es inseparable de esta aspiración al bienestar. Se quiere salir del país, ver el extranjero, conocer sus obras. Se quiere expresar sus propias opiniones, decir lo que se piensa, discutir los puntos de vista oficiales y conocer otros puntos de vista. En una palabra, se quiere recorrer todos los caminos, e incluso lo que está más allá, en lugar de permanecer entre dos railes de acero, remolcado por la locomotora del Estado.

Al mismo tiempo, las necesidades del desarrollo técnico obligan a difundir ampliamente una cultura superior, que alimenta el espíritu de comparación, el espíritu crítico, es decir, el espíritu de libertad. Los contactos con el extranjero son esenciales para la investigación científica y el progreso de las inversiones; el *stalinismo* provocó, en el caso de la URSS, importantes retrasos en varios sectores. La multiplicación de los medios de comunicación impide el aislamiento necesario a las dictaduras. Muy pronto, todos los soviéticos podrán ver en sus pantallas la televisión occidental, y sin duda querrán

hacerlo, sin que su gobierno sea capaz de impedirselo. La liberalización será lenta y difícil, y los jefes harán lo imposible para retrasarla. Las crisis internacionales provocarán suspensiones y vueltas provisionales al pasado. Pero toda la evolución económica y técnica impide que la marcha del comunismo hacia el socialismo democrático pueda ser efectivamente paralizada.

Los países del Tercer Mundo tienen en sus manos muchas posibilidades para acelerar o frenar esta evolución. Todo conduce a creer que las naciones proletarias desembocarán un día también, en el camino del socialismo democrático. El problema radica en saber si se comprometerán directamente en éste, o si darán el rodeo por el comunismo o el capitalismo como los otros países. En el primer caso, acelerarán la evolución en pos del socialismo democrático y en el segundo la demorarán. El hecho de que muchos países de África, Asia o Iberoamérica, en los próximos decenios se alineen más o menos en la dirección que marca China, no hará sino frenar la liberalización en la URSS. En principio, porque los stalinistas se verían así reforzados, y en segundo lugar, porque las reacciones inevitables de Occidente harían más frágil la coexistencia pacífica, con el consiguiente despertar de la guerra fría.

No puede formularse ninguna hipótesis de conjunto en cuanto al futuro comportamiento de las naciones subdesarrolladas. Únicamente se podrían definir algunos puntos. El Tercer Mundo no podrá modernizarse por la vía capitalista, debido a que estos países no disponen de capitales internos suficientes. Los capitales extranjeros no se invierten en las naciones proletarias más que si encuentran alguna ventaja, es decir, en la forma de empresas de carácter colonial, mediante la explotación de una riqueza concreta natural que sea excepcional, sin que exista la preocupación de guardar el equilibrio general del país (plátanos en América central, azúcar en Cuba, diamantes en Katanga, petróleo en diversos países, etc.). Sin embargo, permitir que los capitales extranjeros creen empresas de este tipo durante un cierto tiempo y nacionalizarlas después puede ayudar a la industrialización de los países sub-

desarrollados. Esta técnica la han utilizado éstos con frecuencia, en la medida en que las empresas colonialistas no dominan a sus gobiernos, por medio de policías o militares.

La implantación directa de un socialismo realmente democrático parece también estar excluida. Hemos dicho ya que las estructuras de las naciones proletarias hacen muy difícil el funcionamiento de la democracia y el desarrollo de las libertades. El socialismo del Tercer Mundo será necesariamente autoritario. La elección se limita, en definitiva, al grado de autoridad y a la forma del socialismo. No es seguro que la vía más brutal sea la más eficaz. El modelo chino continúa siendo discutible a este respecto. Pero por el instante no existe ningún otro. Es posible imaginar un socialismo menos violento, que al mismo tiempo que desarrollase algunas libertades políticas constituyese una primera etapa hacia el socialismo democrático. Varios países, en África y en el Oriente Medio, buscan su vía en esta dirección, pero no se puede afirmar que hasta ahora la hayan encontrado.

La socialización del Oeste probablemente será más larga y más difícil aún que la liberalización del Este. Pero, del mismo modo, parece imposible de evitar. Seguramente no seguirá la vía trazada por el marxismo. La lucha de clases se debilita más bien que se agrava en las sociedades industriales y la revolución proletaria es tanto más difícil en ellos cuanto que nadie tiene ya un espíritu revolucionario y el proletariado se halla en vías de desaparecer. Sin embargo, asistimos al desarrollo de tres hechos masivos, cuyas consecuencias no parecen valorarse por parte de los occidentales: la superioridad técnica de la producción planificada sobre la producción capitalista; la imposibilidad de construir una verdadera comunidad humana sobre la base de los principios capitalistas; y por último, la desvalorización misma de estos principios.

Los mismos economistas americanos han cobrado conciencia de la inferioridad del capitalismo en el sector terciario. Muchos servicios no pueden asegurarse convenientemente más que por la colectividad, y a costa del olvido total de las reglas de la rentabilidad, es decir, únicamente por métodos so-

cialist 3. Ahora bien, cuanto más desarrolladas son las sociedades, más importante es el sector terciario y más condiciona el conjunto de la economía. De manera más general, la superioridad del socialismo sobre el capitalismo no es otra cosa, sino la superioridad de la organización sobre la falta de organización. El capitalismo asegura una organización a veces excelente en el interior de las compañías y de las empresas, pero por su propia naturaleza resulta insuficiente en el marco de una economía global. Mientras que las técnicas de la previsión continúen estando poco desarrolladas, ninguna organización general de la economía será posible. En este nivel, el socialismo es inferior al capitalismo, porque la coordinación de conjunto de la producción, al seguir un plan en el que se ajusta cada parte al todo, continúa siendo todavía más vasta, aproximativa y menos satisfactoria que la coordinación establecida espontáneamente por los mecanismos de la competencia. Los progresos del análisis económico han cambiado la situación, y, así, por imperfectas que sean todavía las técnicas de previsión, permiten ya establecer planes que tienen como resultado una mejor coordinación que la que se desprendería de la libre empresa y de las leyes de mercado. Y sin duda, su precisión progresará en los próximos años.

Esta planificación global no es posible en el marco del capitalismo. Cada empresa puede establecer planes por su propia cuenta, basados en análisis y en cálculos que afectan a su rama de actividad. Pero estos planes son necesariamente erróneos, desde el momento en que no pueden tener en cuenta factores generales del comportamiento de los consumidores, de la evolución de los costes de las materias primas y de la mano de obra, etc. En el sistema capitalista, la planificación y la organización pueden alcanzar, como máximo, el nivel de una categoría de producción, por el desarrollo de los acuerdos y de los trusts. Pero en el régimen capitalista no puede existir una planificación y una organización global que recoja a la sociedad entera. Únicamente, el poder político, el Estado, pueden aplicar las técnicas de cálculo y de previsión a toda la colectividad y basar en ellas un plan de conjunto. Este plan no tiene significación en el caso de que las diferentes

actividades privadas no sean obligadas a someterse a él. Esta coerción implica en sí misma la limitación de la libertad de los propietarios de las compañías, base fundamental del capitalismo.

Así, la evolución tiende al socialismo, por un proceso que podríamos resumir así: 1.º el desarrollo técnico permite la organización global de la economía; 2.º esta organización global es más eficaz que los ajustes aproximados que resultan de la competencia; 3.º dicha organización no puede ser realizada en un sistema capitalista; 4.º éste llega a ser cada vez menos eficaz para satisfacer el conjunto de las necesidades sociales e individuales y 5.º, por consiguiente, tiende a desaparecer para dejar paso a un sistema de producción planificada, que implica la desaparición del poder de los propietarios de las empresas, en cuanto a las decisiones fundamentales (volumen de las inversiones, orientación de la producción, etc.). Dicho esto, dos formas de socialización son concebibles: la supresión pura y simple de la propiedad privada de los instrumentos de producción, es decir, del socialismo en el sentido corriente, o la disminución de las prerrogativas de los propietarios que, por otra parte, son mantenidos en su función.

El capitalismo puede seguir dos vías en su evolución hacia el socialismo, análogas a las que siguió la autocracia para dejar paso a la democracia: la vía de la República o la vía de la monarquía británica. Es posible imaginar que los propietarios de las empresas no tengan un día, en éstas, más poderes de los que tiene la reina de Inglaterra en la actualidad. Esta evolución ha comenzado ya en muchos países occidentales, en los que la empresa ha dejado de ser una monarquía absoluta para convertirse en una monarquía constitucional. François Bloch-Lainé ha elaborado la teoría de este capitalismo "orleanista". Si el movimiento se prosigue hasta su término, falta por saber en qué se basaría el mantenimiento de los monarcas-empresarios y el de su "lista civil", es decir, de sus beneficios. Sin embargo, el sociólogo comprueba que las instituciones permanecen mucho después de que han dejado de ser útiles, con tal de que no sean demasiado molestas.

Es indudable que la planificación global de la economía

comporta algunos inconvenientes. Los errores de previsión inevitables, las detenciones implicadas por la coordinación de los esfuerzos, las “pérdidas de carga” a lo largo de las transmisiones administrativas, son cosas que disminuyen la eficacia del sistema. El exceso de centralización produce serios defectos, de los que se podrían aducir varios ejemplos por lo que respecta a la URSS y a las democracias populares. El problema de la descentralización necesaria no es fácil de resolver. No obstante, muchos defectos de la planificación se deben todavía a su imperfección actual, pero se corregirán progresivamente. De todas maneras las pérdidas que resulten de la planificación son menos graves que las que produce el enorme despilfarro de las economías capitalistas desarrolladas. Medimos mal, por encontrarnos dentro, el absurdo vertiginoso de un sistema que descansa cada vez más en la creación de necesidades artificiales por la publicidad con el fin de vender productos inútiles, que no reportan una verdadera satisfacción a los consumidores, todo ello con el fin de asegurar el beneficio de capitalistas que pueden, así, procurarse un poco más de objetos igualmente inútiles. La superioridad de la planificación no se debe únicamente a la organización de los medios, sino a la definición de los fines. Esta planificación supone un desarrollo normal, coherente y orientado, en vez de los movimientos aberrantes de la economía capitalista, que hacen pensar en los de los animales, a quienes se les ha suprimido el cerebro, en las experiencias de vivisección.

Tropezamos ahora con el segundo factor de la evolución de Occidente hacia el socialismo: la imposibilidad de construir una verdadera comunidad humana sobre la base de los principios capitalistas. Por su propia naturaleza, el capitalismo es antisocial, puesto que centra la actividad de cada individuo sobre sí mismo confinando cada hombre en su egoísmo. Hacer del interés personal el motor esencial de la vida colectiva, no es sino suprimir todo carácter verdaderamente colectivo y destruir el principio de toda sociedad, que es la solidaridad de sus miembros. En el sistema capitalista, esta solidaridad asegura únicamente una mejor satisfacción de los intereses individuales, y un desenvolvimiento más completo de

los egoísmos. La teoría del “servicio social” no es más que una simulación publicitaria. El productor no busca “servir” al consumidor, sino realizar el máximo de beneficio. Incluso, aunque fuese verdad que al perseguir de este modo su interés personal asegurase la mejor satisfacción posible de las necesidades de todos, esta orientación egoísta de toda la actividad humana no dejaría de ser menos contraria a una verdadera vida comunitaria.

El paralelismo entre el desarrollo contemporáneo del confort y el de la soledad, entre el crecimiento de la interdependencia material de los hombres y el debilitamiento de sus sentimientos de solidaridad, es una buena muestra de este vicio fundamental del capitalismo. El renacimiento del sentimiento religioso en Occidente procede probablemente de aquí. El cual parece que se basa más que en la necesidad de una transcendencia y de una eternidad, en la sed de una comunión entre los hombres, oponiéndose directamente a los principios mismos del capitalismo. Entre el cristianismo y el capitalismo, ha existido siempre una contradicción fundamental. Cuando las sociedades occidentales reivindican a la vez uno y otro, pretenden servir a dos señores incompatibles; en la realidad no sirven más que a uno y el otro queda reducido a un papel de coartada. En una primera fase, el cristianismo sirvió, principalmente, para enmascarar al capitalismo. Cabe preguntarse si no nos aproximamos a una segunda, en la que la vuelta a un cristianismo más auténtico contribuiría a destruir las bases mismas del capitalismo, y en la que la religión dejaría de ser “el opio del pueblo”, para contribuir a su rescate.

La superioridad de la planificación sobre la anarquía y la imposibilidad de construir una verdadera comunidad sobre la base de los principios capitalistas, lleva ya consigo una desvalorización de éstos. Se puede también afirmar, de manera más profunda y general, que la propiedad privada de los medios de producción, base misma del sistema, pierde gradualmente su legitimidad ante los ojos de los ciudadanos de Occidente. Sus justificaciones prácticas desaparecen una a una. El progreso técnico resulta hoy de investigaciones fundamentales, de naturaleza desinteresada, conducidas con medios

enormes, que únicamente el Estado o instituciones no capitalistas pueden llevar a cabo. Los riesgos son mayores para los asalariados, que no tienen la seguridad del empleo, que para los propietarios de las empresas. La búsqueda del interés personal, como motor de la actividad económica, no significa ya gran cosa para los patronos de las grandes empresas. Este interés puede ser desarrollado, en lo que se refiere a los dirigentes asalariados, por la participación de beneficios. El sistema de la administración funciona tan perfectamente en las sucursales de los almacenes estatales, como en las sucursales de las cadenas capitalistas. La organización de las grandes empresas es más o menos análoga en la URSS y en los Estados Unidos. La competición es posible entre las empresas públicas, en una economía socialista descentralizada, probablemente más que entre los oligopolios privados del capitalismo moderno.

En el plano de los valores, la propiedad privada de los medios de producción es todavía más discutida. La evolución se encuentra menos avanzada en América, pero ya los técnicos y los sabios han logrado situarse en la cúspide de la escala de valores, desbancando así a los empresarios y al "big business". En Europa, la propiedad de las empresas se revela cada vez más en su verdadera faceta: un poder sobre los hombres, de naturaleza hereditaria. Frente a los asalariados, el capitalista es un jefe, un gobernante. Obreros y empleados se encuentran más sometidos a su autoridad que a la del Estado. Más de la mitad de su vida consciente (deducido el sueño) se halla vinculada directamente a ella y, por otra parte, la otra depende también de forma indirecta, por hallarse vinculada al nivel de salarios, a la distribución de los permisos y de las horas de trabajo, etc. Sin duda toda empresa y toda organización capitalista o no, tiene necesidad de un jefe, pero el carácter fundamental de la empresa capitalista, es que la autoridad reposa en ella sobre el mismo derecho divino en que se fundaba el poder en el Estado hace siglos.

Desde este punto de vista, la propiedad privada de los medios de producción es fundamentalmente contraria al sistema de valores occidental. No se admite ya que el hijo suceda al padre en el ejército, en la administración, en la

política, en la ciencia, etc. Por ello, el hecho de que este fenómeno se dé todavía en la economía, es algo que parece cada vez menos natural. En las sociedades industriales, con una mayoría de la población asalariada, en donde los últimos años de vida de cada uno están asegurados por una jubilación, y en donde la educación es más rentable que la herencia, la propiedad privada de los medios de producción no tiene sino un carácter anacrónico. Así, se admite mejor su existencia en las pequeñas empresas familiares que en las grandes empresas, porque en ellas la propiedad privada de los medios de producción se confunde más con la propiedad de los bienes de uso. Pero este tipo de empresas, que están peor adaptadas a las técnicas modernas, desaparece progresivamente. Incluso, en la agricultura, es decir, en el campesinado, la propiedad privada va perdiendo valor. La herencia del poder económico aparece cada vez menos justificable, de igual manera que ocurre con las demás formas de herencia.

Por último, el capitalismo no tiene apenas ya, en Occidente, sino una legitimidad negativa, y así, cada vez se cree menos en sus principios de base. Pero, de todas formas, se prefiere a la sociedad fruto de ellos, que a la única forma de socialismo que ha funcionado hasta ahora: la dictadura comunista. Stalin reforzó al capitalismo desde el momento en que asimiló el socialismo al totalitarismo, de igual modo que los jacobinos reforzaron la monarquía, al asimilar la república con el terror. Las enfermedades infantiles de los nuevos regímenes frenan las evoluciones que conducen hacia ellos, pero no pueden paralizarlas definitivamente. El día en que la URSS y las democracias populares de Europa hayan llegado a un verdadero socialismo democrático, aparecerá la convicción de que el miedo por el comunismo totalitario era el principal fundamento del capitalismo en Occidente. Resulta posible, por otra parte, que el capitalismo desaparezca antes de este día, debido a una evolución interna, y que el socialismo democrático se establezca en el Oeste antes de aparecer en el Este. Pero a este respecto no puede formularse ninguna previsión que sea válida.

Una sola cosa parece cierta: la convergencia de las evolu-

ciones del Este y del Oeste hacia el socialismo democrático (los países del Tercer Mundo marchan también en el mismo sentido, pero con un desfase importante). Sin embargo, esta convergencia continúa siendo limitada, ya que las diferencias de culturas y de tradiciones son demasiado profundas para desaparecer por completo en un día cercano: las nuevas estructuras no suprimen, nunca, completamente los sistemas de valores y las mentalidades engendradas por las viejas estructuras. Exactamente igual que los hombres no se evaden del pasado, las sociedades no se liberan totalmente de su historia. El hecho mismo de que los marxistas hayan comenzado en principio por la socialización y después hayan desarrollado la liberación en el marco así creado, mientras que los occidentales han establecido primero la democracia política, construyendo el socialismo después — aunque siempre dentro de esta democracia política y basándose en ella — basta para negar que el Este y el Oeste desemboquen, finalmente, en el mismo tipo de régimen, aunque el progreso técnico general conduzca a la uniformidad.



ÍNDICE

ADVERTENCIA	9
INTRODUCCIÓN: LAS DOS CARAS DE JANO	11

PRIMERA PARTE

LOS FACTORES DE LA LUCHA

I. Factores biológicos	24
• II. Factores psicológicos	40
III. Factores demográficos	52
IV. Factores geográficos	63
V. Factores socioeconómicos	75
VI. Factores culturales	95

SEGUNDA PARTE

LAS FORMAS DE LA CONTIENDA

I. Los marcos de la contienda	117
II. Las organizaciones de la contienda	136
III. Las armas de la contienda	155
• IV. Las estrategias políticas	178
V. Los límites de la contienda	189

TERCERA PARTE

DEL ANTAGONISMO A LA INTEGRACIÓN

I. Teoría de la integración	205
II. Técnica de la integración	218
III. ¿Integración o pseudointegración?	233
IV. Integración y nivel de desarrollo	241
V. La imposible edad de oro	256
CONCLUSIÓN: HACIA EL SOCIALISMO	270

Impreso en el mes de febrero de 1997
en Talleres LIBERDÚPLEX, S. L.
Constitución, 19
08014 Barcelona

Maurice Duverger crea en este libro una dicotomía desde la cual se puede enfocar el fenómeno político. Son dos visiones contrapuestas cuya máxima diferencia estriba en la realidad económica y social de quien la ejerce. Por un lado, los miembros de las clases oprimidas y los individuos insatisfechos y frustrados pueden contemplar el poder no como la garantía de un orden real, sino meramente como una caricatura del orden, tras la cual se oculta la dominación de los privilegiados. Para ellos, la política es lucha. Las clases acomodadas, detentoras del poder económico y social, poseen una visión radicalmente opuesta y por la cual la sociedad es armoniosa y el poder avala un orden auténtico. Para ellos, la política es integración. Con frecuencia, los segundos logran persuadir a los primeros en alguna medida de que las luchas son nefastas, inmorales o destructivas y de que el objetivo del militante está compuesto por intereses egoístas. Las clases poderosas, al desarticular de este modo a sus adversarios, se aseguran una gran ventaja pues se produce una "despolitización" que, según el profesor Duverger, sólo favorece al sistema establecido y sólo crea inmovilismo y estancamiento. Por esta razón, Maurice Duverger, ferviente demócrata, considera necesario el retorno a la política activa y a la participación democrática.

ARIEL CIENCIA POLÍTICA

